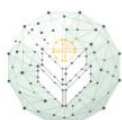


FERNANDO A. BARILATTI

# ¿DÓNDE ESTÁ TU FE?



Desafíos de la Escuela Católica en la actualidad



**POLIEDRO**  
EDITORIAL  
DE LA UNIVERSIDAD DE SAN ISIDRO

# **¿Dónde está tu fe?**

Desafíos de la Escuela Católica en la actualidad

Fernando A. Barilatti

Barilatti, Fernando

¿Dónde está tu fe? : desafíos de la Escuela Católica en la actualidad / Fernando Barilatti. - 1a ed - Beccar : Poliedro Editorial de la Universidad de San Isidro, 2024.

Libro digital, PDF - (Periferias)

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-631-90697-0-9

1. Religión Católica. 2. Educación. 3. Catolicismo. I. Título.

CDD 268.01

### ***Colección Periferias***

Diseño editorial: María Soledad Lohlé

Imagen de tapa: "La Tempestad" de Ignacio Bazán Lascano

Poliedro Editorial de la Universidad de San Isidro

Universidad de San Isidro Dr. Plácido Marín

Av. del Libertador 17175 Beccar (B1643CRD), Buenos Aires, Argentina



Un día, Jesús subió con sus discípulos a una barca y les dijo: “Pasemos a la otra orilla del lago”.

Ellos partieron, y mientras navegaban, Jesús se durmió. Entonces se desencadenó sobre el lago un fuerte vendaval; la barca se iba llenando de agua, y ellos corrían peligro.

Los discípulos se acercaron y lo despertaron, diciendo: “¡Maestro, Maestro, nos hundimos!”. Él se despertó e increpó al viento y a las olas; estas se apaciguaron y sobrevino la calma.

Después les dijo: “¿*Dónde está la fe de ustedes?*”. Y ellos, llenos de temor y admiración, se decían unos a otros: “¿Quién es este que ordena incluso al viento y a las olas, y le obedecen?”.

**Lc 8,22-25**

# Índice ¿Dónde está tu fe?

<b>Prólogo .....</b>	<b>6</b>
<b>Prólogo .....</b>	<b>9</b>
<b>Introducción: Coordenadas iniciales.....</b>	<b>11</b>
Aguas agitadas.....	11
La Escuela Católica: la necesidad de pensar el sentido.....	12
Nuestro punto de partida .....	14
Ampliando la mirada .....	15
El catalejo del escritor .....	16
La hoja de ruta: ¿cómo leer este libro? .....	20
<b>Dimensión de la relación con lo Trascendente .....</b>	<b>24</b>
1.a - Contexto: “Cielo nublado” .....	26
Secularismo: ¿desaparece la religión de la arena pública?.....	27
Del Secularismo a la Cultura del Desamor .....	33
El Síndrome de la Pizarra en Blanco .....	37
1.b - Escuela Católica: “¿Navegando a la deriva?” .....	42
¿Existe una intención evangelizadora en nuestra escuela?.....	43
Proyectos educativos difuminados .....	47
Educación en la fe: ¿semillas al borde del camino?.....	51
1.c - Desafíos: “Tomar el timón con decisión”.....	55
Alfabetización en la fe .....	56
La cuestión de los educadores en la escuela católica.....	60
Vino nuevo, odres nuevos: repensar las estructuras.....	63
<b>Dimensión de la relación con nosotros mismos .....</b>	<b>67</b>
2.a - Contexto: “Agua en la recámara” .....	69
Del viaje exterior al viaje interior: el ser centrífugo.....	70
La “normalidad” que nos moldea .....	74
Secuestrados en la virtualidad .....	78
2.b - Escuela Católica: “Voces imperceptibles”.....	82
Entre la inmovilización y el silencio.....	83
Protagonistas o espectadores.....	87
Aprendizaje serial.....	90
2.c - Desafíos: “Habitar el espacio interior” .....	93

Iluminar desde la confianza: el acompañamiento.....	94
Explorar y cultivar la geografía interior.....	98
Del “ser individual” al “ser comunitario” .....	102
<b>Dimensión de la relación con los demás semejantes .....</b>	<b>105</b>
3.a - Contexto: “La niebla que nos impide ver a los demás” .....	107
Globalización de la indiferencia y cultura del descarte .....	108
De la indiferencia a la violencia: la ciudad de la furia .....	112
Ganadores y perdedores: incluidos y excluidos .....	116
3.b - Escuela Católica: “Tensiones en cubierta” .....	120
El epicentro de la convivencia escolar.....	121
El Cuadro de Honor .....	125
¿Puede la Escuela ser una Comunidad?.....	129
3.c - Desafíos: “Acompasar esfuerzos” .....	134
Restaurar el pacto educativo.....	135
Espacios de inclusión y apertura .....	138
Educar para la fraternidad y el compromiso social.....	142
<b>Dimensión de la relación con la naturaleza y los otros seres que habitan el planeta .....</b>	<b>146</b>
4.a - Contexto: “Cansados por la tempestad” .....	148
Vida al límite .....	149
La incapacidad para focalizar en lo común.....	155
Modelos de desarrollo personal y global .....	160
4.b - Escuela Católica: “Cabos sueltos” .....	164
El sin sabor de la fragmentación en la Escuela .....	165
La maratón escolar .....	170
Perfil del egresado: ¿qué buscamos? .....	173
4.c - Desafíos: “Luz en el horizonte” .....	177
Educación Integral: Sabiduría para ver con más amplitud.....	178
Ecología Integral y Cultura del Cuidado .....	182
Una espiritualidad regenerativa .....	188
<b>Aguas Calmas (Conclusión) .....</b>	<b>191</b>
<b>Bibliografía .....</b>	<b>194</b>
<b>Sinopsis .....</b>	<b>197</b>
<b>Acerca del autor .....</b>	<b>197</b>

## Prólogo

*¿Dónde está tu fe? Desafíos de la escuela católica en la actualidad.* Así se titula el libro que estamos presentando escrito por Fernando Barilatti en el que vuelca su sabiduría y experiencia atesoradas en estos últimos tiempos de ardua tarea educativa y reflexiva en el campo de la educación.

El libro señala con claridad la crisis de identidad de la escuela católica, y al mismo tiempo, la crisis de su misión. Para sensibilizar los conflictos de la crisis utiliza con mucho acierto la imagen de la tempestad sosegada por Jesús en medio de la tormenta, cuando va en la barca con sus discípulos, interpelando su fe, tal como nos la presentan los evangelios. Esta imagen quedó grabada muy hondamente en nuestros corazones al ser testigos de la predicación de este texto por el Papa Francisco en soledad en la plaza de San Pedro, en la memorable oración por la pandemia del 27 de marzo de 2020.

Es muy certera la afirmación de que, si bien la escuela católica atraviesa una doble crisis, una por ser escuela y otra por ser católica, *le estaría costando más "ser católica" que "ser escuela"* (pág. 10). Es habitual, por ejemplo, que en muchos lugares ella se destaque por sus buenos indicadores de éxito académico, pero, ¿cuál es el diferencial que la caracteriza en referencia a su identidad y misión desde una mirada de fe?

El autor, además de su formación académica, recurre a la experiencia de su vida personal, sumamente enriquecedora, para aplicarla al campo de la educación. Después de su paso por el seminario de Villa Devoto, sin duda su participación en "El Arca" (espacio privilegiado de contacto estrecho con hermanos y hermanas de capacidades diferentes) ha dejado impresa en él una fuerte experiencia de vida comunitaria, fruto de aquella honda convivencia horizontal con estos hermanos.

Nos dice en la pág. 16:

*"a una persona con discapacidad no le interesa si uno tiene un título de grado o postgrado o si tiene una importante trayectoria o incluso si tiene una posición económica más acomodado. No, solo le interesa si uno está presente ahí compartiendo ese momento... Estas personas que tenían una deficiencia intelectual, tenían la capacidad de conectar más con el corazón, con lo esencial de la vida humana, más allá de las apariencias".*

Luego relata su experiencia en un Centro Terapéutico para personas con autismo:

*"en esos años tome conciencia de lo que significa ser una minoría excluida. Nunca voy a olvidar la lucha incansable de muchos padres para dar a sus hijos una vida digna y por otro lado, la dureza de una sociedad que en muchos aspectos no facilita estas cosas" (pág. 17).*

La crisis cultural del vínculo con lo trascendente, con nosotros mismos, con los demás y con la naturaleza, que el autor describe de un modo claro y sencillo, nos deja arrinconados en un individualismo que domina ampliamente nuestra cultura, nos priva de la experiencia de fraternidad, y nos vuelve analfabetos para convivir con nuestras diferencias y diversidades.

Se oscurece el valor de nuestro aporte personal al Bien Común y el sentido profundo de pertenencia que nos permite crecer como personas en una atmósfera de respeto por la dignidad de cada uno, en donde se va revelando lo mejor de nosotros mismos.

Barilatti postula a la fe como absolutamente necesaria para la creación de un espacio educativo pleno de sentido y valor. Ahora bien, nos podemos preguntar a qué tipo de fe se refiere, o qué es la fe para el autor.

Esta pregunta me parece fundamental porque él la propone como la clave de la identidad y de la misión de la Escuela Católica. Santo Tomas distingue tres dimensiones del acto de fe: una que consiste en las verdades en las que creo y a las que adhiero. Otra dimensión que se basa en la confianza que me provoca aquel que me revela a través de su palabra esta verdad. Pero hay una tercera dimensión que tiene que ver con el abandono total y confiado en las manos de Dios. Es una fe que solo opera por la caridad, por el amor. Es una fe entregada, como la de la Virgen. A este tipo de fe alude el Papa Benedicto en el Discurso preparatorio a la Conferencia de Aparecida en el 2007:

*“¿Qué nos da la fe en este Dios? La primera respuesta es: nos da una familia, la familia universal de Dios en la Iglesia católica. La fe nos libera del aislamiento del yo, porque nos lleva a la comunión: el encuentro con Dios es, en sí mismo y como tal, encuentro con los hermanos, un acto de convocación, de unificación, de responsabilidad hacia el otro y hacia los demás. En este sentido, la opción preferencial por los pobres está implícita en la fe cristológica en aquel Dios que se ha hecho pobre por nosotros, para enriquecernos con su pobreza (cf. 2 Co 8, 9)”.*

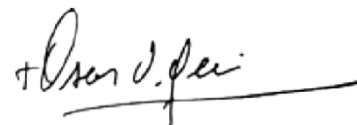
Esta cita tiene una riqueza capital porque abre la fe a la horizontalidad vincular con el prójimo, excluyendo toda forma de individualismo para vivir el encuentro auténtico con Jesucristo.

A partir de esta concepción de la fe, el texto de Barilatti puede incluirse de lleno en el Pacto Educativo Global propuesto por el Papa Francisco como modo de vertebrar una educación abierta y respetuosa de todas las diversidades y que supone una fidelidad íntegra a la fe católica, ya que es desde la fe que el Papa realiza este llamado universal. Los compromisos de este Pacto Global son: a. poner a la persona en el centro de la educación, b. escuchar a las jóvenes generaciones, c. promover a la mujer, d. responsabilizar a la familia acerca de la educación, e. abrirse a la acogida, f. renovar la economía y la política, g. cuidar la casa común.

Un aporte destacado en esta reflexión sobre los desafíos de la Escuela Católica en el marco del Pacto Educativo Global, lo encontramos en la sección referida al Perfil del egresado o egresada. Allí se plantean algunas preguntas: *“¿Qué es lo que buscamos promover en nuestros estudiantes? ¿con que sello o impronta queremos que salgan de nuestras escuelas al mundo? ¿sobre qué valores van a imaginar y llevar adelante un proyecto de vida?”* (pág. 170).

Como respuesta, el autor ensaya distintos perfiles. El primero es el del “gladiador”, el cual percibe la vida como un combate por la supervivencia. El segundo es el del “alpinista”, que tiene pasión por ascender y llegar a la cumbre más alta. Para él la vida es sobre todo una conquista, una carrera de superación personal. El tercero es el del “buen samaritano”, para el cual la vida no es una lucha sino una travesía donde, en el encuentro con los demás, aparecen la compasión y la colaboración. Y, por último, está el perfil del “jardinero”, quien desarrolla un espíritu contemplativo que le permite una mirada profunda sobre la realidad, sabiendo entre otras cosas, que no todo depende de él. Se destaca por la capacidad de cultivar y por una actitud de cuidado.

Pienso que este libro ayuda a pensar y a repensar la educación y que puede ser muy útil para compartir como educadores los interrogantes y las posibles soluciones que plantea.



**Mons. Oscar Ojea**  
Obispo de San Isidro

## Prólogo

Todo libro nace con un propósito y éste no es la excepción. El título *¿Dónde está tu fe?* anuncia el tono profético del texto. El objetivo es claro: despertar, incomodar y movilizar la escuela católica. Despertar, mediante reflexiones sólidas; incomodar señalando a través de observaciones agudas la falta de rumbo; y por último movilizar, para promover una verdadera transformación educativa.

En una época en la cual estamos inundados de datos el libro logra captar realidades escolares que no son fácilmente medibles pero que sin dudas condicionan la vida en las aulas. Un primer gran mérito es que logra poner en palabras el malestar y desazón que se respira en muchas escuelas católicas. Su mirada aguda logra penetrar no solo los síntomas de esos malestares, sino que expone con ejemplos cotidianos y vívidos los problemas profundos que dan origen a estas dichas sensaciones.

Este libro está dirigido a una audiencia amplia: cualquier docente o directivo que viva su día a día en la escuela se sentirá profundamente interpelado por esta descripción reveladora sobre la compleja situación existencial de nuestras instituciones educativas. Un presente que se explica con la falta de sentidos profundos que se vive en muchas escuelas.

Fernando ofrece una síntesis única de los desafíos que enfrenta la escuela católica. Sus experiencias de vida se entrelazan como piezas de un rompecabezas que otorgan mayor profundidad e impacto a su argumento. Su capacidad de realizar una síntesis original le permite combinar de manera significativa los aportes de la teología del magisterio de Francisco, su vasta experiencia como educador y las coordinadas sobre sostenibilidad. Así, las intuiciones que comparte tienen el sabor de un testimonio genuino y de una sensibilidad capaz de reconocer tanto el cansancio presente en las escuelas como los destellos de esperanza. Esta combinación de diversas experiencias y campos del conocimiento logra situar al lector en la urgencia que vive la escuela católica evitando caer en miradas dogmáticas.

Uno de los ejes centrales del diagnóstico de Fernando es la dificultad para cultivar lo común en un contexto de globalización de la indiferencia, donde la vida tiende a volverse cada vez más centrada en el individuo. Frente a ese contexto es urgente volver a plantear preguntas fundamentales como: ¿Qué hay más allá de mi subjetividad? ¿Por qué hay que compartir la vida con los demás? ¿Soy responsable de mi prójimo? Las respuestas prefabricadas ya no bastan. Por ello, Fernando invita a las escuelas a recorrer ese camino que eventualmente alumbre nuevos sentidos profundos y una verdadera identidad.

En este contexto, surge el enorme desafío de educar a las próximas generaciones más allá de la cultura del bienestar individualista. Aquí, Fernando ofrece una luz en el camino: la educación para la sostenibilidad. El cuidado de la casa común irrumpe como una oportunidad incomparable para cultivar en los estudiantes la capacidad de reconocer lo común.

Una advertencia que nos deja la lectura es que la conexión entre lo personal y lo social es un aspecto al que la escuela católica debe prestar mayor atención. Al observar los entornos escolares, el libro describe como muchas veces las subjetividades se desanclaron de las prácticas educativas cotidianas resintiéndose los vínculos entre los miembros de la comunidad educativa.

Otra gran intuición del libro es la importancia que destaca en la convivencia escolar. Fernando subraya que “la convivencia se ha convertido en uno de los asuntos más críticos y desafiantes de la tarea educativa” (p. 118), y señala que cada vez estamos menos preparados para enfrentar estos retos. Este desafío ofrece, sin embargo, una oportunidad única para renovar el pacto educativo. Es urgente construir nuevos consensos que se traduzcan en proyectos específicos capaces de inspirar y entusiasmar a docentes, familias y estudiantes.

Finalmente, la propuesta de Fernando es clara: renovar la escuela para hacerla más profundamente humana. Para ello, será fundamental que las escuelas potencien su imaginación y desarrollen una dosis sustantiva de audacia. Nuevas realidades piden nuevas respuestas en las escuelas católicas. Este libro brinda innumerables aportes para comenzar una reflexión urgente que inspire todos los rincones de la práctica educativa.



**Ezequiel Gómez Caride**  
Profesor Investigador  
Escuela de Educación  
Universidad de San Andrés

## **Introducción: Coordenadas iniciales**

### **Aguas agitadas**

Si estás leyendo este libro es probable que estés embarcado en algún proyecto educativo relacionado con la Escuela Católica. Puede que seas docente, directivo, miembro de una organización educativa, estudiante, o simplemente tengas algunas inquietudes sobre el tiempo presente y cómo la educación debe ayudarnos a transitarlo. De uno u otro modo, sos parte de la tripulación de esta barca que navega mar adentro por las aguas de la vida y de la historia.

Por momentos, sentimos que la barca de la Escuela Católica se zarandea resistiendo las embestidas de diferentes oleajes. Surgen preguntas, incertidumbres, y en algunas ocasiones algunos temores. Y no sin razón: ¡Las aguas están agitadas! Y por momentos ingresan a la barca provocando riesgos de naufragio.

Si levantamos la mirada y observamos los acontecimientos emergentes actuales, el panorama es ciertamente preocupante.

En distintos lugares del mundo se multiplican los conflictos bélicos. Las guerras entre países o grupos buscan demostrar el poderío de destrucción que poseen frente a sus adversarios. Al mismo tiempo, las desigualdades sociales y la inequidad crecientes llevan a que una buena parte de la población del planeta no pueda cubrir sus necesidades básicas en referencia a la alimentación, la salud y la educación. Si bien crecen las declaraciones sobre la dignidad de la vida y los derechos humanos, decrecen las condiciones reales para ejercerlos o garantizarlos.

Por otro lado, las cuestiones ambientales se hacen visibles en forma contundente en la crisis climática. Los informes científicos son poco alentadores al respecto. Pese a la contundencia de los hechos y las advertencias que provienen de diferentes ámbitos, la humanidad no ha podido frenar hasta al momento la acción de daño que se ejerce hacia el planeta, nuestra Casa Común.

En otro orden de cosas, se debilitan las democracias y sistemas representativos, debido en buena parte al descontento general de la ciudadanía, la polarización política, la corrupción, etc. Tampoco existe una gobernanza global con la suficiente autoridad y poder real para tomar decisiones que puedan torcer el rumbo de los acontecimientos en favor del bien común de la humanidad.

Por último, avanza una nueva revolución tecnológica de la mano de la Inteligencia Artificial (IA) que impacta en diferentes dimensiones de nuestra vida: el mundo del trabajo, las comunicaciones, los entornos y prácticas educativas, etc. No tenemos una idea remota de hasta qué punto la IA alterará el orden establecido.

Si vamos más profundo, percibimos una corriente fuerte de cambio cultural. Muchas cosas están cambiando, y a una velocidad difícil de asimilar. Se puede hablar de un cambio de época. Las costumbres y los valores tradicionales están mutando, perdiendo vigencia. Todo esto decanta en una crisis fuerte referida al sentido existencial, a la sensación creciente de que se van borrando las coordenadas orientadoras que solían guiar nuestro rumbo de navegación.

En medio de esta turbulencia de cambio de época no podemos dejar de hacernos algunas preguntas: ¿cómo debe posicionarse la Escuela Católica en este complejo escenario? ¿Qué tiene ella que ver con estas circunstancias? ¿Qué responsabilidad y qué posibilidades tiene de influenciar en el rumbo a tomar? ¿Cuál podría ser su aporte en esta encrucijada tan desafiante?

El agua agitada del contexto cultural actual ingresa en la barca de la Escuela Católica. Esto nos moviliza, provoca incertidumbre, desconcierto, y también temor. Y es lógico que así sea, pues en muchos sentidos la vida de la familia humana está amenazada.

Resuena la pregunta de Jesús a sus discípulos: *¿dónde está la fe de ustedes?* La podemos trasladar de modo simbólico a la Escuela Católica: *¿Dónde está tu fe?, o sea, ¿cuál es tu fuente de inspiración para llevar adelante tu tarea educativa? ¿en qué ponés tu seguridad?, ¿a qué le dedicás tus mayores esfuerzos? ¿en qué, o en quién, ponés tu esperanza?*

Puede que, en nuestra barca que es la Escuela Católica, Jesús esté dormido. ¡Quizás sea hora de despertarlo!

## **La Escuela Católica: la necesidad de pensar el sentido**

La Escuela Católica navega en un mar muy agitado, de cambio acelerado profundo. Y lo hace no solo evitando el naufragio, lo cual respondería a un instinto de supervivencia elemental, sino, sobre todo, intentando establecer un rumbo.

En medio de este escenario desafiante, desde la Escuela Católica podríamos simular una calma ficticia, y hacer de cuenta que podemos seguir como si nada realmente estuviera sucediendo. ¡Sería una ilusión! Aunque, tengamos en cuenta que, una escuela puede “funcionar bien” sin tener una idea de hacia dónde va y qué es lo que la moviliza. En virtud de la solidez de su estructura, puede mantenerse a flote aun cuando va a la deriva.

Sin embargo, los oleajes de este tiempo son cada vez más intensos y embisten con fuerza creciente. La estructura escolar cruje, y nos obliga a hacer frente de forma activa a la turbulencia. Ya no se puede permanecer indiferentes. Los cuestionamientos ingresan a nuestras instituciones como el agua en la tormenta. La turbulencia nos arranca de nuestra pasividad, dando lugar a preguntas y múltiples desafíos emergentes.

Sabemos que hay muchas preguntas en torno a la escuela en general. En la actualidad las escuelas están atravesadas por fuertes cuestionamientos en cuanto a los contenidos que enseñan, las metodologías, estrategias didácticas, etc. Existen numerosas reflexiones y análisis que desde distintas perspectivas cuestionan la vigencia del sistema escolar en sus formas y características constitutivas.

Pero para las escuelas católicas el panorama es aún más complejo. El proceso de secularización creciente y el cuestionamiento de las formas tradicionales de la religión tienden a interpelar el corazón de la Escuela Católica, su sentido profundo, su razón de ser y sus propósitos para el hacer. Lo religioso y la dimensión de la fe, que es lo distintivo propio de la Escuela Católica, van perdiendo adherencia y aceptación en la arena pública de la sociedad.

Por tanto, estos oleajes contextuales nos llevan a enfocarnos en la cuestión del sentido que tendría actualmente una educación inspirada desde el catolicismo. No hay que situarse necesariamente en una mirada trágica o de nostalgia. Desde esta perspectiva solo van a expandirse el temor y la parálisis. El tiempo presente es siempre una oportunidad para crecer hacia algo más pleno. Incluso el secularismo puede ser asimilado como ocasión para ir más hondo y encontrar formas más auténticas para vivir la fe y recalibrar el sentido de la Escuela Católica en las circunstancias actuales.

Cuando nos referimos al sentido de la Escuela Católica, nos enfocamos sobre todo en la cuestión de la identidad (desde dónde) y misión (hacia dónde). Dos componentes esenciales e inseparables que configuran el horizonte de sentido. La identidad se explicita en la misión y la misión encuentra su punto de apoyo en la identidad. Estos conceptos están íntimamente implicados.

Ahora bien, lo que puede ser claro y fácilmente distinguible en el orden abstracto y conceptual, no lo es tanto en el orden de la realidad concreta. En la actualidad, muchas instituciones católicas existen o “subsisten” sin tener una idea clara de cuál es el propósito o su razón de ser en este escenario global secular y plural. O más bien, suele haber claridad en la enunciación de sus idearios (muchos inspirados en el discurso formal de la Iglesia), y luego una cierta dificultad por llevarlos a la práctica en las condiciones epocales presentes.

Las escuelas católicas, por ejemplo, pueden experimentar algunas tensiones “entre gratuidad y eficiencia, contención y exigencia, entre personas y sistemas, entre la atención de los más frágiles y la promoción de los más capaces, etc.”<sup>1</sup>.

En este trabajo tomamos como referencia el pasaje de la tempestad calmada (Lc 8,22-25). Allí Jesús hace a sus discípulos esta pregunta: “¿Dónde está la fe de ustedes?”. Los discípulos, llenos de temor, van en la barca y sienten que sus vidas corren peligro en medio de la tormenta y las aguas agitadas. En aquella escena, Jesús calma

---

<sup>1</sup> Moscato, R. (2015). *Los desafíos actuales de la educación católica: fronteras y encrucijadas, horizonte y camino*. Foro Educativo de La Vicaría de Educación Del Arzobispado de La Ciudad de Buenos Aires.

las aguas y no permite que el miedo y la angustia precipiten a los discípulos hacia el naufragio de la desesperación. Pero les hace también una pregunta que interpela todo su ser: “¿Por qué tienen miedo, acaso no sabían que yo estoy con ustedes?”

Nosotros, en nuestras escuelas católicas, ¿sabemos si Jesús está en la barca? ¿Tenemos conciencia de ello? ¿Cómo hacemos visible esta presencia? ¿De qué modo configura nuestros proyectos educativos? ¿O se trata de una presencia que duerme en un ideario que yace al margen de la vida escolar cotidiana?

## **Nuestro punto de partida**

Para este recorrido, tomamos como punto de partida el trabajo de investigación que realicé en la Ciudad de Buenos Aires (Argentina), titulado: “*Desde dónde y hacia dónde: Identidad y Misión de la Escuela Católica en el contexto actual*”<sup>2</sup>. El objetivo principal de la investigación fue describir y caracterizar las percepciones de directivos de Escuelas Católicas ubicadas en la Ciudad de Buenos Aires en referencia a la identidad y la misión de la Escuela Católica en el contexto secular actual. Para lograrlo entrevisté a directivos de escuelas católicas con el objetivo de indagar acerca de los elementos que, desde sus percepciones, constituían la identidad católica de sus escuelas, como así también los desafíos que visualizaban en relación a la educación católica en las coordenadas epocales presentes. Se puede decir que, en general, las respuestas coincidieron con las que surgen de las investigaciones a nivel global en relación a la identidad y misión de la educación católica en el presente.

En el transcurso de la investigación fue apareciendo con claridad que la Escuela Católica se encontraría atravesando una doble crisis: por ser “escuela” y por ser “católica”. Y desde esta coyuntura nos preguntamos: ¿Cómo se está posicionando la Escuela Católica en este complejo escenario secular que puede presentarse como adverso u hostil? ¿Es posible para ella mantener su identidad en medio de estos cambios epocales profundos?

Arriesgamos una primera hipótesis y afirmamos que a la Escuela Católica le estaría costando más “ser católica” que “ser escuela”. Desde su “ser escuela”, las instituciones educativas católicas siguen el cauce marcado por la gramática escolar moderna. Desde este lugar, su identidad y misión podría asemejarse a la de las escuelas no confesionales. La dificultad surge cuando queremos comprender su identidad y misión desde el diferencial católico. Y se complejiza aún más si tenemos en cuenta la multiplicidad y diversidad de contextos donde se ubican las escuelas

---

<sup>2</sup> Barilatti, F. (2022). *Educación católica: ¿desde dónde y hacia dónde? Identidad y misión de la escuela católica en el contexto actual* (Tesis de Maestría. Director: Dr. Ezequiel Gómez Caride. Universidad de San Andrés). Disponible en: <https://repositorio.udesa.edu.ar/jspui/handle/10908/23415>

católicas. Aquí es donde suelen surgir dificultades y desafíos frente al secularismo y a las demandas del mercado educativo.

Varios autores advierten que en la Escuela Católica se estaría diluyendo lo distintivo de su identidad y misión, a pesar de que en muchos lugares se destaca, por ejemplo, por sus buenos indicadores de éxito académico.

## **Ampliando la mirada**

La investigación que constituye el punto de partida de esta reflexión, si bien aportó elementos importantes sobre la identidad y la misión de la Escuela Católica en el presente, lo hizo sobre todo desde un plano sociológico.

En el recorrido que propone este libro, vamos a trascender las fronteras de la sociología para incorporar otros aportes de la cosmovisión cristiana y la reflexión de la Iglesia. Sobre todo, vamos a tener presente al magisterio del Papa Francisco, quien asume el discurso de la tradición eclesial, dándole un nuevo y creativo impulso a la luz de los acontecimientos actuales. Considero, además, que sus aportes son especialmente significativos para el ámbito educativo. Dentro de este amplio espectro, destacamos principalmente tres documentos: *Evangelii Gaudium* (EG), *Laudato Si'* (LS) y *Fratelli Tutti* (FT). Creo que estos documentos sintetizan de un modo particular el magisterio de Francisco. Por tanto, sumamos al trabajo de investigación anterior, aportes que provienen de la mirada de fe y la luz que aporta el evangelio.

Es evidente que para la Iglesia la cuestión de la identidad y misión de la Escuela Católica es un tema candente, sobre el cual urge una reflexión. Así lo demuestran documentos recientes promulgados por la Congregación para la Educación Católica en los que se afirma que “es urgente redefinir la identidad de la escuela católica para el siglo XXI” (2014), en orden a tener “una mayor conciencia y consistencia de dicha identidad en las instituciones educativas de la Iglesia en todo el mundo” (2022).

A su vez, el Papa Francisco, en el año 2019<sup>3</sup>, y luego en el 2020, ha convocado a todas las instituciones educativas a un gran Pacto Educativo Global. Uno de los puntos clave de esta convocatoria es el de repensar la educación y ver de qué modo esta puede ser el motor real de una transformación cultural y social en pos de una

---

<sup>3</sup> El 12 de septiembre de 2019 Francisco pronuncia un mensaje para convocar el lanzamiento del encuentro en vistas al Pacto Educativo Global, que sería el 14 de mayo de 2020 en Roma (Disponible en <https://www.youtube.com/watch?v=XHzn1GTR2HU>). Debido a la Pandemia del COVID, este encuentro tuvo que posponerse. Por este motivo el 15 de octubre de 2020, el Papa Francisco relanza la convocatoria aún al Pacto Educativo Global (Disponible en [https://www.youtube.com/watch?v=8L\\_FTyoQOI-E&t=4085shttps://www.youtube.com/watch?v=XHzn1GTR2HU](https://www.youtube.com/watch?v=8L_FTyoQOI-E&t=4085shttps://www.youtube.com/watch?v=XHzn1GTR2HU)).

sociedad más fraterna que sienta, como familia humana, la responsabilidad de cuidar la Casa Común. En aquella convocatoria Francisco advertía que *hoy más que nunca, es necesario unir los esfuerzos por una alianza educativa amplia para formar personas maduras, capaces de superar fragmentaciones y contraposiciones y reconstruir el tejido de las relaciones por una humanidad más fraterna* (Lanzamiento Pacto Educativo Global, 12 de septiembre de 2019).

Sin duda está latente la fuerte convicción de que la educación tiene la llave o la oportunidad de promover paradigmas alternativos, más humanos, más solidarios. Pero también sabemos que la educación puede ser una reproductora de un cierto orden actual, que no estaría al servicio de la fraternidad universal. Por tanto, no toda educación transforma en positivo, y aunque a veces apliquemos este discurso a la totalidad del quehacer educativo sin distinciones, es momento de empezar a distinguir cuándo la educación colabora para avanzar por los caminos del cuidado y la fraternidad, y cuándo agudiza las tendencias al aislamiento y el daño.

El Papa Francisco afirmó con claridad en *Laudato Si'* que la llave para la generación de un nuevo orden mundial viene de la mano de la educación y la espiritualidad. Ellas tienen la posibilidad de promover procesos profundos de cambio, y no sólo acciones aisladas carentes de una visión inspiradora. En este sentido, afirma que *la educación será ineficaz y sus esfuerzos serán estériles si no procura también difundir un nuevo paradigma acerca del ser humano, la vida, la sociedad y la relación con la naturaleza* (LS 215).

Si a los planteos que surgen del campo de la investigación sociológica sobre la educación católica, sumamos también aquellos que surgen del magisterio eclesial y de la sabiduría profunda contenida en el Evangelio, nos vamos a encontrar con un elenco amplio de interrogantes referidos a la identidad y misión de la Escuela Católica en el presente.

## **El catalejo del escritor**

En nuestra mirada y en nuestro espectro visual confluyen habitualmente muchas cosas que están relacionadas con lo que sentimos, lo que pensamos, lo que hemos vivido. El camino transitado tiene una influencia importante en el catalejo por el cual observamos la vida y sus circunstancias.

En este caso, dada la temática en cuestión y la influencia que pueden tener las experiencias previas, me parece importante describir brevemente el camino vital recorrido. De algún modo, aquello que puede estar presente en la lente o "catalejo" de quien escribe.

Teniendo en cuenta el recorrido que tenemos por delante, me voy a detener especialmente en algunas experiencias o hitos que fueron importantes en relación a la reflexión sobre la Escuela Católica que propongo en este libro.

Comienzo por el entorno familiar, aquella experiencia fundante que siempre está latente en todo lo que somos y hacemos. Nací y crecí en el seno de una familia católica. La fe era algo que se daba por sentado. Participábamos de la misa dominical y de otros ritos propios de la tradición cristiana. Existía un vínculo con la parroquia cercana, y en general, la vida de fe estaba unida a un compromiso social de colaboración hacia los más necesitados. En casa, podría decir, había viento a favor en lo relativo a las cuestiones religiosas.

En continuidad con lo vivido en el seno familiar, transité mi escolaridad en un colegio católico tradicional perteneciente a una congregación cuyo carisma está principalmente enfocado en la educación católica. Allí recibí una educación en la fe en un formato "clásico": la catequesis como parte de la propuesta educativa, incluyendo la preparación para los sacramentos; algunos ritos religiosos instalados en la dinámica escolar (como la oración al principio de las actividades); algunos espacios de convivencias y retiros por fuera de la rutina diaria, etc.

Creo que, en este colegio, sucedía lo que en tantos otros pertenecientes a congregaciones religiosas: el secularismo creciente, sumado a la baja progresiva de personal consagrado capaz de mantener viva la mística de la fe, generaban una coyuntura compleja en referencia a la clave pastoral como elemento integrador del proyecto educativo.

En paralelo con la escolaridad, tuve algunas experiencias de participación en actividades parroquiales: grupos de jóvenes, misiones, actividades de servicio. Aquí conocí a varios sacerdotes que, de algún modo, despertaron en mí una cierta admiración, y también la inquietud por la vida sacerdotal como una opción de vida.

Así fue como, luego de un breve paso por la carrera de medicina, ingresé al seminario de la Arquidiócesis de Buenos Aires, donde pasé varios años intentando discernir la vocación al sacerdocio. Al final, tomé la decisión de dejar este camino.

De todas formas, creo que esos años en el seminario fueron muy fecundos. Acompañado por personas muy conocedoras de la vida espiritual, tuve la posibilidad de explorar la geografía de la propia interioridad, tomar conciencia de los recovecos del corazón, comprender que la fe no es algo extraño o alejado de lo humano, sino que, al contrario, una fe bien vivida nos ayuda a asumir nuestra humanidad en plenitud.

También conocí de cerca el amplio espectro de la Iglesia institucional, con sus luces y sus sombras. Encontré en ella personas muy valiosas, que vivían su opción de fe a fondo, al servicio del Pueblo de Dios. Entendí con claridad que el cristianismo es más que una buena causa humanitaria.

Aunque también sentí venir el otoño de algunas formas o estructuras eclesiales. Estructuras que quizás ya no acompañaban el crecimiento de la vida, sino que más bien tendían a sofocarlo. Formas de estar en esta historia que de algún modo iban perdiendo su vigencia. Sobre todo, porque a través de ellas la Iglesia no insinuaba o dejaba traslucir la presencia en la historia del Dios de la vida.

Recuerdo que en una ocasión escuché decir a un cura anciano de la congregación de Don Orión: "Preparémonos, porque vienen tiempos en el que los vientos del Espíritu van a sacudir fuertemente al árbol de la Iglesia, y van a caer muchas hojas y ramas secas"

En el seminario, que en buena medida era un ambiente de oración y estudio, constaté entre otras cosas, la distancia que puede haber entre la cabeza y el corazón. Podemos adquirir un desarrollo intelectual de alto vuelo, pero seguir carreando en los asuntos del corazón y las relaciones humanas. Pude comprender también cómo Dios y lo religioso pueden ser un canal de evasión de la realidad cuando no están estrechamente vinculados a las relaciones con los semejantes.

Al dejar el seminario, sentía que algunas inquietudes y búsquedas todavía latían con fuerza en mi interior. Fue así como llegué a la Comunidad del Arca, movimiento al que había conocido hace algunos años y que generaba en mí un cierto entusiasmo, sobre todo por la visión del mundo y la filosofía de vida que promovía. En pocas palabras, el Arca propone compartir la vida con personas que tienen una discapacidad intelectual, estableciendo con ellas relaciones de amistad.

Lo fundamental en el Arca es la Comunidad, eso que tanto anhelamos y al mismo tiempo a lo que tanto le tememos, como si de algún modo lo comunitario pudiera restringir nuestra libertad individual o anhelos de realización personal. Comprendí que la Comunidad es más que un club de amigos y que implica un sentimiento de pertenencia y compromiso fuerte en torno a una misión que tiene que ver con un bien común. Cuando se logra constituir la Comunidad, entonces esta se vuelve un lugar de vida y resurrección. Así sucedía con muchas personas que llegaban "muy rotas" al Arca, con historias cargadas de dolor y sufrimiento, y luego de un tiempo de respirar el aire comunitario, volvían a experimentar el deseo de vivir.

En la Comunidad del Arca pasé los siguientes seis años. Fue una experiencia muy diferente a la del seminario, diría complementaria. Aquí me sumergí de lleno en el mundo relacional, afectivo. No eran relaciones tan mediadas por lo intelectual. Sino que apelaban más a la espontaneidad del corazón, a entretener relaciones de amistad, sencillas y auténticas, con las personas que tenía alrededor, comprendiendo que cada uno tiene sus particularidades y limitaciones (algunas más visibles que otras).

Es frecuente acercarse a una persona con discapacidad con la intención de ayudar, o colaborar para mejorar sus condiciones de vida. Pero, cuando estableces una relación de amistad cambia la perspectiva. Esa relación se vuelve una oportunidad

para transitar un camino de transformación interior. Es como si te permitiera mirar la vida por una ventana diferente. Muchas veces es una invitación a crecer, a salir de nuestros propios esquemas (rígidos, estrechos y ¡cómodos!). Estos encuentros suelen ser una oportunidad para crecer en humanidad. Conocí muchas personas con discapacidad intelectual que habían desarrollado un gran sentido de humanidad. Y al mismo tiempo, conocí también muchas personas con una gran capacidad intelectual, que, en cambio, parecían haber desarrollado una cierta inhumanidad, como una falta de sensibilidad hacia cuestiones humanas básicas.

A una persona con discapacidad no le interesa si uno tiene un título de grado o posgrado, o si tiene una importante trayectoria, o incluso si tiene una posición económica más acomodada. No, solo le interesa si uno está presente ahí compartiendo ese momento. En el Arca eran las personas con discapacidad intelectual las que hacían posible la vida comunitaria. Era a través de su debilidad expuesta que se generaba ese mundo de relaciones auténtico. Se decía que el Arca era de algún modo un signo contracultural. Allí se daban vuelta los parámetros de éxito y poder que suelen regir en nuestras relaciones humanas. Estas personas que tenían una deficiencia intelectual, tenían la capacidad de conectar más con el corazón, con lo esencial de la vida humana, más allá de las apariencias.

En el Arca pude visualizar un modelo de desarrollo más humano, que era esencialmente comunitario, y era comunitario porque asumía la fragilidad y la vulnerabilidad como posibilidad para el encuentro. De este modo, los descartados, “los perdedores”, pasaban a ocupar un lugar central en la construcción de la comunidad. Allí entendí por primera vez aquello del evangelio que dice que “la piedra que desecharon los constructores, ha llegado a ser la piedra angular” (Mt 21,42).

A los años en el Arca siguieron otros en los que trabajé en un Centro Educativo Terapéutico para personas con particularidades del espectro autista. Conocí lo que es un proyecto educativo personalizado: pensar un espacio y un tiempo educativo según las necesidades y las posibilidades de cada persona. Cuando se logra un ambiente adecuado, en el que la persona se siente invitada a integrarse, se da el crecimiento y el desarrollo. Muchas de estas personas venían incluso de intentos de integraciones frustradas en ambientes escolares “normales”. Cuando llegaban a este espacio, se lograba lo que la educación formal en su formato tradicional no había podido: un proyecto educativo personalizado.

Comprendí también los límites estructurales que pueden tener en muchos casos las escuelas convencionales, a las cuales, la integración de personas con capacidades diferentes, les implicaría un cambio profundo en su visión y en su forma cotidiana de llevar adelante la tarea educativa.

También en esos años tomé conciencia de lo que significa ser realmente una minoría excluida. Nunca voy a olvidar la lucha incansable de muchos padres para poder dar a sus hijos una vida digna. Y, por otro lado, la dureza de una sociedad que

en muchos aspectos no facilita las cosas. Que, al contrario, tiende a poner piedras en el camino, dejando a muchas personas y a sus familias al margen, en el rincón de los olvidados. ¡Qué injusticia! Es como si la sociedad dijera: “te tocó esta situación, bueno, ¡arreglate como puedas! Nosotros no tenemos nada que ver y poco podemos hacer”.

Finalmente llegué al espacio de la educación formal. En estos últimos años me ha tocado asumir la responsabilidad de la dirección general de las escuelas donde estuve. La escuela, para llamarla de un modo universal, es un espacio que se debate entre sus posibilidades y sus límites. La crítica escolar es ambivalente, de acuerdo al enfoque o la perspectiva con que se aborde a la escuela. Ciertamente se trata de un ámbito atravesado por múltiples cuestionamientos.

Cuando uno forma parte de un equipo directivo de una escuela, tiene que estar atento a varios frentes en simultáneo. Algunos tienen que ver con la urgencia diaria, con los temas de “supervivencia”. Otros, quizás más importantes, pueden quedar relegados a un segundo plano, sobre todo cuando se intensifica el caudal diario de la vida escolar. Pero sin duda, la responsabilidad más importante de un equipo directivo, es la de pensar y gestionar el rumbo, el horizonte, la visión inspiradora. Y esto no siempre resulta sencillo, o posible. En la vida cotidiana de la escuela, es habitual quedar atrapado en las “tareas de mantenimiento”, o sea, en lo estrictamente necesario para mantener la barca a flote y funcionando más o menos bien. Es un gran desafío el generar el espacio y la posibilidad para pensar el sentido y el rumbo.

Por último, y en paralelo con varias de las etapas mencionadas con anterioridad también está la escuela de mi familia, con mi esposa y mis hijas. ¡Aquí todavía soy aprendiz y principiante!

## **La hoja de ruta: ¿cómo leer este libro?**

Este libro no es un manual de lo que debe ser la Escuela Católica. Tampoco busca presentar un caso de éxito o poner a disposición un repositorio de buenas prácticas.

Más bien busca compartir algunas preguntas y reflexiones sobre nuestro quehacer cotidiano en el ámbito de la Escuela Católica. Es una invitación a recorrer un camino, a dejarse interpelar y poder focalizar en algunos aspectos desafiantes de nuestra tarea educativa.

Podría decir que en algún sentido es sobre todo un ejercicio de pensamiento holístico, de intentar ver las conexiones que existen entre lo que somos y lo que hacemos en las diferentes dimensiones de la vida escolar. Desde esta perspectiva, intentaremos mirar a la escuela en su totalidad, y no solamente en algún espacio o área particular. En definitiva, todo lo que hacemos, el modo en el que lo llevamos

adelante, responde a una visión, y deja una determinada impronta en las personas involucradas en la tarea educativa (estudiantes, docentes, familias, etc.).

En esta línea y en sintonía con la convocatoria universal que hace el Papa Francisco a través del Pacto Educativo Global, este libro podría ser de interés para los educadores y educadoras, que quizás no comparten la mirada de fe, pero si la inquietud por promover una educación en pos de la fraternidad universal y una cultura del cuidado hacia nuestra Casa Común.

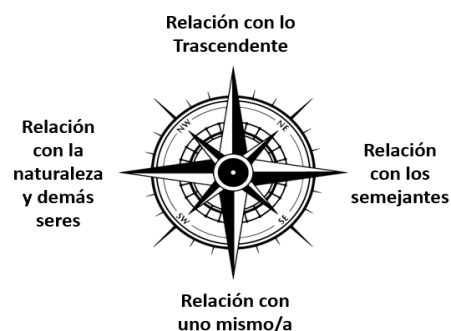
Para establecer una hoja de ruta, tomamos como matriz de fondo la concepción del “ser relacional”. Partimos de la idea de que somos esencialmente seres en relación. Este es el significado que le atribuimos a la palabra “persona”: ser “desde, con y hacia” otros. Cuando vivimos mejor estas relaciones es cuando somos mejores personas. Cuando por diferentes motivos, las relaciones se desvirtúan, nos despersonalizamos, y en algún punto nos deshumanizamos.

El “ser relacional” tiene su fundamento en el Dios Trinitario: Dios es relación, y nosotros somos imagen y semejanza de este Dios que es Comunidad. *Las Personas divinas son relaciones subsistentes, y el mundo, creado según el modelo divino, es una trama de relaciones. Las criaturas tienden hacia Dios, y a su vez es propio de todo ser viviente tender hacia otra cosa, de tal modo que en el seno del universo podemos encontrar un sinnúmero de constantes relaciones que se entrelazan secretamente. Esto no sólo nos invita a admirar las múltiples conexiones que existen entre las criaturas, sino que nos lleva a descubrir una clave de nuestra propia realización. Porque la persona humana más crece, más madura y más se santifica a medida que entra en relación, cuando sale de sí misma para vivir en comunión con Dios, con los demás y con todas las criaturas. Así asume en su propia existencia ese dinamismo trinitario que Dios ha impreso en ella desde su creación. Todo está conectado, y eso nos invita a madurar una espiritualidad de la solidaridad global que brota del misterio de la Trinidad (LS 240).*

Las relaciones, por tanto, nos ubican en la existencia, nos dan los puntos cardinales para comprendernos en profundidad.

En el ser relacional distinguimos cuatro dimensiones fundamentales, que son las que de algún modo nos proveen las coordenadas existenciales:

- 1. Relación con lo Trascendente**
- 2. Relación con nosotros mismos**
- 3. Relación con los otros semejantes**
- 4. Relación con la naturaleza y demás seres**



Otra referencia importante para el recorrido que tenemos por delante es la escena de la Tempestad (Lc 8,22-25) que podemos visualizar en la tapa del libro, a la que

volveremos al comienzo de cada sección. En esta imagen distinguimos tres elementos principales:

**1- Los Oleajes:** en ellos vamos a identificar algunos elementos del contexto cultural actual, que destacamos como importantes en referencia a cómo pueden impactar en las personas y/o instituciones;

**2- La Barca:** vemos en ella a la Escuela Católica que está siendo fuertemente zarandeada por los oleajes. Aquí vamos a analizar de qué modo las coordenadas contextuales afectan la identidad y misión de la Escuela Católica;

**3- El Horizonte:** se trata de los desafíos a la misión que aparecen cuando la barca establece un rumbo. Notemos que, a pesar de las circunstancias complejas, el horizonte es luminoso. Esto nos invita a la esperanza: si hay conciencia sobre nuestra identidad y misión en este tiempo de aguas agitadas, habrá claridad en nuestro horizonte.

Recapitulando, las **dimensiones del ser relacional** establecen los 4 capítulos principales del libro.

A su vez, en cada una de estas dimensiones establecemos tres momentos o **secciones** que siguen en todos los casos la siguiente dinámica:

1. La descripción de algunos **oleajes** culturales (**Contexto**) propios de la tempestad;
2. Cómo estos oleajes impactan en la **barca (Escuela Católica)**, produciendo algunas tensiones en cuanto a su identidad estructural;
3. En referencia al **horizonte (Desafíos)**, también surgen cuestiones referidas a la misión o rumbo a seguir.

Por último, cada **sección** está encabezada por una reflexión que nos remite a la escena de la Tempestad y que hace de marco introductorio. En cada una de ellas nos sumergimos en tres reflexiones que buscan inducirnos en algunos temas que creemos relevantes en relación a nuestro recorrido.

Cabe aclarar que, en realidad, todos los movimientos se dan en simultáneo: los oleajes golpean al mismo tiempo contra la barca, la cual cruje en diferentes puntos, e intenta seguir una travesía determinada. Nosotros, como decía la filosofía clásica, “distinguimos para comprender”. Aunque todo está relacionado y sucede en simultáneo.

Una aclaración en referencia al texto. En orden a agilizar la lectura, opté por colocar la menor cantidad de citas posibles. Muchos de los temas que aparecen en la reflexión tienen su origen en las cuestiones abordadas en el trabajo de tesis. Allí encontrarán a los autores de referencia. Y en cuanto a las citas del magisterio del Papa Francisco, aparecerán directamente en *letra cursiva* (con la referencia

abreviada del documento entre paréntesis), o la cita al pie de página, en caso que se trate de un discurso en referencia a alguna ocasión en particular.

Ahora sí, esperamos que esta travesía que propone el libro sea una oportunidad para valorar la importancia de la tarea educativa en el contexto actual, y al mismo tiempo visualizar la responsabilidad que tiene la Escuela Católica de promover los cambios y las transformaciones que el mundo, la sociedad y las personas necesitamos.

## Dimensión de la relación con lo Trascendente

*La creación es del orden del amor. El amor de Dios es el móvil fundamental de todo lo creado. «Amas a todos los seres y no aborreces nada de lo que hiciste» (Sb 11,24).*

*Entonces, cada criatura es objeto de la ternura del Padre, que le da un lugar en el mundo. Hasta la vida efímera del ser más insignificante es objeto de su amor y, en esos pocos segundos de existencia, él lo rodea con su cariño*

Laudato SI´ 77

Lo Trascendente podría sonar como algo lejano. Desde una visión de fe, en cambio, vamos a referirnos al Dios Creador. No se trata ya de un principio impersonal, sino del Ser que sostiene la vida en cada momento de nuestra historia. La creación es un vínculo que nos asegura que nuestra vida no está librada al azar, a la casualidad. Y este es un vínculo de amor: hay una intencionalidad de amor en todo lo que existe.

La intencionalidad del amor nos permite encontrar en la creación, en la historia y en la naturaleza, un orden inteligible, un logos que está por encima del caos. El caos tiende a producir angustia, desesperación, desorientación, etc. La relación con el Dios Creador aporta el horizonte de sentido último a nuestra vida. O sea, que la Creación no se refiere solo al comienzo de nuestra existencia, sino que tiene que ver con la orientación de la vida, el para qué. El Dios Creador es Padre, y esto quiere decir que no solo da la vida, sino que también da un sentido, una orientación. Desde aquí podemos comprender la vida como una vocación, una misión, y no un simple juego de casualidades.

A su vez, este vínculo con el Dios Creador es el fundamento de nuestra dignidad, y la de todo lo que existe. También la relación con el Dios Padre nos permite reconocernos como hijos y hermanos.

¡Hay mucho en juego en el vínculo con el Dios Creador! Por eso la existencia se vuelve dramática cuando negamos o desconocemos esta filiación de origen, este vínculo con el Padre que nos da la vida en todo momento. Y esto puede suceder a nivel personal pero también en el nivel de la cultura. Cuando vamos instalando un estilo de vida, hábitos y costumbres que niegan o eclipsan la relación con el Dios Creador, perdemos nuestra capacidad de trascender, y nos quedamos atrapados en la inmanencia de nuestro ser, en un universo pequeño, aislado, sin horizonte. Cortando el hilo primordial, perdemos la relación con el origen y también la visión acerca de nuestro destino.

En la Escuela Católica nos encontramos con el contexto del secularismo (*Cielo Nublado*), desde el cual se eclipsa la visión del Dios Creador. Es un contexto cultural muy desafiante para la educación en la fe. El riesgo, cuando el cielo de lo Trascendente se ha nublado, es quedar *navegando a la deriva*, sin puntos de

orientación o referencia. Habrá que hacer un esfuerzo grande y *tomar el timón con decisión* para fijar un rumbo en medio de las adversidades o desconciertos que presenta el contexto secular en relación a la vida de fe.

## 1.a - Contexto: "Cielo nublado"

Ponemos nuestra atención en la escena de la tempestad. Los oleajes comienzan a crecer y golpean con fuerza creciente contra la barca. A su vez la noche es cada vez más oscura, puesto que el cielo se va tapando con densas nubes.

En la navegación se está en contacto permanente con dos realidades que nos remiten a lo infinito y que habitualmente pueden traer descanso al alma, ampliar nuestros horizontes interiores, remitirnos a la presencia pacificadora y magnánima de lo divino. Se trata del mar y el cielo.

En este caso el mar se ha convertido en algo amenazante para la vida. Su contemplación ya no trae paz, sino desesperación. Y el cielo nublado tampoco brinda la posibilidad de buscar un punto de fuga para escapar, aunque sea ilusoriamente, del dramatismo de esas circunstancias. Cuando el cielo está densamente nublado no hay brillo ni sombras, no se distingue la mañana de la tarde. El *cielo nublado* reduce el espectro de nuestra mirada y la capacidad de encontrar algunas coordenadas para orientarnos.



---

*En esta sección nos sumergimos en tres reflexiones:*

**Secularismo: ¿desaparece la religión de la arena pública?** ¿Es el fin de la religión? ¿Cómo afecta el secularismo a nuestra vida de fe?

**Del Secularismo a la Cultura del Desamor.** ¿Qué pasa cuando eclipsamos el horizonte de lo Trascendente? ¿Qué consecuencias puede traer esto a nivel de la cultura?

**El Síndrome de la Pizarra en Blanco.** ¿Cómo puede el secularismo alterar o influenciar en la percepción de la realidad?

## Secularismo: ¿desaparece la religión de la arena pública?

Algunos años atrás se oía decir que en Europa las iglesias se estaban transformando en museos, centros culturales, bibliotecas, y algunas de ellas, incluso, se vendían y se convertían en pubs. Desde este lado del mundo, todo eso parecía algo lejano, se podría decir que sonaba como un cuento de ciencia ficción, o al menos algo un poco exagerado. Por el contrario, en nuestra geografía las iglesias tenían una vitalidad importante y cumplían un rol considerable en referencia a la vida religiosa y social.

Pero en poco tiempo, se desencadenó un proceso de cambio o mutación hacia un estadio muy diferente. En muchas iglesias la concurrencia empezó a mermar. La participación en los espacios eclesiales y en algunas prácticas rituales tradicionales perdieron adherencia. Por ejemplo, muchas personas dejaron de concurrir a la misa dominical y a los sacramentos en general. No podríamos *ignorar que en las últimas décadas se ha producido una ruptura en la transmisión generacional de la fe cristiana en el pueblo católico* (EG 70).

Ahora bien, ¿cómo se pueden leer o interpretar estos fenómenos? ¿Significa que la fe y la espiritualidad ya no despiertan interés? ¿O que las prácticas religiosas tradicionales, con sus ritos propios, van desapareciendo de la arena pública, o sea, del espacio social cotidiano?

En este punto podemos introducir la noción de **secularismo**. Se trata de un concepto polisémico, o sea, que remite a varios significados. Nosotros lo vamos a abordar en dos niveles: uno más conceptual y objetivo, y otro más existencial y subjetivo. Siempre teniendo como telón de fondo los desafíos que la corriente secular presenta a la Escuela Católica.

Para lo primero recurrimos a una breve reflexión de Gerald Grace, un importante investigador en el campo de la educación católica:

La secularización representa la negación de la validez de lo sagrado y lo trascendental, y de las instituciones (iglesias y escuelas) que existen para renovar la cultura y la práctica espiritual. Los secularistas trabajan para reemplazar esta cultura 'redundante' con culturas intelectuales 'modernas', 'lógicas', 'empíricas' y 'científicas' en las que las nociones de lo trascendente no tienen cabida<sup>4</sup>.

Tomando el comentario de Grace, destacamos tres aspectos.

En primer lugar, el secularismo tiende a **clausurar el horizonte de lo sagrado y lo trascendental**, en el sentido que no hay nada más allá de este mundo visible y mensurable. Si volvemos a nuestra metáfora inicial, se *nubla el cielo* y se dificulta la percepción de lo Trascendente. Algunos asocian la falta de trascendencia a la

---

<sup>4</sup> Grace, G. (2007). *Misión, mercados y moralidad en las escuelas católicas*. EDUCA - Santillana

exacerbación de los hábitos de consumo (¡hay que suplantar esta carencia del ser infinito con un infinito de cosas!) y también a una cultura del cansancio y del agotamiento, que estaría en relación a la dificultad de hallar sentidos profundos. Volveremos sobre este asunto más adelante.

En segundo lugar, las **instituciones** que existen y que tienen su razón de ser en lo Trascendente, **pierden su sentido último y fundante**. A lo sumo, pueden conservar su existencia, pero en una especie de estado inerte. ¡Entre estas instituciones estarían las escuelas inspiradas en la fe! La negación de la validez de lo religioso institucional, está ligado a una tendencia fuerte del secularismo a la supresión de la influencia religiosa en el ámbito público. En este sentido, *el proceso de secularización tiende a reducir la fe y la Iglesia al ámbito de lo privado y de lo íntimo* (EG 64).

Por último, otra nota característica del secularismo es la de **contraponer lo religioso a la razón**: lo religioso sería algo irracional o propio de un estadio infantil del ser humano. Esta tendencia se acentúa con la llegada de la modernidad, cuando la razón viene de algún modo a desplazar a la religión, y las ciencias experimentales de la naturaleza son las únicas que pueden brindar certezas. Sobre estas se funda la concepción positivista del progreso, que parece ofrecer a la humanidad la esperanza de un mundo mejor. Así la religión sería un elemento arcaico que tiende a diluirse en la medida en que la razón científica ocupa su lugar. La dimensión religiosa ya no sería una clave válida desde la cual podemos comprender lo social.

Grace habla de “marginación secular” para referirse al fenómeno que afecta a la religión en el mundo contemporáneo. Es cierto que esto sucede sobre todo con las religiones tradicionales (como el catolicismo) en algunos contextos donde éstas solían tener una fuerte influencia en la vida de las sociedades, configurando el universo de sentido de las personas. Hoy asistimos a un proceso de desregulación institucional de las religiones, o sea, que éstas ya no tienen adherencia y fuerza para regular la vida cotidiana de los individuos.

Al mismo tiempo, surgen por fuera de las religiones tradicionales otras propuestas menos convencionales. Reaparece la **espiritualidad** como una inquietud fuerte en diferentes ámbitos de la vida social. Esto se debe en parte al desencanto que la misma modernidad ha experimentado en relación a la incapacidad de fundar el orden de la convivencia social sobre la razón pura. Las tragedias del siglo XX, como las guerras, ponen en tela de juicio las pretensiones secularistas de negar la validez de lo religioso, y sus implicancias éticas y políticas en la esfera pública.

Aunque esta reaparición de la espiritualidad que sucede por fuera de las instituciones religiosas tradicionales se remite sobre todo a una experiencia particular del individuo. En algunos sectores de nuestras sociedades *crece el aprecio por diversas formas de una «espiritualidad del bienestar» sin comunidad, por una «teología de la prosperidad» sin compromisos fraternos o por experiencias subjetivas sin rostros, que se reducen a una búsqueda interior inmanentista* (EG 90).

Entonces, ¿desaparece la religión de la arena pública? No necesariamente. Sí podemos decir, que se reconfigura, que hay una mayor pluralidad de creencias. Pero que éstas son más bien de corte individual, y que, en su conjunto, no tienen la capacidad o la intención de hacer presente lo sagrado y lo trascendente en el espacio cotidiano de la vida en sociedad.

Ahora bien, salgamos por un momento del plano “objetivo conceptual” y vayamos hacia el terreno de lo “subjetivo existencial”. ¿Cómo experimentamos el secularismo en nuestra cotidianidad?

Aquí también el abanico de respuestas es amplio. En nuestro caso, focalizamos sobre todo en la percepción de que lo relativo a la fe va por un **canal en paralelo** al de la vida, y que hay pocos puntos de implicancia o interconexión entre ambas. Dicho de otro modo, hemos llegado a instalar un estilo de vida y convivencia tal, que pareciera que una vida inspirada en la fe es algo muy similar a una vida sin fe. No se distingue del todo bien cuál sería el diferencial de una vida configurada desde el ideal de la fe.

Más allá de las opciones personales, esto podría formar parte de un aire cultural donde hay una tendencia a la **indiferencia** frente a lo sagrado o trascendente. Desde esta perspectiva el secularismo puede entenderse, más que como una nube que aparece en el cielo desde algún lugar recóndito o desconocido, como una niebla que emana desde nuestros estilos de vida, y que nos va dificultando o clausurando el horizonte de lo trascendente. Sería como algo característico del clima de época. En este sentido, no es solo en nuestra vida particular donde podemos experimentar una cierta extrañeza con la fe, sino que es la cultura misma la que se construye de espaldas a lo sagrado.

Cabe aclarar que en este libro no planteamos el secularismo como un hecho necesariamente trágico o negativo. O algo que hay que combatir para restaurar un orden perdido. De hecho, hay quienes sostienen que el secularismo asociado a la negación de lo trascendente es en parte un efecto colateral de un cristianismo mal comprendido, o mal vivido. Sea lo que fuere, hacia adelante hay un camino por recorrer. Una fe cuyo valor y sabor hay que volver a encontrar, como aquello que sucede en la parábola del hombre que encuentra un tesoro escondido en un campo y para obtenerlo, con alegría, se despoja de todo lo que posee para comprar ese campo (Mt 13,44). Desde esta perspectiva, el secularismo puede ser una oportunidad para descubrir una fe más auténtica, tanto a nivel personal como a nivel institucional.

Lo que tal vez podríamos postular, es que, asociado a la cultura secular, desde la cual se clausura el horizonte de lo sagrado y trascendente, también avanza un proceso de **deshumanización**. En pocas palabras, parece que los seres humanos vivimos y convivimos cada vez peor entre nosotros. Si seguimos profundizando en esta dirección, es probable que la inquietud por lo trascendente vaya tomando más volumen de la mano de la inquietud por lo humano. En la era del “sujeto artificial”,

emerge cada vez con más fuerza la pregunta por aquello que nos define o caracteriza como personas. Puede que, en el intento de avanzar en la respuesta, volvamos a sondear el territorio de lo sagrado y trascendente.

Pero volvamos ahora al cauce de nuestra reflexión. En las *coordenadas iniciales*, aclaré que en este libro íbamos a trascender el horizonte de la sociología, para incorporar lo propio que viene de la perspectiva de fe. En este sentido, advirtamos cómo la corriente cultural secular puede afectar de modo particular algunos núcleos que hacen al corazón de la fe cristiana. Nos detenemos sobre todo en tres de ellos<sup>5</sup>.

En primer lugar, cuando se nubla el cielo y se impide o dificulta la percepción de lo Trascendente, perdemos de vista la presencia del “Dios Padre Creador”, y con él se diluye la idea de que en lo que existe, incluidos nosotros, hay **una intención de amor**. Cuando se eclipsa al Padre Creador, se deja al mundo y a lo que existe huérfanos de sentido, al desamparo existencial. La historia ya no es historia sagrada, sino un conglomerado de acontecimientos que suceden al azar. Tal vez haya una evolución en el universo, pero no sabemos bien hacia dónde va. No hay “alguien” que esté detrás.

Para el cristiano, el “Ser Trascendente” es un Dios cercano, que está involucrado en el corazón de nuestra historia, personal y colectiva. No se trata solo de si existe o no existe Dios (esto podría responderlo la filosofía desde la sola razón). El Padre Creador tiene implicancias mucho más contundentes en nuestra vida.

Una de las más importantes tiene que ver con la **dignidad** y el valor de la vida humana. *Luego de la creación del ser humano, se dice que «Dios vio todo lo que había hecho y era muy bueno» (Gn 1,31) ... Cada ser humano es creado por amor, hecho a imagen y semejanza de Dios. Esta afirmación nos muestra la inmensa dignidad de cada persona humana, que no es solamente algo, sino alguien. Es capaz de conocerse, de poseerse y de darse libremente y entrar en comunión con otras personas* (LS 65). El Dios Creador es el fundamento más sólido para sostener la dignidad inalienable de la persona humana. Cuando se nubla el horizonte de la trascendencia, pareciera que no es tan fácil sostener la dignidad de la vida humana como valor absoluto e incuestionable.

En esta línea tampoco se respeta la dignidad de los demás seres y de todo lo que existe. Desde una recta comprensión de la cosmovisión cristiana, si el ser humano tiene capacidades especiales, es sobre todo en función del **cuidado** y el **cultivo** de la creación. Pero vemos que el cuidado ha ido deslizándose hacia el **dominio** (y exterminio) de la Casa Común. Este proceso se acentúa notablemente con el avance de la corriente secular.

Otra implicancia del Padre Creador es que nos constituye en una **única familia humana** donde somos hermanos y hermanas. Hoy en día, en medio de las crisis

---

<sup>5</sup> Para una comprensión más amplia se puede consultar De la Peña, J.L. (1992). *Creación, Gracia, Salvación*. Sal Terrae.

por las que atraviesa la humanidad, tenemos una gran necesidad de volver a sentirnos familia humana, unidos por un mismo origen, compartiendo un mismo destino. Esta **pertenencia común** tampoco brota tan espontáneamente cuando eclipsamos la presencia del Dios Padre.

En segundo lugar, decimos que este Padre Creador nos envió a su **hijo único Jesucristo**, quien vino para restablecer la alianza con el Padre y entre los hermanos y hermanas. Antes de seguir, es conveniente aclarar que este es el punto en el que colisionan todas nuestras lógicas y razonamientos: ¿cómo el Dios Creador se ha hecho persona humana? ¿De qué trata este asunto? Nosotros tenemos que continuar nuestro recorrido, pero valdría la pena detenerse unos instantes para tomar conciencia de la magnitud y originalidad de este hecho.

Entonces, por este camino, el Dios Creador, se hizo cercano en Jesús y fundó **la Iglesia**, la asamblea, lugar del encuentro, casa de comunión. Así, la fe es recibida, vivida y transmitida en el seno de una **Comunidad**. No hay una fe cristiana vivida en el aislamiento. La Iglesia es justamente “la asamblea”, la reunión de los creyentes, la comunidad que se institucionaliza. Por eso es imposible pensar una fe cristiana sin comunidad, sin Iglesia. O sea, que la experiencia religiosa no puede quedar circunscrita al ámbito de lo privado individual. Es como si la religión, cuando efectivamente nos religa con el Ser Trascendente, nos impulsa a la religación con los semejantes.

Y, en tercer lugar, Jesús nos envía a una **misión**, que se realiza sobre todo en el espacio público y no queda encerrada en el ámbito de lo privado. La misión tiene que ver con algo que sucede en el espacio común, donde se va construyendo el Reino de Dios. En todo caso, el templo y otras instancias del culto, estarían en relación con aquello que debe expresarse en el espacio público, que es ámbito de diálogo y encuentro con los semejantes. *La Iglesia no relega su propia misión al ámbito de lo privado. Al contrario, no puede ni debe quedarse al margen en la construcción de un mundo mejor ni dejar de despertar las fuerzas espirituales que fecunden toda la vida en sociedad* (FT 276).

A partir de lo expuesto, podemos imaginar de qué modo la corriente cultural secular afectaría a la Escuela Católica, que aspira sobre todo a ser una Comunidad de Fe, y a vivir una Misión que tiene que ver con la transformación social a luz del Evangelio. Se comprende que el secularismo tiende a cuestionar de algún modo el corazón de la Escuela Católica, su sentido profundo, su razón de ser y los propósitos que orientan su hacer.

En torno a los efectos de la corriente secular, también podríamos preguntarnos cómo impacta en la concurrencia de alumnos o alumnas a la Escuela Católica. Sabemos que muchas personas dejaron de asistir a las parroquias y otros espacios eclesiales. Ahora bien, esta tendencia, ¿se replica con la misma intensidad en relación a las escuelas católicas? Pareciera que no. ¿Y a qué se debería? Volveremos sobre estos puntos en las próximas secciones.



## Del Secularismo a la Cultura del Desamor

Según lo que vimos en el apartado anterior, Dios es el que crea y sostiene todo lo que existe desde el amor. El amor es el ADN de toda la creación. Dios es amor, y todo lo que sale de Dios tiene esta impronta (1 Jn 4,8).

Un maestro espiritual decía que es más fácil aprender a volar que aprender a amar. Con ello quería expresar que el amor es cosa seria. No es algo livianito o pasajero. Sino que tiene que ver con un posicionamiento existencial. Y en él está siempre presente la chispa de lo divino.

Ahora bien, dijimos que el secularismo clausuraba el horizonte de la trascendencia y nuestra capacidad para percibir la presencia del Dios Creador. Ya mencionamos algunas consecuencias que esto tenía para nuestra vida de fe. Aunque hay una que es especialmente significativa: si se eclipsa al amor como origen de lo creado, entonces quedamos de algún modo a la intemperie del desamor. Cortamos con nuestra raíz más profunda, aquel arraigo que nos posibilita desentrañar en cada momento el misterio y sentido último de la vida humana. Negamos, por así decirlo, una ontología del amor. Y desde esta perspectiva, decimos que se va expandiendo una *Cultura del Desamor*.

Cuando hablamos de cultura nos referimos a un *estilo de vida que tiene una sociedad determinada, del modo propio que tienen sus miembros de relacionarse entre sí, con las demás criaturas y con Dios* (EG 115).

Lo que postulamos en esta reflexión es que al diluir o debilitar el vínculo con lo trascendente, que es la fuente del amor, las demás relaciones se ven afectadas por una tendencia al desamor. Entendemos que el mundo relacional es uno solo, y que, según los relatos simbólicos de la Escritura, *las tres relaciones vitales se han roto, no sólo externamente, sino también dentro de nosotros*. Según estos relatos, la causa de esta ruptura tiene que ver con que el ser humano no acepta su condición de criatura limitada, y pretende ocupar el lugar de Dios. *Así, se destruye la armonía entre el Creador, la humanidad y todo lo creado* (LS 66). De este modo, cuando negamos el amor originario, sobreviene el caos y el desorden.

“¡Es duro este lenguaje! ¿Quién puede escucharlo?” (Jn 6,60). Se comprende que lo que venimos diciendo pueda no ser fácil de asimilar. Y aquí aparece un gran escollo: tenemos una gran dificultad para encontrar el modo y el lenguaje apropiado para expresar lo relativo a la fe, de tal modo que sea permeable y comprensible en las coordenadas epocales presentes. Por ejemplo, en general estamos embarcados en un estilo de vida desde el cual solemos sentirnos agobiados y cansados, y ya no queremos poner más peso en la mochila de la vida. Entonces, cuando la vida de fe se presenta como asociada a una carga más que hay que ponerse al hombro, entonces esto genera un efecto refractario. Pero Jesús dice lo contrario: “Vengan a mí todos los que están afligidos y agobiados, y yo los aliviaré” (Mt 11,28) ¡No dice

que nos cargará aún más! La existencia tiene en sí misma su cuota de sufrimiento o dolor, y mucho tiene que ver con la ruptura del mundo relacional. Una religión y una fe auténtica debería llevarnos por el camino de la religación, de volver al amor como fuente de la vida, que es lo que trae paz y reposo al corazón. En algún punto, es como si tuviéramos que volver a descubrir y experimentar de qué trata la vida de fe y cuál es la trama de la historia humana como historia sagrada.

Continuando con nuestra reflexión, la *Cultura del Desamor* que viene de la mano del secularismo, tiene algunas manifestaciones contundentes en nuestras formas de concebir el mundo, la vida, las relaciones con los demás, etc.

En primer lugar, **la vida ya no es fundamentalmente un don**, sino una conquista. Ya no se comprende la lógica del don, sino que todo es fruto del esfuerzo o de la creatividad humana. ¡No hay nada dado, no hay nada gratis! Por esta misma razón es cada vez más difícil vivir en actitud de agradecimiento. Pero es saludable poder reconocer que *hemos recibido la vida gratis, no hemos pagado por ella. Entonces todos podemos dar sin esperar algo, hacer el bien sin exigirle tanto a esa persona que uno ayuda. Es lo que Jesús decía a sus discípulos: «Lo que han recibido gratis, entréguenlo también gratis» (Mt 10,8) (FT 140).*

Tampoco comprendemos el lenguaje y la dinámica del “perdón”, que también hace alusión a recibir el don en su máxima expresión, un don no merecido. Pero hoy, ¿para qué necesitaríamos el perdón? Solemos instalarnos en una posición en la que no le debemos nada a nadie.

En segundo lugar, y unido a lo anterior, la *Cultura del Desamor* tiende a promover **una idea desmesurada del ser humano**. Esto ocurre cuando *el ser humano se declara autónomo de la realidad y se constituye en dominador absoluto, la misma base de su existencia se desmorona, porque, en vez de desempeñar su papel de colaborador de Dios en la obra de la creación, el hombre suplanta a Dios y con ello provoca la rebelión de la naturaleza (LS 117).*

En tercer lugar, el desamor **nos despersonaliza**. Si el amor es la plenitud que nos lleva a trascender, el desamor es aquello que nos deja encerrados en nosotros mismos. El amor, por el contrario, tiene que ver con la conciencia del don, lo cual nos impulsa a salir hacia los demás: esto es el éxtasis. Cuando se obtura el dinamismo propio de la vida personal, o de lo propio de la persona, que es el “ser desde, con y hacia otros”, el yo tiende a expandirse en una gran soledad o solitaria. El desamor nos vuelve hacia nosotros mismos en una búsqueda desahogada de realización personal, pero que tiene por detrás un vacío imposible de colmar. Porque no hay realización personal en sentido estricto por fuera del amor, sino que hay un instinto de salvataje, de afirmarse a algo mientras nos precipitamos por la ladera de la nada. Esto trae angustia y desesperación.

Podemos decir que no se comprende al ser humano por fuera de la imagen y semejanza del ser divino y el dinamismo relacional que lo caracteriza. Recordemos

que “todo aquel que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios. El que no ama, no conoce a Dios, porque Dios es amor” (1 Jn 4,7-8). En esta misma línea afirmamos que, sin el amor, **nos deshumanizamos**. Porque lo más propio de los humanos es el amor, incluso por encima de nuestras facultades racionales o de seres reflexivos. Pensemos por ejemplo en las guerras y las atrocidades que somos capaces de hacer con nuestras facultades mentales cuando falta el amor. Sin el amor, estamos siempre al borde de la barbarie, aun en medio de las formas más civilizadas de convivencia.

En este sentido, la *cultura del desamor* habilita que desarrollemos una racionalidad que puede ir en contra de nuestro desarrollo pleno como personas. Si lo más propio de los humanos es la capacidad de amar, cuando esto por algún motivo se eclipsa, la racionalidad queda desprovista de aquello que puede darle luz profunda y orientación.

Y desde acá podemos visualizar otra manifestación de la *Cultura del Desamor*, que tiene que ver con el **descuido** de los demás seres y del medio ambiente.

La *Cultura del Desamor* nos impide reconocer a los semejantes. En ellos ya no encuentro una dignidad inalienable. Y como ya nada nos liga y nos hace responsables los unos de los otros, entonces no nos cuidamos. El desamor es desligarse, hacerse extraño, ajeno. Esto se traduce en una convivencia conflictiva y destructiva, donde gana terreno el odio la violencia, la fragmentación y la división.

Pero también la *Cultura del Desamor* me coloca en una posición de **dominio** despótico sobre los demás seres no humanos y sobre el medio natural. Esto se agrava en las circunstancias presentes, en las cuales el ser humano ha adquirido un gran poder. De hecho, *nunca la humanidad tuvo tanto poder sobre sí misma y nada garantiza que vaya a utilizarlo bien, sobre todo si se considera el modo como lo está haciendo* (LS 104). Parece que no estuviéramos del todo preparados para manejar este tremendo poder de forma acertada, ya que *el inmenso crecimiento tecnológico no estuvo acompañado de un desarrollo del ser humano en responsabilidad, valores, conciencia* (LS 105). Esta falta de ética que pueda orientar y dirigir la libertad del ser humano, nos está llevando a promover el paradigma de la autodestrucción donde la acción humana es el problema principal ¡Qué paradoja! La racionalidad en su máxima expresión está generando una irracionalidad absurda.

Si pensamos en la Escuela Católica, podríamos preguntarnos de qué forma se pueden hacer presentes los rasgos de la *cultura del desamor*. ¿Promovemos una educación y una sensibilidad que tiende a percibir el don antes que la tarea? ¿Sentimos que en algunas circunstancias la escuela nos deshumaniza? ¿Cómo vivimos las relaciones con nuestros semejantes? ¿Cuáles son las propuestas de realización humana que promovemos desde nuestros proyectos educativos?

Por último, puede que a esta altura te estés preguntando porqué empezamos el libro sumergiéndonos en estas reflexiones. ¿Qué tendría que ver todo esto con la Escuela Católica? Intentaré dar al menos dos razones que considero relevantes.

La primera tiene que ver con el hecho de que en esta sección estamos aportando algunos elementos que nos posibilitarán un marco de comprensión profundo en relación a los desafíos que tiene la Escuela Católica en la actualidad. Y para ir hacia la profundidad y no quedarnos a oscuras, es recomendable avanzar gradualmente, de tal modo que nuestra visión se vaya habituando progresivamente a las condiciones de hondura. Por lo cual, te pedimos que tengas un poco de paciencia

Lo segundo, es porque resultaría poco acertado abordar una reflexión sobre la Escuela Católica pasando por el costado de algunas cuestiones medulares relativas a la fe. Nos quedaríamos dando vueltas en torno a algunos temas tangenciales, sin poder ingresar al núcleo central de nuestros planteos. Tal como esbozaba en las *coordinadas iniciales*, este es sobre todo un ejercicio de pensamiento holístico (busca comprender desde la totalidad), y, por tanto, no podríamos dejar de lado la dimensión de la fe como elemento clave de interpretación.

Incluso, así como en el apartado anterior nos preguntamos por aquello que sucede en referencia a la religión en la arena pública, no estaría de más preguntarnos al comienzo de este itinerario, qué sucede con la fe y lo sagrado en la arena personal. La respuesta a esta pregunta seguramente influirá en el catalejo con el cual recorrerás la travesía que proponemos desde estas reflexiones.

## El Síndrome de la Pizarra en Blanco

Si hacemos un doble clic en el *Secularismo* y en la *Cultura del Desamor* podremos ver cómo emerge el *Síndrome de la Pizarra en Blanco*. ¿De qué se trata esto? Recordemos que estamos en la sección titulada *Cielo Nublado*. Esta metáfora hace alusión, entre otras cosas, a la pérdida de puntos de referencia. Cuando se nubla el cielo no vemos las estrellas, que son las que en algunas ocasiones pueden orientar la navegación.

La *pizarra en blanco* también hace alusión a esta idea de que no hay puntos de referencia, no hay nada escrito de antemano, no hay trazos o contornos pre escritos. Y parece que esto de no tener referencias, adquiere una connotación positiva: no hay nada que nos condicione previamente, que pueda limitar nuestra imaginación o creatividad. Está todo por decirse, por hacerse. ¡Somos los creadores de una nueva realidad!

En la actualidad solemos escuchar hablar de relativismo, post verdad, deconstruccionismo, sociedad líquida, etc. Todos estos términos, si bien provienen de vertientes diferentes, nos remiten a una cierta idea de que se han ido diluyendo los puntos de referencia en todos los niveles de nuestra vida.

De vivir en un mundo construido sobre sólidas verdades, duraderas e inmutables (habitual en el ámbito de la fe), pasamos a vivir en un universo donde desaparecieron los puntos cardinales, al menos los que nos orientaban habitualmente. Aquellas creencias, valores y costumbres que sostenían y anclaban nuestra vida, fueron desvaneciéndose gradual o abruptamente.

No vamos a entrar aquí en una reflexión metafísica o filosófica sobre posibles interpretaciones de esta situación de cambio epocal. En todo caso, nos remitimos a lo que este contexto suele provocar en nuestro ser: la sensación de estar desorientados, desconcertados, y conviviendo con una inestabilidad interior considerable.

Si volvemos a la imagen del barco en la tormenta, podemos imaginar el mareo que produce la tempestad de un contexto en constante ebullición, donde no se ven los puntos de referencia y no es fácil encontrar sentido al acontecer diario. Esto se potencia por el caudal de información dramática y contradictoria que ingresa diariamente a la cubierta de nuestra vida.

También el *Síndrome de la Pizarra en Blanco* se agudiza cuando se asocia a un sentimiento de insatisfacción general, como si todo debiera ponerse en tela de juicio a partir de una disconformidad con el estado de cosas actuales. Esta insatisfacción generalizada es lo que de alguna manera habilita a borrar todo lo escrito, y dejar *la pizarra en blanco*. Es decir, todo lo dicho y hecho con anterioridad estaría descalificado de antemano. Aparece un espíritu crítico exacerbado que cuestiona todo lo que nos antecede, lo establecido, lo acordado.

En el *Síndrome de la pizarra en blanco* somos nosotros los que dibujamos los primeros trazos, los que empezamos a hilvanar un relato, que es el que aportará sentido. Y lo hacemos aparentemente desde la nada. Somos nosotros los que inauguramos la palabra.

¡Claro que suena atractiva esta perspectiva de ir creando una realidad a nuestra medida! Pero también genera algunas dificultades o complejidades no fáciles de resolver, sobre todo cuando pensamos la vida más allá de nosotros mismos.

Por eso, en el *Síndrome de la Pizarra en Blanco* lo primero que se borra es la idea de persona, desde la cual existimos “desde, con y hacia otros”. *Pareciera que se está perdiendo el valor y el profundo significado de una de las categorías fundamentales de Occidente: la categoría de persona humana. Y es así que en esta época en la que los programas de inteligencia artificial cuestionan al ser humano y su actuar, precisamente la debilidad del ethos vinculada a la percepción del valor y de la dignidad de la persona humana corre el riesgo de ser el mayor daño (vulnus) en la implementación y el desarrollo de estos sistemas*<sup>6</sup>. Ya hemos advertido, como al eclipsar la relación con lo Trascendente, se pone con más facilidad en tela de juicio el valor inalienable de la vida humana. Y si la vida del ser humano ya no tiene un valor incuestionable, entonces se la puede manipular, o poner al servicio de otros intereses.

En el *Síndrome de la Pizarra en Blanco* está latente el anhelo de una **libertad sin límites**: poder hacer lo que quiero, cuando quiero, del modo que quiero. Nada ni nadie pueden condicionarme o limitarme. Si damos rienda suelta a este impulso se empiezan a borrar algunos contornos que justamente “nos contienen” y que son necesarios para el crecimiento y el desarrollo de la vida personal y social. Detengámonos brevemente para distinguir en la pizarra de la vida algunos de ellos

La idea de una libertad sin límites borra la **ética**. En definitiva, ¿quién puede decir lo que está bien o lo que está mal? ¿en función de qué intereses? En general la libertad sin límites aparece asociada a una libertad sin responsabilidad, donde alguien hace lo que quiere y como quiere según la propia conveniencia, sin tener en cuenta que hay un mundo más allá de sí mismo. Pero los planteos éticos rompen con esta burbuja y nos obligan a mirar con más amplitud. Por eso una *ética permite crear un equilibrio y un orden social más humano* (EG 57).

La libertad sin límites tiende a borrar los contornos propios de las coordenadas de **tiempo y espacio**, que en algún punto establecen los parámetros de lo que es posible desde nuestra condición humana.

Desde esta perspectiva se borra la **memoria**, lo que se fue construyendo en la historia, lo aprendido y acordado desde el camino recorrido y compartido, etc. Pareciera que todo comienza con mi llegada. Lo anterior no cuenta. El contexto

---

<sup>6</sup> Francisco. *Discurso en la sesión del G7 sobre Inteligencia Artificial*. 14/06/2024. Disponible en: <https://www.vatican.va/content/francesco/es/speeches/2024/june/documents/20240614-g7-intelligenza-artificiale.html>

epocal actual *alienta también una pérdida del sentido de la historia que disgrega todavía más. Se advierte la penetración cultural de una especie de "deconstruccionismo", donde la libertad humana pretende construirlo todo desde cero. Deja en pie únicamente la necesidad de consumir sin límites y la acentuación de muchas formas de individualismo sin contenidos* (FT 13).

Se borran también los contornos propios del **espacio**. Parece que no tiene mucha importancia el lugar donde nacemos, la cultura en la que somos engendrados, etc. Por ejemplo, ahora somos ciudadanos universales, globales, estamos en todos lados en simultáneo, pero en ninguno a la vez. En la actualidad, esto es fuertemente estimulado por las posibilidades que nos da la tecnología.

También se borran los límites que nos impone la materia y el mundo físico, las características de nuestro cuerpo y nuestra biología, la naturaleza de la cual formamos parte, con sus leyes y reglas propias. Por este carril avanza por ejemplo la ideología de género, *que borra las diferencias y hace que todo sea lo mismo; borrar la diferencia es borrar la humanidad. En cambio, el hombre y la mujer se encuentran en una fructífera "tensión"*<sup>7</sup>.

Y de este modo podemos seguir borrando contornos, con la ilusión de que nada nos limita. Pero esto no parece ir por buen camino. Al contrario, se acrecienta el caos, la confusión, y también la angustia provocada por la ausencia de referencias, por el simulacro de la nada.

El *Síndrome de la Pizarra en Blanco* responde más al ilusionismo que a una posibilidad real. En el fondo, está el sueño irrealizable de llegar a ser como dioses. Y pareciera que esta desmesura nos está llevando a vivir y convivir cada vez peor. Lo podemos constatar en el nivel de la vida personal, donde experimentamos el cansancio y el agobio, y también en la vida social, donde las conflictividades escalan a tal punto de poner en peligro la subsistencia de la familia humana en el planeta. Volveremos sobre estos temas más adelante. Ahora basta decir que *ha llegado el momento de volver a prestar atención a la realidad con los límites que ella impone, que a su vez son la posibilidad de un desarrollo humano y social más sano y fecundo* (LS 116).

La realidad no es una *pizarra en blanco*. Hay muchos trazos que ya están escritos, y tal vez, no los podamos borrar. Hay muchas posibilidades, pero también hay límites a nuestro espíritu creador. Al mismo tiempo, *aceptar que hay algunos valores permanentes, aunque no siempre sea fácil reconocerlos, otorga solidez y estabilidad a una ética social* (FT 211). En el caldo del relativismo puro, es poco probable que pueda sostenerse una ética. *Si en definitiva no hay verdades objetivas ni principios sólidos, fuera de la satisfacción de los propios proyectos y de las necesidades inmediatas*

---

<sup>7</sup> Francisco. Discurso a los participantes en la conferencia internacional "Hombre-Mujer Imagen de Dios. Por una Antropología de las vocaciones". 01/03/2024. Disponible en: <https://www.vatican.va/content/francesco/es/speeches/2024/march/documents/20240301-convegno-uomo-donna.html>

*[...] no podemos pensar que los proyectos políticos o la fuerza de la ley serán suficientes. [...] Cuando es la cultura la que se corrompe y ya no se reconoce alguna verdad objetiva o unos principios universalmente válidos, las leyes sólo se entenderán como imposiciones arbitrarias y como obstáculos a evitar (FT 206).*

Lo escrito de antemano no es necesariamente negativo o malo. Es también fruto de la experiencia de los que nos antecedieron. Es el legado de la memoria, de lo que construyeron otros, y que nos permite en muchos sentidos ser lo que somos. Son los ciclos que permiten el progreso de la humanidad.

Sin duda la capacidad creadora es algo hermoso que nos caracteriza como personas, y una de las notas más lindas de nuestra condición humana. Hoy se valora mucho el ser creativos, el poder aportar algo de originalidad y color a la vida. Podemos jugar con nuestra imaginación e ir más allá de lo que existe en el presente. Pero la realidad es que no creamos desde la nada. Siempre creamos a partir de algo.

Por ejemplo, cuando elaboramos un texto, ahí confluyen todo un bagaje de aportes anteriores, los explicito o no, sea consciente de ello o no lo sea. El conocimiento es un buen ejemplo para entender que nosotros escribimos a partir de lo que otros escribieron. Es claramente una construcción colectiva intergeneracional: desde las palabras que fuimos adquiriendo, a los conceptos que nos fueron enseñando y que tal vez sirvieron de base para otras elaboraciones posteriores. Pero siempre hay algo que nos precede, siempre hay otros que han escrito antes que nosotros.

Querer inaugurar una nueva era pateando todo el tablero puede tener que ver más con un delirio de vanagloria o con intereses solapados que buscan manipular las cosas a su antojo o conveniencia. La historia humana es un proceso donde lo anterior se asume de algún modo en lo que le sigue. *Nunca se avanza sin memoria, no se evoluciona sin una memoria íntegra y luminosa (FT 249)*. Hoy podemos constatar que para muchos jóvenes (y no tan jóvenes) es difícil proyectar un futuro. Se trata de un tema cultural, más que de una capacidad de las personas en particular. Y en buena medida esto puede deberse a la incapacidad para hacer presente la memoria colectiva de los que nos precedieron. Síntoma de esta amnesia cultural es que, como sociedad, hemos dejado de escuchar (y de valorar) a los ancianos, aquellos que llevan consigo la sabiduría del camino recorrido.

Claro que en cada momento de la historia es necesario poder discernir qué es aquello que hay que conservar, que es lo que hay que renovar, y en qué hay que innovar. Es verdad que hoy se expande en la sociedad una insatisfacción general y que esto nos coloca fácilmente en la vereda de la queja y la crítica destructiva. Ciertamente hay mucho en la superficie visible que no estaría del todo bien resuelto. Es necesario poder analizar los motivos, las causas, y también posibles alternativas.

Pero esta actitud de poder interrogar la realidad, cuestionarla, es muy diferente a borrar todo lo escrito en la pizarra, de instalar un a priori desde el cual hay que deconstruirlo todo (que en muchos casos es casi como destruirlo todo). Algunos

discursos buscan convencernos de que todo lo que hemos recibido es dañino. Sin duda, suele haber una tensión entre lo que hay que conservar y lo que hay que cambiar, o dejar de lado. Habrá que discernir en cada momento qué es lo más adecuado en vistas al bien común y al desarrollo pleno de las personas.

Volviendo a conectar con el principio, nos preguntamos, ¿cómo se relaciona en lo profundo el *Síndrome de la Pizarra en Blanco* con el secularismo?

Arriesgamos una hipótesis de interpretación del tiempo presente y decimos que, al perder la referencia con lo Trascendente, al opacarse la relación con el Dios Creador, empieza a generarse un efecto dominó a partir del cual van cayendo progresivamente los puntos cardinales que orientan y dan sentido a la existencia humana. Tarde o temprano todo empieza a cuestionarse, como si lo Trascendente fuera en definitiva un ancla, que, en medio de los vaivenes y los oleajes de la vida, nos brinda un punto de apoyo y estabilidad.

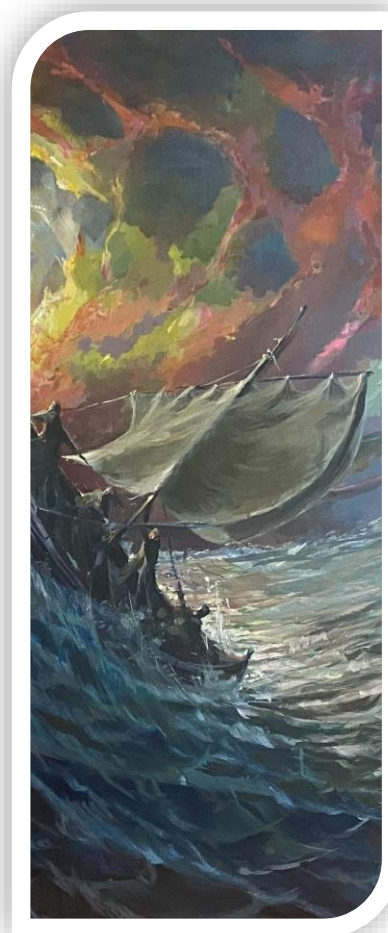
Con la *Pizarra en Blanco*, en realidad comienzan a aparecer y cobrar densidad distintas preguntas: ¿Tenemos una dignidad especial como personas humanas? ¿Existen realmente derechos universales no negociables? ¿Qué es lo humano? ¿Se puede postular una ética que regule las relaciones humanas? ¿En qué se fundamentaría? ¿Cuál es el sentido de la existencia humana? ¿Para qué educamos? En definitiva, ¿hay trazos escritos de antemano en la *Pizarra*, o podemos avanzar como si nada nos limitara?

## 1.b - Escuela Católica: “¿Navegando a la deriva?”

Volvemos a la escena de la barca en medio de la tempestad. Continúan las embestidas de los oleajes con una fuerza considerable.

Los tripulantes hacen el mayor esfuerzo posible para evitar el naufragio en estas circunstancias adversas. Es prácticamente imposible que en medio de esta lucha por la supervivencia alguien esté pensando en el rumbo. Es una inquietud que parece quedar fuera del espectro de las preocupaciones que tienen acaparado el quehacer de los tripulantes. Ahora hay que poner todos los esfuerzos para mantener la barca a flote.

Además, aunque pudieran destinar parte de sus energías para intentar visualizar un rumbo, sería una tarea muy compleja, puesto que, además de la tempestad que zarandea la barca, está el cielo nublado que impide identificar los puntos de referencia. Parece que los tripulantes estuvieran atrapados en una coyuntura que les impide ver más allá. El horizonte es estrecho. Sin una idea remota de hacia dónde se dirigen, van *navegando a la deriva*.



---

*En esta sección nos sumergimos en tres reflexiones:*

**¿Existe una intención evangelizadora en nuestra escuela?** ¿De qué modo los oleajes de la cultura secularista embisten a la barca de la Escuela Católica, cuestionando el sentido profundo que la inspira, su razón de ser?

**Proyectos educativos difuminados.** ¿Qué ocurre hacia el interior de la Escuela Católica cuando se pierden los puntos cardinales, o sea, cuando ésta se ve afectada en buena medida por el *Síndrome de la Pizarra en Blanco*?

**Educación en la fe: ¿Semillas al borde del camino?** ¿Cómo la educación en la fe que brindamos en las escuelas católicas repercute en la vida de fe de los estudiantes y demás miembros de la comunidad educativa?

## ¿Existe una intención evangelizadora en nuestra escuela?

Teniendo presente la corriente secular que avanza sobre nuestras sociedades, ese *cielo nublado* que nos dificulta la visión y la percepción de lo Trascendente, cabe indagar acerca de cómo se sitúan nuestras escuelas católicas en este contexto particular, en muchos casos adverso.

En cualquier caso, sería oportuno preguntarnos si existe en nuestras escuelas una *intención evangelizadora* desde nuestra tarea educativa. ¿Queremos promover el encuentro con Jesús, o llevamos la dimensión de la fe a la más mínima expresión? ¿Cuáles son las tensiones que se ponen en juego en esta cuestión?<sup>8</sup>

Al hacernos esta pregunta entramos en la cuestión de la **identidad** y **misión** de la Escuela Católica. Recordamos que las escuelas católicas participan de la misión evangelizadora de la Iglesia. Lo hacen a través de lo específico propio, que es la tarea educativa. Pero, sea cual fuera el modo en que llevan adelante esta tarea, no podrían quedar al margen de su principal razón de ser, que es la evangelización.

La pregunta por la *intención evangelizadora* podría sonar redundante, innecesaria. Aunque, teniendo en cuenta las condiciones y las tendencias epocales presentes, no pareciera algo que podamos dar por hecho o asumido como si se tratara de una obviedad. Tengamos presente que *la cultura mediática y algunos ambientes intelectuales a veces transmiten una marcada desconfianza hacia el mensaje de la Iglesia y un cierto desencanto. Como consecuencia, aunque recién, muchos agentes pastorales desarrollan una especie de complejo de inferioridad que les lleva a relativizar u ocultar su identidad cristiana y sus convicciones* (EG 79).

Esto que suele ocurrir a nivel personal, puede traspasarse a nivel institucional. El escenario sobre el que actúa la Escuela Católica puede ser adverso en referencia a sus propósitos esenciales. También es un desafío complejo la cuestión de la pertenencia eclesial, teniendo en cuenta los discursos que tienden a desprestigiar a la Iglesia, algunos de estos fundados en hechos lamentables y escandalosos que se hacen públicos y erosionan con mucha fuerza la confianza en la institución. Y más allá de las situaciones de escándalo que son caldo de cultivo para la incredulidad, también *es necesario que reconozcamos que, si parte de nuestro pueblo bautizado no experimenta su pertenencia a la Iglesia, se debe también a la existencia de unas estructuras y a un clima poco acogedores en algunas de nuestras parroquias y comunidades, o a una actitud burocrática para dar respuesta a los problemas, simples o complejos, de la vida de nuestros pueblos. En muchas partes hay un predominio de lo*

---

<sup>8</sup> En la actualidad existe una amplia reflexión en relación a la cuestión de la identidad y misión de la Escuela Católica. Algunas provienen de ámbitos confesionales, y otras, por ejemplo, del campo de la sociología. A modo de ejemplo se puede explorar un artículo recientemente publicado: Clara Fontdevila, Adrián Zancajo & Antoni Verger (31 Jul 2024): *Escuelas católicas en el mercado: identidades religiosas cambiantes y duraderas*, Peabody Journal of Education. Disponible en: <https://www.researchgate.net/publication/382758986>

*administrativo sobre lo pastoral* (EG 63). ¡Cuántas veces en la escuela lo administrativo y lo burocrático acaparan nuestra atención y establecen nuestras prioridades, no dando lugar a la emergencia de otros asuntos más de fondo!

Volvamos a la pregunta por la intención evangelizadora. Notemos que la pregunta es por “la intención”, lo cual es anterior a la acción. No nos estamos cuestionando o indagando sobre la acción evangelizadora, sino que nos situamos un paso antes. La intención presupone tener claridad sobre los fines y sentidos profundos de la Escuela Católica, en la cual, incluso puede haber una multiplicidad de acciones cotidianas (¡de hecho las hay!) pero no unificadas o asumidas dentro de un horizonte de sentido.

Tampoco hacemos alusión a una declaración de principios, o un ideario que podría dormitar en alguna biblioteca de la escuela. Estamos indagando sobre algo más profundo. ¿Se respira en la escuela un aire evangelizador? ¿Tenemos una cierta conciencia como comunidad educativa de porqué hacemos lo que hacemos? ¿Comprendemos que la evangelización es el corazón de nuestra tarea y que todo lo que hacemos tiene que estar ordenado a este fin? Las familias, los docentes y el personal que ingresa a nuestras comunidades educativas, ¿tiene claro que nuestra razón de ser está en la evangelización?

Seguramente esta pregunta abre un abanico de otras tantas, como, por ejemplo: ¿qué significa evangelizar y cómo se la puede entender en sentido amplio? Dejamos estas inquietudes para otro momento. Ahora nos enfocamos en una cuestión medular: ¿hay una intención consciente de anunciar la Buena Noticia del Reino a través de nuestra tarea educativa? Luego podremos reflexionar sobre las formas, los posibles caminos, enfoques, contenidos, metodologías, etc. Pero antes del “cómo” está la cuestión de la intención institucional de transmitir el evangelio propiciando las condiciones para el encuentro personal y comunitario con Jesús.

Cuando nos hacemos la pregunta de si existe o no una intención evangelizadora en nuestra escuela católica, entre la afirmación y la negación, nos encontramos con un espectro amplio de respuestas. Damos por hecho que negar explícitamente la intención evangelizadora de una escuela católica sería algo difícil de sostener. Aunque a veces, lo que no decimos o declaramos con las palabras podemos insinuarlo con los hechos.

Lo más habitual sería más bien **minimizar** este aspecto constitutivo de nuestra identidad. ¿Y por qué lo haríamos? En algunos casos podría ocurrir que, explicitar la fe nos lleve a perder algunos “afiliados” en nuestras instituciones educativas. Pensemos simplemente en cómo ha ido fluctuando la composición de nuestras comunidades escolares, que en algunos casos no cuentan con una mayoría de integrantes católicos, ni entre sus familias, ni entre sus docentes. Si bien esto puede ser interpretado y asumido como un desafío en referencia al diálogo con la pluralidad, también puede representar un problema serio si inhibe nuestros propósitos institucionales.

Asociado a lo anterior, podría existir alguna tensión entre la explicitación de la intención evangelizadora y las presiones del mercado educativo. No son pocos los casos donde la evangelización pasa a ser un asunto de segundo plano. En las escuelas católicas no es raro que nos dejemos encandilar por algunos “becerritos de oro”: los resultados académicos, el aprendizaje de un determinado idioma, la adquisición de algunas habilidades, etc. A veces hacemos esfuerzos magnánimos para quedar bien posicionados en el mercado educativo con respeto a otras escuelas y esto nos lleva a perder el foco en lo que nos distingue en esencia.

Por supuesto que no está mal aspirar a buenos aprendizajes, a poder promover una educación a través de la cual nuestros estudiantes puedan desarrollarse en plenitud dando lo mejor de sí para la construcción de un mundo mejor. En este sentido, la intención evangelizadora no va en detrimento de la **calidad educativa**, o cosa parecida. En todo caso puede ayudar a calibrar esta “calidad educativa” compaginando otras variables que a veces quedan fuera de la ecuación. Como ser: promover la virtud, la ética, la preocupación por el bien común, etc. Algunos de estos aspectos no siempre están contemplados dentro del paraguas de la “calidad educativa” secular. Podría haber una tensión entre resultados visibles y procesos invisibles que tienen que ver con la promoción de una educación integral amplia, donde no todo es medible. Tengamos presente que *el valor de nuestras prácticas educativas no se medirá simplemente por haber superado pruebas estandarizadas, sino por la capacidad de incidir en el corazón de una sociedad y dar nacimiento a una nueva cultura. Un mundo diferente es posible y requiere que aprendamos a construirlo, y esto involucra a toda nuestra humanidad, tanto personal como comunitaria* (Relanzamiento PEG).

Nadie podría negar que la Escuela Católica debe aspirar a lograr la excelencia en los aprendizajes. Esto responde a la lógica de los talentos recibidos, de poder ser fecundos y dar fruto. El tema es cómo planteamos ese camino. ¿Qué prioridades establecemos? ¿Cuál es la visión que nos inspira?

Continuando con la cuestión de la *intención evangelizadora*, ¿qué pasa cuando explicitar la fe nos coloca en un lugar incómodo? Cuando podemos ser blanco de críticas o comentarios peyorativos. Contrariamente a lo que sucedió durante algún tiempo, en muchos ambientes la fe “sumaba” a nuestro perfil, incluso nos posicionaba en un lugar de reconocimiento dentro de la sociedad. En las coordenadas epocales presentes ya no siempre es así. Para muchos la fe es algo arcaico, alejado de los avances del mundo actual, pudiendo ir a contramano del progreso.

En estos casos, nos queda “cómodo” que la identidad católica de la escuela aparezca como un “sello de agua”, presente pero casi imperceptible. Algo que está en el documento del Proyecto Educativo, pero que pasa inadvertido.

Otro lugar común a la hora de presentar nuestros proyectos educativos es el discurso de los valores: somos un colegio católico porque promovemos el respeto,

la solidaridad, el esfuerzo, etc. Todo esto está muy bien, pero, ¿alcanza? Esto mismo podría decirse de cualquier escuela. No podemos quedarnos solo con los valores. La intención evangelizadora debe llevarnos a explicitar a Jesús, que, en definitiva, será quien aporte el sentido profundo a la vivencia de determinados valores, porque *no puede haber auténtica evangelización sin la proclamación explícita de que Jesús es el Señor, y sin que exista un primado de la proclamación de Jesucristo en cualquier actividad de evangelización* (EG 110).

Con la pregunta por la *intención evangelizadora*, que, como, dijimos se enmarca en la cuestión de la identidad y misión de la Escuela Católica, no estamos proponiendo que haya que endurecer una posición, protegerse o aislarse del mundo, encerrándose en un pequeño universo caracterizado por lo homogéneo. Esto de hecho no responde a la dinámica de la evangelización, que implica salir al cruce de los caminos (Mt 22,9), generar espacios de encuentro y diálogo con lo diverso. Pero ciertamente hay que clarificar la propia identidad para poder desde allí dialogar con libertad y propósito. Este es un proceso que cada escuela deberá transitar como comunidad educativa particular. No se trata de asumir una identidad genérica enunciada desde afuera, sino de descubrir en cada escuela cuál es el sentido y su razón de ser en el contexto actual.

Por último, sabemos que por intención evangelizadora podemos entender cosas muy variadas. Si volvemos sobre nuestras reflexiones de la sección anterior, vimos que la clausura de lo sagrado y trascendente arrastra detrás de sí un proceso de deshumanización creciente en las formas de vida y convivencia. En este sentido, cuando en la escuela católica pensamos en el modo o la forma de volver a afirmar lo trascendente, pareciera que esto debería repercutir en una mayor humanización del espacio escolar. O sea, van confluyendo en un mismo cauce estas dos inquietudes: como volver a descubrir lo sagrado y como volver a comprender lo humano.

## Proyectos educativos difuminados

Cuando hablamos de *Proyectos Educativos difuminados*, nos referimos a proyectos que han perdido claridad en sus metas, e intensidad en sus búsquedas. Esto puede deberse a diferentes factores. De forma acotada podemos decir que un proyecto educativo difuminado es aquél en el que no se distingue con claridad la **identidad y la misión**. ¿Qué es aquello que nos caracteriza, que nos diferencia por ejemplo de otros proyectos educativos no confesionales? ¿Cuál es el propósito de la institución y cómo lo va a lograr?

Con la cuestión de la intención evangelizadora ya nos introducimos en el tema de la identidad y la misión de la Escuela Católica. Fue algo así como el capítulo inicial. Ahora vamos a ir un poco más allá.

Hoy existen múltiples y diversos debates en torno a esta cuestión. ¿Qué rasgos o elementos definen la identidad y la misión de una escuela católica?

Hay una primera cuestión que es conveniente aclarar: identidad y misión no se pueden comprender por separado. Se trata de dos componentes esenciales e inseparables que configuran el horizonte de sentido. La identidad se explicita en la misión y la misión encuentra su punto de apoyo en la identidad. Pero ambos están íntimamente implicados. La dificultad surge cuando queremos compaginar lo estable, lo que permanece a lo largo del tiempo, y lo variable, aquello que va cambiando en el devenir temporal.

En la investigación sobre *La identidad y misión de la Escuela Católica en el contexto actual* recurrí al concepto de “identidad narrativa” de Paul Ricoeur para comprender el dinamismo que adquieren identidad y misión en el devenir temporal. En pocas palabras, la misión es ese componente de la identidad que se va desplegando a lo largo del tiempo, y que tiene que ver con mantener la fidelidad al compromiso asumido (a “la promesa”) en unas circunstancias y contexto determinado. La misión es en definitiva la identidad captada en el devenir temporal. Desde esta perspectiva, la escuela no solo “tiene una misión”, sino que “es una misión”. La misión define esencialmente la razón de ser de la Escuela Católica.

Se comprende entonces, que la cuestión de identidad y misión siempre nos remite hacia algo dinámico. No hay una identidad dada de una vez y para siempre. Hay una tarea permanente de recontextualización de la misma en función de poder ser fieles a sus propósitos.

Dicho esto, y con la intención de ahondar en la comprensión de la metáfora que usamos en este apartado, vamos a focalizar en algunos elementos que consideramos, son constitutivos de un proyecto educativo en general, a través de los cuales, podemos “tomarle al pulso” a la identidad y misión de una escuela.

1. *Una visión inspiradora*, un horizonte hacia el cual dirigirse. Esto hace al propósito, a los móviles de fondo, etc. Es el **¿para qué?**;
2. Un *camino a recorrer*, que nos posibilite avanzar hacia ese horizonte que visualizamos, por un itinerario determinado. Es la hoja de ruta. La propuesta curricular que define lo que queremos enseñar y las trayectorias que diseñamos al respecto, el **¿qué y por dónde?**;
3. Una *forma de caminar*, de avanzar por esa hoja de ruta. Puede tener que ver con la pedagogía y las estrategias metodológicas; y en un sentido más amplio con los valores, el clima escolar, las relaciones interpersonales, etc. Sería el **¿cómo?**;
4. Y lo que es más importante, *una comunidad* que lo lleve adelante. Es el **¿quién o quiénes?**

Nos detenemos brevemente en cada uno de ellos.

El primero, y quizás uno de los más determinantes, que da el marco de comprensión y el horizonte de sentido, es la **visión inspiradora**. Si no hay visión inspiradora, lo demás tiende a difuminarse con facilidad. Cuando en la escuela católica no contamos con una visión inspiradora, un sentido de misión, un propósito fuerte y compartido, ¡qué fácil podemos terminar navegando a la deriva! O perdernos en lo efímero y lo superfluo. Recordemos que la escuela en general tiene una estructura muy consolidada (¡rígida!) y por tanto tiene la posibilidad de permanecer a flote sin ir necesariamente a algún lado.

Cuando nos referimos a la visión inspiradora, estamos en el nivel del sentido, del propósito. Hoy la cuestión del sentido vuelve a tener mucha vigencia. Cada vez más, surgen cuestionamientos en el nivel del “para qué”. Quizás porque el movimiento de inercia por el cual venimos haciendo algunas cosas, tiende a perder fuerza, y necesitamos volver a encontrar motivaciones profundas. Sobre todo, en contextos que se presentan como adversos, complejos o interpelantes.

Y acá surge una dificultad, dado que en general, nos hemos hecho expertos y profesionales en el plano de los medios, pero bastante analfabetos en el plano de los fines. Entonces fácilmente nos automatizamos y actuamos mecánicamente haciendo cosas que no tenemos ni la más remota idea de hacia dónde nos conducen.

La escuela no se salva de esta lógica o movimiento de inercia. Es más, teniendo en cuenta las gramáticas propias de la escuela moderna, los hábitos y costumbres establecidos, tiene altas probabilidades de perpetuarse en ella. El dispositivo escolar se caracteriza por hacer lo mismo, de la misma manera, en un eterno retorno que comienza en cada inicio de ciclo escolar.

Si llamamos a un pedagogo seguramente va a poder darnos muchas orientaciones de lo que debemos hacer para que los estudiantes aprendan más y mejor. Hoy

buena parte del discurso de la renovación o innovación educativa pasa por el nivel de los medios, pero pocas veces se siente que perfora hacia la profundidad de los fines. Por momentos parece que la revolución educativa pasa por la incorporación de una determinada estrategia didáctica (como puede ser el ABP), o por una forma o perspectiva de evaluación. Por supuesto que esto puede ayudar a promover una revolución educativa, pero ciertamente no creo que sea lo que la motorice por sí mismo. Lo que mueve realmente hacia un paradigma diferente es la visión inspiradora.

En la escuela católica, aunque suene a una obviedad, la visión inspiradora se desprende del evangelio y del encuentro con la persona de Jesús. Esto debería poder actualizarse en cada momento de la historia, para discernir de qué modo ese encuentro se cristaliza en un proyecto educativo contextualizado. Es la mística cristiana la que aporta el sentido hondo. No deberían faltar buenos motivos y propósitos para el quehacer educativo en nuestras escuelas.

Cuando no hay una visión inspiradora que da el sentido profundo a la acción, es probable que mucho de lo que se hace, quede en la nube de la dispersión. En una escuela se realizan infinidad de acciones en simultáneo. Se invierten tiempos y recursos innumerables. Pero la multiplicidad de acciones, sin un horizonte que las aglutina, produce el cansancio, el agotamiento, y finalmente el hastío. Y esto produce un desgaste institucional no fácil de reciclar.

Por tanto, es necesario trabajar activamente sobre la visión que inspira nuestro proyecto educativo. De lo contrario, si nos dejamos llevar por la corriente de inercia de la vida cotidiana, probablemente terminemos flotando a la deriva, sin algún rumbo claro.

Lo segundo en referencia a los elementos constitutivos tiene que ver con la **propuesta curricular** general del proyecto educativo. Por currículum entendemos no solo lo que se enseña, sino también el diseño de las trayectorias de aprendizaje para alcanzar los objetivos propuestos. Por diferentes razones, no intervenimos demasiado en el territorio curricular. En muchos casos porque damos por hecho que la propuesta curricular es algo que “baja” desde alguna instancia superior, una especie de enlatado frente al cual no tenemos ni voz ni voto.

Es llamativo que a veces en la escuela nos obsesionamos por algunos temas de poca relevancia y dejamos al costado otros que si tienen un impacto considerable en referencia a nuestros propósitos. Sabemos que el currículum es algo muy relevante. No debería tercerizarse de forma acrítica, puesto que la propuesta curricular tiene una injerencia muy significativa en lo referente a la identidad de la escuela. Se puede afirmar que el currículum lleva en sí mismo la misión<sup>9</sup>.

---

<sup>9</sup> Reyes Duarte, V. y J.C. García Huidobro (2023). *El currículum porta la misión: Ensayos sobre el currículum en la educación jesuita contemporánea*. FLACSI.

El territorio curricular suele ser un espacio poco integrado con la visión inspiradora. No es extraño que no tengamos una idea clara de cómo cada espacio curricular puede sumar o restar a la visión que queremos transmitir en la escuela. Y si bien algunos espacios específicos de la pastoral pueden ser un aporte significativo para el proyecto educativo, están lejos de tener la misma envergadura o injerencia de la que tiene la propuesta curricular general. En este sentido, la dimensión curricular suele ser una oportunidad no bien aprovechada en la transmisión de una visión de fe.

Ciertamente el diseño y la estructuración de una propuesta curricular es algo muy complejo. Desborda, en general, las posibilidades de una escuela tomada en forma aislada. Sería tal vez un trabajo para pensarlo desde alguna estructura mayor: un currículum católico para nuestro tiempo, adaptable a diferentes contextos y realidades.

En tercer lugar, en referencia al “cómo” aparece **la pedagogía**. Ya dijimos que, sobre todo en los últimos tiempos, las renovaciones o innovaciones pedagógicas giran mayormente en torno a lo pedagógico, al “cómo” llevamos adelante la tarea educativa. Si bien la pedagogía no alcanza para generar una transformación profunda de la educación, también es difícil pensar que ésta podrá darse prescindiendo de la ella. Y en este punto también nos preguntamos en qué medida podemos pensar una pedagogía más alineada con una visión de fe. Por ejemplo, ¿qué tipo de estrategias debemos implementar si queremos evitar promover una competencia salvaje entre los estudiantes? O, si queremos despertar el asombro por el saber, y no la sombra o apatía en referencia a los procesos de aprendizaje. Esta es otra cuestión sobre la que todavía hay mucho por trabajar.

En el horizonte del “cómo” también podemos incluir algunos elementos referidos al ethos escolar. ¿Cuáles son los valores que promovemos en la vida cotidiana de la escuela? ¿Cómo conjugamos, por ejemplo, competencia con colaboración? ¿Cómo trabajamos los vínculos de tal manera de promover la confianza entre los miembros de la comunidad educativa?

Por último, está la cuestión del “**quién o quiénes**”, o sea, de las personas que participarán en el proyecto educativo de la Escuela Católica. Como volveremos sobre esta cuestión, decimos brevemente que hoy en día, las escuelas católicas en general, tienen una gran heterogeneidad o pluralidad interna. O sea, que, en muchos casos, sus miembros no adhieren necesariamente a una visión de fe. O quizás lo hacen nominalmente, pero no tienen una vida de fe práctica. Esto ocurre con las familias, y también con los docentes.

No hay que perder de vista que *la Iglesia no crece por proselitismo sino por atracción* (EG 14). Por tanto, la pluralidad interna implicará uno de los desafíos más grandes para la escuela católica en la actualidad: volver a presentar la propuesta del evangelio con toda la luz y el color que la caracteriza, y al igual que San Francisco de Asís, proponer *una forma de vida con sabor a Evangelio* (FT 1).

## Educación en la fe: ¿semillas al borde del camino?

En continuidad con el apartado anterior, nos detenemos en uno de los elementos que es primordial en referencia a los propósitos de la Escuela Católica: la *Educación en la fe*. En torno a esta cuestión, surgen varias preguntas.

Comenzamos por una que nos obliga a situarnos en una perspectiva amplia: ¿cuáles son nuestras percepciones acerca de lo que logramos o provocamos en nuestros estudiantes en referencia a la vida de fe a través de la educación que les damos en nuestras escuelas?

Recurrimos a la parábola del sembrador (Lc 8,5-15) para visualizar posibles escenarios. Jesús explica que la semilla es la Palabra de Dios, y dependiendo de las condiciones del terreno donde cae y de algunas otras circunstancias, la semilla puede brotar y dar fruto, o ahogarse por ejemplo por las preocupaciones de la vida, secarse y morir. Podemos hacer un paralelismo con *la educación en la fe* e intentar imaginar cuándo ésta echa raíces en el corazón de nuestros estudiantes y da fruto, y cuando se seca y se apaga con el paso del tiempo.

Entendemos que el abanico de respuestas puede ser muy amplio, y quizás la mayor dificultad reside a la hora de pretender establecer relaciones de causalidad en un ámbito donde intervienen una multiplicidad de factores que pueden ir mucho más allá de lo que sucede en el ámbito de la escuela. En todo caso, vamos a intentar caracterizar algunos escenarios comunes con respecto a lo que suelen expresar personas que han transitado por la Escuela Católica.

En el punto de partida, teniendo en cuenta el contexto secular vigente, presumimos que *la educación en la fe* representa un desafío cada vez más complejo. Además, cuando ésta se da en el ámbito escolar, se acoplan las dificultades propias de la escuela en general.

Ya hemos mencionado que hoy la educación está en una encrucijada y por eso la cuestión de la innovación educativa está en ebullición. Los discursos sobre la necesidad de cambiar el sistema, renovarlo, innovarlo, y en algunos casos, demolerlo, están a la orden del día. Hay varias razones que motivan estas críticas, pero hay una que es la principal: **los estudiantes no tienen el deseo de aprender** y la escuela en su formato convencional parece ser incapaz de encender la motivación intrínseca del aprendizaje.

La educación en la fe no escapa por completo a este planteo o interrogante. ¿Qué está pasando en nuestras escuelas católicas con respecto a la educación en la fe? ¿Qué es lo que generamos en nuestros estudiantes cuando, de diferentes modos, intentamos “educar en la fe”?

Hace unos años apareció una charla TED que se titula, “Las escuelas matan la creatividad”. Se trata de una conferencia en la que el autor intenta mostrar cómo el

ambiente escolar tradicional, tiende a apagar la creatividad de las personas. ¿Podríamos pensar algo similar con respecto a las escuelas católicas y *la educación en la fe* que ofrecemos?: ¿Tiende ésta a encender o apagar la fe?

En algunos casos, la estructura escolar puede no jugar a favor. Así como dentro de la escuela hay estudiantes que pueden terminar teniendo aversión por las matemáticas, la música o el arte, por ejemplo, puede que haya algunos que desarrollen un cierto hastío por la “religión”. Lamentablemente muchas cosas que pasan por el formato escolar y el espacio áulico tradicional, terminan perdiendo el gusto y el color para los estudiantes. En este sentido, es claro que *la escuela necesita una urgente autocrítica si vemos los resultados que deja la pastoral de muchas de ellas, una pastoral concentrada en la instrucción religiosa que a menudo es incapaz de provocar experiencias de fe perdurables* (ChV 221).

De hecho, en la investigación sobre la “Identidad y la Misión de la Escuela Católica en el contexto actual”, los directivos expresaron que, según sus percepciones, lo que más incide en la vida de fe de los estudiantes, sucede por fuera de la propuesta educativa formal, sobre todo haciendo alusión al aula tradicional como si ésta fuera un espacio saturado. Las experiencias significativas se darían en otros espacios más desestructurados como los retiros, las misiones, los campamentos, etc.

Más allá de las variables asociadas al contexto secular actual y a lo que tiene que ver con la estructura escolar, también hay acentos exagerados o tendencias que pueden caracterizar la *educación en la fe*, y que sin duda condicionan la sostenibilidad de la vida de fe en el devenir temporal. Se escucha con frecuencia decir a estudiantes que pasaron por escuelas católicas, que *la educación en la fe* se fue apagando con el paso del tiempo. Como aquella semilla que cayó al borde del camino.

Veamos un poco más en detalle algunos “tipos de semillas” que esparcimos desde *la educación en la fe*, que tal vez tengan menos posibilidades de germinar y dar fruto en el corazón de las personas.

1) Una educación en la fe asociada exageradamente **a un perfeccionamiento moral** individual, a un listado de normas que hay que cumplir. Aquí la fe es una especie de conquista de nuestra voluntad, y el santo es como un héroe que ha logrado escalar hasta lo más alto de la perfección personal. Esta perspectiva parece perder adeptos en las circunstancias presentes, sobre todo porque se percibe como algo que va a contramano de la felicidad. Muchas veces el perfeccionamiento moral está ligado, por ejemplo, a temas de sexualidad, lo cual es difícil de asimilar en contextos de sociedades donde se da una sobreestimulación de la vida erótica. En fin, de un modo u otro, si la fe es sobre todo una cuestión de normas morales a cumplir, es probable que la semilla muera por asfixia.

2) Una educación en la fe que consiste básicamente en **una doctrina** que hay que aprender, o un conocimiento que hay que adquirir. Es la fe ilustrada, que puede

también derivar en una fe cerebral, falta de sabor. En este punto también hay que decir que una fe sin contenido también probablemente termine secándose con el paso del tiempo. La *educación en la fe* tiene que presentar la vida de fe como algo creíble, en un lenguaje accesible. Hay buenas razones para creer, y la educación en la fe tiene que ponernos en contacto con ellas. Pero cuando la fe es asociada excesiva o exclusivamente con una doctrina, probablemente también se ahogue con el paso del tiempo.

3) Una educación en la fe que acentúa sólo la **participación en algunas prácticas rituales**, pero deja de lado otras dimensiones, como son el compromiso con los demás y la responsabilidad de trabajar por el bien común. Para muchos la fe es sobre todo “ir a misa el domingo”. Claro que la misa es importante, pero si la fe queda circunscripta a este momento, probablemente vaya perdiendo significatividad y terminemos en la misa de cuerpo presente y corazón ausente.

De un modo o de otro, estas tendencias terminan promoviendo una fe **disociada de la vida**, que no interpela nuestras decisiones vitales. Son tendencias que no ayudan a conectar con la vida puesto que en general no nos ayudan a relacionarnos con los demás y, por ende, tampoco con Dios. La fe se disocia de la vida cuando queda encerrada en nuestra propia subjetividad, cuando no podemos trascender. Entonces es una fe que no raspa con la realidad, no madura porque no tiene arraigo profundo. Cuando experimentamos que la vida pasa por un carril, y la fe va por otro, es un mal síntoma que pone de manifiesto que la semilla de la *educación en la fe* se está secando, o que ésta se ha convertido en *una pieza de museo* (EG 95).

Esto se da con más facilidad cuando la escuela vive alejada del entorno, o atrincherada en sí misma, por temor a ser interpelada (o desacomodada) por el “mundo exterior”. En estos casos, es previsible que *muchísimos jóvenes al egresar de algunos establecimientos educativos experimenten una insalvable inadecuación entre lo que les enseñaron y el mundo en el cual les toca vivir. Aún las propuestas religiosas y morales que recibieron no los han preparado para confrontarlas con un mundo que las ridiculiza, y no han aprendido formas de orar y de vivir la fe que puedan ser fácilmente sostenidas en medio del ritmo de esta sociedad* (ChV 221).

Otra cuestión medular en la *educación en la Fe* en el ámbito escolar, tiene que ver con los referentes que nos inspiran. Si hacemos una encuesta a los estudiantes que pasan por nuestras escuelas católicas, sin duda habrá una opinión unánime de que lo que más marcó la educación en la fe recibida, fue la figura de un catequista, un docente, o alguna persona que desde su cercanía se constituyó en un testigo de la fe. Podemos preguntarnos, ¿qué docentes inspiran la fe en nuestras escuelas?

Para ir cerrando, volvemos al principio y nos situamos en un horizonte amplio para intentar visualizar “cómo nos está yendo” con *la educación en la fe* en nuestras escuelas católicas. Y una posibilidad es observar lo que sucede en la arena pública de la sociedad. Sabemos que la vida de fe y el compromiso social son inseparables, y que si bien, como dijimos al principio, no hay que precipitar conclusiones erróneas

dado que no es factible establecer relaciones de causalidad directas en algunas cuestiones, al menos podemos dejar planteados algunos interrogantes. Focalicemos en nuestro contexto y realidad local.

Vivimos en un país que tiene en este momento casi un 50 % de su población bajo la línea de la pobreza. Estamos hablando de un país excesivamente rico en recursos naturales, por lo cual este hecho es verdaderamente escandaloso. Podemos afirmar que la cultura y la educación católica han tenido una importante presencia a lo largo de nuestra historia y en la configuración de nuestro proyecto de Nación<sup>10</sup>. Incluso, entre las personas que tienen o tuvieron responsabilidades importantes de conducción en diferentes esferas (política, empresarial, social, etc.), hay muchas que han recibido educación en escuelas y universidades católicas. Entonces, no está de más preguntarse, por ejemplo, ¿con qué impronta han egresado de nuestras instituciones? ¿Qué visión de la persona, de la sociedad y del mundo les hemos transmitido? ¿Cuáles son sus aspiraciones? ¿Qué estereotipos de realización humana hemos promovido a lo largo de tantos años de formación?

¿Semillas al borde del camino? Nunca lo sabremos. La fecundidad es un misterio que puede no ser visible o medible, al menos en los tiempos o parámetros que solemos manejar. En todo caso, desde nuestra tarea educativa deberemos poner siempre nuestro mejor empeño para remover la tierra, sobre todo allí donde pueda haber durezas, generando las condiciones propicias para que la semilla crezca y de fruto en abundancia.

---

<sup>10</sup> Esquivel, Juan Cruz; Mallimaci, Fortunato Horacio; *Religión, medioambiente y desarrollo sustentable: la integralidad en la cosmología católica*; Universidad de Los Andes; Revista de Estudios Sociales; 60; 4-2017; 72-86. Disponible en: <https://ri.conicet.gov.ar/handle/11336/29645>

## 1.c - Desafíos: “Tomar el timón con decisión”

Ya pasaron varias horas de lucha y resistencia en medio de la tempestad y los oleajes que golpean la barca.

Los tripulantes, aturcidos por las circunstancias, oscilan interiormente entre la esperanza y la desesperación. Luchan para no dejarse llevar por el miedo, la incertidumbre o simplemente el cansancio.

Aparece la disyuntiva de seguir navegando a la deriva con el único fin de mantenerse a flote y de no naufragar, o, aún en medio de esta turbulencia, hacer el esfuerzo por dar un rumbo a la barca.

En todo caso, será mejor para el ánimo de los tripulantes experimentar que la lucha y el esfuerzo tienen un sentido, un rumbo, y no que van a la deriva. Es hora de *tomar el timón con decisión*.



---

*En esta sección nos sumergimos en tres reflexiones:*

**Alfabetización en la Fe.** ¿Cómo lograr en el contexto secular actual, volver a comprender la vida de fe en profundidad, con toda su luz y su sabor?

**La cuestión de los educadores en la Escuela Católica.** ¿Tenemos conciencia del desafío que enfrentamos las escuelas católicas en referencia a la falta de educadores formados en lo relativo a la fe? ¿Estamos haciendo algo al respecto?

**Vino nuevo, odres nuevos: repensar las estructuras.** ¿Cómo pensar una escuela católica que sea capaz de educar en la fe teniendo presentes las complejidades del contexto actual?

## Alfabetización en la fe

Alfabetizar significa básicamente enseñar a leer y escribir. Sabemos lo que esto significa para una persona. Es algo más que una habilidad o una capacidad. Estar alfabetizados nos permite expandir el espectro de nuestros universos exteriores e interiores. Nos posibilita, por ejemplo, entrar en el cauce profundo de una tradición, escuchar en la escritura los ecos de las voces de los que nos antecedieron, o de aquellos con los que compartimos el camino; podemos asomarnos a los secretos del universo, y a un mundo de sabiduría que la humanidad viene acumulando como un gran tesoro. También leer y escribir nos da la posibilidad de expresar lo nuestro, lo vivido, lo aprendido.

Cuando hablamos de *alfabetización en la fe*, nos referimos a la posibilidad de adquirir y desarrollar la capacidad de “leer y escribir la vida” desde una perspectiva de fe. El mundo y el acontecer no son lo mismo si los miramos con el prisma de la fe o sin él. La fe nos permite desentrañar lo más profundo de la existencia humana. Nos da también la posibilidad de entrever el sentido de la historia, tanto personal como colectiva. Nos permite captar la existencia como algo sagrado, nuestra vida como un don y una vocación, y el misterio del universo como un misterio de amor y no del azar.

Si solo vemos desde el horizonte de la cultura secular, al que le falta la trascendencia, es probable que haya una profundidad de la realidad que no lleguemos a captar. Desde aquí se comprende que *la mayor crisis de la educación, desde la perspectiva cristiana, es esta clausura de la trascendencia. Estamos cerrados a la trascendencia. Debemos preparar los corazones para que el señor se manifieste, pero en su totalidad; es decir, en la totalidad de la humanidad que también tiene esta dimensión de trascendencia. Educar humanamente, pero con horizontes, abiertos. Este cierre de la trascendencia no sirve para la educación*<sup>11</sup>.

En un contexto fuertemente secular, podemos suponer que cada vez somos más “analfabetos” en muchos aspectos que hacen a la vida de fe. Como característica de este cambio de época, se va perdiendo de vista en la cultura el horizonte de lo trascendente. Lo que tradicionalmente entendíamos por cristianismo se ha diluido tanto que, hoy en día, una vida inspirada por la fe no se distingue fácilmente de una que carece de ella. Por ejemplo, nuestras perspectivas sobre la realización humana podrían estar alejadas de lo que propone el evangelio.

Sin embargo, no proponemos un regreso a tiempos pasados. Si una manera particular de concebir el cristianismo y la vida de fe ha perdido su vigor con el

---

<sup>11</sup> Francisco. *Discurso a los participantes del Congreso Educar Hoy y Mañana. Una pasión que se renueva*. 21/11/2015. En Pérez Sayago, Oscar A. (Comp.). (2018). *El proyecto educativo de Francisco*. CIEC/Santillana. Págs. 57-64.

tiempo, es necesario discernir las causas de ese agotamiento y abrirnos a la novedad y a los desafíos del presente. En este sentido, la nostalgia y la melancolía no serán buenas compañeras de camino.

*La alfabetización en la fe* no refiere por tanto a un colonialismo religioso o cosa parecida. Tampoco está en relación exclusiva a un conocimiento reservado, en todo caso, sí a una sabiduría particular. Jesús se refiere a ella cuando dice: “Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, por haber ocultado estas cosas a los sabios y a los prudentes y haberlas revelado a los pequeños” (Mt 11,25). En fin, *alfabetizar en la fe* es promover la capacidad para entrar en el misterio de la fe. Algo que está de algún modo ligado a la mística. Es como abrir una ventana por donde entra una luz nueva, que nos permite contemplar lo habitual y ordinario, captando en ello lo extraordinario, la huella de lo divino.

Elegimos este término de *alfabetización en la fe* para dar a entender que se trata de una habilidad básica que necesitamos para profundizar en el camino de la fe. Algo que tenemos que promover como experiencia fundante, posibilitadora de otras.

Ahora bien, ¿cómo podría la escuela católica avanzar en el proceso de *alfabetización en la fe* en un contexto fuertemente secular? Sabemos que hay muchos condicionamientos culturales que no juegan a favor a la hora de transmitir una visión de la vida inspirada en el evangelio. Sin embargo, esto no significa que la Escuela Católica esté imposibilitada de hacerlo. Al contrario, este es uno de los desafíos principales que se le presentan y que la interpela en su núcleo más esencial.

Lo primero que podemos decir es que no hay una acción o ámbito determinado desde el cual esto pueda suceder. Son varias cosas que deben promoverse en simultáneo desde una visión holística de la vida escolar. En este sentido, hay que tener claro que todo lo que sucede en la escuela promueve o dificulta el proceso de *alfabetización en la fe*. Por eso, entre otras cosas, en este libro intentaremos analizar a la escuela desde una visión amplia, no dejando por fuera de nuestra mirada ningún aspecto importante de la vida escolar, aunque en algún caso no esté explícitamente vinculado a la vida de fe.

Entonces, la *alfabetización en la fe* no depende de una cosa, sino de muchas vistas en su conjunto. En este conjunto o conglomerado diverso, sabemos que algunos elementos pueden tener más relevancia que otros. Desde una mirada en 360° de la escuela nombramos algunos de estos.

**Testigos en la fe.** Son personas que puedan dejar una impronta positiva en nuestras vidas. En el ámbito de la escuela en general, cada vez más se pone el acento en la importancia de los adultos referentes. Este rol es clave en un contexto social donde se van diluyendo las responsabilidades y la capacidad de ejercer saludablemente la autoridad. El adulto o la adulta referente se constituye en un faro

importante para cualquier proyecto educativo. Y en la Escuela Católica se suma la dimensión de la fe. Las personas adultas referentes son también testigos de la fe.

**Espiritualidad.** Es esencial para cultivar la capacidad de trascender. Promover ciertas prácticas y hábitos de oración y de encuentro con Jesús. En un contexto caracterizado por el ruido y la vertiginosidad, es necesario aprender a frenar, a hacer silencio interior, registrar lo que nos pasa, etc. Una espiritualidad que nos haga entrar en la conciencia del don, antes que en la de la tarea (¡nada fácil para la Escuela, donde siempre hay tarea por realizar!), y que nos capacite para captar la belleza, la bondad, la verdad. Que nos abra a un horizonte de esperanza, aún en medio de las dificultades del presente. El mejor antídoto para la desesperanza es dejar a Dios ser Dios, por eso *no podemos sostener una espiritualidad que olvide al Dios todopoderoso y creador... La mejor manera de poner en su lugar al ser humano, y de acabar con su pretensión de ser un dominador absoluto de la tierra, es volver a proponer la figura de un Padre creador y único dueño del mundo, porque de otro modo el ser humano tenderá siempre a querer imponer a la realidad sus propias leyes e intereses* (LS 75).

**Formación y propuesta curricular.** En el ámbito de la escuela, los espacios de formación deben ser considerados como primordiales. Ya mencionamos anteriormente el peso que tiene la propuesta curricular en la configuración del proyecto educativo. Por tanto, hay que volver a enfocar en aquello que enseñamos y las trayectorias que nos conducirán por ese itinerario de aprendizaje. Así como ocurre en algunas ocasiones con el currículum secular, también en relación al currículum inspirado en la fe, habrá que preguntarse cuáles serían los Núcleos de Aprendizaje Prioritarios en el proceso de *alfabetización en la fe*. Sería importante definir los saberes indispensables que la Escuela Católica desea transmitir a través de sus proyectos educativos. Tengamos en cuenta que *cuando se asume un objetivo pastoral y un estilo misionero, que realmente llegue a todos sin excepciones ni exclusiones, el anuncio se concentra en lo esencial, que es lo más bello, lo más grande, lo más atractivo y al mismo tiempo lo más necesario* (EG 35). Para garantizar esta permeabilidad del mensaje habrá que tener en cuenta, en cada contexto, el lenguaje y los símbolos que se utilizan.

También será importante poder discernir las visiones que están detrás de las propuestas curriculares que habitualmente implementamos, sobre las cuales en muchas ocasiones no hacemos una revisión crítica. Tal vez suponemos que puede existir una neutralidad pura en los contenidos y las trayectorias formativas. Pero esto no es así: toda propuesta curricular tiene una dirección, nos conduce en un sentido determinado. En todo caso, ¿tendríamos la capacidad de distinguir entre un currículum secular y un currículum inspirado en la fe, por ejemplo, en lo referente a la visión de la persona, la sociedad y el mundo?

**Experiencia de vida comunitaria.** Esta es una de las claves más fuertes y probablemente uno de los desafíos principales. Al comienzo del capítulo dijimos

que el secularismo ha ido erosionando las formas de vida comunitaria, pero que la fe necesita de la comunidad para poder transmitirse, asimilarse, comprenderse, y dar frutos. La fe sin comunidad es como la planta sin la tierra: no puede subsistir por mucho tiempo. La comunidad es el espacio donde la vida y la fe se reciben, se celebran y se entregan en el servicio a los demás. Desde aquí se comprende que las experiencias que tienen que ver con el vincularse con otros en espacios que suelen romper el molde escolar, sean muy significativas para la vida de fe (retiros, misiones, experiencias de aprendizaje servicio, etc.).

De lo que venimos exponiendo, decanta con claridad la importancia y el protagonismo que tendrán en el proceso de *alfabetización en la fe*, los educadores en la Escuela Católica. Tema que abordamos a continuación.

## La cuestión de los educadores en la escuela católica

Teniendo en cuenta la reflexión del punto anterior, emerge una cuestión que es quizás uno de los desafíos más urgentes para la educación católica en el contexto actual: *los educadores en la escuela católica*.

Durante mucho tiempo la Iglesia contó con el apoyo de “personal consagrado” que tenía una presencia muy fuerte en las instituciones educativas. Esto sin duda, facilitaba a las escuelas católicas el reconocimiento de su identidad y la posibilidad de poder llevar adelante su misión. Además, el contexto epocal en general tenía buena permeabilidad en referencia a las cuestiones religiosas y relativas a la fe.

Con el paso de los años, muchas congregaciones religiosas dedicadas a la educación fueron sufriendo importantes bajas en sus integrantes, razón por la cual, en algunos casos tuvieron que entregar o ceder sus escuelas, o quedarse en ellas garantizando una presencia mínima. Algunas promovieron procesos de transición para que asociaciones laicas pudieran ejercer la dirección de sus instituciones educativas o las cedieron a las diócesis y al clero secular.

En fin, de uno u otro modo, en muchos casos las escuelas católicas fueron quedando sin personal adecuadamente formado para diseñar y llevar adelante un proyecto educativo inspirado en la fe.

Este proceso se viene dando desde hace varias décadas, aunque pueda pasar desapercibido. En algunos casos todavía se vive “de rentas”, de lo que queda en pie de una época pasada: muchos de los que trabajan en escuelas católicas hoy, fueron alumnos o alumnas de esas mismas escuelas, y/o participaron en espacios eclesiales, o tuvieron experiencias fuertes de pertenencia en comunidades parroquiales. Pero ciertamente, la reserva de capital religioso o espiritual se va agotando.

En la actualidad es común que parte del personal docente que trabaja en la Escuela Católica no tenga una vida de fe activa, o que conozca poco sobre aquello de lo que trata la fe. No es raro, incluso, que, en la desesperación por la necesidad de cubrir un cargo, ingresen a la escuela católica, docentes que no han tenido ninguna experiencia relacionada con la fe.

En este escenario es difícil imaginar que el cuerpo docente va a sumarse activamente, por ejemplo, a reflexionar sobre una propuesta curricular colectiva alineada con la fe. En general, esta heterogeneidad o falta de horizonte común puede pasar inadvertida porque en la escuela, es habitual que cada docente trabaje en su parcela. El aula puede ser una especie de “caja negra”, donde cada educador goza de una autonomía profesional que habilita un trabajo aislado y en muchos casos solitario. Es un problema que tiene que ver más con la estructura que con las disposiciones particulares de los docentes. Pero que, ciertamente, generan un gran

escollo a la hora de pensar o imaginar un proyecto educativo integrado donde cada espacio educativo, desde lo específico propio, sume a la visión del conjunto.

Si nos enfocamos en el grupo de los directivos, también aparecen desafíos importantes. Sabemos lo que representa en una escuela la figura del directivo, la impronta que deja su actuar en el quehacer cotidiano. Su liderazgo constituye uno de los pilares esenciales para llevar adelante el proyecto educativo de la escuela. Podemos imaginar lo influyente que puede ser un directivo en relación a la mirada de fe que tiene y que transmite en el ejercicio de su rol.

Ahora bien, en los cargos directivos de las escuelas católicas, no es extraño encontrar personas que están bien preparadas para ejercer un liderazgo desde lo pedagógico, pero no tienen el camino recorrido o la preparación adecuada para ejercer el liderazgo en la fe. Además, en relación al rol del directivo, aquí también aparece una tendencia estructural contra la cual no es fácil luchar: los cargos de gestión en la escuela nos llevan con facilidad a convertirnos en tecnócratas educativos o burócratas administrativos. Nos volvemos expertos en técnicas, métodos o estrategias para la enseñanza, o si no, somos absorbidos por el caudal infinito de procedimientos administrativos necesarios para sostener la escuela. En ambos casos podemos perder de vista con facilidad el sentido profundo de nuestra tarea, cosa que puede tener un impacto considerable cuando trabajamos en escuelas inspiradas en la fe. De este modo, como advertimos en otro apartado, nos vamos volviendo expertos en medios, pero inexpertos en fines. Es así como podemos trabajar intensamente en el marco de *proyectos educativos difuminados*, donde no se percibe con claridad la identidad y el rumbo.

Tal como mencionamos al principio, hay una gran inquietud en el mundo de la educación católica acerca de la cuestión de los educadores en la Escuela Católica. Esta preocupación no está vigente solo en el ámbito escolar, sino que es una inquietud de la iglesia en general, donde *la formación de laicos y la evangelización de los grupos profesionales e intelectuales constituyen un desafío pastoral importante* (EG 102).

También es cierto que no hay demasiadas iniciativas que estén trabajando estratégicamente sobre esta cuestión. Esto es llamativo, sobre todo si tenemos en cuenta el impacto que esta cuestión tiene y tendrá en las instituciones educativas católicas. Sabemos que lo que postulamos o lo que esperamos del educador católico, no lo vamos a poder improvisar de un momento para otro. Es imprescindible tomar conciencia de esta problemática y ponerse en camino hacia algún horizonte de solución.

Pero a no desesperar. Como toda crisis, es también una oportunidad para repensar el perfil del educador en la escuela católica actual. Una vez más, no se trata de volver nostálgicamente sobre el pasado, sino de visualizar con esperanza el desafío que tenemos en la Escuela Católica de promover educadores que puedan ejercer la tarea educativa desde una lectura profunda e inteligente de las coordenadas

presentes. Frente a los desafíos actuales, necesitamos educadores que promuevan la formación *de personas maduras, capaces de superar fragmentaciones y contraposiciones y reconstruir el tejido de las relaciones por una humanidad más fraterna* (Lanzamiento PEG). Hoy la preocupación por la identidad y misión de la escuela católica, nos tiene que llevar a imaginar una escuela más cristiana y más humana.

En el contexto secular actual, teniendo en cuenta la pluralidad y la heterogeneidad creciente en la composición de las comunidades educativas, en muchos casos las escuelas católicas podrían concebirse como *los nuevos Areópagos, como el «Atrio de los Gentiles», donde creyentes y no creyentes pueden dialogar sobre los temas fundamentales de la ética, del arte y de la ciencia, y sobre la búsqueda de la trascendencia. Éste también es un camino de paz para nuestro mundo herido* (EG 257).

Retomando el apartado anterior, es probable que, en muchos casos, el proceso de *alfabetización en la fe* haya que plantearlo no sólo en relación a los estudiantes, sino también a los docentes y directivos. Desde esta perspectiva, sería saludable concebirnos como “comunidades educativas en busca de sentido” desde una perspectiva de fe. Si nuestros *proyectos educativos se han difuminado*, habrá que volver a reflexionar sobre nuestra identidad y misión.

En esta línea, es importante comprender que para la *educación en la fe* necesitamos una comunidad de fe. Es muy difícil (o imposible) pensar en la educación en la fe como una tarea de un individuo aislado. O de algún docente en el espacio de su aula. Hoy más que nunca, debemos generar entornos educativos, desde los cuales vayamos alfabetizando en la fe desde diferentes experiencias, desde una mirada integral.

Por último, hay que decir que no son pocos los educadores que van perdiendo el entusiasmo por el desgaste que en muchas circunstancias produce la tarea educativa. Hay muchos factores estructurales, que van más allá de las cuestiones personales, y que pueden sobrecargar negativamente la tarea del educador. En muchos casos se debe a la situación económico social que desborda el ámbito escolar, y que redundo en una profesión mal retribuida y con exceso de horas de trabajo. Otras dificultades pueden tener que ver con los climas convivenciales escolares desafiantes, o la experiencia del trabajo aislado y solitario. En este punto, es necesario también hacernos algunas preguntas sobre la estructura que sostiene la vida escolar.

## Vino nuevo, odres nuevos: repensar las estructuras

Las **estructuras** existen en función de poder **sostener** y **acompañar** la vida. La vida es de por sí algo dinámico, y, por tanto, las estructuras que la sostienen también deben tener una cierta flexibilidad o maleabilidad de tal modo de poder ir acompañando el crecimiento. Así ocurre, por ejemplo, con la estructura ósea de nuestro cuerpo, que va acompañando y posibilitando el crecimiento y desarrollo de nuestro organismo en su conjunto. Desde esta perspectiva, se comprende que *hay estructuras eclesiales que pueden llegar a condicionar un dinamismo evangelizador; igualmente las buenas estructuras sirven cuando hay una vida que las anima, las sostiene y las juzga* (EG 26).

Podemos recurrir a la parábola de Jesús (Lc 5, 37-38) en la que advierte que no es aconsejable echar vino nuevo en odres viejos, dado que estas estructuras avejentadas reventarían al no poder resistir las tensiones que causaría en ellas el vino nuevo.

La vida de cada día, aunque pueda estar opacada por el peso de las rutinas, es siempre “vino nuevo”. La historia y el acontecer siempre traen un aire de novedad. Esto es relativamente fácil de visualizar en el momento epocal actual, en el que estamos atravesando cambios profundos en prácticamente todos los ámbitos de la vida social.

Hoy el “vino nuevo” de la vida aparece con una intensidad particular, y es esperable que los odres o estructuras que deben contenerlo también entren en tensión. ¿Acaso en la escuela no sentimos desde hace tiempo la necesidad de renovar algunas estructuras a las que percibimos un tanto avejentadas, incapaces de contener el torrente de la vida cotidiana?

En la Iglesia estamos llamados a renovar las estructuras, sobre todo en función de la “misión”. La renovación lleva a situarnos en la perspectiva de una Iglesia en salida. Frente a contextos que por momentos aparecen como hostiles o complejos, aparece la tendencia a quedarnos atrincherados en estructuras que nos dan seguridad, pero que al mismo tiempo nos asfixian. Desde aquí se comprende el llamado a que *todas las comunidades procuren poner los medios necesarios para avanzar en el camino de una conversión pastoral y misionera, que no puede dejar las cosas como están. Ya no nos sirve una «simple administración»* (EG 25).

Lo mismo podemos decir de la Escuela Católica. Estamos llamados a repensar las estructuras, sobre todo si queremos que estas acompañen el desarrollo de la vida. Y la vida de la escuela, en su sentido más pleno, está estrechamente vinculada con la misión. ¡Si no vivimos la misión, la escuela pierde el alma! Por eso es importante tener claridad sobre los fines, sobre aquello que buscamos a través de nuestra tarea educativa. También es esencial que haya una mística que posibilite y anime los procesos de cambio o transformación.

Entonces, así como estamos llamados a vivir una iglesia en salida en función de la misión, también la escuela, como agente de evangelización, debe pensarse como escuela en salida en clave misionera. ¿Y qué sería una “escuela en salida”? Es una buena pregunta para hacerse en cada comunidad educativa. A decir verdad, “salida” es una palabra que no siempre se digiere bien hacia el interior de la escuela. Nos sentimos más cómodos “adentro”, donde solemos estar seguros y a salvo. A decir verdad, el encierro es una de las tendencias más fuertes que caracterizan la vida en la sociedad actual. Por eso la escuela tiene que pensar los modos de vencer este condicionamiento de época. Vamos a volver sobre esta cuestión. Ahora, intentaremos esbozar algunas respuestas de lo que puede ser una “escuela en salida”.

Una **escuela en salida** puede ser una escuela que hace un esfuerzo grande por comprender lo que pasa en el mundo, interpretarlo, y elaborar una propuesta educativa en diálogo con los desafíos actuales. Una escuela inserta en el presente, que asume su tarea con responsabilidad, siendo consciente de sus amplias posibilidades de promover cambios en las personas y a través de ellas en la sociedad y el mundo.

También una **escuela en salida** puede ser una escuela donde las personas se animen a ir un poco más allá de los roles formales, de las funciones establecidas que circunscriben la acción a una zona ya conocida. Una escuela que vence la inercia de lo que viene haciendo de una determinada manera. Se anima a salir de la zona de confort.

En esta línea, una **escuela en salida** puede ser una escuela que trabaje para promover un mundo de relaciones basadas en la confianza, donde cada persona que se integra a la comunidad educativa (estudiantes, docentes, familias), se siente aceptada y valorada en su singularidad. En fin, una escuela en salida podría ser una escuela que se esfuerza por ser más humana.

En continuidad con lo anterior, una **escuela en salida** puede ser una escuela que sale a las periferias existenciales. Promueve desde su tarea educativa una sensibilidad profunda en relación a las situaciones donde hay sufrimiento y dolor. Después de todo, no hay nada que nos deshumanice tanto como la insensibilidad frente al sufrimiento de los semejantes.

Sea cual fuera la respuesta sobre la “escuela en salida”, en lo que vamos seguramente a coincidir por unanimidad es en que la estructura escolar actual requiere de una renovación. Y aquí nos encontramos con un escollo no fácil de vencer.

La escuela suele ser un dispositivo con una estructura extremadamente rígida: todo está normado, reglado, etc. Las gramáticas escolares que la caracterizan, parecen estar escritas sobre piedra, y, por tanto, presentan una gran resistencia al cambio. Si bien, como advertimos en otra sección, la cultura secular y la modernidad líquida

tienden a diluir lo estructurado, a cuestionar las normas universales, a poner en jaque lo instituido; la escuela, parece salir airosa de estos embates y se mantiene en pie conservando en buena medida sus formas centenarias. En la escuela se da una extraña tensión cultural entre el *Síndrome de la Pizarra en blanco*, desde el cual parece que se han borrado todas las referencias, y, por otro lado, un aferrarse obsesivamente a lo establecido. Esta rigidez estructural representaría no sólo un desafío para las innovaciones pedagógicas, sino también para la recontextualización de la identidad y misión de la escuela católica en la actualidad.

En el apartado anterior hicimos mención de algunos elementos constitutivos del proyecto educativo (visión y propósito, currículum, pedagogía, etc.). Todos son importantes, pero queremos volver a destacar la importancia de trabajar una visión que motorice el cambio. Esto nos da el norte y el sentido hacia el cual debemos caminar como comunidad educativa.

También evitará que nos encandilemos con la pirotecnia de la innovación educativa. Nadie pone en cuestión que la escuela necesita algunas transformaciones urgentes. Pero es necesario tener claridad sobre el sentido del cambio. De lo contrario podemos sumar otro elemento de presión negativa. O lo que ocurre habitualmente con los discursos de renovación o innovación, que se circunscriben al nivel de los medios, de las pedagogías, o estrategias didácticas, pero que no van al fondo de la cuestión.

Como toda situación de crisis, puede ser asumida en el horizonte de la oportunidad. Si es cierto que muchas escuelas católicas existen o subsisten sin tener una clara idea de cuál es su razón de ser, el propósito de su tarea, entonces estamos en un escenario propicio para dejar emerger algunos cuestionamientos y disponerse a transitar procesos de cambio y transformación que puedan dar respuesta a nuestras inquietudes.

Y tal como dijimos anteriormente, además de preguntarnos sobre contenidos, estrategias didácticas, formas de evaluación, etc., es necesario en primer lugar poder discernir acerca de nuestra visión inspiradora, que es en definitiva aquello que alimenta las motivaciones profundas en nuestra tarea educativa. Será lo que aporta el horizonte de sentido, y lo que puede orientar las transformaciones en las diferentes dimensiones de la escuela.

Un proyecto educativo difuminado cobrará consistencia e intensidad en la medida en que podamos tener claridad en el rumbo. Así evitaremos el riesgo de ir navegando como barcos a la deriva.

Para ir concluyendo hay que decir que, además de la rigidez de la estructura escolar, otra rigidez que suele oponerse al cambio es la rigidez y la poca flexibilidad de las personas que trabajamos en ella. En este sentido, la renovación escolar se complica cuando exige de parte de los educadores algunos cambios. ¡En la escuela suele haber muchos afiliados al club de la nostalgia! Son los que recuerdan las épocas de

gloria, “cuando los estudiantes eran obsecuentes, y había un gran respeto hacia la autoridad escolar”, por ejemplo. O los que, ante cualquier propuesta, advierten que “eso ya lo hicimos y no funcionó”.

Aunque también esto puede constituir una excusa para mantenernos en la comodidad de lo conocido. Dejamos la responsabilidad en manos de terceros: la inspección, el ministerio de educación, la nueva gobernanza educativa global. Sabemos que, en el fondo, cualquier posibilidad de cambio o transformación de la estructura, depende de las personas. Aunque haya condicionamientos, siempre hay un margen para actuar, para introducir una dosis de acción creativa que pueda vencer las rigideces establecidas. Por eso en el próximo capítulo vamos a reflexionar sobre la dimensión de la relación con nosotros mismos. ¡Hay que encender la luz que hay en cada persona!

## Dimensión de la relación con nosotros mismos

*El gran riesgo del mundo actual, con su múltiple y abrumadora oferta de consumo, es una tristeza individualista que brota del corazón cómodo y avaro, de la búsqueda enfermiza de placeres superficiales, de la conciencia aislada. Cuando la vida interior se clausura en los propios intereses, ya no hay espacio para los demás, ya no entran los pobres, ya no se escucha la voz de Dios, ya no se goza la dulce alegría de su amor, ya no palpita el entusiasmo por hacer el bien.*

Evangelii Gaudium 2

Muchos recordarán la leyenda que estaba escrita a la entrada del oráculo de Delfos. “Conócete a ti mismo”. Esta frase expresa un principio importante de sabiduría. Las personas hemos experimentado desde siempre la necesidad de conectar con nuestra interioridad, con nuestro ser profundo.

Pareciera que una de las dificultades de nuestro tiempo es la de sintonizar con nuestra melodía interior. El poder ingresar en nuestro espacio o *recámara interior*, allí donde somos nosotros mismos, más allá de las turbulencias de la vida. En algún sentido, podemos decir que nuestra interioridad es nuestro hogar, nuestra casa. El lugar donde podemos reconocernos en verdad, donde somos auténticos.

En la actualidad, la cuestión del conocimiento de uno mismo, la necesidad de acceder a nuestra profundidad, tiene mucha vigencia. Esto se da en medio de un contexto caracterizado por el aceleramiento y la vertiginosidad. Hay un estilo de vida que fomenta la dispersión, la distracción, el estar enajenados. Es como si el *agua* de la tempestad exterior inundara nuestra interioridad impidiéndonos ingresar a este espacio.

Y cuando no logramos ingresar a nuestra recámara interior y estamos aturdidos por los estruendos de la tempestad exterior, perdemos la posibilidad de escuchar nuestra propia voz. Esto es como decir que no podemos captarnos en lo que somos y hacemos. Somos extraños a nosotros mismos. Vamos como peregrinos errantes: sin rumbo, sin sentido. Tendemos a vivir más en el hacer o en el parecer, que en el ser. También perdemos de vista el valor de nuestra singularidad y de nuestro ser único e irrepetible. Pasamos de ser “alguien” a ser “algo” más.

Ubicamos la relación con nosotros mismos en el mismo eje de la relación con lo Trascendente, y decimos que de algún modo la dificultad para conectar con lo Trascendente, tiene su correlato en la dificultad para acceder a nuestra interioridad. En un juego de analogías, si no podemos ir hacia lo alto, tampoco podemos ir hacia lo profundo.

Recordemos que en la visión del ser relacional todas las relaciones están conectadas, y se condicionan en forma recíproca. También en la relación con uno

mismo es esencial la relación con los demás semejantes. Es más, en la experiencia cotidiana, los demás son en general el camino más seguro para ir hacia uno mismo. Los otros son los que suelen ayudarnos a encontrarnos con nuestro ser más auténtico.

Por eso, no ingresamos a nuestra interioridad para aislarnos, sino para relacionarnos mejor. Cuando conectamos con nuestra profundidad, conectamos con nuestro ser relacional en todas sus dimensiones. Aquí anida nuestra capacidad de trascender, tanto al Dios Creador, como a los demás seres. *Habitando el espacio interior*, entramos en la dinámica del ser relacional, que al mismo tiempo que nos personaliza, nos humaniza.

En cambio, nos hacemos mal a nosotros mismos y a los demás al quedarnos aislados, desconectados. Desde aquí se comprende que “no es bueno que el hombre esté solo” (Gn 2,18).

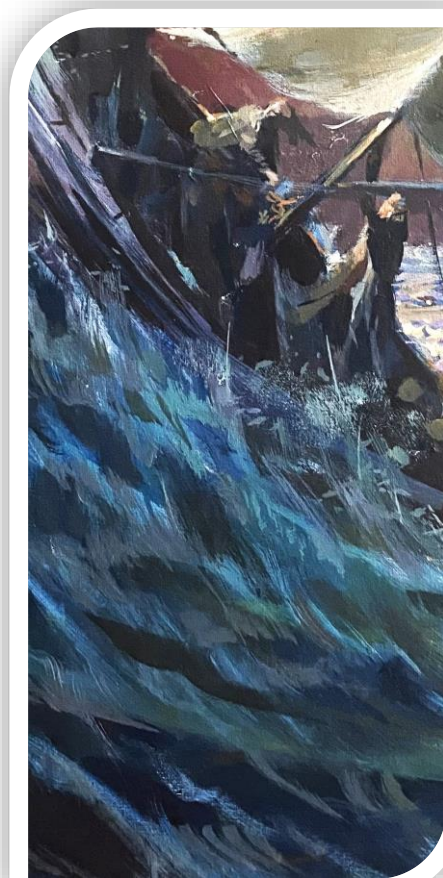
## 2.a - Contexto: "Agua en la recámara"

En medio de la tempestad, las aguas ingresan a la barca y progresivamente van inundando la recámara interior. Los tripulantes ya no puedan acceder a este espacio.

La recámara es en el barco un espacio que está por debajo de la superficie de la cubierta. Entre otras cosas, allí se almacenan habitualmente las reservas que se necesitarán para la travesía o para el viaje.

También la recámara es el espacio del barco donde los tripulantes eventualmente podrían descansar. Está protegido de las contingencias climáticas del exterior. En ese espacio podrían relajarse y recuperar fuerzas. Incluso podrían reencontrarse con los sueños o anhelos que los llevaron a embarcarse.

Desde muchos puntos de vista se comprende la dificultad que surge, cuando, en medio de la tempestad perdemos las reservas y la posibilidad del descanso, debido al *agua en la recámara*.



---

*En esta sección nos sumergimos en tres reflexiones:*

**Del viaje exterior al viaje interior: el ser centrífugo** ¿Qué efectos produce en nosotros la aceleración y la vertiginosidad de la vida actual? ¿Qué pasa cuando no podemos ingresar a nuestra interioridad?

**La normalización que nos moldea** ¿Hasta qué punto somos verdaderamente libres en nuestra vida cotidiana? ¿Qué cosas son las que nos influyen con más fuerza y contundencia?

**Secuestrados en la virtualidad** ¿De qué manera las tecnologías de la información y la comunicación están afectando nuestras vidas, sobre todo en relación a nuestra capacidad de poder conectarnos con nuestro espacio interior?

## Del viaje exterior al viaje interior: el ser centrífugo

Desde una lectura teológica-espiritual, recurriendo a una metáfora que nos pueda ayudar a comprender nuestra antropología profunda, podríamos decir que al “cortar” la relación con el Dios Creador, las personas nos quedamos dando vueltas sobre nosotras mismas, en el vacío, sin tope o fuerza de rozamiento que pueda detener ese movimiento circular. Pensemos en un carretel o en el tambor de un lavarropas que gira y gira sin poder detenerse. En este caso, también hallamos una fuerza centrífuga que nos expulsa hacia el exterior.

Esto es de algún modo lo que nos sucede cuando eclipsamos el vínculo con el Dios Creador: se acelera el movimiento por el cual tendemos a ir “hacia afuera” de nosotros mismos. A este fenómeno llamamos el *ser centrífugo*.

Esta dificultad para ingresar a nuestro ser profundo, a nuestra recámara interior, se expresa en la figura existencial del *viaje exterior*. Al no poder recorrer nuestra geografía interior y buscar ahí un punto de arraigo, exacerbamos el *viaje exterior*.

En la actualidad, es habitual que nos resulte difícil encontrar nuestro centro, nuestro eje ordenador. Algo así como un pedacito de tierra firme en medio de las turbulencias de la vida. Si el mundo y el universo constituyen un infinito hacia afuera, también hay un infinito inabarcable hacia adentro. Es el territorio de nuestra interioridad. Es nuestra “tierra prometida”, un espacio al que siempre estamos volviendo en busca de paz y descanso.

En la introducción al capítulo hacíamos alusión al hogar para nombrar este espacio de nuestra interioridad. En la experiencia cotidiana, el hogar es sobre todo el lugar donde nos sentimos a gusto, donde podemos ser nosotros mismos: ahí nos encontramos con la verdad de lo que somos y lo que sentimos. El hogar es también un lugar simbólico, donde encontramos las huellas del camino recorrido, nuestra historia, y también nuestros dolores. En el hogar tampoco suelen faltar sueños e ilusiones.

En referencia al hogar, y retomando algunas cosas sobre las que venimos reflexionando, le damos la palabra a Lucio Gera, teólogo argentino.

Hay un movimiento que solemos llamar secularista que ve en la negación de lo sagrado una condición para la afirmación y la liberación del hombre, quien queda así desligado de Dios, pero solo consigo mismo. A quien no tiene Dios se le abre todo el horizonte de su libertad, Es dueño de sí, no tiene que rendir cuentas a nadie. Pero carece de hogar último: aquel hogar del cual pudiera salir y al cual pudiera regresar.

Y así, el hombre se encuentra existiendo sin provenir de un hogar, sin origen, sin una paternidad fundante, existencialmente huérfano. Y además se encuentra existiendo sin a dónde ir, sin hogar donde retornar, sin punto de referencia en el

futuro. No es ya peregrino, sino errante. Eso es el errante, el que gira siempre en torno a sí mismo sin llegar a ninguna parte.

Esto es un factor de crisis profunda. El hombre queda afectado por una carencia de orden metafísico, esto es, trascendente. Un mal que arraiga en un terreno personal más profundo que el biológico y psicológico<sup>12</sup>.

Podríamos pensar brevemente en la parábola del hijo pródigo, que se va lejos de su hogar, que es también la casa del Padre. Corta el vínculo con el Padre y sale a viajar por el mundo, hasta que llega a experimentar el frío y la adversidad de la intemperie. Entonces emprende el camino de vuelta al hogar. Allí lo espera el Padre para recibirlo con un abrazo. Seguramente, hemos leído este texto una y otra vez, porque una y otra vez esto vuelve a suceder en nuestras vidas.

Paradójicamente, si bien este espacio del hogar o la *recámara interior* es lo más íntimo a nosotros mismos, y tiene la potencialidad de brindarnos el descanso, la paz y la armonía, lo cierto es que no nos resulta tan fácil el acceso. ¿Cuáles serían los motivos?

Un primer gran obstáculo para acceder a la interioridad tiene que ver con un estilo de vida caracterizado por el **aceleramiento** y la **vertiginosidad**, donde el zapping y la multitarea nos ponen en una tensión permanente, y de algún modo nos hacen vivir alienados de nosotros mismos. Es la fuerza centrífuga que nos expulsa hacia el exterior.

En el exterior, fácilmente somos captados por la **dispersión**. Estamos acá y allá, preocupados por una cosa o la otra: la vida es muchas veces un sin fin de tareas inconexas. En este escenario suelen aparecer también la **ansiedad y el estrés**. Nos falta el anclaje, el sentir que tenemos un centro o eje unificador en medio de la tempestad cotidiana.

En los niños y los más pequeños, por ejemplo, constatamos con bastante frecuencia los efectos del aceleramiento: en ellos volcamos nuestra forma muchas veces insalubre de vivir el tiempo, y generamos en consecuencia cada vez más trastornos o patologías relacionadas con la ansiedad, los déficits de atención, la hiperactividad, etc. Así también les privamos de la posibilidad de acceder a su ser profundo, a su *recámara interior*.

Cuando esto se perpetúa en el tiempo comenzamos a sentir un vacío, un hastío. Nos gastamos con más facilidad. La intensidad de la vida, lejos de realizarnos, tiende a agotarnos, a "quemarnos". Hay un filósofo que cuando reflexiona acerca del mundo actual habla de la "Sociedad del Cansancio"<sup>13</sup>.

---

<sup>12</sup> Gera, Lucio (1981). *La fe en un mundo en crisis*. Buenos Aires: SEDOI (61)

<sup>13</sup> Han, B.-C. (2017). *La sociedad del cansancio*. Herder.

El **viaje exterior** en general, no nos conduce a ningún lado. Hoy se habla de viaje en muchos sentidos, muchos de los cuales, hacen referencia a la incapacidad de poder ingresar en nuestro espacio interior.

Por ejemplo, en algunos casos solemos decir que las personas afectadas por consumos de drogas “están de viaje”. Ciertamente, cuando, por diferentes motivos, la realidad se vuelve inhabitable, buscamos evadirnos en un mundo alternativo. Aunque en distintas intensidades, esta tendencia a viajar para evadirnos, es muy propia del ser humano. ¿Por qué no podemos permanecer en conexión con nuestro ser profundo y más auténtico? ¿Por qué acudimos con tanta frecuencia a las evasiones, a descansar en una fantasía? ¿Cuáles son las razones por las que tendemos a estar lejos del corazón? Seguramente, en parte es porque la realidad nos resulta poco soportable u hostil, entonces permanecer en ella, resulta una tarea ardua.

También hablamos de viajes en sentido turístico. Hoy hay mucha gente obsesionada por viajar. Si bien conocer lugares, personas y culturas, puede ser algo maravilloso, también puede ser una salida por la tangente a rutinas cotidianas que aparecen como asfixiantes.

Si logramos bajar la ansiedad por el *viaje exterior*, y ponemos el foco en el *viaje interior*, en aquella travesía que nos permite ingresar a nuestro ser profundo, esa tierra donde encontramos paz y descanso, seguramente no habrá tanta necesidad de salirnos constantemente por la tangente hacia una realidad alternativa.

Incluso nuestra capacidad de gozo se acrecienta cuando logramos habitar nuestra interioridad. A veces no hay que multiplicar las ocasiones de gozo o disfrute, sino profundizar en nuestra capacidad para gozar.

Volviendo al inicio de la reflexión, cuando logramos descender a la *recámara interior* y conectamos con el ser profundo salimos del círculo de la aceleración que nos enajena. Es como si entráramos en un tiempo y espacio diferentes. *Estamos hablando de una actitud del corazón, que vive todo con serena atención, que sabe estar plenamente presente ante alguien sin estar pensando en lo que viene después, que se entrega a cada momento como don divino que debe ser plenamente vivido* (LS 226).

Contra la tendencia de la fuerza centrífuga que nos deja a la intemperie del mundo exterior, existen hoy muchas propuestas emergentes que nos invitan a recorrer el camino hacia nuestra recámara interior. Muchas de estas propuestas buscan religarnos con nosotros mismos, o con nuestros deseos (¡gran tema en la actualidad!). Suelen aparecer ligadas al discurso del bienestar. Y es lógico, puesto que la fuerza centrífuga produce en el corto plazo la sensación de malestar: estar tironeado hacia afuera, cooptados por las fuerzas de la dispersión, no es muy sostenible en el tiempo. Exacerba el cansancio y el agotamiento.

En general las propuestas de reconexión con nosotros mismos o acceso a la recámara interior también se plantean en referencia a bajar la aceleración, la

ansiedad, la dispersión. Y se ofrecen al respecto diversos métodos o “pastillas de freno”. Algunos más ligados a procesos de cambio profundo, a replanteos en los estilos de vida y de relación. Otros, a experiencias pasajeras que de algún modo nos distraen momentáneamente para seguir viviendo tal como lo veníamos haciendo.

En la antigüedad muchos cristianos tomaban decisiones de vida importantes para poder ingresar en este espacio interior. Algunos, por ejemplo, se retiraban de la vida cotidiana del mundo y se dedicaban a la vida monacal. Allí no había distracciones externas para irse por la tangente. Estos monjes de los primeros siglos se volvieron expertos en el camino hacia el hogar, hacia el corazón, hacia ese espacio de encuentro con uno mismo y con lo sagrado.

También experimentaron que había una tendencia fuerte a evadirse, a la fuga. Que había que luchar y entrenarse para vencer a las fuerzas centrífugas que nos catapultan constantemente hacia el exterior. O sea, que hay luchas y tensiones que tienen que ver con nuestra humanidad común y no varían sustancialmente a lo largo del tiempo. Es verdad que, en la actualidad, la tendencia a la dispersión y al enajenamiento se ha potenciado. Se multiplican las ocasiones para estar distraídos y dispersos, desconectados de nuestra interioridad.

Por último, retomando la metáfora del carretel o tambor que da vueltas sin parar, el ser centrífugo produce otro efecto colateral: la inflación del yo. Es como si ese ser alienado de sí mismo, desarraigado de su interioridad, se expandiera sin límites. Se produce algo similar a lo que ocurre cuando batimos un merengue: a medida que se expande, pierde consistencia. Al final nos encontramos con un yo gigante, pero vacío. Es un yo que de algún modo busca en el exterior lo que no encuentra en su interior. Ya volveremos sobre esta cuestión de la tendencia a la inflación del yo. Por el momento diremos que en nuestra sociedad actual suele ocurrir que nos encontramos con un yo muy expandido, pero al mismo tiempo muy solitario y aislado.

## La “normalidad” que nos moldea

Cuando quedamos afuera del hogar, a la intemperie, con una dificultad importante para acceder a la recámara interior, a nuestro yo profundo, ciertamente somos más vulnerables, y más manipulables. Carecemos del arraigo que puede darnos estabilidad en medio de los vaivenes de la vida cotidiana, o de los oleajes de la tempestad existencial.

Esto se agrava en un contexto donde las referencias exteriores son cada vez más difusas, volátiles, inestables, tal como describimos en el *Síndrome de la Pizarra en Blanco*. Si a esto se suma que tampoco hay puntos de estabilidad y arraigo internos, el panorama se vuelve sumamente complejo. No es raro que experimentemos fuertes inseguridades o incertidumbres.

En este escenario de pocas certezas y arraigo, sentimos la fuerza de una corriente que nos arrastra con mucha facilidad y nos lleva por el cauce de una determinada forma de ser y de vivir. Es una corriente que tiende a homogeneizarnos, a limar nuestras singularidades, y nos mete a todos en el mismo molde: a esto nos vamos a referir con *la normalidad que nos moldea*.

Si bien sabemos que cada persona es singular, única e irrepetible, la sensación con la que podemos convivir a diario es que somos una réplica cada vez menos original. Nos vamos “amoldando” a un estilo de vida que en buena medida ya está prescrito de antemano: moldea nuestras necesidades, deseos, horizontes de realización, etc. Una vida “normal” que condiciona y aplanan nuestra subjetividad, nuestro modo de ser único y original. Algunos hablan de la tiranía de la normalidad.

A continuación, vamos a intentar describir cómo se origina y toma fuerza la corriente de la *normalidad que nos moldea*.

Retomando el hilo de nuestra reflexión, el nacimiento de esta corriente se da cuando eclipsamos la relación con lo Trascendente. Como ya se dijo anteriormente, la persona entonces tiende a ocupar el lugar del Dios Creador. Así se produce un **desajuste antropológico**, una idea desmesurada de lo que podemos ser los humanos: parece que somos superhéroes (o ¡dioses!). Tenemos un **gran poder**, que no conoce límites. Somos artífices de nuestro propio destino, y el de los demás. Manejamos los hilos del universo, y disponemos de todo lo que está a nuestro alrededor (incluyendo los demás semejantes) para llevar adelante nuestra epopeya. Es el **poder que configura el ser**.

Desde esta perspectiva, se multiplican los autos: autonomía, autosuficiencia, autopreservación, autoayuda, autodidacta, y sobre todo **autorreferencialidad**. Se comprende que, en este posicionamiento existencial, nada que nos recuerde que somos frágiles, débiles o vulnerables, puede ser aceptado o integrado. Al contrario, hay que ocultarlo o descartarlo.

Aunque en la realidad, es muy difícil sostener esta desmesura: ¡no somos dioses ni superhéroes! Entonces, para sostener esta parodia en general recurrimos a **la apariencia**. Es la **exacerbación del “parecer” en detrimento del ser**. Esto tiene mucho que ver con el *Ser Centrifugo* que describimos en el apartado anterior. Como no logramos pisar firme en el ser profundo, tendemos a buscar apoyo o tierra firme en el “parecer”. Cobra más relevancia la vidriera, el estar volcados más hacia afuera, el mundo de las apariencias y del espectáculo. *En la cultura predominante, el primer lugar está ocupado por lo exterior, lo inmediato, lo visible, lo rápido, lo superficial, lo provisorio. Lo real cede el lugar a la apariencia* (EG 62).

Mucho de la vida en sociedad acentúa la dinámica del parecer: estamos promocionando constantemente apariencias de felicidad, de bienestar, etc. Un producto se vende porque parece atractivo. En los medios de comunicación y las redes las personas somos cada vez más esclavas de la apariencia. Va ganando terreno el parecer sobre el ser, y esto tiene su correlato con el abismo que va creciendo entre lo interior y lo exterior. Por eso, desde la apariencia creamos un mundo sostenido por alfileres, muy inestable.

Aunque lo que sí es muy real es la exigencia y el desgaste de energías que esto demanda por parte nuestra. En primer lugar, tenemos que tener **todo bajo control**, o sea, el “tablero de control de la vida” tiene cada vez más perillas. Esta obsesión por el control va unida a la ilusión de que podemos generar un mundo libre de inseguridades. En algunos casos también tendemos a encerrarnos en un universo cada vez más pequeño, con tal que las cosas no se nos vayan de las manos. Así es como, por ejemplo, terminamos homologando “calidad de vida y confort” con la experiencia de varios individuos encerrados bajo un mismo techo, cada uno sumergido en un dispositivo móvil.

También tenemos que ser muy **eficientes** para lograr llevar adelante la tarea de manejar los hilos del universo. Del mismo modo en que el parecer prevalece sobre el ser, la corriente de la *normalidad que nos moldea* también exagera el hacer. Hay una obsesión por el rendimiento, la eficiencia (hacer más en menos tiempo) y la productividad. Los buenos negocios se llevan por delante la posibilidad de cualquier tipo de ocio. ¡Prohibido frenar o descansar! Cuando esto se vuelca en el espectro amplio de la sociedad, puede generar ritmos y estilos de vida insalubres, que afectan fuertemente nuestro mundo relacional. No es una cuestión de segundo plano, dado que la calidad de los vínculos es determinante para el ser humano y sus posibilidades de desarrollo. Y esta “calidad vincular” depende en buena medida del tiempo que podemos disponer para las relaciones. *En las familias, padre y madre deberían tener tiempo para compartir con sus hijos, para hacer crecer ese amor familiar y no caer en la dictadura del hacer*<sup>14</sup>.

---

<sup>14</sup> Francisco. Angelus. 21/07/2024. Disponible en: <https://www.vaticannews.va/es/papa/news/2024-07/papa-francisco-estemos-atentos-a-la-dictadura-del-hacer.html>

Todo esto está relacionado con la aceleración y la vertiginosidad de la que hablábamos antes. ¡La nuestra suele ser una vida intensa, pero densa! Cada vez hay que ir más rápido sin tener una idea de hacia dónde vamos. Así la vida cotidiana se impregna de una pesadumbre considerable, como si fuera una piedra difícil de mover. De hecho, existe en la actualidad un gran tema en torno a la motivación. Necesitamos recurrir a todo tipo de estimulantes, porque si no, quedamos varados. Buscamos estímulos para acelerar y mantener la velocidad, y luego tenemos que recurrir a otras vallas de contención o técnicas para frenar, y poder descansar. En muchos sentidos, una vida artificialmente sostenida.

El control y la eficiencia generan una vida altamente demandante, casi insostenible. Desde nuestra condición humana podemos sentir que estamos al borde del colapso. En muchos casos, como dijimos, recurrimos a andamiajes externos que nos posibilitan continuar sosteniendo esta demanda excesiva de energías. Porque, además, no podemos aflojar en nuestra aspiración al **éxito**, que, en general, adorna nuestra vidriera. Por otro lado, un fracaso podría ponernos en contacto con nuestro ser frágil e impotente.

Por último, al no tener claro los fines, nos zambullimos de lleno en los medios. El sentido de la vida está en el consumir, o alcanzar a tener esto o aquello. Aquí el **tener define el ser**. La vida se transforma en un gran mercado, donde todo se compra y se vende, todo se rige bajo la lógica de la oferta y la demanda. En este escenario **el dinero** polariza nuestras aspiraciones y tiene un lugar preponderante en toda actividad humana. En general, *aceptamos pacíficamente su predominio sobre nosotros y nuestras sociedades* (EG 55).

Y unido a lo anterior, la *normalidad que nos moldea* nos propone o impone una idea de felicidad bastante particular: **la vida como algodón de azúcar**. Es decir, una experiencia que es dulce en todo momento y se conforma de un continuo ininterrumpido de experiencias placenteras. En todo momento hay que ser feliz, y esto significa disfrutar. Estas experiencias, en general, están ligadas al consumo y al tener, y no tanto a los vínculos con las personas. A pesar de que sabemos con certeza, y también prestigiosas universidades lo corroboran con estudios de investigación, que nuestra felicidad radica fundamentalmente en la calidad de los vínculos con nuestros semejantes, en la "vida normal", seguimos priorizando a las cosas por sobre las personas. *Cuando las personas se vuelven autorreferenciales y se aíslan en su propia conciencia, acrecientan su voracidad. Mientras más vacío está el corazón de la persona, más necesita objetos para comprar, poseer y consumir* (LS 204).

Ciertamente los avances de la **ciencia y la técnica** han aumentado considerablemente la fuerza y el caudal de esta corriente de la *normalidad que nos moldea*. El progreso científico nos da a los humanos un gran poder (el asunto es si tenemos la capacidad de utilizarlo para bien). También la tecnología trae la promesa de hacernos la vida más fácil: ¡"felicidad" está muy cerca de "facilidad"! Ni qué hablar de lo que a través de la ciencia y técnica podemos ganar en eficiencia y

productividad. Siempre al final la pregunta será si efectivamente estamos avanzando en el camino de una vida humanamente más plena.

La técnica está traspasando sus fronteras, desde ser instrumento y una importante ayuda en el nivel de los medios, a configurar nuestras vidas en el nivel de los fines, del sentido que damos a la existencia. Hay un "paradigma tecnocrático", que acrecienta considerablemente el caudal de la corriente de *la normalidad que nos moldea*, y que va impregnando todas las dimensiones de nuestra vida. La tendencia a la homogeneización ahora es mucho más acentuada. Y también la ambición por dominarlo todo. Así, *el hombre que posee la técnica sabe que, en el fondo, esta no se dirige ni a la utilidad ni al bienestar, sino al dominio; el dominio, en el sentido más extremo de la palabra. Por eso intenta controlar tanto los elementos de la naturaleza como los de la existencia humana. La capacidad de decisión, la libertad más genuina y el espacio para la creatividad alternativa de los individuos se ven reducidos* (LS 108).

En fin, de un modo u otro, lo que queremos transmitir a través de la descripción de *la normalidad que nos moldea*, es que hay estilo de vida que tiene mucha vigencia en la actualidad, y que en muchos aspectos es poco saludable, sobre todo porque tiende a deshumanizarnos.

## Secuestrados en la virtualidad

Seguramente ya nos hemos acostumbrado a la postal cotidiana en la que vemos a un individuo sumergido en su dispositivo. Esto ocurre en la vía pública, en el lugar de trabajo o en nuestros hogares. ¡Están, pero no están! Vemos sus cuerpos, pero sabemos que sus mentes y corazones están en otro lugar. ¿Dónde? ¡*Secuestrados en la virtualidad!*

En continuidad con lo que venimos diciendo sobre *la normalidad que nos moldea* y el paradigma tecnocrático, nos detenemos en una cuestión puntual que entendemos, merece un comentario aparte. Se trata del impacto que tiene en nuestras vidas el uso de la tecnología, sobre todo en lo referente a las pantallas y dispositivos móviles. También llamadas “Tecnologías de la Información y la Comunicación (TICS)”.

No vamos a hacer acá una reflexión crítica o una defensa de la tecnología. Está claro que los avances tecnológicos han traído muchos beneficios para la humanidad. Aunque también es evidente que el mal uso de la tecnología está trayendo perjuicios importantes.

A los fines de nuestra reflexión pondremos foco en cómo el uso no saludable de las TICS puede dejarnos atrapados en el espacio de la virtualidad, y cómo esto, a su vez, puede afectar nuestra vida interior y la percepción de la realidad.

Experimentamos a diario que cada vez son más las razones para vivir conectados a un dispositivo. En muchos casos, el dispositivo móvil, se ha transformado en un miembro más de nuestro cuerpo, o si se quiere, en un suero que nos acompaña en todo momento nutriendo nuestra vida cotidiana.

Sea lo que sea, es evidente que la virtualidad, con sus diferentes espacios o formatos, tiene un impacto enorme en la configuración de nuestras vidas, y en la expansión de una normalidad que se va extendiendo a lo largo y ancho del planeta.

Cuando decimos “secuestrados” en la virtualidad estamos haciendo alusión a que hay personas u organizaciones que diseñan estos espacios virtuales con la intención de que quedemos retenidos en ellos. La virtualidad no tiene esa fuerza de convocatoria por el azar o por algún hecho aleatorio. Hay mucha energía puesta en ver cómo quedar retenidos en ese espacio. Por ejemplo, las empresas que brindan servicios compiten por captar nuestra atención. Hoy se habla de la economía de la atención, en referencia a que existe una competencia cada vez más fuerte para ver de qué forma quedamos atrapados las 24 horas dentro de un dispositivo.

Dicho sea de paso, es impresionante constatar cómo a veces los adultos promovemos una sobreprotección exagerada sobre los niños y jóvenes en relación a algunos espacios públicos fuera del hogar (incluida la escuela), y los dejamos totalmente al desamparo de los peligros que aparecen en los espacios públicos

virtuales: apuestas online, ciberbullying, ciberacoso, grooming, pornografía, violencia sin límites; además de todos los problemas fisiológicos que trae el uso abusivo de las pantallas que afectan al desarrollo de capacidades cognitivas, de la atención, etc.

Por otro lado, a veces se apela con cierta ingenuidad a un control parental, como si los padres tuvieran la capacidad de luchar por sí mismos contra el tsunami de las propuestas del mundo virtual. Hay cuestiones relativas al cuidado en la virtualidad, que requieren de la acción conjunta de todos los actores sociales (familia, organizaciones, empresas, estado).

Los que diseñan las estrategias para retener nuestra atención, tienen presente algunas disposiciones que nos vuelven más propensos a quedarnos *secuestrados en la virtualidad*.

La primera de ellas es **la soledad** en la que solemos vivir, sobre todo en las grandes urbes, donde se da la paradoja de que estamos miles o millones de seres humanos juntos, pero aislados. Solemos desconocer a nuestros propios vecinos. *Estamos más solos que nunca en este mundo masificado que hace prevalecer los intereses individuales y debilita la dimensión comunitaria de la existencia* (FT 12).

Sin duda aquellos que pensaron las redes sociales, tuvieron la lucidez de acercarnos al agua que sacia nuestra sed, y en un mundo de mucha soledad, nos brindaron la posibilidad de la conexión infinita. Y con lo social y las amistades, se entremezcla lo laboral, lo lúdico y recreativo, lo informativo, etc. ¡Cada vez más razones para estar ahí!

Por tanto, el aislamiento, el desamparo, y otros condimentos comunes de la vida presente nos predisponen para suplir esta carencia en los espacios virtuales. Pero, paradójicamente, la virtualidad nos suele dejar más aislados. Estamos más conectados en extensión, pero menos comunicados en profundidad, tanto de los demás como de nosotros mismos. En este sentido, *los medios de comunicación digitales pueden exponer al riesgo de dependencia, de aislamiento y de progresiva pérdida de contacto con la realidad concreta, obstaculizando el desarrollo de relaciones interpersonales auténticas. Hacen falta gestos físicos, expresiones del rostro, silencios, lenguaje corporal, y hasta el perfume, el temblor de las manos, el rubor, la transpiración, porque todo eso habla y forma parte de la comunicación humana. Las relaciones digitales, que exigen del laborioso cultivo de una amistad, de una reciprocidad estable, e incluso de un consenso que madura con el tiempo, tienen apariencia de sociabilidad... La conexión digital no basta para tender puentes, no alcanza para unir a la humanidad* (LS 43).

También los dispositivos acrecientan la ilusión **del mundo a mi medida**, en el que me siento más a gusto. Esto potencia la autorreferencialidad. En el dispositivo diseño mi universo: mi trabajo, mi recreación, mi mundo relacional, la imagen de mí mismo. Allí, aparentemente soy dueño y señor. Mi horizonte es cada vez más

estrecho (aproximadamente unos 50 cm, que es la distancia que hay desde mis ojos hasta mi mano extendida sosteniendo el dispositivo). Mi percepción del mundo real es cada vez más lábil.

Sabemos que de algún modo el universo de la pantalla nos va encerrando en una burbuja de sentido: un mundo configurado según mis inclinaciones, gustos, etc. Y si bien tiene el potencial de conectarnos con todo el universo en su heterogeneidad, al final nos induce y nos deja atrapados en un entorno muy homogéneo, diseñado según aquello con lo que tengo más afinidad. Lo dañino es que voy haciéndome incapaz de convivir y relacionarme con lo diverso, con lo que es diferente a mí mismo.

Unido a lo anterior, comenzamos a perder la capacidad de **distinguir realidad de fantasía**. Cuando construyo un universo a mi medida, desde mi propio punto de vista, empiezo a diluir las fronteras entre realidad y fantasía. Así, de repente parece que lo que ocurre en la realidad no es muy diferente a lo que ocurre en una serie que vemos por alguna plataforma. O, ¿cómo saber o darnos cuenta cuando la realidad aumentada que se da en la virtualidad, se corresponde con lo que realmente son las cosas?

Otro resorte que nos catapulta al espacio virtual es la necesidad de ser más eficientes, la de ser más productivos, etc. Podemos hacer más cosas en menos tiempo. El multitask o multitarea es una gimnasia habitual, que habitualmente genera la ilusión de estar en muchas cosas al mismo tiempo, cuando en realidad no estamos del todo en ninguna.

El exceso de virtualidad también potencia la desconexión con nuestra realidad corporal. Nos elevamos a la nube y dejamos a nuestro cuerpo en tierra. A decir verdad, esta es una tendencia propia de la vida moderna acelerada, que se potencia con la aparición del espacio virtual.

Cuando hablamos del *Síndrome de la Pizarra en Blanco* hicimos alusión a que el cuerpo es lo que suele recordarnos que somos humanos. Cuando pasamos algunos límites o no registramos y digerimos algunos acontecimientos, nos lo hace saber (con algún dolor de cabeza, de espalda, u otra molestia o enfermedad). De hecho, muchas propuestas que buscan reconectarnos con nuestra interioridad, pasan por la reconexión con nuestro cuerpo, con nuestros sentidos. Aquí podemos constatar el hilo de continuidad que hay entre lo corporal y espiritual. Volveremos sobre esto más adelante. Basta tener presente que un efecto nocivo del uso abusivo de la tecnología y del perdernos en la nube, es dejar de lado nuestra realidad corporal, con sus límites y posibilidades. En la virtualidad podemos volar sin restricciones, pero en la realidad estamos obligados a ir con los pies en la tierra.

Desde aquí se comprende cómo en la virtualidad se desfiguran fácilmente las coordenadas de tiempo y espacio. En la virtualidad el tiempo no pasa, y así, podemos estar varias horas navegando sin rumbo y sin tener registro de ello. Desde

la nube también perdemos con facilidad la noción del espacio, y la pertenencia a un contexto determinado. Como ya hemos dicho en el capítulo anterior, desde la nube virtual, nos elevamos fácilmente a la ciudadanía global, perdiendo en muchos casos el arraigo local.

Volviendo al comienzo de esta sección, podemos afirmar que, cuando quedamos *secuestrados en la virtualidad*, se nos obtura el ingreso a la recámara interior. La virtualidad, y la hiperestimulación asociada, potencian la tendencia al *Ser Centrifugo* y la dificultad para conectar con mi ser profundo. El dispositivo me sumerge en un zapping permanente, infinito, sin límites.

En esta misma línea, hay que tomar conciencia de la potencia que tiene la virtualidad para moldear nuestros deseos, nuestros gustos y necesidades. Lejos de colaborar en la valoración de nuestra singularidad y de nuestra subjetividad, nos absorbe en un estilo de sentir, pensar, y hacer extremadamente uniforme.

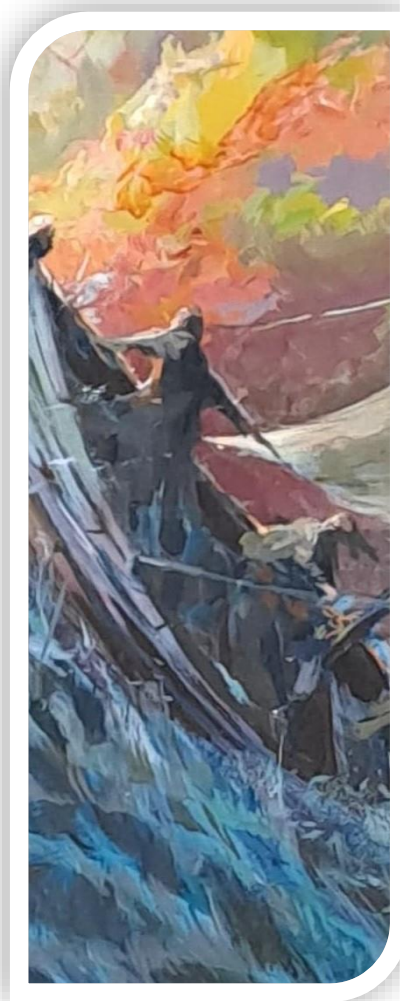
Para concluir, teniendo presente la matriz del ser relacional, decimos que el exceso de virtualidad en muchos casos lo que produce es el debilitamiento de nuestros vínculos reales, aun cuando se multiplican al infinito nuestras conexiones.

## 2.b - Escuela Católica: “Voces imperceptibles”

Las olas vuelven una y otra vez contra la barca. El panorama es ciertamente desolador. La inmensidad de ese mar enfurecido que vemos a nuestro alrededor nos lleva a tomar conciencia de nuestra finitud, de nuestra fragilidad.

A medida que pasan las horas, los temores y el miedo se van apoderando del ánimo de los tripulantes. Y a pesar de que son varios los que van en la barca, crece también el sentimiento de soledad. En parte, esto tiene que ver con que están apabullados y aturdidos por el estruendo de las aguas agitadas.

En estas circunstancias, se hace prácticamente imposible para los tripulantes escuchar las voces de sus compañeros. A pesar de que por momentos se expresan con gritos de desesperación, el ruido de los oleajes hace que se vuelvan *voces imperceptibles*.



---

*En esta sección nos sumergimos en tres reflexiones:*

**Entre la inmovilización y el silencio** ¿De qué modo las dinámicas escolares nos habilitan a expresar nuestra propia voz a lo largo de las trayectorias educativas?

**Protagonistas o espectadores** ¿Qué instancias concretas existen en nuestras escuelas para que cada estudiante pueda desplegar lo propio?

**Aprendizaje serial** ¿Cuáles son los efectos colaterales del aprendizaje en serie? ¿En qué sentido la escuela puede deshumanizarse cuando no se enfoca en la singularidad de cada persona?

## Entre la inmovilización y el silencio

¡No corras! Esta es una frase muy habitual en el ambiente escolar. Sobre todo, en los espacios donde niños y niñas de los primeros años hacen su recreo. ¿Se imaginan lo que significa para un niño que ha estado sentado durante una hora en el aula, abstenerse de correr? Desafío nada sencillo el de retener toda esa energía acumulada durante la clase.

Junto al “no corras” aparece en reiteradas ocasiones el “¡silencio!”, cuyo eco perdura a lo largo de toda la trayectoria escolar. Y de alguno u otro modo, al final, obedecemos.

Se entiende que una de las funciones primordiales de la escuela es introducirnos en la experiencia de la convivencia con los demás, más allá de nuestro núcleo familiar de origen. Al mismo tiempo, también tiene que generar las condiciones y el clima escolar que permitan el aprendizaje. Si todos corremos podemos chocarnos, y si todos hablamos en simultáneo no nos vamos a escuchar. Pero la distancia entre desarrollar la capacidad de adaptarse a una estructura y la de quedar atrapado en ella, puede ser muy corta.

Tanto en este apartado como en los que siguen en esta sección, vamos a recurrir a imágenes, metáforas, tipificaciones de la escuela, que nos van a servir para poder focalizar en algunas cuestiones particulares. Puede que, en algunos casos, en orden a distinguir las cosas con más contundencia, exageremos un poco los contrastes. Sabemos que en la realidad las cosas no son blanco y negro, sino que van en la escala de los grises. Incluso en muchas ocasiones aparece el color.

Teniendo presente lo reflexionado en la sección anterior, ahora intentaremos dilucidar cuándo y en qué circunstancias la escuela promueve las condiciones para que podamos descender a nuestra *recámara interior*, o, dicho de otro modo, ¿cuándo el ámbito escolar es un medio apto o propicio para que emerja nuestro ser profundo, nuestra propia voz? La escuela ¿nos ayuda a salir del cauce de la corriente de *la normalidad que nos moldea*, o nos sumerge más de lleno en él?

Recordamos que tenemos como mapa orientativo la matriz del ser relacional. Desde estas coordenadas, entendemos que la escuela debe ayudarnos a fortalecer el proceso de personalización: aquí radica la clave de una educación humana integral. Somos plenos cuando somos personas, esto es ser “desde, con y hacia los demás”. Y desde una perspectiva de fe, es bueno recordar que *llegar a ser santo es llegar a ser más plenamente tú mismo, a ser ese que Dios quiso soñar y crear, no una fotocopia... Si copias, privarás a esta tierra, y también al cielo, de eso que nadie más que tú podrá ofrecer* (ChV 162). Dicho esto, continuamos con nuestra reflexión.

Ya hicimos mención a la charla “La Escuela mata la Creatividad”. Decíamos que, en ella, el autor busca poner de manifiesto cómo la escuela, en su estructura

tradicional, tiende a apagar la motivación intrínseca para el aprendizaje. Cuando uno contempla el paisaje escolar habitual, no es extraño observar estudiantes que pareciera se van apagando con el paso del tiempo. Están ahí, pero con el mínimo indispensable de presencia. Sobre todo, en referencia al deseo de aprender. Y a medida que avanza la trayectoria escolar, van siendo “trasladados” de un sector a otro. Digo trasladados porque en cierta manera han perdido la capacidad de moverse por sí mismos. En general, somos las personas las que nos caracterizamos por esta capacidad del movimiento intrínseco o inmanente. Y cuando, por diferentes motivos, esta se apaga, no es tan fácil encenderla.

Hoy la motivación para el aprendizaje es un gran tema. El asunto se agrava cuando los andamiajes externos (contención familiar, condiciones socio-económicas, etc.) no acompañan. En algunos contextos se ha quebrado la idea de que “si estudio voy a progresar y me irá mejor”. A veces el deterioro de las posibilidades reales cuestiona fuertemente el sentido del esfuerzo que implica para muchos jóvenes sostener la trayectoria escolar, sobre todo cuando muchas situaciones a su alrededor son adversas.

También esto puede ocurrir en ambientes donde hay aparentemente mucho viento a favor, pero suele haber un exceso de sobreexigencia. No es extraño encontrarse con estudiantes que deben tomar alguna medicación para poder sobrellevar la carga, la tensión, el estrés.

Ambas situaciones tienen que ver con la motivación. En realidad, no es solo la cuestión de la motivación para el aprendizaje lo que está en jaque en la actualidad. Tal como mencionamos en la sección anterior, hay problemas más amplios a nivel social, en referencia a la motivación para vivir. Es parte del cuadro de *la normalidad que nos moldea*.

Lamentablemente en la escuela, también podemos ser promotores de la inmovilización. Primero de la exterior: no corras ni hables; y luego de la interior: no pienses, no sientas, no preguntes.

De distintas maneras, podemos ir restringiendo la capacidad de expresar la propia voz, el propio ser. No es que lo hagamos de forma consciente, sino más bien, puede tratarse de un efecto colateral no deseado, que emana de nuestras rutinas, hábitos y costumbres escolares establecidas. Una tendencia que podría estar naturalizada, incluso formar parte de nuestras “buenas prácticas”: con mucho esfuerzo, logramos en algunos casos generar un entorno donde todos “se portan bien” y nadie molesta. Prevalece en el paisaje escolar el silencio y la quietud.

Un directivo me contaba que había un alumno que en todos los recreos se sentaba solo contra una columna. Era una escena que se repetía frecuentemente. Como el alumno no hacía nada malo, pasaba inadvertido. Hasta que un día, a una maestra se le ocurrió detenerse frente a esta “escena de la vida cotidiana”. Inició un diálogo con aquel niño y se dio cuenta de que, en aquella columna, este niño sostenía el

peso de una experiencia interior muy dolorosa. Por fuera todo pasaba inadvertido. Por dentro, un mundo muy revuelto. La maestra pudo crear las condiciones para que emergiera la voz de aquel niño.

Más allá del desenlace, este podría ser un claro ejemplo de un alumno que se va instalando en un estado de pasividad inerte. Su presencia se va haciendo cada vez más lábil. A su alrededor todo funcionaba bien. Y como no cometía ninguna infracción, no llamaba la atención. ¡Estaba inmovilizado y en silencio!

Es evidente que la escuela no puede con todo. En algunos casos, no puede suplir algunos déficits que hacen a la motivación profunda, o resolver circunstancias de dolor y sufrimiento que atraviesan nuestros estudiantes, por las cuales podrían quedar atrapados en el silencio. Pero, dejando de lado los extremos, la escuela tiene un amplio margen para operar sobre estos dos aspectos: la motivación y la posibilidad de que cada persona pueda expresar su propia voz. Como ya dijimos con anterioridad, la escuela cuenta con el tiempo y con múltiples ocasiones de todo tipo y color. Ahora bien, también hay cosas que no colaboran.

Una de ellas es la aceleración que caracteriza nuestra normalidad y se filtra en el ambiente escolar. Los procesos de aprendizaje (y también las relaciones humanas) necesitan del tiempo, y en general, ¡de un tiempo sin presiones! Las neurociencias nos vienen advirtiendo de esto con mucho énfasis. Pero nosotros, en nuestro afán de cumplir con algunos objetivos o metas, solemos acelerar los procesos educativos y generamos en algunos casos el atragantamiento por el conocimiento. Sumado a que muchas veces la propuesta educativa despierta poco interés o es poco significativa para muchos estudiantes. No es raro que se pierda el gusto y el sabor por el aprendizaje.

En sintonía con lo anterior, podemos decir que la educación y la escuela ponen el acento en la tarea. Esto es comprensible en un horizonte y perspectiva de crecimiento y desarrollo. Aunque conlleva el riesgo de minimizar la dimensión del don. Si bien la educación es fundamentalmente una “tarea”, también debe llevar en sí la conciencia del don. Por momentos, parece que lo importante es lo que “vas a ser” el día de mañana. Pero, atención, ¡no habría que minimizar tanto lo que ya somos hoy!

Otro aspecto que no colabora a la motivación intrínseca, es la forma en la que concebimos y asimilamos el error. Aunque en la teoría hablemos de error como ocasión de aprendizaje, la realidad es que en general el error es motivo de castigo. En algunas circunstancias hasta de burlas. Cuántas veces ocurre que un estudiante termina aborreciendo una materia porque tuvo una experiencia negativa en referencia al modo en el que le hicieron sentir su equivocación. Y, al contrario, cuántas veces terminamos abrazando alguna asignatura porque el docente nos tuvo paciencia o nos ayudó a asimilar de forma positiva nuestros errores.

Al error podemos enmarcarlo en una tendencia más amplia, y tiene que ver con un sesgo que suele caracterizar a la escuela (y a la sociedad): su foco habitual en la carencia. Muy rápidamente nos deslizamos hacia la mirada de lo que el estudiante no puede, o la habilidad que no tiene, o el conocimiento que no pudo asimilar, etc. Esto obviamente atenta contra la motivación positiva e inhibe las ganas y la capacidad de expresarse. ¡Cuánto más saludable y colorido se vuelve el paisaje escolar cuando podemos registrar y celebrar los logros, o el descubrimiento de algún talento y habilidad!

En estrecha conexión con algunos de los elementos mencionados con anterioridad, aparece la cuestión del miedo o el temor, que en la escuela suele ser uno de los resortes principales del sistema: miedo a desaprobar, miedo a que me reten, etc. ¡Pero justamente el miedo paraliza y es uno de los peores amigos del aprendizaje! Muchas veces en el evangelio Jesús advierte que no tengamos miedo. Y Jesús es maestro de vida.

Por último, como ya hemos mencionado en el capítulo anterior, no solo los estudiantes pueden estar faltos de motivación. Esto también puede ocurrir a los educadores.

Recuerdo que una maestra con mucho compromiso en su tarea docente me comentaba que se sentía un poco desilusionada. Trabajaba hace muchos años en una escuela ubicada en un barrio vulnerable. Cuando la escuela comenzó en el barrio, había una gran ilusión. ¡La escuela sería un actor de transformación y mejora importante en ese entorno! Con el paso de los años, las cosas no se veían tal como se habían soñado. La escuela, más allá de su quehacer propio, se veía fuertemente afectada por la realidad económico social que iba deteriorando progresivamente las condiciones de vida en aquel entorno. Ciertamente no era fácil para esta maestra mantener en alto la motivación. Había que recalibrar la mirada.

En referencia a la motivación de los educadores, sabemos que hay muchos factores que pueden incidir en esta cuestión. Es un tema complejo, al que hay que ponerle foco, porque, tal como advierte el evangelio, si la sal pierde su sabor, estaríamos en un callejón complicado (Mt 5,13).

## Protagonistas o espectadores

Podemos inferir que lo que venimos diciendo, va a contramano del protagonismo estudiantil que habitualmente buscamos promover en nuestras comunidades educativas. Cabe preguntarnos, ¿qué instancias concretas existen en nuestras escuelas para que cada estudiante pueda expresar su propia voz?

Veíamos en el apartado anterior que muchas cosas en nuestras gramáticas escolares llevan a apaciguar las voces de los estudiantes, haciéndolas casi imperceptibles. Por este camino, lejos de fomentar el protagonismo tendemos a promover **espectadores** pasivos. Los espectadores se sientan a ver el partido desde la tribuna, no lo juegan.

Podemos agregar que la escuela se suele caracterizar por ser un ambiente extremadamente normado. Aquí también hay una *normalidad que nos moldea*. Llevados en buena medida por el temor a lo que pueda pasar y la idea (a veces ilusoria) de generar un ambiente exento de todo tipo de riesgos, generamos un sin fin de normas y reglamentaciones para estar seguros. Exageramos las medidas de control y, como contrapartida, dejamos cada vez menos espacio a la confianza.

Multiplicamos las instancias de vigilancia, sobre todo en lo relativo a la convivencia. ¡Hay que poner cámaras en todos los espacios del colegio! Los adultos organizamos estrategias para tener todos los sectores cubiertos. Que nada quede fuera del radio de nuestra mirada. Finalmente logramos que “no pase nada”.

En la escuela invertimos muchas energías para crear una atmósfera en la que no siempre se distingue con claridad la frontera entre el cuidado y la sobreprotección. ¡Que los chicos no se queden solos ni por un minuto! Y esto vale tanto para los niños de nivel inicial como para los estudiantes del último año del secundario.

Por este camino, es difícil pensar en el protagonismo o la autonomía de los estudiantes. Más bien generamos seres que viven obsesionados por encontrar el momento y la forma de “zafar”, escabullirse, salirse del espectro del “ojo que los vigila”, esquivar la densa nube de lo normado, lo establecido. Y esto que incubamos en la escuela, podría trasladarse luego a la vida extraescolar.

Una de las tipificaciones que puede ayudarnos a visualizar algunas características de la estructura escolar, es aquella que la compara con un “vivero”. De la “escuela-vivero” podemos tomar varias analogías.

La primera de ellas tiene que ver con la capacidad de **proteger** de la intemperie, sobre todo cuando las plantas están en su etapa inicial, o son más vulnerables a las contingencias climáticas. Esto es necesario, aunque no sería bueno para la planta permanecer siempre en el vivero, sobre todo si tiene la posibilidad de crecer más allá de los límites que le impone ese ambiente protegido. O sea, que el vivero como protección del mundo exterior es recomendable hasta cierto punto del desarrollo

vital. La protección desmedida, o sobreprotección no sería tan recomendable para el desarrollo de la vida. Podríamos quedar retenidos en un estadio de inmadurez.

También la comparación con el vivero nos puede dar a entender que la escuela es un lugar donde abundan las plantas y los vegetales. De hecho, hay varios términos que utilizamos, al menos en nuestro contexto local, que nos remiten a esta imagen (el crecimiento “vegetativo” de la escuela, la “planta” del personal docente, etc.). Existe también en la actualidad una corriente muy fuerte, que, desde la mirada de la ecología y la educación sustentable, busca enverdecer la escuela.

En este juego de analogías también podríamos pensar en los estudiantes como plantas, a los cuales se les da una atención particular, se los cuida, se los aprecia por su belleza única e irrepetible, etc. Aunque, también el “estudiante planta” puede remitirnos a cierta pasividad. Una planta, si bien tiene muchas bondades, en general no tiene mucha autonomía o protagonismo sobre su vida: se conserva inmóvil en la maceta. Ahí vive y subsiste sin tener que tomar grandes decisiones. Le faltaría esa capacidad para moverse por sí misma, lo cual nos remite a la capacidad de ejercer un cierto protagonismo sobre el curso de la propia vida.

Desde esta perspectiva, podemos comprender cómo la escuela podría fomentar el ausentismo: el “no estar ahí”, aunque estemos de cuerpo presente.

Como ya hemos visto en el apartado anterior, hay muchos elementos en la escuela que pueden fomentar la inmovilización o la pasividad. Uno de ellos es la tecnología, que habilita una cantidad infinita de canales para la evasión. La tendencia al ausentismo, al “no estar ahí”, nos catapulta con facilidad al universo virtual, donde tal vez nos encontremos con sensaciones mucho más placenteras y gratificantes de aquellas que nos brinda la propuesta escolar habitual.

Hoy existen muchos planteos y cuestionamientos en torno al uso de las TICs en la escuela, sobre todo en lo relativo al control de los dispositivos móviles. Si bien todos sabemos que la tecnología puede ser una gran aliada para la educación, también somos cada vez más conscientes de sus efectos colaterales no deseados: puede interferir contundentemente en la capacidad de concentración, en la adquisición de habilidades cognitivas, en el desarrollo del lenguaje, las habilidades socioemocionales, etc. El uso de la tecnología en la escuela nos genera algunas tensiones no fáciles de resolver, sobre todo cuando queremos avanzar en la línea de un uso saludable, que esté en función de potenciar los procesos de aprendizajes y del desarrollo integral de las personas.

Además, el panorama se complejiza con la aparición de la Inteligencia Artificial (IA), que, dicho sea de paso, aparece como una gran aliada para los copistas. La IA podría hacer implosionar la escuela en su formato tradicional. Mas aún, en los casos donde ésta promueve la pasividad y hay poco protagonismo de los estudiantes en referencia a sus procesos de aprendizaje.

Más allá de lo que pueda ocurrir mañana, hoy podemos constatar que la tecnología suele potenciar en muchos sentidos al estudiante espectador. O porque le facilita la posibilidad de cumplir con sus obligaciones escolares involucrándose mínimamente en ellas, o porque el aburrimiento escolar lo induce a quedar *secuestrado en la virtualidad*.

Para ir concluyendo y volviendo al tema del protagonismo del estudiante, sobre todo en los últimos años de la escolaridad, puede que los educadores experimentemos una cierta dificultad para sintonizar con el universo del estudiante. Suele haber una brecha generacional que parece un abismo. Es un desafío poder establecer puentes para encontrarnos con aquello que los moviliza e invita a expresarse, y que de esta manera *tengan un protagonismo mayor* (EG 106).

## Aprendizaje serial

Hay un hecho que no deja de sorprenderme y de generar hondos cuestionamientos en torno a nuestra tarea educativa en el ámbito escolar. Es relativamente común que un estudiante transite un itinerario formativo durante doce años en una escuela, y llega al final del camino sin tener claridad de lo que quiere hacer de su vida. ¿Cómo y por dónde seguir una vez finalizada la etapa escolar?

Creo que no podemos dejar de preguntarnos: ¿qué pasó a lo largo de todos estos años de escolaridad? o ¿por qué no pudo emerger la voz propia?

Más aún, no es solo la cuestión de que no saben “qué quieren hacer con su vida”, sino que tampoco tienen claro cuáles son sus dones, sus fortalezas, sus inclinaciones, qué es aquello que lo mueve desde lo profundo. En muchos casos los estudiantes terminan tomando una decisión incolora, débil, que tiene muy poco de arraigo personal. No es extraño que las decisiones que siguen luego de finalizada la trayectoria escolar poco tengan que ver con búsquedas o intereses personales genuinos.

En parte, esto se debe a que a lo largo de toda la trayectoria escolar no han podido explorar su geografía interior. No lograron sintonizar con sus deseos o inquietudes. Tampoco tomaron conciencia de sus talentos (¡quedaron enterrados!). Esto que podemos constatar al final de las trayectorias escolares responde en buena medida a la gramática escolar que promueve el *aprendizaje serial*.

En esta línea, otra tipificación de la escuela, que aparece habitualmente en la crítica al sistema educativo, tiene que ver con la “escuela-fábrica”. La fábrica es un lugar o espacio donde todo está pensado para ser producido en serie: hay que alcanzar algunas metas en tiempos establecidos, y más o menos todos deben aprender los mismo o producir los mismos resultados. Los procesos están estandarizados, y prácticamente no hay lugar o posibilidad para una producción diferenciada. ¡Todos iguales!

A favor de este modelo se podría decir que a través del mismo la educación pudo y puede ampliar sus fronteras y llegar a un número más amplio de estudiantes. El desafío es compaginar la amplitud del sistema con la profundidad que requiere la personalización.

En general, en la escuela no es fácil salir del molde de la fábrica, a pesar de los esfuerzos que en muchos casos se realizan al respecto. Como ya dijimos en más de una ocasión a lo largo de este trabajo, la escuela se caracteriza por tener una estructura muy rígida, o estable. Y no es fácil cambiar las formas establecidas, vencer las inercias de lo que se viene haciendo, etc. Además, tampoco es sencillo generar las instancias y disponer de los medios para diseñar e implementar caminos alternativos.

Por ejemplo, está en auge el discurso de las aulas heterogéneas, desde el cual se busca generar un espacio de aprendizaje teniendo en cuenta lo particular y la singularidad de cada estudiante. En la estructura escolar tradicional, donde prevalece una corriente muy fuerte que lleva a lo homogéneo y estandarizado, a aplicar la misma receta para todos los estudiantes, ¿será posible el traje a medida?

En la lógica de la estandarización, es habitual que aparezcan “los copistas”, estudiantes que realizan mecánicamente las actividades necesarias para poder avanzar en los casilleros de la trayectoria educativa (o línea de producción). Pero ciertamente suele haber muy poco de original en lo que producen, hacen o dicen. Los copistas también aprenden el arte de ir sorteando los obstáculos que les obligarían a salir del libreto conocido.

Pero veamos con un poco más de hondura los posibles efectos colaterales de la escuela fábrica.

Un primer efecto de este modelo es la tendencia al **etiquetado**. Cuando en la escuela se hace difícil que emerja lo profundo del ser, las singularidades, aquello que caracteriza la subjetividad, es común que nos quedemos en un plano más superficial, de miradas más acotadas. Esta mirada puede trasladarse fácilmente al sistema de acreditaciones que establecemos para poder avanzar en las trayectorias educativas. En este sentido *otro peligro que amenaza la delicada tarea de la educación es la dictadura de los resultados que considera a la persona como un objeto de “laboratorio” y no tiene interés en su crecimiento integral. También ignora sus dificultades, sus errores, sus miedos, sus sueños, su libertad. Este enfoque, dictado por la lógica de la producción y el consumo, pone el énfasis principalmente en la economía y parece equiparar artificialmente a los hombres con las máquinas*<sup>15</sup>.

La escuela es una plataforma que nos pone continuamente a prueba: aprobamos o desaprobamos. Y en base a nuestro desempeño, se nos van adosando algunas etiquetas: inteligente, buen compañero, inadaptado, conflictivo, incapaz, y así sucesivamente. Son etiquetas que suelen tener una importancia considerable en la configuración de nuestra interioridad.

Por otro lado, sabemos que los seres humanos tenemos necesidades básicas, y una de ellas es la de que nos reconozcan por nuestro nombre, por lo que somos en particular. Necesitamos sentirnos parte de un grupo, pero también necesitamos de una instancia donde se nos mire y se nos reconozca en nuestra **singularidad**. Ya hemos mencionado como esta necesidad seguramente se agudiza en el contexto de las grandes urbes, donde con mucha facilidad quedamos a la sombra del anonimato.

---

<sup>15</sup> Francisco. Videomensaje al Congreso Mundial de la Oficina Internacional de la Educación Católica. 8/06/19. Disponible en [https://www.vatican.va/content/francesco/es/messages/pont-messages/2019/documents/papa-francesco\\_20190608\\_videomessaggio-oiec.html](https://www.vatican.va/content/francesco/es/messages/pont-messages/2019/documents/papa-francesco_20190608_videomessaggio-oiec.html)

En la escuela, sobre todo cuando crece la cantidad de alumnos, podemos replicar o acentuar esta tendencia al no reconocimiento de lo particular y singular. No es extraño llegar a sentir que somos “alguien más” (o “algo” más) y así, nos hacemos invisibles frente a la mirada de los que nos rodean. De hecho, no es extraño que, si en la escuela no recibimos “apercibimientos”, pasemos desapercibidos. Por este camino promovemos en algún punto la despersonalización, lo que podría traducirse en deshumanización.

Hoy existen una cantidad de preguntas emergentes acerca de cuáles son los caminos y las formas para humanizar la escuela. De hecho, se multiplican los programas que de alguna u otra manera, buscan dotar a la escuela de más humanidad (Educación Emocional, Educación de la interioridad, Bienestar Docente, etc.). De todas formas, la cuestión es de por sí llamativa: ¿cómo llegamos al punto en el que sentimos que la escuela se ha deshumanizado? Una persona ajena al mundo escolar tendería a pensar o creer que la escuela es de por sí un lugar donde abunda la humanidad en el ser y el hacer.

Ocurre que la estructura de la “escuela fábrica” es bastante permeable a la deshumanización. Lo planteamos desde el ámbito escolar, pero sabemos que estos procesos que tienden a la deshumanización, están sucediendo en el espacio más amplio de la sociedad en general (es *la normalidad que nos moldea*). Desde esta perspectiva, hoy parece ser menos asimilable el formato de “escuela-fábrica” (o al menos es más cuestionado), porque seguramente se han diluido en la sociedad otras instancias de personalización y de reconocimiento. Entonces, de algún modo se le pide a la escuela que supla estos déficits, como suele ocurrir con otras tantas cuestiones que la sociedad no resuelve y que le demanda a la escuela que se haga cargo.

Lo que al menos podemos dejar planteado como inquietud, es que la “escuela fábrica” podría estar colaborando a generar un universo caracterizado por una homogeneidad que va diluyendo las diferencias y lo singular que caracteriza a las personas y a las culturas: avanza la tendencia a la producción en serie o la fotocopia. Tengamos presente que *hay un modelo de globalización que «conscientemente apunta a la uniformidad unidimensional y busca eliminar todas las diferencias y tradiciones en una búsqueda superficial de la unidad. [...] Si una globalización pretende igualar a todos, como si fuera una esfera, esa globalización destruye la riqueza y la particularidad de cada persona y de cada pueblo. Ese falso sueño universalista termina quitando al mundo su variado colorido, su belleza y en definitiva su humanidad. Porque el futuro no es monocromático, sino que es posible si nos animamos a mirarlo en la variedad y en la diversidad de lo que cada uno puede aportar. Cuánto necesita aprender nuestra familia humana a vivir juntos en armonía y paz sin necesidad de que tengamos que ser todos igualitos* (FT 100).

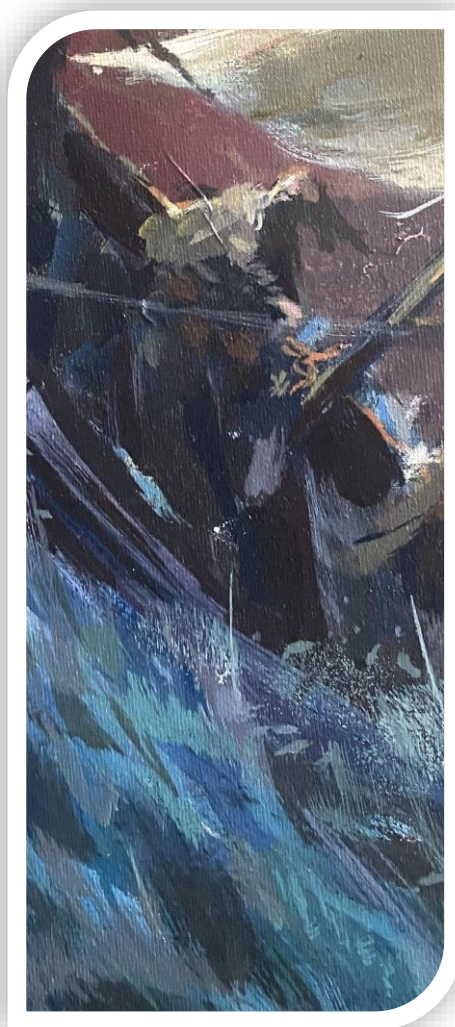
Tal como decía el beato Carlos Acutis, *ocurre que “todos nacen como originales, pero muchos mueren como fotocopias”*. No permitas que eso te ocurra (ChV 106).

## 2.c - Desafíos: “Habitar el espacio interior”

Nos enfocamos nuevamente en la escena de la barca en medio de la tempestad. Lo abrumador del paisaje exterior comienza a encontrar un correlato fuerte con lo que acontece en el paisaje interior de los tripulantes. Crecen los oleajes de la angustia y la desesperación.

La tarea por la supervivencia parece no dar tregua. Es difícil pensar que podrían abandonar la cubierta para irse a refugiar o descansar en la recámara interior del barco. Esto sería casi un absurdo. En medio de esta turbulencia, lo único que parece razonable es seguir luchando para sobrevivir.

Sin embargo, llegado cierto punto límite, aparece la necesidad de calmar las aguas interiores. No será posible resistir por mucho más tiempo en esta lucha titánica por mantenerse a flote, en la que reina el caos y la confusión. Necesitamos hacer un alto para ver y percibir las cosas desde una perspectiva diferente. Urge *habitar el espacio interior*.



---

*En esta sección nos sumergimos en tres reflexiones:*

**Iluminar desde la confianza: el acompañamiento.** ¿Cómo estamos acompañando a nuestros estudiantes en la escuela para permitir que cada uno de ellos pueda expresar la propia voz?

**Explorar y cultivar la geografía interior.** ¿Damos prioridad a lo que sucede en los procesos internos de las personas, o nos quedamos solo en la exterioridad?

**Del “ser individual” al “ser comunitario”.** ¿A qué nos referimos con esta dialéctica o distinción? ¿Qué es lo que está en juego en ambas visiones, tanto a nivel personal como social?

## Iluminar desde la confianza: el acompañamiento

Unos párrafos más arriba hacíamos alusión a la dificultad que muchas veces tenemos desde la escuela para dejar emerger el sonido de la propia voz. Decíamos que es frecuente llegar al final de la escolaridad sin tener una idea clara de lo que queremos hacer de nuestras vidas. Esto se debería sobre todo a la desconexión con nuestra interioridad, a la incapacidad de poder acceder a nuestra *recámara interior*.

Por tanto, la dificultad para expresar la propia voz y la incapacidad para acceder a nuestra recámara interior, están íntimamente relacionadas. La voz, como expresión del propio ser, es el eco de resonancia de nuestra interioridad, necesita de ese espacio del ser profundo para poder darse a conocer. Por eso no es posible que nuestra voz auténtica se manifieste hacia el exterior si no está habilitado el espacio interior.

Es importante que la escuela pueda crear las condiciones para que en ella se expresen las voces particulares de los estudiantes. Y una clave fundamental para generar esta atmósfera es el **acompañamiento**. Sin este vínculo cercano y personal, es muy difícil que esto suceda. El acompañamiento es el canal predilecto por el que se transmite la **confianza**. Y la confianza es como la luz que ilumina lo profundo de cada persona.

Tengamos presente que en nuestra sociedad existe la tendencia a la despersonalización (que es deshumanización), al aislamiento individual, y que esto se expresa, por ejemplo, en la experiencia de "ser invisibles", aún en medio de la multitud. Esta realidad epocal potencia el desafío de la escuela de acompañar para poder escuchar la voz singular de cada persona. *En una civilización paradójicamente herida de anonimato y, a la vez obsesionada por los detalles de la vida de los demás, impudorosamente enferma de curiosidad malsana, la Iglesia necesita la mirada cercana para contemplar, conmoverse y detenerse ante el otro cuantas veces sea necesario* (EG 169).

Acompañar es sobre todo estar cerca desde una **mirada de amor**. Puede haber instancias en el acompañamiento que demandan una cierta firmeza, sobre todo cuando hay que transitar etapas de crecimiento, decisiones, etc. En algunos casos la persona requiere por parte del acompañante una actitud de entereza, de ofrecer una cierta estabilidad en medio de las turbulencias de la vida. Pero siempre la actitud de fondo es la de ayudar a crecer. Justamente a esto alude la palabra autoridad.

Una mirada de amor fortalece en primer lugar **la confianza** en la persona. Esta es quizás la dimensión más importante para el desarrollo de la vida. Luego podrán adquirir aprendizajes, competencias, habilidades, etc. Pero si no hay confianza, no hay basamento. La confianza es como los cimientos.

Desde la fe, la confianza es algo muy profundo. No se trata de un sentimiento decorativo. Es transmitir una certeza profunda, ontológica: somos buenos, a pesar de nuestros claroscuros, de nuestras limitaciones o debilidades. Es como un reflejo de la mirada del Dios Creador, que ve la bondad en todo lo creado (Gn 1, 31).

Recuerdo cuando escuché un testimonio de un sacerdote que trabajaba en sectores muy marginales, con personas que vivían en situación de calle, muchas veces afectadas por situaciones de consumos problemáticos. En el intento de estar cerca de estas personas, el sacerdote contaba que continuamente se daban episodios en los que se ponía a prueba la confianza. Y en muchas ocasiones, estas personas no respondían como uno esperaba. Sin embargo, él muchas veces apostaba a la confianza sabiendo que quizás la persona todavía no iba a poder responder de la mejor manera. Y concluía la reflexión diciendo que él confiaba no porque el otro fuera absolutamente confiable, en el sentido de que no podía fallar, sino porque es la confianza que damos la que restituye al otro, la que cura en muchos casos las heridas del camino. O sea, no es que necesariamente seamos dignos de confianza porque somos perfectos, sino que es la confianza que recibimos la que nos va haciendo cada vez mejores personas, más confiables.

Acompañar es por tanto ayudar a conectar con nuestra interioridad. Aun cuando en la recámara interior, pueda haber oscuridad, o pueda estar inundada por el agua de las circunstancias, ahí está la posibilidad de hacer resonar nuestra voz. ¡Cuántas historias conocemos de estudiantes que sobresalían por ser “conflictivos” y que, a través de una mirada confiada sostenida en el tiempo, pudieron transitar importantes procesos de cambio y encontraron la oportunidad de expresar la propia voz!

Una instancia fundamental en el acompañamiento es la **escucha**. Implica la actitud de querer dar lugar al otro, de querer recibirlo con su propia historia, con todo aquello que trae en su mochila. Para eso, los educadores *necesitamos ejercitarnos en el arte de escuchar, que es más que oír. Lo primero, en la comunicación con el otro, es la capacidad del corazón que hace posible la proximidad, sin la cual no existe un verdadero encuentro espiritual. La escucha nos ayuda a encontrar el gesto y la palabra oportuna que nos desinstala de la tranquila condición de espectadores. Sólo a partir de esta escucha respetuosa y compasiva se pueden encontrar los caminos de un genuino crecimiento* (EG 171).

Otro ingrediente importante en el acompañamiento es la **amabilidad**. En la sociedad actual, se van endureciendo los códigos de trato. Esto va generando resistencias y dificultades para el encuentro, para la comunicación, para la confianza. En este sentido, *la amabilidad es una liberación de la crueldad que a veces penetra las relaciones humanas, de la ansiedad que no nos deja pensar en los demás, de la urgencia distraída que ignora que los otros también tienen derecho a ser felices. Hoy no suele haber ni tiempo ni energías disponibles para detenerse a tratar bien a los demás, a decir “permiso”, “perdón”, “gracias”. Pero de vez en cuando aparece el milagro*

*de una persona amable, que deja a un lado sus ansiedades y urgencias para prestar atención, para regalar una sonrisa, para decir una palabra que estimule, para posibilitar un espacio de escucha en medio de tanta indiferencia (FT 224).*

Actualmente proliferan como hongos las propuestas ligadas al acompañamiento en diferentes ámbitos y formatos (terapias, coaching, counseling). En general traen consigo la promesa de conectarnos con nuestra interioridad, con nuestros deseos profundos, con aquello que nos moviliza. Parece que una vez que podemos sintonizar con esa frecuencia interior, todo fluye mejor.

La escuela en general tiene una gran oportunidad en lo referente al acompañamiento. Digamos que está en mejores condiciones que muchas otras instituciones u organizaciones de la sociedad.

Por de pronto cuenta con el **tiempo**: tiene muchos años para acompañar a los estudiantes y ayudarles a recorrer su geografía interior, descubriendo con ellos sus deseos profundos, sus anhelos y sueños, sus fortalezas y talentos. También sus debilidades y todo lo que los constituye como seres humanos. Dada la extensión temporal de las trayectorias educativas, se puede tener una mirada de proceso, con todos los vaivenes propios del crecimiento y del desarrollo de la persona.

En el ámbito educativo, durante los últimos tiempos, hemos oído hablar mucho de la personalización de los procesos de aprendizaje. Como dijimos en la sección anterior, no es tarea sencilla salir del formato despersonalizado de la “escuela-fábrica”, donde vamos en “serie”. Un desafío es generar las condiciones para revertir esta tendencia.

Para esto podemos pensar en una “personalización inicial”. Inicial no tanto porque se tenga que dar en el nivel inicial (aunque sería loable que ya se diera desde aquí) sino porque es una instancia primera, que habilita continuamente la profundización del proceso de personalización a través del acompañamiento y la confianza.

Hay que procurar que a lo largo de toda la trayectoria educativa los estudiantes se sientan bien recibidos, que puedan entrar a la escuela con su historia, hablar y expresarse desde ella. La escuela, más allá de las estructuras o los roles, es en primer lugar una comunidad de personas. Y como seres humanos, esperamos que, en ese espacio, seamos reconocidos por nuestro nombre, y podamos hacernos presentes expresando nuestra voz, aun en medio de una multitud o del bullicio. No puedo dejar de pensar en varios pasajes del evangelio donde Jesús se detiene en alguna persona en particular, aun cuando había una gran multitud a su alrededor. Tenía esta capacidad de llamar a cada persona por su nombre.

Esta personalización inicial, por tanto, implica el reconocimiento del valor de nuestra persona, el celebrar nuestra presencia. En la Escuela Católica tenemos que ser capaces de celebrar la presencia de los que están a nuestro alrededor: ellos son ante todo un misterio a contemplar, una historia y un universo a descubrir, y no un problema a resolver, o un recipiente para llenar.

¡Cuántos informes de alumnos que se rellenan con palabras, frases y contenidos genéricos, que en el fondo no dicen casi nada de la persona en su singularidad! No es tan fácil escapar a la mirada en serie que nos despersonaliza. Sobre todo, en la medida en que el número de alumnos es mayor, más desafiante es la personalización. Pero no es imposible.

En algunas situaciones el acompañamiento puede tener instancias más estructuradas. Hay escuelas, por ejemplo, que tienen la posibilidad de contar con un sistema de tutorías. Otras tienen algunas personas designadas para acompañar las "situaciones difíciles". De un modo u otro, en todas hay adultos que pueden ejercer, con mayor o menor destreza esta tarea.

Mucho se juega en la actitud del educador, en el deseo de encontrarse con sus estudiantes, con la disposición que tenga para el encuentro con los demás, y en algunos casos, ir más allá del rol formal. Hay una mística del educador que hay que promover para que en la escuela se genere una Cultura del Encuentro que nos permita escuchar y distinguir las voces particulares aún en medio del tumulto. Desde esta mirada valoramos a cada estudiante como alguien que trae un tesoro en vasija de barro (2 Cor 4,7). Es esta mirada la que ilumina desde el fondo, la que permite sacar a la luz los deseos, inclinaciones y potencialidades.

¡Y qué poder que tienen los educadores en este sentido! Pueden romper con el círculo del anonimato con una sonrisa, con una palabra, con un gesto. A través de la mirada de la confianza, pueden encender la luz allí donde tal vez hay oscuridad.

Ahora bien, para que todo esto sea posible, también hay que pensar seriamente cómo en la Escuela Católica acompañamos a los educadores. Ellos también necesitan muchas veces expresar su propia voz, salir del gris de las rutinas, de un trabajo que puede ser en algunas ocasiones solitario y desgastante. Tengamos presente *que la propia experiencia de dejarnos acompañar y curar, capaces de expresar con total sinceridad nuestra vida ante quien nos acompaña, nos enseña a ser pacientes y compasivos con los demás y nos capacita para encontrar las maneras de despertar su confianza, su apertura y su disposición para crecer* (EG 172).

## Explorar y cultivar la geografía interior

Abordamos en este apartado un desafío muy complejo que tiene la escuela en la actualidad: la de promover las condiciones para *la exploración y el cultivo de nuestra geografía interior*.

A veces nos entusiasmos con la posibilidad de conocer el mundo entero. Al principio de este capítulo hicimos alusión a que la vida puede ser concebida como un viaje, aunque, no necesariamente este tiene que ser un viaje exterior. No es raro que conozcamos mucho del mundo externo, y paradójicamente, desconozcamos el territorio de nuestra interioridad. En la actualidad las condiciones socio-ambientales no tienden a ser las más favorables para la exploración de la geografía interior. Pensemos solamente en la influencia que ejercen los dispositivos entre los niños, los jóvenes, ¡y los adultos! En muchos sentidos hay que hacer una transición del viaje exterior al viaje interior, contrarrestando la tendencia al *ser centrífugo*.

Cada persona es un universo en sí misma. La tierra de su interioridad es un infinito inabarcable, una geografía compuesta de paisajes muy variados: hay llanos, fáciles de acceder y transitar, y también montañas o lugares de difícil acceso. Hay espacios llenos de vida, y otros más desérticos.

No es un paisaje estático. La interioridad tiene un dinamismo en relación al tiempo y las circunstancias por las que atravesamos. O sea, es también una tierra que debemos cultivar. Exige de nuestro trabajo para florecer y dar frutos. Es don y tarea.

Cuando en educación hablamos, por ejemplo, de valores y virtudes, nos estamos refiriendo al cultivo de nuestra interioridad. En el contexto actual, que exalta la exterioridad y el parecer sobre el ser, es importante aprender a contemplar la belleza del paisaje interior. En esa geografía están las laderas que marcan nuestras inclinaciones, los remansos que nos dan paz, los pantanos de nuestra tristeza, los ríos profundos de nuestros deseos y aspiraciones, los volcanes de nuestros enojos o frustraciones, etc. Ahí está la huella de nuestra historia y nuestra memoria. También el territorio donde anidan nuestros sueños. Es nuestro hogar más íntimo, el lugar donde pisamos la tierra de nuestra verdad.

En la Escuela Católica podemos preguntarnos qué lugar le estamos dando al cultivo de la geografía interior. ¿Promovemos el ideal del “ser virtuoso”, que en algunos casos puede no coincidir con el “ser exitoso”? ¿Hablamos de generosidad, frente a la avaricia creciente, o de austeridad, contrarrestando una cultura instalada del derroche o el consumo exacerbado? Amabilidad, hospitalidad, gratitud, humildad: ¿son palabras presentes en el discurso educativo? Advirtamos, por ejemplo, que *quien cultiva la bondad en su interior recibe a cambio una conciencia tranquila, una alegría profunda aun en medio de las dificultades y de las incomprensiones. Incluso ante las ofensas recibidas, la bondad no es debilidad, sino auténtica fuerza, capaz de renunciar a la venganza. Es necesario reconocer en la propia vida que también ese duro*

*juicio que albergo en mi corazón contra mi hermano o mi hermana, esa herida no curada, ese mal no perdonado, ese rencor que sólo me hará daño, es un pedazo de guerra que llevo dentro, es un fuego en el corazón, que hay que apagar para que no se convierta en un incendio (EG 243).*

Desde esta perspectiva podemos comprender la cuestión de la **identidad**, y la tensión que puede emerger en concebirla como algo estático o algo dinámico. En el capítulo uno ya hicimos alusión al pensamiento de Paul Ricoeur para comprender que en la identidad hay algo dado, y algo que vamos haciendo, algo estático y algo dinámico. Hay una parte de nuestra identidad que nos es dada, y otra que está por realizarse.

También desde aquí comprendemos que la educación debe apuntar a dar a luz al propio ser, y no a cubrirlo con una sombra. Hay que crear las condiciones para que cada persona pueda dar fruto desde las posibilidades que nos brinda su geografía interior. Esto es muy diferente a inundar y colapsar nuestra interioridad con elementos que finalmente no permiten que germine lo propio. En esto también hay una actitud de fondo, de dar lugar, de aceptar gozosamente la realidad de cada persona, con sus claroscuros.

Por último, la interioridad es también el espacio desde donde podemos trascender y relacionarnos con la alteridad. Desde la conciencia clara de mi identidad, soy verdaderamente libre para vivir un mundo de relaciones auténticas con los demás.

De todo lo que venimos diciendo se comprende la importancia que tiene el poder explorar y cultivar nuestra geografía interior. Por un lado, esto refiere a la capacidad de introspección, a mirar nuestro interior; y por el otro a poner en valor lo que allí sucede, o puede suceder. Imaginemos también el impacto que esto puede tener en la disposición y disponibilidad para el aprendizaje. Veamos ahora algunos elementos clave para poder avanzar en este camino.

Ya hicimos mención en el apartado anterior al **acompañamiento** y la **confianza** como una condición clave para ingresar al territorio de nuestra interioridad. Es decir, la presencia de otra persona que nos ilumine desde la mirada confiada. En general, necesitamos de un otro que nos acompañe en esta travesía y en la labor del cultivo de nuestra interioridad. La persona que nos mira desde afuera, suele tener mejor perspectiva, más objetividad para ayudarnos a reconocer los paisajes interiores. Cuando en la escuela existe una cierta mística del acompañamiento, es más probable que se puedan llevar adelante procesos educativos profundos.

Otro elemento clave es sintonizar con el ritmo interior, que en general tiene una frecuencia muy diferente al del aceleramiento y la vertiginosidad que suelen impregnar nuestra vida (*la normalidad que nos moldea*). Por eso es necesario entrenarse para hacer **la pausa**. Salirnos por la tangente del remolino cotidiano, y que de a poco vayan decantando el tumulto de fenómenos que nos rodean, y se vaya haciendo visible el fondo del ser. Mientras vamos acelerados, en general

vivimos alienados de nuestra propia interioridad. Es verdad que también podemos captarnos en la acción, y de hecho nuestro ser se revela en ella en forma contundente, pero es en la pausa donde tomamos conciencia más clara de nosotros mismos.

Desde la fe, en esta pausa buscamos el encuentro con Dios, que es quien nos revela nuestra identidad más profunda. En la oración, el corazón descansa en la mirada del Padre Creador. La pausa y la oración son por tanto un momento de encuentro, y no de solitariedad. Pero hay que bajar las revoluciones para poder entrar en esta tierra sagrada. Hay un pasaje en la Escritura que nos dice que Dios no estaba ni en el terremoto, ni en el viento poderoso, ni en el fuego, sino en una brisa suave (1Re 19,11).

Ciertamente frenar no es fácil. La inercia del aceleramiento cotidiano nos lleva por delante con facilidad. Podemos frenar el cuerpo, pero nuestra mente sigue volando de aquí para allá. Acá aparece también el desafío de la **atención** que busca contrarrestar la tendencia a la dispersión, que es en muchos casos evasión, escabullirnos del momento presente hacia el pasado que ya fue o hacia el futuro que vendrá. La nostalgia y la ansiedad son dos laderas muy comunes de encontrar en nuestra geografía interior. Solemos rodar para un lado o para otro.

Una frase que se repite a diario en la escuela es: ¡Presten atención! El problema es que a veces no podemos prestarla porque no está a disposición. Hoy es muy común que estemos alienados o perdidos en el mundo de nuestras preocupaciones, o *secuestrados en la virtualidad*.

En fin, dado que son múltiples las ocasiones para estar “en modo ausente”, es un gran desafío para la escuela entrenarnos para estar presentes aquí y ahora. Al respecto se multiplican las técnicas y los métodos para la atención plena (meditación, mindfulness). También es llamativo cómo van ganando terreno programas que tienen que ver con la educación emocional. Como mencionamos en otro apartado, pareciera ser parte de una tendencia que busca volver a humanizar la escuela. Por ejemplo, las emociones nos ponen en contacto con el cuerpo, con lo que sentimos. En este sentido, las emociones son un sendero para ingresar a nuestra geografía interior, dado que el cuerpo es lo que nos ancla al aquí y ahora. Nos devuelve a las coordenadas de tiempo y espacio, sobre todo cuando andamos volando en la nube.

Otro elemento clave es la **imaginación**. Santa Teresa la llamaba la loca de la casa. En estos tiempos la imaginación cobra cada vez más potencia, a veces para bien y otras no tanto. Si bien la imaginación puede estar ligada en positivo a la creatividad, también puede fomentar la enajenación, y dificultar el acceso a nuestra geografía interior.

Hoy nuestra imaginación suele estar recargada: ¡hay demasiada realidad aumentada! Desde muy pequeños empezamos a alimentarla con todo tipo de

contenidos y de experiencias que están muy alejados de lo que puede acontecer en la vida real. Todo esto va configurando nuestras representaciones sobre la realidad, moldeando los sentires, pensamientos y deseos. Incluso se manifiesta con frecuencia en el lenguaje, en las palabras y el modo de hablar. Las imágenes que aprendemos con los sentidos tienen una enorme influencia en la visión y percepción de lo real. Los adultos no estamos tan lejos de esta situación. Por este camino, nuestra imaginación se convierte en una plataforma que nos catapulta constantemente a un mundo de fantasía.

En fin, hay mucha interferencia de lo irreal cuando intentamos sintonizar con nuestra interioridad. Por eso, otro desafío importante es el **discernimiento**, que lo pensamos sobre todo en relación a esta capacidad de distinguir lo real de la fantasía, lo bueno de lo malo, lo que es saludable y nos hace bien, de lo que es dañino, tanto para nosotros como para los demás. La habilidad del discernimiento es cada vez más necesaria en un contexto epocal donde crece la realidad aumentada.

Desde la fe, hablamos de discernir la voluntad de Dios en un momento dado, lo cual, podríamos decir, es intentar visualizar el bien mayor en alguna circunstancia de nuestra historia. Es ver lo real en su máxima intensidad. Y no es lo mismo un discernimiento desde la luz que aporta la fe que sin ella. La fe suele darnos más profundidad y más anchura.

Para finalizar, es interesante percibir cómo hay un hilo de continuidad entre la capacidad de explorar nuestra geografía interior, y la capacidad de descifrar el mundo exterior. Nuestra interioridad es como la lente para mirar la exterioridad. Lo interior y lo exterior están íntimamente conectados. Cuando vivimos desconectados de nuestro interior, también es probable que estemos mal conectados con nuestro mundo circundante.

Esta conexión y continuidad entre lo interior y lo exterior también nos lleva a focalizar continuamente en la mirada integral que hay que tener de nuestro mundo relacional. A esto nos abocamos en el próximo apartado.

## **Del “ser individual” al “ser comunitario”**

Venimos hablando de la importancia de poder explorar y cultivar nuestra geografía interior. Es una necesidad esencial para contrarrestar la tendencia al enajenamiento y la desconexión con nuestro ser profundo. También para evitar la despersonalización.

Si ingresamos a nuestra recámara interior, no es para quedarnos allí dormitando en un nirvana, o en un refugio donde permanezco al margen de los oleajes de la existencia. Si ingreso a mi interioridad, es para poder desde allí, afrontar mejor lo que me toque vivir en el entretejido de las relaciones con los demás seres.

En la vida, es habitual estar oscilando entre estos movimientos: el de descender a la recámara interior, y el de salir al mundo exterior. De buscar un cierto espacio de soledad para estar con nosotros mismos, para conectarnos con nuestro ser profundo, y luego desde aquí, ir al encuentro con los demás. El movimiento de oscilación entre estas dos dimensiones relacionales es constante, y en algún punto, se retroalimenta: de una buena relación con nosotros mismos, tiendo a poder establecer una buena relación con los demás. En cambio, de una relación conflictuada con nosotros mismos, emana una relación conflictiva con los demás.

Esto se puede expresar recurriendo a distintas imágenes o analogías. De una forma u otra, estaremos refiriéndonos al dinamismo del amor (inscripto en nuestro ADN) que nos impulsa a salir hacia los demás. Es decir, *desde la intimidad de cada corazón, el amor crea vínculos y amplía la existencia cuando saca a la persona de sí misma hacia el otro. Hechos para el amor, hay en cada uno de nosotros una ley de éxtasis: salir de sí mismo para hallar en otro un crecimiento de su ser. Por ello en cualquier caso el hombre tiene que llevar a cabo esta empresa: salir de sí mismo* (FT 88).

Ahora bien, este dinamismo, puede, por diferentes circunstancias, obstruirse. Si retomamos el hilo de nuestra reflexión inicial, esto ocurre en primer lugar cuando eclipsamos la relación con el Dios Creador (desde una mirada de fe, aquí está la fuente del amor). A partir de aquí todo el mundo relacional pierde armonía, y se debilita el impulso que nos permite el éxtasis, el ir hacia los demás.

Dicho esto, vamos a esbozar una de las intuiciones o conceptualizaciones claves del libro. Estamos llegando a la mitad de nuestro recorrido, y también a una de las certezas que nos ayudarán a entender con cierta claridad algunas de las tensiones que vivimos a diario, y que, dicho sea de paso, también nos prepara para el siguiente capítulo.

Existen en cada uno de nosotros dos tendencias contrapuestas, y que ejercen presión en sentidos opuestos: la del “ser individual” y la del “ser comunitario”. Ambas conviven en nuestro ser y luchan por acaparar espacio. Algo así como una cinchada interna. Ambas nos llevan hacia orillas opuestas y distantes.

Una de ellas, la del “ser comunitario”, está alineada con el proceso de personalización. O sea, ese proceso por el cual nos constituimos en personas. Esto no sucede de un momento para el otro, sino que se trata de un proceso que se va dando con mayor o menor plenitud a lo largo de la vida. El “ser comunitario” responde a lo esencial de la persona, que es estar en relación: ser “desde, con y hacia” los demás seres. El ser comunitario promueve la apertura, la comunicación, la solidaridad, la fraternidad. Sigue el dinamismo del amor, y *el amor nos pone finalmente en tensión hacia la comunión universal. Nadie madura ni alcanza su plenitud aislándose. Por su propia dinámica, el amor reclama una creciente apertura, mayor capacidad de acoger a otros, en una aventura nunca acabada que integra todas las periferias hacia un pleno sentido de pertenencia mutua* (FT 95).

En el otro extremo tenemos el *ser individual*. Este va a contracorriente del dinamismo del amor, y, por tanto, provoca la “despersonalización” (y la deshumanización). Nos hace ser cada vez menos personas, y más individuos aislados. El *ser individual* contradice lo esencial de la persona, instalando el “vivir para sí mismo”, alienado de los otros seres. Está relacionado con la cerrazón, la apatía y la indiferencia en relación a los demás seres. Provoca una gran soledad, y, por tanto, un gran dolor.

En el apartado sobre el *ser centrífugo* hicimos alusión al “yo inflacionario”. En nuestro país tenemos una experiencia contundente de lo que significa la inflación en la economía, cómo esta afecta a la sociedad, ¡y lo difícil que es revertirla! Algo semejante ocurre con la inflación del yo. Es una realidad que, si bien puede parecer que es del individuo, tiene un impacto social enorme, porque afecta a las condiciones básicas y necesarias para la vida en común. Cuando se expande el yo, se retrae el nosotros. En este tipo de subjetividades el mundo es “para mí y desde mí”: lo exterior es solo una proyección de lo interior. El centro de gravedad del universo está en uno mismo. En vistas a expandir sus fronteras el yo se vuelve compulsivamente acumulativo: acumula cosas, derechos, personas, etc. Siempre prima el criterio estrecho de lo que “me conviene”. Se trata de un individuo obsesionado por sí mismo.

Ya dijimos también que el proceso inflacionario del yo, se potencia cuando la persona no experimenta el amor, el cuidado, la ternura. Cuando se siente al desamparo existencial, desligada, etc. Entonces se potencia la obsesión por la preocupación por uno mismo, y así se expanden sin límites las fronteras de la subjetividad.

Por diferentes razones, en la actualidad, el *ser individual* ha ganado mucho terreno, en detrimento del *ser comunitario*. Es como si *la normalidad que nos moldea*, generara las condiciones para que la disposición al *ser individual* se desarrollara con mucha más fuerza que la disposición al *ser comunitario*. O sea, que todo, o mucho a nuestro alrededor, incluyendo en algunas circunstancias el ambiente escolar, está configurado para acentuar la tendencia al *ser individual*.

Esto es algo que no necesariamente implica por parte nuestra, decisiones conscientes. Es como si algunas reglas de juego ya estuvieran establecidas de antemano. Nosotros entramos al juego de la vida con esas reglas, y aun jugando bien, puede que estemos promoviendo una atmósfera poco saludable para el desarrollo, o para el despliegue de la vida en plenitud.

Todo esto trae en primer lugar serias consecuencias para la vida de cada persona. Por de pronto, le impide o dificulta realizarse en aquello que sabemos es lo más valioso: el mundo relacional. Es común que para compensar estos déficits relacionales busque todo tipo de compensaciones (hoy se manifiesta por ejemplo en el consumo exacerbado).

Pero como nadie puede concebirse como una mónada, la primacía del ser individual también trae consecuencias negativas para la sociedad en su conjunto. Genera un tejido social muy debilitado y personas poco aptas para la convivencia. Cuando prima el ser individual se van erosionando todas las formas de vida comunitaria: la familia, las organizaciones, la escuela, etc. Es también la razón por la que caen o están en picada muchos sistemas democráticos, que requieren por parte de las personas algunos rasgos propios del *ser comunitario*: el respeto y valoración positiva de los demás, la capacidad de diálogo y acuerdo con lo diverso; una idea de libertad que no es hacer todo lo que quiero sino lo que puedo y debo en función del bien común; el tener una visión y un proyecto compartido con otros, etc. De lo dicho, se puede inferir que tampoco se va a poder encontrar sentido a lo que significa pertenecer a un Pueblo.

Urge que la escuela trabaje para restaurar la primacía del *ser comunitario*. Generar las condiciones que permitan el tránsito del “yo soy” al “nosotros somos”, del “ser para mí”, al “ser para los demás”, ¡de lo que me conviene, a lo que nos conviene!

La escuela misma depende de esta cuestión para subsistir. En la escuela convivimos en un espacio que fue diseñado para funcionar con la matriz del *ser comunitario* como andamiaje o sustento. El ecosistema escolar va a implosionar si siguen proliferando en la sociedad y en nuestros estilos de vida los rasgos del *ser individual*.

¿Como pensar que la “escuela fábrica”, por ejemplo, con sus procesos estandarizados y su tendencia a producir lo homogéneo, va a resistir o va a poder contener a personas (estudiantes, docentes y familias) que ya no comprenden el lenguaje de lo comunitario, la primacía del nosotros sobre el ser individual?

En fin, un desafío neurálgico que tiene la escuela en el presente es el de promover y fortalecer los rasgos del *ser comunitario* y minimizar al *ser individual*. Debe abordarlo en primer lugar, en orden a garantizar la propia subsistencia, y al mismo tiempo, ser capaz de generar transformaciones sociales auténticas. Si no toma en serio este asunto, es probable que la escuela se vuelva insostenible, pero no principalmente por un tema económico, sino cultural, referido sobre todo a cuestiones en torno a la convivencia escolar.

## Dimensión de la relación con los demás semejantes

*Si no logramos recuperar la pasión compartida por una comunidad de pertenencia y de solidaridad, a la cual destinar tiempo, esfuerzo y bienes, la ilusión global que nos engaña se caerá ruinosamente y dejará a muchos a merced de la náusea y el vacío. Además, no se debería ignorar ingenuamente que «la obsesión por un estilo de vida consumista, sobre todo cuando sólo unos pocos puedan sostenerlo, sólo podrá provocar violencia y destrucción recíproca». El “sálvese quien pueda” se traducirá rápidamente en el “todos contra todos”, y eso será peor que una pandemia.*

Fratelli Tutti 36

Nosotros comenzamos a ser, porque hay otros seres semejantes que nos antecedieron y que lo hicieron posible. Y desde el momento que existimos somos absolutamente dependientes de los demás. Los necesitamos en muchos sentidos. Esta dependencia estará latente, de un modo u otro, a lo largo de toda nuestra vida. Somos esencialmente seres en relación. Somos personas.

Desde la fe, a partir de la existencia del Padre Creador, tenemos la certeza de que somos hermanos y hermanas con nuestros semejantes. Somos familia humana. Nos une un origen y un destino común.

Como personas, necesitamos del medio humano, y más concretamente de la comunidad. En ella y a partir de ella, crecemos y podemos ser fecundos. La comunidad es el espacio donde arraigamos, donde adquirimos un sentimiento de pertenencia que nos da seguridad y nos posibilita el abrirnos armoniosamente a los demás seres. Es en la comunidad humana donde podemos desentrañar los sentidos profundos de la existencia. Aquí también aprendemos a ser verdaderamente libres para comprometer nuestra vida en alguna misión o causa que ilumine el horizonte del *para qué* de nuestra existencia.

La comunidad es el espacio de la revelación: en ella podemos percibir la presencia del Dios creador y al mismo tiempo contornear nuestra verdad. La relación con los otros semejantes es el ámbito donde podemos vernos a nosotros mismos con mayor nitidez. En algún sentido, tanto la relación con el Dios Creador, como la relación conmigo mismo pueden correr por el derrotero de nuestra imaginación: puedo inventarme un Dios a mi medida o hacerme una idea distorsionada de mí mismo. Entonces, son los demás semejantes los que me permiten ir de la ilusión a la realidad.

En la actualidad crecen las distancias y la indiferencia con respecto a los semejantes. Hay como *una niebla* que nos impide verlos, reconocerlos como tales. Andamos muy preocupados o sumergidos en nuestras cosas, y solemos pasar de largo frente a la realidad ajena.

En muchos casos, *la indiferencia* se transforma fácilmente en violencia, y los otros semejantes pasan del lado de los adversarios. Se agudizan las *tensiones* y los conflictos, y la vida se convierte en un campo de batalla donde hay que vencer o sobrevivir. Ya no nos sentimos parte de la familia humana, sino individuos que deben sobrevivir haciendo todo lo que esté a su alcance.

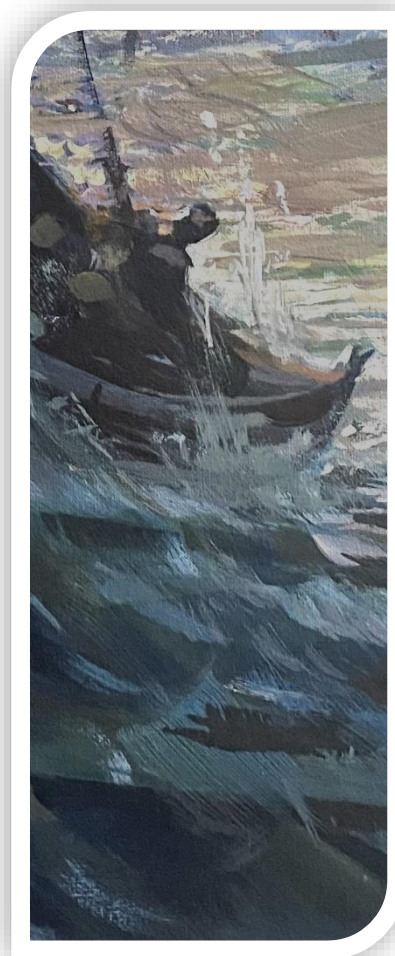
El desafío es poder volver a creer en la utopía de la fraternidad. Este ideal, que hoy aparece como algo a contramano de la cultura vigente, responde a nuestra esencia. La fraternidad es el único camino donde lo humano encuentra su realización plena. Es necesario *acompañar esfuerzos* para avanzar por esta senda y salir del callejón oscuro y sin salida de la conciencia aislada. Cuando quedamos aislados, no suele aflorar lo mejor de nosotros mismos. Al contrario, nos deshumanizamos, nos desconocemos los unos de los otros, y finalmente nos enfrentamos.

### 3.a - Contexto: “La niebla que nos impide ver a los demás”

La tempestad no ha variado en intensidad. El horizonte continúa cerrado y los tripulantes tienen que redoblar sus esfuerzos en la lucha contra la adversidad. Tienen clara conciencia de su vulnerabilidad frente a semejante fenómeno climático.

Luego de varias horas de navegar en la oscuridad, una intensa niebla se levanta entre ellos. Esto podría ser un augurio de que el amanecer está cerca. Pero por el momento no hay indicios de la luz del nuevo día.

Por el estruendo de las olas, ya resultaba difícil escuchar las voces de los que estaban en la misma barca. Ahora, además, ya no se pueden reconocer los rostros. En algún sentido los otros han desaparecido, y en el aislamiento crecen con más facilidad el temor y la desesperación. La lucha es cada vez más solitaria a medida que se intensifica *la niebla que nos impide ver a los demás*.



---

*En esta sección nos sumergimos en tres reflexiones.*

**Globalización de la indiferencia y cultura del descarte** ¿Cómo se acrecientan las distancias que nos separan y los muros que nos dividen? ¿Es posible perder de vista la dignidad humana?

**De la indiferencia a la violencia: la ciudad de la furia** ¿Qué pasa cuando no nos sentimos parte de una misma familia humana? ¿De qué modo la violencia puede impregnar nuestros modos de vivir y convivir?

**Ganadores y perdedores: incluidos y excluidos** ¿Quiénes ganan y quiénes pierden en el juego de la vida? ¿Cuáles son las reglas de juego que van ganando legitimidad?

## Globalización de la indiferencia y cultura del descarte

Desde la concepción del ser relacional lo que más anhelamos las personas es el vincularnos con los demás. Tenemos una sed muy profunda de relación, dado que esto es lo que responde a nuestra esencia como personas. La comunidad es de algún modo la utopía a la que no podemos renunciar.

Incluso el vínculo con el Dios Creador, finalmente, estará mediado por la relación con los otros semejantes, a quienes, reconocemos como hermanos y hermanas. Pues, «Quien no ama a su hermano, a quien ve, no puede amar a Dios, a quien no ve» (1 Jn 4,20).

En la actualidad estamos experimentando una gran paradoja: si bien lo que más anhelamos es el vincularnos con otros, parece que es también lo que más nos está costando. Hay una tensión creciente entre el *ser individual* y el *ser comunitario*.

En parte, esto puede deberse a que las relaciones con los otros suelen tener algo de desafiante. La comunión es lo que más deseamos, y también aquello a lo que más le tememos. Sartre, en su obra *A puerta cerrada*, dice que “el infierno son los demás”. Puede que sea un poco exagerado, aunque entendemos, quiere expresar, cómo las relaciones y las interacciones humanas nos pueden hacer sufrir. A esta visión habría que compensarla diciendo que los demás también pueden ser “el cielo”, haciéndonos posible el gozo y la plenitud. Lo que queda claro es que el espacio comunitario del “nosotros” es donde se revela nuestra verdad, con sus luces y sus sombras.

Cuando estamos solos, en cambio, podemos vivir en la imaginación, crear una realidad a nuestra medida. En la comunidad tenemos experiencia de nuestras fortalezas y capacidades, pero también de nuestra debilidad y nuestras limitaciones. En fin, la comunidad es el lugar donde se espeja nuestro ser profundo, nuestra humanidad con todas sus aristas.

Como comentábamos en el capítulo anterior, en la actualidad las condiciones socioambientales están acentuando la preeminencia del *ser individual* por sobre el *ser comunitario*.

Podemos constatar que todo lo que tenga la impronta de lo comunitario se va erosionando, comenzando por la familia, que es nuestra primera comunidad. En este sentido, *la familia atraviesa una crisis cultural profunda, como todas las comunidades y vínculos sociales. En el caso de la familia, la fragilidad de los vínculos se vuelve especialmente grave porque se trata de la célula básica de la sociedad, el lugar donde se aprende a convivir en la diferencia y a pertenecer a otros, y donde los padres transmiten la fe a sus hijos* (EG 66).

Cuando gana terreno el *ser individual*, en lugar de buscar la cercanía con los otros, vamos poniendo distancias. Esto se manifiesta de forma contundente en las

**grandes urbes**, donde prácticamente vivimos rodeados de personas que desconocemos (¡y a las que en general no tenemos intención de conocer!). Suele suceder entre personas que viven en un mismo edificio, o en casas contiguas en un mismo barrio. Y esta situación poco humanizante, se ha naturalizado.

Ya hemos dicho que las **redes sociales** capitalizan nuestra sed profunda de relación. Los que piensan y diseñan estos espacios virtuales tienen muy claro que ésta es una de las necesidades básicas del ser humano. Desde ahí nos atraen, y fácilmente quedamos *secuestrados en la virtualidad*. Y si bien en algunos casos, las redes sociales colaboran para tener una mejor comunicación, suelen también tener bastante de ilusorio. Algo así como el espejismo de un oasis que nos seduce en el desierto de nuestra soledad.

La **virtualidad** ha venido a ocupar en parte el vacío que fue dejando la retracción de los vínculos humanos que actúan en nuestra vida como red de contención, sustento y proyección de la existencia individual y colectiva.

Esta tendencia al individualismo y al distanciamiento se expande a nivel global. En este sentido, la globalización, que, por un lado, posibilita la existencia de un mundo más conectado, también promueve las condiciones para que se expanda un estilo de vida donde crecen las distancias y se debilitan los vínculos entre las personas. Sobre todo, entre los cercanos.

Y las distancias y el desconocimiento de los demás, desembocan fácilmente en la **indiferencia**. Hay un conocido dicho que dice que peor que el odio es la indiferencia, porque esto supone la supresión del otro. Para poder sostener un estilo de vida donde los otros no existen como semejantes, se ha desarrollado *una globalización de la indiferencia. Casi sin advertirlo, nos volvemos incapaces de compadecernos ante los clamores de los otros, ya no lloramos ante el drama de los demás ni nos interesa cuidarlos, como si todo fuera una responsabilidad ajena que no nos incumbe. La cultura del bienestar nos anestesia y perdemos la calma si el mercado ofrece algo que todavía no hemos comprado, mientras todas esas vidas truncadas por falta de posibilidades nos parecen un mero espectáculo que de ninguna manera nos altera* (EG 54).

Ciertamente, la indiferencia con los semejantes no es un tema solo de este tiempo. En un conocido pasaje del Evangelio, Jesús narra la historia de un hombre que está herido y tirado al costado del camino y que padece la indiferencia de los que pasan delante de él (Lc 10,25-37). Se ve que ya en aquél entonces la gente andaba acelerada y muy preocupada en sus asuntos. Y esto le impedía detenerse frente a la desgracia ajena. También había miedos y prejuicios frente al otro que aparecía como diferente, distinto, proveniente de otro lugar, perteneciente a otro grupo humano, etc.

La parábola del Buen Samaritano, lejos de ser un relato del pasado, cobra cada vez más vigencia. ¡Cuántas veces podemos asemejarnos a uno de los personajes que

pasan de largo! Estamos demasiado ocupados o preocupados; hay demasiados temas por resolver. Parece que estamos saturados y no tenemos capacidad o posibilidad de detenernos frente al dolor o sufrimiento del otro.

Además, en la actualidad, en general no es solo uno el que está tirado al costado del camino, ¡son cientos, miles, millones! Tantos que parece que no podemos hacer nada frente a semejante caudal de necesidad. En este escenario, parece mejor seguir con lo nuestro, ya que tenemos bastante de qué ocuparnos en referencia a la propia supervivencia.

De este modo, es como si nos fuéramos colocando unas anteojeras para no ver al costado y así poder continuar nuestro camino. Es muy difícil frenar, ya que siempre tenemos poco tiempo y mucho por hacer. Incluso en muchos casos estamos al servicio de alguna buena causa, por lo cual hay que acelerar aún más el paso.

Y si por esas cosas de la vida hay gente en el camino que está complicada, atravesada por diferentes males, es probable que en virtud de las anteojeras no la registremos, nos las veamos. O si lo hacemos, seguramente encontraremos alguna excusa que justifique nuestro pasar de largo: “no me corresponde a mí, sino al servicio municipal de ayuda”; “todo esto es culpa del gobierno de turno que genera cada vez más miseria, que se hagan cargo ellos”; o, “es probable que estas personas no hayan hecho lo suficiente de su parte y por eso están en esa situación de necesidad”. En fin, cada uno va a recurrir a la mejor excusa que encuentre para salirse por la tangente y no asumir ninguna responsabilidad al respecto. Para “zafar”, en general somos buenos, y, dicho sea de paso, la escuela suele entrenarnos bien en esta habilidad.

En este escenario cada uno se ocupa de su propia parcela (que puede abarcar la propia familia y algunos amigos). Esa es nuestra medida, aquello de lo que nosotros podemos hacernos cargo. Lo demás, es lo extraño, con lo cual no tenemos nada que ver. Así, quedamos refugiados en nuestros hogares que pasan a ser bunkers donde vivimos en un mundo diseñado a nuestra medida, donde procuramos multiplicar las comodidades y el confort, y nos aprovisionamos de todo lo necesario para pasarla bien y disfrutar.

La indiferencia, a su vez, es el caldo de cultivo para la **cultura del descarte**. El descarte supone que algo no sirve, es basura. Es lo que nos pasa con las cosas, pero también nos puede pasar con las personas, sobre todo cuando empieza a difundirse una visión utilitaria de la vida humana. En la actualidad, *todo entra dentro del juego de la competitividad y de la ley del más fuerte, donde el poderoso se come al más débil. Como consecuencia de esta situación, grandes masas de la población se ven excluidas y marginadas: sin trabajo, sin horizontes, sin salida. Se considera al ser humano en sí mismo como un bien de consumo, que se puede usar y luego tirar. Hemos dado inicio a la cultura del «descarte» que, además, se promueve. Ya no se trata simplemente del fenómeno de la explotación y de la opresión, sino de algo nuevo: con la exclusión queda afectada en su misma raíz la pertenencia a la sociedad en la que se vive, pues ya no se*

*está en ella abajo, en la periferia, o sin poder, sino que se está fuera. Los excluidos no son «explotados» sino desechos, «sobrantes» (EG 53).*

La indiferencia y el descarte son manifestaciones de la **cultura del desamor**. Desde una lectura teológica creemos que cuando opacamos la relación con el Dios Creador, fuente del amor en nuestras vidas, de algún modo comienza a erosionarse aquello que sostiene la **dignidad de la vida humana**. Ya que el vínculo con el Dios Creador, es lo que más puede ayudarnos a comprender el valor inalienable de cada vida, el hecho de que somos amados incondicionalmente, más allá de las apariencias, las posesiones, las circunstancias, etc. En efecto, *observando con atención nuestras sociedades contemporáneas, encontramos numerosas contradicciones que nos llevan a preguntarnos si verdaderamente la igual dignidad de todos los seres humanos, proclamada solemnemente hace 70 años, es reconocida, respetada, protegida y promovida en todas las circunstancias (FT 22).*

## De la indiferencia a la violencia: la ciudad de la furia

Hay una tendencia que es altamente llamativa en muchas de nuestras sociedades. Por un lado, en las grandes ciudades podemos observar los avances del desarrollo y de la vida moderna. Por el otro, pareciera que estos contextos urbanos, en algunas circunstancias, promueven un decrecimiento o retroceso en humanidad. Sobre todo, porque crece el anonimato, la intolerancia (en algunos casos el racismo) y la falta de sensibilidad frente al dolor ajeno. Es una paradoja que el progreso nos conduzca en muchas ocasiones por el callejón de una forma de “civilización salvaje”. Incluso, detrás de un conjunto de buenos y elegantes modales, o de comportamientos diplomáticos, se suelen incubar actitudes que van desde la indiferencia a la violencia: es *la ciudad de la furia*. Veamos un poco más en detalle cómo se produce este fenómeno.

Comenzamos esta sección recurriendo a la metáfora de *la niebla que nos impide ver a los demás*. La niebla es un fenómeno que reduce la visibilidad y nos dificulta reconocer a los demás. Por momentos, ésta puede hacerse más densa y directamente impedirnos registrar o percibir la presencia de los otros. Ahondando un poco más, podríamos decir que desde la niebla de la indiferencia desconocemos a los otros como seres semejantes, poseedores de la misma dignidad.

Podemos preguntarnos, ¿qué es lo que provoca o favorece la emergencia de este fenómeno que reduce nuestra capacidad de reconocer a los otros como semejantes? Ciertamente, son varios los elementos que interactúan y colaboran para provocar y hacer más densa *la niebla de la indiferencia*. Uno muy determinante es el **miedo**.

El miedo es un sentimiento muy fuerte que promueve el alejamiento. Aparece ante una situación de riesgo o daño, real o imaginario. En el marco de nuestra reflexión, podríamos decir que el miedo es un gran catalizador del *ser individual*. Nos ponemos a la defensiva frente a un mundo hostil.

En nuestra sociedad estamos viendo y escuchando continuamente noticias de hechos que nos presentan a los otros seres como si fueran un **peligro**, una amenaza. Nos vamos llenando de miedos y temores. Esto activa nuestros instintos más primarios de supervivencia.

Decíamos que en muchos sentidos las ciudades donde se concentran los grandes núcleos poblacionales, se están transformando en espacios hostiles para la convivencia. Es como si fuera el retorno a la jungla, espacio en el que imaginamos que hay que sobrevivir de varios peligros, y el mayor de ellos en esta jungla urbana, parece que fueran nuestros semejantes.

De este modo, se exagera la tendencia al individualismo salvaje, a obsesionarnos por cuidar lo de cada uno, en orden a garantizar la subsistencia. Se comprende que todo lo que tiene que ver con el *ser comunitario* venga en declive.

Ahora bien, para protegernos y defendernos de esta amenaza que son los demás debemos levantar **muros**. Los muros me garantizan una cierta seguridad y tranquilidad.

Por ejemplo, en sociedades donde crecen las desigualdades los muros son cada vez más necesarios. ¡Hay que crear entornos seguros y protegerse de los peligros del mundo exterior! Pensemos en el modelo de sociedad que se va instalando a través de la proliferación de los barrios cerrados o entornos diferenciados que van segmentando o fragmentando a la población. Por un lado, los que están en mejores condiciones se refugian en espacios privados, seguros y libres de riesgos. Al mismo tiempo, el espacio público y abierto, se va descuidando progresivamente hasta volverse tierra de nadie. De este modo, empiezan a surgir abismos de distancias, que nos volverán incapaces, entre otras cosas, de reconocernos como semejantes. ¿Cómo termina esta historia? Podemos suponer que esto no puede terminar bien en el mediano y largo plazo.

Este es un claro ejemplo de una situación que puede tener dos niveles de análisis. Desde el *ser individual* esta situación no tiene nada de malo. Incluso alguien podría buscar refugio en un entorno seguro porque ha sufrido algún hecho de inseguridad, y esto sería comprensible. Ahora bien, desde el *ser comunitario*, esta tendencia va a producir algunos efectos colaterales negativos, como la profundización de la fragmentación social o la incapacidad de empatizar con lo diverso, a lo que vamos a percibir como extraño o peligroso.

De todas formas, más allá de esta situación particular, se puede constatar que *las casas y los barrios se construyen más para aislar y proteger que para conectar e integrar (EG 75)*. En su lugar, hay que priorizar el diseño de espacios abiertos, que promuevan relaciones abiertas, y que inviten a salir al encuentro. La sociedad del encierro no es saludable. Y podemos estar encerrados en nuestras casas, en nuestros barrios, en nuestras escuelas, y, sobre todo, en nosotros mismos.

Retomando nuestra reflexión, advertimos que los muros no son solo físicos. Es más, los muros más complicados no suelen ser los muros exteriores, sino los muros interiores, los que no se ven. Los que están adentro nuestro y que nos separan unos de otros. En muchos casos tienen que ver con prejuicios, ideas o representaciones que nos van alejando de los demás. Estos muros nos distancian, nos dividen, y nos vuelven extraños los unos a los otros. *Paradójicamente, hay miedos ancestrales que no han sido superados por el desarrollo tecnológico; es más, han sabido esconderse y potenciarse detrás de nuevas tecnologías. Aún hoy, detrás de la muralla de la antigua ciudad está el abismo, el territorio de lo desconocido, el desierto. Lo que proceda de allí no es confiable porque no es conocido, no es familiar, no pertenece a la aldea. Es el territorio de lo "bárbaro", del cual hay que defenderse a costa de lo que sea ... Reaparece*

*la tentación de hacer una cultura de muros, de levantar muros, muros en el corazón, muros en la tierra para evitar este encuentro con otras culturas, con otras personas. Y cualquiera que levante un muro, quien construya un muro, terminará siendo un esclavo dentro de los muros que ha construido, sin horizontes. Porque le falta esta alteridad (FT 27).*

Cuando las distancias se agrandan, nos volvemos incapaces de comprender y asimilar las diferencias. Por ejemplo, si alguien tiene la dicha de nacer en un contexto de abundancia, con acceso a buenas posibilidades de educación y trabajo, es probable que no le sea tan fácil comprender la posición existencial del que nace en un contexto muy desfavorecido, que tiene que enfrentar múltiples adversidades y superar fuertes condicionamientos de base para salir adelante. Desde un lado del muro, va a prevalecer la tendencia a pensar que todos hemos nacido con las mismas oportunidades, y que, en todo caso, el mérito personal será lo único que haga la diferencia.

Las distancias que nos impiden ver y comprender a los demás, crean las condiciones para que se levante la *niebla de la indiferencia*. Perdemos la capacidad o la voluntad de relacionarnos con los demás como semejantes. Y una vez que los otros dejaron de ser semejantes, pueden pasar rápidamente al descarte, o también al lado de los adversarios, y así la indiferencia deriva fácilmente en **violencia**.

El germen de la violencia está cada vez más presente en nuestras relaciones. Se va expandiendo por círculos concéntricos: arranca en el propio corazón, pasa por los que tenemos más cerca, impregna los espacios más amplios de la sociedad, y termina provocando las guerras o conflictos bélicos a gran escala. En la actualidad se agravan los niveles de conflictividad y violencia en todo el mundo. Hay que tomar conciencia de que el calentamiento global tiene su correlato en el calentamiento de las conflictividades relativas a la convivencia social.

Lamentablemente la violencia se va legitimando en muchos espacios de la vida cotidiana, encontrando una caja de resonancia importante en la virtualidad: las series que nos entretienen, los juegos online, las formas de bullying o cyberbullying, etc. *La agresividad social encuentra en los dispositivos móviles y ordenadores un espacio de ampliación sin igual (FT 44)*. Se multiplican las ocasiones en las que somos catapultados a usar la fuerza contra algo o alguien.

Hay muchas cosas que pueden generar o potenciar la violencia. Puede tratarse de heridas personales, como el no ser tenidos en cuenta o valorados. O también de heridas sociales, como la inequidad creciente: *cuando un sector de la sociedad pretende disfrutar de todo lo que ofrece el mundo, como si los pobres no existieran, eso en algún momento tiene sus consecuencias. Ignorar la existencia y los derechos de los otros, tarde o temprano provoca alguna forma de violencia, muchas veces inesperada (FT 219)*. Hoy resuena cada vez con más fuerza la invitación a la fiesta del consumo sin límites, el "all inclusive", aunque, lamentablemente, crece el número de los que se quedan mirando desde afuera, de los excluidos.

También la violencia suele andar cerca del **odio**: cuando odiamos, somos propensos a ejercer la violencia contra aquello a lo que le deseamos el mal.

El **miedo** que promovió el distanciamiento y la indiferencia es también el germen para la **violencia**. Los muros y las distancias entre las personas pueden crecer, aun cuando convivimos al lado de los demás. Nuestra sociedad está cada vez más rota, cada vez más fragmentada. Estamos llenos de broncas que se cocinan a fuego lento, y conllevan el riesgo latente del estallido.

Hay un círculo que se retroalimenta: **miedo, distancia, indiferencia, violencia**. Cuando mezclamos estos elementos, obtenemos el cemento con el que se construye *la ciudad de la furia*.

Y en la *ciudad de la furia*, hay que luchar por la supervivencia. Esta lucha se agudiza desde el aislamiento y la idea de que estamos solos contra un mundo en el que nadie nos va a ayudar, pues somos extraños los unos de los otros. Además, se acrecienta la idea de que, en esta batalla por la supervivencia, solo unos pocos ganan, mientras la gran mayoría pierde.

## Ganadores y perdedores: incluidos y excluidos

Terminamos el apartado anterior haciendo alusión a que en la *ciudad de la furia* se exagera la lucha por la supervivencia. Más aún cuando crece la sensación de que solo unos pocos lograrán su cometido.

En varios sentidos, la existencia, tal como se nos plantea en la actualidad, podría ser pensada metafóricamente como el “juego de la vida”.

En primer lugar, los demás aparecen como **adversarios** o contrincantes a los que hay que vencer, o eliminar. El juego de la vida, lejos de promover la solidaridad entre los participantes, instala la **competencia**. Y cuando lo que está en juego es la supervivencia, la competencia se vuelve salvaje. ¡Se podría decir que vale todo!

Otro punto importante. La **línea de largada** no es la misma para todos. Algunos tienen la suerte de contar con ventaja y en el momento de inicio del juego están mejor posicionados. Va a ser muy difícil para los que están más atrás, o en posición de desventaja, poder alcanzarlos. Es más, a medida que avanza el juego, es muy probable que esas brechas o diferencias se vayan agudizando cada vez más. A lo largo del juego los que llevan ventaja van acumulando beneficios que les permiten avanzar todavía con más agilidad.

Por supuesto que hay **ganadores y perdedores**. Los que ganan, se quedan adentro, los que pierden, afuera, excluidos.

Es difícil aspirar a que existan o se respeten las **reglas del juego**. Se comprende la tendencia a que no haya reglas claras. En este juego, las reglas se van improvisando según convenga a los intereses de los más aventajados, que son los que tienen el mayor poder de decisión.

Todo esto que decimos en forma simbólica, no dista mucho de la realidad. Ya hemos reflexionado acerca de cómo en esta lucha por la supervivencia los demás suelen ser percibidos como **adversarios, o enemigos**. A lo sumo, pueden ser cómplices si son útiles a mi causa. Esto provoca una tensión permanente en las relaciones humanas. Ya no es la **confianza** la disposición primera frente a los demás, sino la desconfianza, la vigilancia, o la defensa.

En este escenario se activa tempranamente en nosotros el resorte de la **competencia**. Pero no el de una competencia saludable, que me estimula a sacar lo mejor de mí para hacer mi aporte al conjunto, sino una competencia salvaje o agresiva que necesito para sobrevivir y eliminar el peligro y amenaza que representan los demás. Además, la competencia se vuelve más agresiva cuando parece que son pocas las posibilidades de triunfar, cuando en el podio del éxito hay unos pocos lugares.

A su vez, no todos los participantes de este juego están en igualdad de oportunidades. Por razones del destino, del azar, o de la providencia, algunos

nacieron con mejores posibilidades o en condiciones más favorables. Ya sea porque tuvieron la posibilidad de tener una familia que los recibió y acompañó desde el afecto y el amor; o porque gozaron siempre de una buena salud (física y mental), o acceso a una buena educación. También pueden haber sido beneficiados en el punto de partida con una abundancia en referencia al capital cultural, social, económico o espiritual.

En fin, son muchos los factores que pueden incidir en las ventajas que podemos tener unos sobre otros en el juego de la vida. El asunto está en ver si tenemos la capacidad de poner nuestra vida (lo que somos y lo que tenemos) al servicio de los demás, o desarrollamos la tendencia a acumular y multiplicar todo para nosotros mismos (y mi pequeño círculo). En las coordenadas de época actuales, parece que somos más propensos al guardar y retener que al dar y compartir.

Hay que decir que esto se potencia en parte porque los fines del juego están siempre relacionados con el materialismo, con el tener sobre el ser. Ya dijimos en más de una ocasión que la falta de trascendencia y de horizontes amplios en la vida, nos lleva a sumergirnos en la voracidad por conseguir esto o aquello. Y todo tiene que ser aquí y ahora, ya que no hay nada más allá. Podemos repasar en este punto las coordenadas que caracterizan a la *normalidad que nos moldea*, en referencia al éxito, al poder y al placer. Si hubiera fines más altos, más altruistas, seguramente habría otro tipo de interacciones humanas, menos salvajes, menos agresivas; más abiertas y solidarias.

En este juego de la lucha por la supervivencia o las ambiciones sin límites, también es de esperar que no haya reglas claras. Así desaparece la **ética** como instancia que podría cuestionar algunas prácticas poco claras (turbias), o generar algunas condiciones para equiparar las condiciones y oportunidades entre los participantes. Es más, las reglas se suelen mover a favor de los más aventajados, que son los que tienen el poder de ir inclinando la balanza para su lado. *La visión que consolida la arbitrariedad del más fuerte ha propiciado inmensas desigualdades, injusticias y violencia para la mayoría de la humanidad, porque los recursos pasan a ser del primero que llega o del que tiene más poder: el ganador se lleva todo* (LS 82).

Se entiende también que la ética desaparece cuando se quiere instalar el “vale todo”. En realidad, en general vale todo lo que favorezca a los aventajados. Si bien la ética podría eventualmente ser un límite para los abusos de poder, esto no siempre es tolerado, sobre todo cuando se ha diluido la lucha por el bien común, y priman los intereses particulares que convienen a unos pocos.

Si pasamos de la metáfora a la realidad, en la vida cotidiana **ganadores y perdedores** tiene su correlato en **incluidos y excluidos**. Y en la actualidad se expande la lista de los perdedores o de excluidos.

Pensemos por ejemplo en aquellos que nacen con alguna discapacidad o dificultad. En más de una ocasión, tuve la oportunidad de acompañar a personas con

discapacidad en diferentes instancias y constatar cómo, en general, se quedan afuera de muchas posibilidades de crecimiento y desarrollo. A pesar del discurso incipiente de la inclusión, la realidad es que muchas veces quedan excluidos. En algunos países (“desarrollados”) se promociona o incluso se exige el aborto de personas que se sabe tienen algún tipo de discapacidad. En este caso, estas personas se quedan afuera en forma prematura.

Pero podemos pensar también en los ancianos, que en muchas de nuestras sociedades se han convertido prácticamente en material de descarte. Para ellos lamentablemente se promueve en forma creciente la eutanasia, como una forma elegante de darles a entender de que ya no son útiles entre nosotros, y que representan un costo que podría interferir en nuestro bienestar. Lo paradójico es que esto sucede principalmente en sociedades a las que se caratula como desarrolladas, donde supuestamente hay más nivel cultural, mejor atención médica, más recursos, etc.

Lo mismo podríamos pensar de tantos niños y jóvenes que nacen en condiciones sociales poco favorables. Muchos de ellos están condenados a quedarse afuera. Han perdido la carrera antes de empezar a correrla.

Parece que vamos construyendo una sociedad donde cada vez es más marcada la distancia entre aquellos que están adentro, los incluidos, y aquellos que quedan fuera, los excluidos. Pero *una sociedad humana y fraterna es capaz de preocuparse para garantizar de modo eficiente y estable que todos sean acompañados en el recorrido de sus vidas, no sólo para asegurar sus necesidades básicas, sino para que puedan dar lo mejor de sí, aunque su rendimiento no sea el mejor, aunque vayan lento, aunque su eficiencia sea poco destacada* (FT 110).

Como insinuamos en otro capítulo, esto, además de ser un tema social, responde a un problema antropológico profundo. ¡No toleramos la debilidad como parte constitutiva de nuestra condición humana! *Nos hace falta reconocer la tentación que nos circunda de desentendernos de los demás; especialmente de los más débiles. Digámoslo, hemos crecido en muchos aspectos, aunque somos analfabetos en acompañar, cuidar y sostener a los más frágiles y débiles de nuestras sociedades desarrolladas. Nos acostumbramos a mirar para el costado, a pasar de lado, a ignorar las situaciones hasta que estas nos golpean directamente* (FT 64).

Y lo que sucede en el mundo exterior también sucede en nuestro mundo interior: ¡la debilidad no tiene lugar! Y esto de algún modo nos vuelve inhumanos, puesto que la fragilidad es parte de nuestra esencia. Negarla, es condenarnos a vivir en una ilusión. En este punto, es interesante la reflexión de María Luisa Malbrán, fundadora de la Comunidad del Arca en la Argentina:

El acompañamiento debe ayudar a la otra persona a vivir en la realidad y no en los sueños, las teorías o las ilusiones; a aceptar su propia realidad, sus limitaciones interiores, sus heridas y sus sombras, para no vivir constantemente en la frustración, la culpa, y el estrés. No es necesario ser perfecto.

Si bien nacemos vulnerables, frágiles y, al final de nuestra existencia, nos espera la ancianidad y la muerte, sin embargo, a la fragilidad la ocultamos detrás de una puerta cerrada; la escondemos o la disimulamos detrás de máscaras, como algo que no queremos ver.

¿Qué es lo que nos separa de esa experiencia primera y natural? ¿Qué hace que la fragilidad aparezca como algo “de lo que no se habla”? ¿Por qué ocultamos la fragilidad detrás de una puerta, de un muro? Existen muros, que levantamos en nuestro interior y entre nosotros, en nuestras sociedades, para no ver la fragilidad, para defendernos de los demás y hacernos fuertes en grupos cerrados, en defensa de lo que nos une, sin apertura a otras personas, a otros grupos<sup>16</sup>.

Si nos animamos a recorrer y explorar nuestra geografía interior, no tardaremos mucho en encontrarnos con nuestras fragilidades. ¡No es fácil atravesar estos territorios!

Incluso podemos decir que la integración de la fragilidad es indispensable para la existencia de la comunidad y viabilidad de una sociedad. Hoy hablamos mucho de volver a humanizar diferentes espacios. Bueno, aquí hay una clave importante.

En el evangelio Jesús decía que la piedra que desecharon los constructores ha llegado a ser la piedra angular. Esto es como decir que aquello que se consideraba inútil e inservible, ha llegado a constituirse en lo más importante. En muchas ocasiones el evangelio cuestiona nuestros parámetros y nos invita a mirar un poco más allá. «¡El que tenga oídos para oír, que oiga!» (Lc 8,8).

---

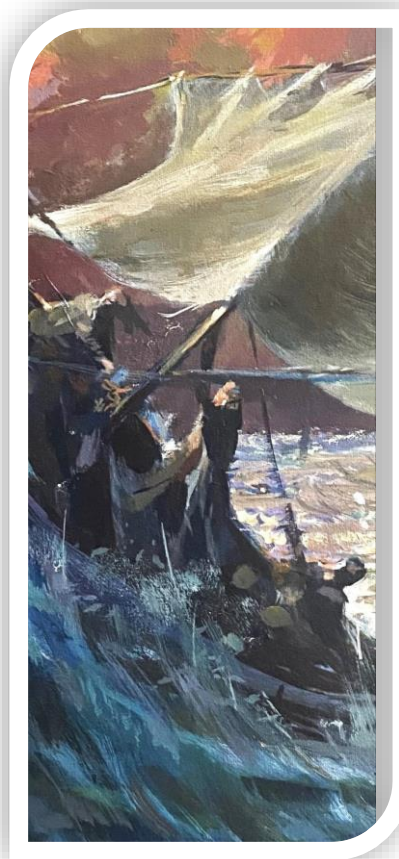
<sup>16</sup> Malbrán, María Luisa (2021). *La fuerza de la fragilidad*. USI

### 3.b - Escuela Católica: “Tensiones en cubierta”

Seguimos en medio de la turbulencia. Los oleajes continúan embistiendo a la barca. El peligro sigue latente.

Puede que no podamos vernos por la niebla, pero sabemos que estamos ahí, todos en la cubierta del barco. En estas condiciones adversas la convivencia se pone más áspera. Las circunstancias complejas por las que atravesamos tienden a aumentar nuestros niveles de tensión. En la medida en que nuestra existencia se ve amenazada, nuestra convivencia se va cargando con elementos que la hacen más desgastante e insalubre. Va creciendo la desconfianza y la adversidad entre los que vamos a bordo de la barca.

Además, cuando no logramos visualizar el horizonte y el rumbo, los ánimos son más difíciles de sostener. Crecen *las tensiones en cubierta*.



---

*En esta sección nos sumergimos en las siguientes reflexiones:*

**El epicentro de la convivencia escolar** ¿Qué es lo que está sucediendo en nuestras escuelas en referencia a la convivencia escolar? ¿Por qué es un asunto que cobra cada vez más relevancia?

**El Cuadro de Honor** ¿Qué es lo que honramos en nuestras escuelas católicas? ¿Tenemos conciencia de lo que nuestras dinámicas escolares pueden promover en la comunidad educativa?

**¿Puede la Escuela ser una Comunidad?** ¿Qué importancia tiene esta pregunta? ¿Cuáles son los elementos que constituyen una comunidad?

## El epicentro de la convivencia escolar

En la escuela hay un tema que cobra cada vez más intensidad, casi podríamos decir que produce algunos movimientos sísmicos que desestabilizan todo el ecosistema educativo: es el *epicentro de la convivencia escolar*.

Se trata de una dimensión de la vida de la escuela que tiende a acaparar buena parte de nuestro tiempo y nuestras energías. No es extraño escuchar a educadores expresar que están agotados por las demandas insaciables de las familias, o desconcertados por situaciones que aparecen en torno a problemas de conducta que no se sabe cómo manejar. También los roles o cargos de gestión se están complejizando o volviendo poco sostenibles en referencia a los desafíos emergentes que tienen que ver con el *epicentro de la convivencia escolar*.

Si tenemos en cuenta las coordenadas epocales que venimos describiendo en nuestras reflexiones, comprenderemos que no es extraño que la convivencia se haya convertido en uno de los asuntos más críticos y desafiantes de la tarea educativa.

Bien podríamos hacernos eco de la pregunta que aparece en la carta del apóstol Santiago: "Hermanos míos, ¿de dónde vienen las luchas y los conflictos entre ustedes?" (Sant 4,1). Veamos un poco más en detalle algunos elementos que pueden acentuar las tensiones en lo referente a la convivencia escolar.

En primer lugar, están las "condiciones climáticas exteriores", o sea las características de este tiempo epocal, que sin duda afectan y configuran el clima escolar. Si vivimos en *la ciudad de la furia*, imaginemos, por ejemplo, cómo la violencia se hará presente en la escuela de muy distintas maneras: bronca, enojos, confrontación permanente, la lógica de la patota y la imposición del más fuerte. Como vimos en la sección anterior, los códigos de la violencia también se expanden sin límite por los espacios virtuales con la proliferación de los dispositivos digitales. Desde allí se puede agredir sin límites, y muchas veces con la ventaja del anonimato. El ciberbullying y otros derivados están a la orden del día.

En fin, todo eso que vemos en los medios, en la política, en la calle, se va metiendo en la escuela e interfiere cada vez con más fuerza en la tarea educativa. Sin duda, ¡educamos en tiempos de cólera!

Me pregunto: ¿hasta cuándo podrá resistir el "dispositivo escuela" los embates de una sociedad colérica? y, ¿cómo podrá la escuela seguir sosteniendo su tarea cuando en la sociedad, las habilidades y disposiciones para la vida en común, se van erosionando día a día?, ¿cómo hacemos para promover la capacidad de diálogo, el respeto, la escucha y el buen trato, cuando todo a nuestro alrededor tiende a ir por el camino contrario?

La sociedad está rota, fragmentada, y también las personas que vivimos en ella. La primacía del *ser individual* nos hace no solo menos aptos para la convivencia, sino también más frágiles para movernos en el espacio del nosotros. Estamos con menos disposiciones o capacidades para asumir los desafíos de la convivencia. Además, sobre todo después de la pandemia del COVID-19, parece que se agudizan los problemas de salud mental, que afectan tanto a niños como adultos.

También es importante tomar conciencia de que, en la línea de base, hay una sensación de **insatisfacción general** en sentido amplio. Como ya vimos en otros apartados, esto tiene que ver con un estilo de vida que nos agota. Pero desde esta insatisfacción de base, se potencian los reclamos, las demandas y la lista inabarcable de derechos adquiridos (que en general no crece al mismo ritmo que las responsabilidades). Derechos que, en muchos casos, están anclados en la lógica del *ser individual*. En efecto, crece en la actualidad la *tendencia hacia una reivindicación siempre más amplia de los derechos individuales —estoy tentado de decir individualistas—, que esconde una concepción de persona humana desligada de todo contexto social y antropológico, casi como una “mónada” (monás), cada vez más insensible. [...] Si el derecho de cada uno no está armónicamente ordenado al bien más grande, termina por concebirse sin limitaciones y, consecuentemente, se transforma en fuente de conflictos y de violencias»* (FT 111).

Unido a lo anterior, un segundo elemento que complejiza la convivencia es la diversidad y pluralidad. Si bien ésta podría ser una ocasión favorable para el intercambio y crecimiento a partir del encuentro con lo diverso, en la realidad, lo diverso nos resulta extraño. Solemos carecer de la capacidad para entrar en relación con aquello que percibimos diferente a nosotros mismos o nuestro entorno próximo.

En el escenario escolar vemos a diario alumnos, familias, docentes, interactuando juntos en un espacio común. Cada uno con sus hábitos y costumbres, creencias y puntos de vista. ¡Una experiencia que sin dudas es intensa y extensa! Muchas horas, muchos años, personas muy diversas compartiendo la vida con sus desafíos emergentes. No es sencillo conjugar esta pluralidad.

En el caso de la Escuela Católica, hay que sumar el hecho de que no podemos dar por supuesto que las familias que eligen la escuela lo hacen por su orientación confesional. Lo que podría constituir un elemento fuertemente aglutinante, como es la fe compartida, hoy no suele serlo. De acuerdo a las investigaciones sobre educación católica muchas familias eligen la escuela católica no por su orientación religiosa, sino por otras razones (por ser un ambiente cuidado, por lo académico, porque es accesible desde lo económico, etc.). Volveremos sobre este asunto en el apartado posterior. Por el momento podemos afirmar que la fe no suele tener un rol central como elemento de cohesión.

Un tercer tema que tiene mucho impacto en la convivencia escolar es el tipo de vínculo que establecemos con las familias. Hay una frase que dice que “la escuela

volverá a ser el segundo hogar, cuando la familia vuelva a ser la primera escuela". ¡Frase muy bien recibida por los educadores! En el fondo, está la tensión constante de qué es lo que debe asumir la escuela y qué es aquello de lo cual debe hacerse cargo la familia en referente a la educación, y sobre todo a la convivencia.

Si hubo un tiempo donde la escuela creyó que podía educar sin el apoyo de la familia, o incluso a expensas de esta, ahora sentimos que eso es inviable. En parte, porque se van rompiendo los puentes de la confianza, para dar lugar a los canales de la demanda: hoy por cualquier inconveniente, malentendido, o decisión que la escuela tome y que no caiga bien, aparece la amenaza de la demanda. Es muy difícil pensar que se puede educar en estas condiciones. A lo sumo se podrá simular una parodia de la educación, con tal de salir ilesos en el intento.

En una ocasión una maestra comentaba que tenía temor de escribir una nota en un cuaderno en relación al comportamiento no adecuado de un alumno. Temía que esto fuera mal recibido por la madre y despertara en ella una reacción violenta, o desproporcionada, o que la incriminara frente a la directora, y así sucesivamente.

Sea de un lado o de otro, este tipo de "contrato" entre la familia y la escuela es poco sustentable en relación a lo que implica la tarea educativa. Hay que volver a instalar la alianza, que supone la confianza, dado que no nos aliamos con alguien del cual desconfiamos. Los acuerdos de convivencia son cada vez más "acuerdos para la supervivencia", para quedar "cubiertos" en caso que surja algún conflicto o malentendido que pueda aplastarnos. ¡Ojo! Estamos corriendo la vara hacia la desconfianza como posicionamiento de base.

En esta línea, también hay una ilusión ficticia o desmesurada que consiste en creer que la escuela puede con todo. Es como si la sociedad en general le estuviera exigiendo a la escuela que componga mucho de lo que no está "funcionando bien" en el espacio grande de la convivencia social. Así llegan a la escuela programas referidos a las más diversas temáticas (consumos problemáticos, educación sexual, violencia de género, educación ambiental, etc.). Si bien la escuela suele hacer grandes esfuerzos para asimilar estos desafíos, no es raro que se sienta desbordada, saturada. Como ya dijimos en relación al tema de la violencia, cuando la sociedad marcha en sentido contrario, es muy difícil para la escuela poder avanzar. Pensemos por ejemplo en el contraste que suele existir entre lo que nos muestra el mundo de la política, donde se instaló una lucha de códigos salvajes y violentos en torno al poder, y lo que se le pide a la escuela en cuanto a modelar la convivencia en tono pacífico, respetuoso, etc. ¡Difícil de digerir este contraste hacia el interior de nuestras instituciones!

Si nos enfocamos en los estudiantes, sabemos que muchos de los problemas referidos a la convivencia surgen del hastío que produce una propuesta educativa poco significativa e incolora. Algo referido a lo que vimos con el *aprendizaje serial*. Muchos estudiantes quedan girando en el vacío, durante muchas horas. Inevitablemente buscarán la ocasión para volver a tierra.

Luego, como en todo grupo humano, en la escuela también hay luchas de poder, sobre todo entre los adultos. Están las instancias de poder formales, y luego están los espacios de poder que cada uno va conquistando y que pasan a ser parte de su territorio. ¡Y que nadie se meta! Cada uno tiende a construir su propio reino, aunque sea pequeño. A esto se suma la dificultad de que los conflictos no encuentran muchas veces un cauce de resolución. Muchos tienden más a taparse que a asumirse. Así, quedan latentes, agrandando silenciosamente las distancias.

Es cierto que las luchas de poder suelen acrecentarse cuando se percibe la falta de rumbo. Esta desorientación, propia de los *proyectos educativos difuminados*, también hace más densa la convivencia en la escuela. En general, en una escuela se desgastan muchas energías en el frente interno, y esto tiene que ver con la falta de una causa común que dé un norte y movilice de tal modo, que se puedan trascender las limitaciones u obstáculos que surgen en lo cotidiano. Cuando no hay sentido de misión compartido, entonces se instala o se potencian las luchas estériles por el poder. Cuando no se escucha una melodía que inspira, crece sin límites el “radiopasillo”. Como suele ocurrirnos en la vida, cuando no estamos en lo importante, nos perdemos con facilidad en lo superfluo.

Para terminar, volvemos a traer la idea de que la escuela se caracteriza por ser una estructura rígida. Muchas cosas han cambiado en el entorno social, pero la escuela sigue siendo básicamente la misma que hace un siglo atrás. Es muy difícil pensar que la escuela, tal como está planteada, pueda permanecer inmutable en este nuevo mapa de coordenadas. El epicentro de la convivencia escolar ciertamente la pone a prueba, la zarandea. Habrá que ver cuánto resiste, dado que no parece estar preparada para semejantes movimientos sísmicos.

## El Cuadro de Honor

Este título puede despertar sentimientos encontrados, sobre todo porque suelen existir tensiones y pujas entre visiones que aparecen como contrapuestas en referencia al mérito, al esfuerzo y demás.

Dejemos de lado por un momento estos bagajes conceptuales que podrían distanciarnos y pensemos el *Cuadro de Honor* en sentido amplio, no ya como un algo que está presente en alguna pared visible de la escuela, sino como objeto simbólico que representa aquello que honramos, valoramos, destacamos, promovemos en nuestras escuelas católicas.

Hace unos años leí una reflexión que me resultó muy significativa para comprender algunas cosas de la dinámica escolar:

“... es crucial que comprendamos que la primera huella que la escuela y la televisión imprimen en el alma del chico es la competencia, la victoria sobre sus compañeros, y el más enfático individualismo, ser el primero, el ganador. Creo que la educación que damos a los hijos procrea el mal porque lo enseña como bien: la piedra angular de nuestra educación se asienta sobre el individualismo y la competencia. Genera una gran confusión enseñarles cristianismo y competencia, individualismo y bien común, y darles largas peroratas sobre la solidaridad que se contradicen con la desenfrenada búsqueda del éxito individual para la cual se los prepara”<sup>17</sup>.

En la sección anterior hicimos mención a los *ganadores y perdedores* y la dinámica que esto puede desatar en las relaciones con los semejantes. Muchas de nuestras prácticas escolares promueven una competencia donde alguien tiene que ser el primero y el mejor, estar por encima de todos. Si bien en los últimos tiempos ganan terreno otras pedagogías que tienden al aprendizaje cooperativo y colaborativo, en general la matriz de aprendizaje suele promover la preeminencia del *ser individual*.

Existe una competencia saludable, que tiene que ver con poder descubrir y desplegar lo mejor de nosotros mismos; y otra competencia no saludable que se da en la comparación con los demás, a los cuales hay que superar o vencer. Por este camino sabemos que los otros pueden convertirse en adversarios o enemigos. La competencia adquiere el tono de la supervivencia. Así, vamos colocando sigilosamente los cimientos de *la ciudad de la furia*.

En la escuela, la competencia puede estar muy ligada a la excelencia académica. No se podría afirmar que la excelencia académica es algo malo en sí mismo, o no deseable. Al igual que la competencia, hay que discernir qué dinámicas relacionales promueve, o en qué medida nos ayuda a ser mejores personas, y en qué medida

---

<sup>17</sup> Sábato, Ernesto (2000). *La Resistencia*. Planeta.

nos empobrece como seres humanos. Hay una excelencia académica que me ayuda a sacar lo mejor de mí para ponerlo al servicio de los demás, y hay una excelencia académica que me lleva a sacar lo mejor de los demás para ponerlo a mi servicio.

Por otro lado, ya hemos hecho mención a los efectos colaterales negativos que puede traer aparejados la excelencia académica. Hay estudiantes, por ejemplo, que, para soportar la presión escolar, terminan recurriendo a andamiajes farmacológicos. También la escuela en su conjunto puede quedar sometida a una tensión por la presión o la ambición de aparecer en los primeros puestos de los rankings. Por este camino, se instala una competencia salvaje que tiende a deshumanizar los procesos de aprendizaje. Hay que estar atentos para saber discernir cuando la excelencia académica es “para la Gloria de Dios”, y cuando ésta se constituye en un becerrito de oro que nos tensiona provocando un desarrollo y una convivencia poco saludable.

Retomando la reflexión inicial, es necesario preguntarnos cuál es el ideal que buscamos promover en nuestros estudiantes. ¿Cuál sería ese diferencial que nos gustaría que se llevarán los alumnos y alumnas que pasan por nuestras aulas? Esto tiene mucho que ver con el *perfil del egresado*, que, si bien abordaremos de lleno en el próximo capítulo, vamos a ir adelantando ciertas cuestiones desde ahora.

En algunas escuelas católicas se promueve el ideal de llegar a ser buenos profesionales, empresarios o líderes que sean capaces de trabajar por el bien común. Esto de por sí es algo muy loable y positivo. Pero en paralelo, por momentos, da la impresión de que se le ha bajado mucho el volumen al discurso que promueve el ideal del *ser virtuoso* (y con esto se esfumó la palabra “ética”), y en cambio, ha ganado terreno el discurso del *ser exitoso*. No es que haya que promover una apología del fracaso, pero si hay que comprender que el “éxito del mundo”, por llamarlo de algún modo, no siempre está en sintonía con el éxito que proviene desde una perspectiva de fe.

El éxito del mundo, por ejemplo, en general está muy ligado al éxito de la vidriera. Muy pendiente del parecer. Con las redes sociales y la virtualidad esto se expande sin límites. El éxito desde una perspectiva de fe está más bien ligado a lo que sucede “en el patio del fondo”, o sea que no siempre se ve a primera vista.

Desde una perspectiva de fe, entendemos el éxito en clave de fecundidad. Nuestra vida es exitosa si es fecunda, o sea, si da frutos para los demás. Y la fecundidad puede que por algunos momentos no sea tan visible, o no se manifieste con las características del éxito que habitualmente esperamos. La fecundidad evangélica es un misterio que puede revelarse de forma impredecible, y también puede permanecer oculto a nuestros ojos. Tenemos la *convicción de que Dios puede actuar en cualquier circunstancia, también en medio de aparentes fracasos, porque «llevamos este tesoro en recipientes de barro» (2 Co 4,7). Esta certeza es lo que se llama «sentido de misterio». Es saber con certeza que quien se ofrece y se entrega a Dios por amor seguramente será fecundo (cf. Jn 15,5). Tal fecundidad es muchas veces invisible,*

*inaferrable, no puede ser contabilizada. Uno sabe bien que su vida dará frutos, pero sin pretender saber cómo, ni dónde, ni cuándo (EG 279).*

Tal como mencionamos en otro capítulo, el ideal que proponemos desde la fe apunta sobre todo a moldear una interioridad, y no está obsesionado por la exterioridad. Esta sutileza puede cambiar muchos de nuestros parámetros de valoración. Hay toda una pedagogía invisible que se relaciona con el desarrollo y la promoción de los valores y la virtud, y que no necesariamente van a sumar puntos en un ranking. En este sentido, hay que saber *marcar la diferencia con la calidad formativa... encontrar modos y caminos para no pasar desapercibidos tras los bastidores de la sociedad y de la cultura. Aunque no despertando clamores, no con proyectos adornados con retórica, sino distinguiéndose por una constante atención a la persona, de modo especial a los últimos, a quien se ve descartado, rechazado, olvidado. No hay que buscar hacerse notar por la «fachada», sino por una coherencia educativa radicada en la visión cristiana del hombre y de la sociedad<sup>18</sup>.*

En algunas situaciones no es fácil, por ejemplo, compaginar el discurso imperante que relaciona el éxito humano con una sobreabundancia en lo material. Esto se agudiza en contextos donde cada vez es más complejo acceder a los bienes básicos. ¿Adónde ha quedado por ejemplo el ideal de un estilo de vida austero? Asociamos prosperidad con abundancia material (y disfrute ilimitado). Pero la vida austera es un valor que se desprende del evangelio, y no de una ideología vinculada a un movimiento político, o a una visión de la economía, o algo parecido. Tiene que ver con un posicionamiento antropológico profundo, con la posibilidad de cultivar una libertad interior frente a la fuerza arrolladora y absorbente del materialismo. Ya volveremos sobre este asunto en el capítulo siguiente.

Por otro lado, parece que no siempre desarrollamos la conciencia de que, a mayores bienes y dones recibidos, mayores son nuestras responsabilidades con el bien común. Porque, “al que se le dio mucho, se le pedirá mucho” (Lc 12,48). En este punto es bueno tener presente que *con frecuencia se desarrollan planteos equivocados en torno a la llamada “meritocracia”, convertida en un “merecido” poder humano al que todo debe someterse, en un dominio de los que nacieron con mejores condiciones de desarrollo. Una cosa es un sano planteo sobre el valor del esfuerzo, el desarrollo de las propias capacidades y un loable espíritu de iniciativa, pero si no se busca una real igualdad de oportunidades esto se convierte fácilmente en una pantalla que consolida más aún los privilegios de unos pocos con mayor poder (LD 32).*

Volviendo al *Cuadro de Honor* como lugar simbólico, no solamente hay que enfocarse en los estudiantes, sino también en los adultos y sus aspiraciones a figurar entre los destacados. De hecho, son las miradas de los adultos, con sus

---

<sup>18</sup> Francisco. Discurso a la Asociación de padres de familias de las escuelas católicas de Italia. 05/12/2015. Disponible en: [https://www.vatican.va/content/francesco/es/speeches/2015/december/documents/papa-francesco\\_20151205\\_agesc.html](https://www.vatican.va/content/francesco/es/speeches/2015/december/documents/papa-francesco_20151205_agesc.html)

valores y percepciones sobre la vida, las que finalmente promueven y configuran el *Cuadro de Honor*.

Jesús conocía a fondo las ambigüedades que anidan en el corazón humano. Incluso entre aquellos que lo seguían más de cerca, muchos lo hacían con la esperanza de poder subir al podio o acceder a alguna posición de privilegio.

Hay un pasaje del evangelio donde Santiago y Juan le preguntan a Jesús si les puede hacer un lugar en el “podio”, y ubicarse uno a la derecha y otro a la izquierda. Rápidamente les da a entender que las cosas no son como ellos las imaginan (Mc 10,35-37).

En otra ocasión les preguntó a sus discípulos: “¿De qué discutían por el camino?”. Y el evangelista aclara que “ellos se quedaron callados porque en el camino habían discutido sobre quién de ellos era el más importante” (Mc 9, 30-37). Es que la vanagloria y la necesidad de sentirnos importantes, reconocidos, nos puede dar una cierta vergüenza. Aunque en el fondo, responde a una necesidad muy elemental, que tiene que ver con el sentirnos valorados, aceptados, amados. Para lograr esto muchas veces buscamos “sobresalir”.

En la escuela, ¿quién es el más importante? En ese mismo pasaje del evangelio, Jesús nos aclara el asunto: “Si alguno quiere ser el primero, que sea el último de todos y el servidor de todos. Después, tomando a un niño, lo puso en medio de ellos, lo abrazó y les dijo: El que reciba en mi nombre a uno de estos niños, a mí me recibe. Y el que me reciba a mí, no me recibe a mí, sino a aquel que me ha enviado”. ¡Aquí ya tenemos la visión inspiradora para los candidatos al *Cuadro de Honor* en la escuela!

## ¿Puede la Escuela ser una Comunidad?

¿Por qué aparece esta pregunta? Fundamentalmente porque suponemos que, para la *alfabetización en la fe*, es necesaria una comunidad de fe. La fe se recibe, se asimila y se transmite en formato comunitario. Es como la vida.

Según lo que venimos diciendo, podemos suponer que algunas gramáticas propias de la estructura escolar moderna no estarían tan alineadas con el *ser comunitario*. Al contrario, dispondrían con mayor inclinación hacia el *ser individual*. Pero la comunidad no es tema exclusivo de la escuela católica. También en el discurso escolar no confesional se ha difundido con fuerza la idea de la “comunidad escolar”.

Ahora, bien, sabiendo que la cultura secular actual promueve las formas individualistas de vida por sobre las comunitarias, nos preguntamos: ¿puede la escuela, con los límites y posibilidades de su estructura, aspirar a ser comunidad?

Un posible camino para responder a esta inquietud es preguntarnos qué entendemos por comunidad y cuáles serían los componentes esenciales que la caracterizan. ¿Qué es aquello que no puede faltar?

La pregunta es amplia y las respuestas podrían correr por rumbos diversos. Vamos a intentar detenernos en lo mínimo indispensable que tendría que estar presente para que podamos reconocer lo comunitario. Distinguimos siete elementos:

1. Un sentido de misión que congrega a un grupo de personas, otorgándoles una identidad común.
2. Lugar de pertenencia y arraigo
3. Un tipo de vínculo donde prima la confianza.
4. Apertura e inclusión
5. Espíritu de servicio y capacidad de trabajar por el bien común
6. Liderazgos inspiradores
7. Dimensión celebrativa

Veamos un poco más en detalle cada uno de estos componentes comunitarios.

Lo primero es un **sentido de misión** que congrega, por el cual un grupo de personas se siente atraído a vivir y trabajar por una causa, un propósito. Una conciencia clara de que existe un “para qué”, unos fines determinados que configuran nuestra acción, nuestra tarea. Este horizonte de sentido aporta una fuerte cohesión. Es la misión lo que configura en buena medida la identidad. Por tanto, la comunidad es más que un grupo de amigos que se juntan para pasar un buen momento. Tiene que haber un para qué claro, explícito, consciente.

Ya hemos hecho referencia a cómo en la Escuela Católica, sobre todo en el contexto actual, la misión no siempre resulta ser el elemento nuclear y vivificante del

proyecto educativo. Del estatismo de los idearios al dinamismo de la vida cotidiana, puede haber una gran distancia. También entran en juego la heterogeneidad y pluralidad de las comunidades educativas: no todos llegan a la escuela con la misma expectativa, buscando lo mismo. El sentido de misión desde lo propio de la fe, en muchos casos, se ha diluido.

Lo segundo es la comunidad como **lugar de pertenencia**, la tierra donde podemos echar raíces para **crecer** y dar **frutos**. En la comunidad nos sentimos parte de algo más grande. La comunidad evita que andemos sueltos por el aire.

Ahora bien, en la escuela suele darse, por ejemplo, la dificultad de la rotación de muchos docentes, lo cual complejiza el arraigo y la pertenencia. Por lo general, si prevalece entre los educadores la lógica pura del asalariado, o entre las familias, la del servicio y la demanda, suele ser más difícil la pertenencia y el arraigo profundos. Estas mentalidades o perspectivas no son negativas en sí mismas, pero ciertamente hay menos posibilidades de que allí emerja o subsista el espíritu comunitario. Si, en cambio, hay móviles más hondos ligados al sentido de misión, se habilita la expansión de **la confianza** en relación a los vínculos. Tal como vimos en capítulos anteriores, la confianza es el sustrato necesario para el crecimiento y desarrollo del ser. Es lo que nos permite abrirnos, desplegar nuestro ser profundo, etc. Por eso, la comunidad es un espacio que favorece el desarrollo de la singularidad y la subjetividad de cada persona.

En la escuela suele haber una tensión entre confianza y control que no siempre colabora a que el ambiente escolar sea un lugar propicio para que cada persona pueda expresar su propia voz. En general, somos expertos en los mecanismos de control, y quizás no tan avezados en las formas de la confianza. O solemos confundir con facilidad el cuidado con el control. Mientras que éste último brota del temor, el otro está inspirado en la confianza.

En el apartado anterior reflexionamos sobre lo que representa *el epicentro de la convivencia escolar*, y cómo la desconfianza tiende a ir ganando terreno entre las diferentes personas que interactúan en el ámbito de la escuela. Se comprende que esto puede constituir un impedimento muy grande para la viabilidad de la comunidad.

Otro elemento importante tiene que ver con la **apertura** y la **inclusión**. Si tenemos una identidad clara dada por la misión, y priman las relaciones basadas en la confianza, se pueden promover la apertura y el diálogo con lo diverso. También desde la misión, podemos abrirnos a la inclusión, sobre todo de los más débiles o desfavorecidos. A contramano de la tendencia que marca la cultura del descarte, en la comunidad se integra, se da lugar a la fragilidad y la debilidad. En pocas palabras, se asume nuestra humanidad con todas sus artistas. Incluso, podríamos decir que la comunidad es posible en virtud de esta apertura. La fragilidad es en algún punto lo que posibilita la comunión. Cuando solo nos relacionamos desde las fortalezas, en general lo que promovemos es la competencia y el enfrentamiento. Pero cuando

descubrimos en los otros (y en nosotros mismos) la fragilidad, esto nos permite entrar en una comunión profunda.

La comunidad puede ser concebida como un cuerpo, donde prevalece la complementariedad, y no la competencia o el enfrentamiento. Sus miembros se saben necesarios los unos para los otros. Esto claramente no es tan fácil cuando en las relaciones escolares se ha instalado la carrera por ser el primero o el mejor, la discordia, la desconfianza o el enfrentamiento (oculto o manifiesto).

Con respecto a la apertura, la comunidad no es un ghetto o un grupo cerrado conformado por un grupo selecto y homogéneo. La comunidad debe ser un espacio accesible, abierto al entorno y a la diversidad. Pero *hay quienes parecen sentirse alentados o al menos autorizados por su fe para sostener diversas formas de nacionalismos cerrados y violentos, actitudes xenófobas, desprecios e incluso maltratos hacia los que son diferentes. La fe, con el humanismo que encierra, debe mantener vivo un sentido crítico frente a estas tendencias, y ayudar a reaccionar rápidamente cuando comienzan a insinuarse* (FT 86).

En la Escuela Católica tenemos que tener cierta precaución de no generar espacios cerrados. Hay un hecho frecuentemente mencionado en la literatura referida a la investigación sobre la educación católica en el mundo, y tiene que ver con la tendencia de muchas escuelas católicas a promover espacios donde se reúnen familias que pertenecen a un determinado estrato social. De este modo, las escuelas católicas, sin proponérselo, pueden reforzar las tendencias a la segmentación social, creando burbujas en la sociedad, favoreciendo la construcción de muros que nos separan cada vez más.

Un quinto elemento tiene que ver con el **espíritu de servicio** y la capacidad de trabajar por el **bien común**. De algún modo volvemos al inicio, a la misión. La misión que congrega y hace posible la existencia de la comunidad, tiene que estar ligada al bien común. Esto garantiza la apertura, la capacidad del diálogo y del intercambio con el mundo. Si no es el bien común el horizonte que nos congrega, es probable que tarde o temprano nos quedemos atrapados (¡y ahogados!) en un círculo cerrado.

Para trabajar por el bien común hay que promover un espíritu de servicio. En la vida comunitaria, hay una especie de revolución copernicana que consiste en lo siguiente: pasar de la “comunidad para mí”, al “yo para la comunidad”. En nuestro prisma del ser relacional decimos que se trata de trascender *del ser individual al ser comunitario*, y encontrarse a uno mismo en el espacio del “nosotros”. No estamos promoviendo la anulación del propio ser, sino al contrario: es la comunidad la que nos permite abrirnos, crecer y desarrollarnos en plenitud. En el servicio se cristaliza el dinamismo del amor, el éxtasis que caracteriza al ser relacional, y que nos hace ser personas.

Otro elemento clave de la comunidad, vinculado al espíritu de servicio, es el **liderazgo inspirador**. Tiene que ver con el modo en el que ejercemos la autoridad. En la comunidad, la persona que ejerce la autoridad utiliza el poder para ayudar a crecer a los demás. Se siente responsable del crecimiento de las personas que tiene a su cargo. El líder comunitario se destaca por su coherencia entre lo que dice y lo que hace, la cercanía y la capacidad de empatizar con lo que les pasa a los miembros de la comunidad. Promueve dinámicas participativas, dando protagonismo y voz a los demás. Tiene la capacidad de movilizar desde lo positivo. Busca persuadir y no imponer.

En cambio, cuando la autoridad no está al servicio de los demás, y el poder se utiliza en beneficio de intereses personales, entonces se vuelve un elemento nocivo para la comunidad.

¿Qué ocurre habitualmente en la escuela? No se puede generalizar, pero existe una tendencia a una forma del ejercicio de la autoridad que no siempre favorece al desarrollo de la comunidad. Con bastante frecuencia terminamos instalando formas despóticas y autoritarias que lejos de sembrar confianza, la dinamitan. Esto ocurre en los diferentes niveles del sistema escolar: dentro del aula, en la relación directivos-docentes, o de la escuela con alguna instancia de supervisión. Este modo habitual en el ejercicio de la autoridad responde en muchos casos a una concepción de la autoridad como privilegio adquirido. Si en la institución escolar prevalece la figura del dictador en lo referente a la autoridad, será difícil que pueda darse el crecimiento en la dimensión comunitaria. Más bien vamos a generar un mundo caracterizado por la ambigüedad, el temor al error, y la lucha por la conquista de espacios de poder.

De una forma u otra, hay que decir que no es fácil asumir el lugar de la autoridad. Mucho menos en las coordenadas actuales en las que la primacía del *ser individual* en nuestros estilos de vida nos hace poco tolerantes a todo aquello que pueda limitarnos. Y a veces, las personas que ejercen la autoridad deben poner límites, incluso para ayudar a crecer. También, el ejercicio de la autoridad suele poner al descubierto nuestras inconsistencias personales.

Por último, mencionamos la dimensión celebrativa como un elemento constitutivo de la comunidad. **La celebración** es lo que nos da el pulso de la vida comunitaria. Una comunidad que no celebra, es una comunidad que no tiene vida. A lo sumo realiza algunas tareas, o cumple con algunos objetivos, pero ha perdido el alma, la motivación profunda. Esto se puede dar en la escuela cuando hay un clima interno muy desgastado, entonces hacemos lo mínimo indispensable o lo estrictamente obligatorio. Ya no hay ganas o disposición para celebrar. En esta línea, también se diluye la dimensión celebrativa cuando nos transformamos en meros proveedores de un servicio, o cuando rige sólo la lógica del asalariado.

Finalmente, volvemos a la pregunta del inicio: ¿puede la escuela ser una comunidad? Pareciera que tiene muchas cosas a favor, por ejemplo, la posibilidad de

encontrarnos personas diversas en un espacio común, congregadas por un propósito o misión, permaneciendo durante mucho tiempo juntas, compartiendo el camino, etc.

Y también hay otras cosas que pueden jugar en contra. En la escuela muchas cosas están planteadas desde un itinerario individual. Por ejemplo, no es fácil tener una visión de conjunto para comprendernos como cuerpo orgánico, o encontrar los tiempos que requieren las relaciones de confianza. También existe una fuerte tendencia a defender “mi espacio” frente al avance de las demandas crecientes.

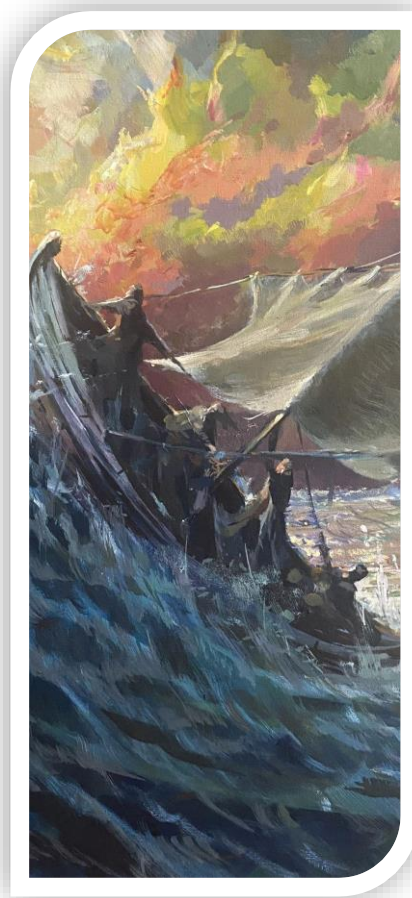
Es probable que en cada una de nuestras escuelas haya algunas dimensiones de lo comunitario que estén más presentes que otras. Habrá que analizar en cada situación, cuáles son los desafíos para poder aspirar a ser una comunidad real, y no solo nominal.

### 3.c - Desafíos: "Acompasar esfuerzos"

Las tensiones en cubierta se van agudizando a medida que pasa el tiempo y no se vislumbra la luz en el horizonte. Queda apenas un resto de esperanza. El crujir de la estructura de la barca acrecienta los temores del naufragio.

En estas circunstancias el miedo conquista con facilidad nuestra interioridad. Vamos quedando cada vez más aislados. Desde el distanciamiento crecen los malestares y los enojos con el resto de la tripulación.

Cuando hay dificultades entre los tripulantes que vamos en la barca, es más difícil ponerse de acuerdo para cualquier tarea que debamos realizar juntos. Pero éste, aunque nos cueste, es el único camino posible. Si queremos superar esta situación crítica a la que nos somete la tempestad, deberemos poner todo lo que esté a nuestro alcance para *acomparar esfuerzos*.



---

*En esta sección nos sumergirnos en las siguientes reflexiones:*

**Restaurar el pacto educativo** ¿Qué significa que se haya roto el pacto educativo en nuestra sociedad? ¿Por qué es importante volver a restaurarlo? ¿Cómo podemos hacerlo?

**Espacios de inclusión y apertura** ¿Qué desafíos tenemos las escuelas católicas en referencia a la inclusión? ¿Qué elementos se ponen en juego en nuestras decisiones?

**Educar para la fraternidad y el compromiso social** ¿Es posible la fraternidad en una sociedad tan fragmentada? ¿Cuál es la función de la escuela en este asunto? ¿Por qué la fraternidad va unida al compromiso social?

## Restaurar el pacto educativo

Cuando decimos que hay que restaurar el pacto educativo nos referimos a que se rompió la alianza que había (explícita o implícita) entre la escuela, la familia y la sociedad en general. En la línea de lo que venimos reflexionando a lo largo de estas páginas, decimos que se fueron erosionando las condiciones necesarias que hacían posible llevar adelante la tarea educativa sin mayores resistencias.

Hablamos de educación en sentido amplio, desde una mirada integral. En *algunos países se habla de que está roto el pacto educativo porque falta esta concurrencia social en la educación. Educar no es solamente transmitir conceptos (esta sería una herencia de la Ilustración que hay que superar), sino que es una labor que exige que todos los responsables de la misma – familia, escuela e instituciones sociales, culturales, religiosas – se impliquen en ella de forma solidaria*<sup>19</sup>.

Muchos cambios han afectado a la sociedad, a la escuela y a la familia, lo cual ha llevado a nuevos posicionamientos. Ya hablamos en varias ocasiones de las tendencias que nos afectan en la actualidad, de la *normalidad que nos moldea*, de la primacía del *ser individual* sobre el *ser comunitario*, y de otras coordenadas epocales que afectan en forma contundente la labor educativa.

En un contexto que suele percibirse como hostil, escuela y familias tienden a distanciarse. La escuela levanta muros para protegerse de los embates del entorno (y de las familias), y de este modo se atrincheran en sus seguridades, creando un entorno donde tiende a tener todo controlado. Así, las familias se quedan en la vereda de enfrente. No deben ingresar a la escuela para no desestabilizar el equilibrio logrado. Se vive en la ilusión de creer que se puede subsistir en este ecosistema cerrado.

Las familias, por su lado, se distancian. A veces esta distancia es cómoda porque implica un no involucrarse: se terceriza en la escuela la educación de los hijos. Pero también la distancia favorece la pérdida de la confianza, y a corto plazo, el enfrentamiento. Por esta ladera, crecen los reclamos, los cuestionamientos, las demandas insaciables, etc. Estas se multiplican exponencialmente en el vacío que deja la distancia y sobre todo la falta de confianza.

Con el pacto educativo roto, podemos sentir que muchos de nuestros esfuerzos son en vano. Es como si dos personas fuéramos en un mismo bote, y una rema para un lado y otra para el otro. Esto implicaría que, para avanzar en una dirección determinada, una de las dos tiene que remar más fuerte. A la larga sería insostenible, puesto que demandaría un excesivo desgaste de energías, además de

---

<sup>19</sup> Francisco. Discurso a los participantes en el seminario sobre "Educación: el pacto mundial". 07/02/2020. Disponible en [https://www.vatican.va/content/francesco/es/speeches/2020/february/documents/papa-francesco\\_20200207\\_education-globalcompact.html](https://www.vatican.va/content/francesco/es/speeches/2020/february/documents/papa-francesco_20200207_education-globalcompact.html)

despertar broncas y malestares por tener que estar realizando un esfuerzo al borde del absurdo.

Sin el apoyo, la participación y la confianza de las familias en la escuela (y viceversa), la educación se volverá cada vez más insostenible. Tenderá a ir hacia el colapso, que, si no es el de la escuela, será el de las personas involucradas en ella.

Además, hay que volver a ponderar el rol fundamental de la familia en la educación. Sabemos que es *el lugar de la formación integral, donde se desenvuelven los distintos aspectos, íntimamente relacionados entre sí, de la maduración personal (LS 213)*. Mientras la escuela crea que es la protagonista principal en la tarea de educar, va a tender a dejar a la familia afuera. Hoy nos estamos dando cuenta de que sin la familia la educación es poco viable; que, sin la familia, se traduce muchas veces en “contra la familia”. En la escuela experimentamos que *hoy más que nunca es necesario unir los esfuerzos por una alianza educativa amplia para formar personas maduras, capaces de superar fragmentaciones y contraposiciones y reconstruir el tejido de las relaciones por una humanidad más fraterna* (Lanzamiento PEG).

Se suele escuchar que “la escuela no es lo que era antes”. ¡Claro que no! Tampoco lo son las personas que conviven ahí adentro y las que componen la comunidad educativa. Por eso hay que repensar el juego de relaciones, el modo en el que nos posicionamos: la escuela ya no es la que tiene el saber, el poder, ni tampoco la institución a la cual hay que rendir un temor reverencial. Ahora debemos ir por el diálogo, el entendimiento, la participación activa de todas las partes, la búsqueda de acuerdos y consensos. Y para esto seguramente hay que repensar algunos temas estructurales que condicionan o habilitan nuevos posicionamientos. No se puede seguir sosteniendo una dialéctica o lucha permanente entre los diferentes miembros de la comunidad educativa.

En la escuela tenemos que repensar seriamente algunas prácticas instaladas, recalibrar prioridades, ser creativos para ver el modo en el que aprovechamos mejor los tiempos y los espacios como oportunidades para restaurar el pacto educativo roto.

El primer paso es trabajar por la cohesión. Promover las condiciones para la cercanía, y no seguir acrecentando las distancias. Primero la cohesión, y luego la estrategia. Estando cerca podremos comprendernos mejor, visualizar con más claridad un horizonte común, tener más flexibilidad y capacidad de resolver los conflictos emergentes, etc.

Si, por ejemplo, nos quedamos posicionados en el lugar desde el cual proveemos “un servicio” (similar al que puede dar una empresa), es probable que quedemos atrapados en un callejón sin salida. Por aquí solo hay contratos, conflictos y confrontación permanente por ajuste o desajuste de expectativas. Las demandas de nuestros “clientes” serán imposibles de satisfacer.

Como escuelas católicas estamos llamados a ser una comunidad, una comunidad educativa. Esto no es una opción filantrópica para algunas escuelas en particular, sino que es parte de lo que nos define esencialmente como escuelas inspiradas en la fe. Y dadas las circunstancias actuales, sabemos que el ideal de la comunidad se ha transformado en uno de los mayores desafíos a abordar.

En el capítulo anterior enumeramos una serie de elementos que son esenciales a la comunidad. Uno de ellos, por ejemplo, es la misión que congrega y que aporta la identidad. Podríamos preguntarnos, ¿qué estamos haciendo en nuestras escuelas católicas para compartir la misión con las familias en orden a promover un horizonte de sentido común? ¿Qué instancias tenemos para compartir nuestros propósitos inspiradores?

Si bien desde la escuela quizás el primer paso para la restauración del pacto educativo sea el de recuperar o fortalecer la alianza con las familias, ciertamente hay que ir más allá de estas fronteras, e incluir a la sociedad en general. En referencia a la escuela esto puede implicar un esfuerzo de abrir un poco el horizonte, tener una mirada amplia. Comprometerse con más decisión con el entorno próximo, etc. En fin, escapar a la mirada endogámica, que se mira a sí misma, que busca la perfección en un universo artificial que se construye entre cuatro paredes. Hay que reducir la distancia entre el adentro y el afuera.

Y en este movimiento de salida, hay que tomar conciencia de la importancia que tiene la sociedad en general en la tarea educativa. Por ejemplo, si en los medios de comunicación todo el tiempo se ve violencia y agresión, o si en la vida política se ha naturalizado la chicana y el desprestigio del que piensa diferente, del “adversario”, es evidente que todo esto impactará contundentemente en la escuela. Es importante tener presente que *se necesita un camino educativo que involucre a todos. Para ello se requiere construir una “aldea de la educación” donde se comparta en la diversidad el compromiso por generar una red de relaciones humanas y abiertas. Un proverbio africano dice que “para educar a un niño se necesita una aldea entera”. Por lo tanto, debemos construir esta aldea como condición para educar* (Lanzamiento PEG).

Si tenemos la capacidad de ver un poco más allá de las paredes de la escuela, y tomamos dimensión de los desafíos que tenemos por delante, seguramente podremos trascender obstáculos y avanzar en la restauración del pacto educativo. *Sabemos bien que cada vez que las personas y las comunidades aprendemos a apuntar más alto de nosotros mismos y de nuestros intereses particulares, la comprensión y el compromiso mutuo se transforman [...] en un ámbito donde los conflictos, las tensiones e incluso los que se podrían haber considerado opuestos en el pasado, pueden alcanzar una unidad multiforme que engendra nueva vida.* (FT 245).

## Espacios de inclusión y apertura

La diversidad y la pluralidad no son algo ajeno o externo a la Escuela Católica. Hoy las comunidades educativas tienden a ser muy heterogéneas, incluso en relación a la cuestión de la fe. Ya dijimos que hoy muchas familias no eligen la Escuela Católica por ser católica, y que también hay docentes, y en algunos casos directivos, que no están familiarizados en lo referente a la vida de fe. En este sentido, *la diversidad cultural no debería ser una amenaza* (EG 117), sino una oportunidad de que el Evangelio y la Revelación asuman un nuevo rostro. En la escuela tenemos mucho tiempo, cantidad y variedad infinita de oportunidades para asumir este desafío.

En todo caso, habrá que ver el modo en cómo el Evangelio y la fe se proponen, y no se imponen. Pensar la forma y los caminos en que promovemos *la alfabetización en la fe* en una estructura caracterizada por la obligatoriedad en referencia a la propuesta educativa. Se tendrán que tener en cuenta los tiempos de los procesos, por ejemplo, en cuestiones relativas a la formación, la vida sacramental, etc.

Aunque desde una mirada de fe, a la inclusión hay que comprenderla en sentido amplio, sobre todo en sociedades donde crece la exclusión y se acrecienta el número de *los perdedores*, los que quedan afuera. Recordemos que *la Cultura del Desamor* de la que hablamos al principio se materializa en otras tendencias como la Cultura del Descarte, que va dejando afuera a aquellos que no son útiles o valiosos para ciertas visiones o concepciones del éxito y la realización humana.

Una escuela que se decide a vivir la inclusión tiene que repensarse desde muchos parámetros. No se trata solo de un programa o una acción puntual, sino de una visión desde la cual se pueda transitar un proceso de conversión institucional. Hay muchas periferias de la existencia humana que deben poder ser acogidas en la Escuela Católica.

En general, en la escuela, cuando hablamos de inclusión, nos referimos a la integración de personas con alguna dificultad o discapacidad, ya sea intelectual o motora. Ciertamente este es un gran desafío y también una gran oportunidad para la Escuela Católica.

Muchas escuelas católicas han realizado importantes esfuerzos para poder integrar en sus espacios a personas que tienen capacidades diferentes. Otras ven en esta cuestión una especie de amenaza al orden establecido: ¿cómo vamos a hacer por ejemplo para mantener la excelencia académica si tenemos que ir al ritmo de estas personas?

Es cierto que existen ciertos límites y hay situaciones que exceden las posibilidades de la escuela, y también de las personas. Trabajé durante algunos años en un Centro Educativo para personas con TEA y pude conocer lo que es un espacio y un ambiente diseñado a medida, según las necesidades y las particularidades de cada persona.

En este espacio educativo se podía constatar cómo las personas se sentían a gusto, experimentaban confianza, y así podían abrirse y animarse a crecer. En cambio, los procesos de integración, cuando son forzados o no están dadas las condiciones necesarias, en general no son saludables e implican sufrimiento para todos los involucrados.

En fin, no se puede generalizar. Hay que discernir cada situación en particular, sabiendo que siempre habrá una tensión que nos va a interpelar, a invitarnos a ir más allá de las fronteras de lo habitual. Es muy importante en este tema no moverse en un plano ideológico, alejado de la realidad, donde se pierde de vista a la persona real y concreta.

Ahora bien, dicho esto, creo que las escuelas católicas deberían aspirar a poder ser cada vez más capaces de integrar personas que tienen alguna "particularidad especial o dificultad". Son ocasión para el crecimiento institucional, aunque pueda implicar salir del territorio de las propias seguridades. Hay que aprender a confiar en la lógica del evangelio, que suele dar vuelta nuestros parámetros (Mt 25,40). Comprender que las personas con discapacidad, por ejemplo, pueden ser un don para nuestras instituciones, las cuales muchas veces han perdido la brújula, el sentido que inspira su tarea, la capacidad de brindar una educación integral y más humanista. Instituciones que no pocas veces se dejan llevar por los valores del éxito, del poder, de la competencia salvaje, etc. ¡No es fácil volver a enfocar en lo esencial!

En esta línea, hay que hacer un esfuerzo por romper con la lógica del juego de *ganadores y perdedores*. De algún modo la educación debe poder salir de esta dialéctica, del dinamismo que imprime en cada uno de nosotros la competencia insalubre.

También está la inclusión de personas que viven en contextos socialmente desfavorecidos. Lamentablemente el número de niños y jóvenes que carecen de lo necesario para poder llevar una vida digna va en aumento. Desde una mirada evangélica, la educación católica debería poner sus mayores esfuerzos en brindar la mejor educación posible a los que más la necesitan, en orden a romper los condicionamientos estructurales que limitan las posibilidades de crecimiento y desarrollo. Ciertamente la Iglesia realiza una tarea muy importante en este sentido, brindando de este modo un servicio de gran valor a la sociedad en su conjunto. Es poco comprensible y razonable cuando se dice que la Iglesia promueve la pobreza material o cosas parecidas. Tenemos la convicción de que *nadie puede quedar excluido, no importa dónde haya nacido, y menos a causa de los privilegios que otros poseen porque nacieron en lugares con mayores posibilidades... Así como es inaceptable que alguien tenga menos derechos por ser mujer, es igualmente inaceptable que el lugar de nacimiento o de residencia ya de por sí determine menores posibilidades de vida digna y de desarrollo* (FT 121).

Conocí una escuela ubicada en un contexto socialmente muy desfavorecido, en el que, entre otras cosas, había problemas muy serios en referencia al consumo de

drogas. Cuando el tejido social está muy roto, y la exclusión se expande sin límites, la vulnerabilidad de los niños y jóvenes suele ir en aumento. Sin embargo, los jóvenes que asistían a esta escuela no estaban afectados por el consumo de drogas. Y no era porque en la escuela se hablara a diario de esta temática, sino porque se había logrado un clima de cercanía y acompañamiento tal con los estudiantes, que esto mismo resultaba ser la mejor estrategia preventiva. Se comprende así la importancia de *brindar espacios comunitarios en los barrios vulnerables, "crear comunidad", para que los niños, adolescentes y jóvenes tengan un desarrollo humano integral*<sup>20</sup>.

Hay otro tema que aparece cuando la educación católica está dirigida a estratos socioeconómicos altos. El riesgo en estos casos es el de generar guetos o promover círculos sociales cerrados, de privilegios. En sociedades donde la tendencia a la fragmentación y la segmentación social va en alza, la Escuela Católica podría cumplir con una función de gran valor de integrar diferentes realidades e ir acortando las brechas. Lamentablemente no siempre sucede así, y en algunos casos termina edificando muros que separan, y distancias que promueven la indiferencia y apatía frente a las necesidades ajenas. Por eso es muy importante, en los casos donde la educación católica va dirigida a los estratos socioeconómicos más favorecidos, que se transmita una clara conciencia y responsabilidad por la justicia social. No deberíamos ser en ningún caso motores de la exclusión social en sus distintas expresiones.

Pero volvamos a una idea que es esencial en relación a la inclusión y a la apertura.

Si levantamos la mirada y retomamos el hilo de nuestras reflexiones, podríamos decir que en nuestras sociedades las tendencias generales van más bien por el lado de la exclusión y el rechazo a lo diverso. Lo que es diferente a nosotros, suele aparecer como hostil, una amenaza. Nos encerramos en burbujas de sentido donde todo parece ser un espejo de nosotros mismos.

Teniendo en cuenta estas tendencias, podemos decir que la inclusión y el diálogo con lo diverso promueven la dinámica de la escuela en salida. Nos ayuda a transitar procesos de apertura institucional y personal, superando los miedos que nos aíslan, y la comodidad y seguridad del encierro. *Más que el temor a equivocarnos, espero que nos mueva el temor a encerrarnos en las estructuras que nos dan una falsa contención, en las normas que nos vuelven jueces implacables, en las costumbres donde nos sentimos tranquilos* (EG 49).

La inclusión, lejos de tratarse meramente de una cuestión técnica, tiene que ver con la mística de la escuela, con los móviles profundos que nos llevan a realizar nuestra tarea. Por eso en ella se juega en algún punto la visión de lo que somos y lo que queremos ser. La inclusión, como dicen en los Hogares de Cristo, es "recibir la vida

---

<sup>20</sup> Francisco. Videomensaje a la comunidad de Rosario, Argentina. 26/03/2024. Disponible en: <https://www.vaticannews.va/es/papa/news/2024-03/argentina-mensaje-del-papa-a-rosario-por-creciente-violencia.html>

como viene”<sup>21</sup>, o sea, recibirla integralmente. Para esto, en general hay que estirar nuestras fronteras. Es probable que los demás no encajen exactamente en nuestro molde y por eso será necesario readecuarnos, repensarnos, rediseñarnos. En el esfuerzo que muchas veces exige la inclusión y la apertura tengamos presente que *las diferencias son creativas, crean tensión y en la resolución de una tensión está el progreso de la humanidad* (FT 203), y de la escuela.

Por último, recordamos que en la cuestión de la inclusión también se juega una dimensión antropológica esencial. En el encuentro con el pobre y con el débil, se nos espeja también nuestro ser profundo: no somos dioses o superhéroes, sino seres humanos, frágiles y necesitados. Y esto, seguramente lo vamos a negar, u ocultar, en la medida en que tengamos que pelear por nuestra supervivencia, o ser los primeros y los mejores.

---

<sup>21</sup> Es interesante en este punto el trabajo de reflexión que hicieron en la Federación de la Familia Grande de los Hogares de Cristo: *¿Cuál es el diferencial cristiano que nos caracteriza?* Disponible en: <https://hogardecristo.org.ar/textosfundantes/diferencial-cristiano/>

## Educar para la fraternidad y el compromiso social

En el mundo globalizado se multiplican los conflictos bélicos. Pensamos que la experiencia de la pandemia nos iba a humanizar, a hacernos más cercanos, más comprensivos y compasivos los unos con los otros. Pero en cambio, la rueda giró en sentido contrario: nos alejó, nos enfrentó con más crudeza, y nos volvió más insensibles con el sufrimiento de los semejantes y las cuestiones que nos afectan como familia humana. El juego de la vida se está volviendo más cruel: hay cada vez más perdedores, más descartados, más personas que van quedando tiradas al borde del camino.

En la *ciudad de la furia* peleamos la pequeña guerra de cada día. Ya vimos cómo la lucha por la supervivencia, la violencia y el enfrentamiento van impregnando nuestras relaciones con los demás. Incluso *dentro del Pueblo de Dios y en las distintas comunidades, ¡cuántas guerras! En el barrio, en el puesto de trabajo, ¡cuántas guerras por envidias y celos, también entre cristianos! La mundanidad espiritual lleva a algunos cristianos a estar en guerra con otros cristianos que se interponen en su búsqueda de poder, prestigio, placer o seguridad económica* (FT 98). Esto se replica en el *epicentro de la convivencia escolar*.

En este escenario, es urgente *educar para la fraternidad y el compromiso social*. La fraternidad hoy suena a utopía. Pero es el único camino posible para salir del callejón de la autodestrucción en el que estamos metidos. La fraternidad hunde sus raíces en el origen y el destino común que tenemos como familia humana. Supone, entre otras cosas, la inclusión de los excluidos, el que nadie se quede afuera. Por eso, para que la fraternidad sea posible, hay que promover el compromiso social, el deseo de trabajar por el bien común, la conciencia renovada de la responsabilidad que tenemos los unos con los otros.

En la escuela hay que promover la Cultura del Encuentro. Es importante poder desarrollar la capacidad de discernir cuales son las dinámicas escolares que nos acercan y hermanan, y cuales son aquellas que nos distancian y enfrentan. Si volvemos nuevamente al prisma del ser relacional, hay que discernir qué gramáticas escolares nos llevan más del lado del *ser comunitario*, y cuales nos empujan a recluarnos en la trinchera del *ser individual*. Cuando nos aislamos, en general no brotan en nosotros las mejores pulsiones, emociones y acciones.

A veces tenemos la sensación de que en la escuela perdemos el tiempo atendiendo muchos temas que tienen que ver con la convivencia, los vínculos personales, etc. Creo que hay que recalibrar la mirada en cuanto a la función que la escuela tiene en este particular momento de nuestra historia en relación a la convivencia social. En un mundo que tiende a estar cada vez más fragmentado y roto, la escuela tiene una enorme oportunidad de promover las habilidades básicas para la convivencia. De hecho, no hay en la sociedad otra institución que tenga las posibilidades que tiene

la escuela. Ninguna otra organización va a poder contar con tanto tiempo y tantas personas interactuando en un mismo espacio.

En este sentido, hoy la escuela puede ser vista como una planta recicladora de la violencia social. A su espacio llegan una multitud de conflictos de todo tipo y color. Con su capacidad de escucha y acompañamiento, ¡y con mucha paciencia!, puede ayudar a reciclar y regenerar un tejido social fuertemente dañado y fragmentado. El ecosistema escolar puede absorber el enojo social y oxigenar el tejido relacional muchas veces contaminado por la violencia y la agresividad.

La violencia y la paz pasan por el corazón de cada persona. Por eso es muy importante que la educación nos capacite para ser agentes de paz en un mundo donde crece la violencia.

En muchos sentidos, la fraternidad es el camino que nos conviene. Ya hablamos sobre la *normalidad que nos moldea*, y un estilo de vida insalubre que en general nos agota. Muchas veces las personas somos como el fusible que se quema en un sistema que está descalibrado. Así se comprende cómo se multiplican los problemas de salud mental que cada individuo tiene que arreglar en forma particular. Pero, si generáramos atmósferas más saludables para la convivencia, y diría, entornos más comunitarios, seguramente no habría tantos problemas a nivel personal. En esto también la escuela tiene una oportunidad: diseñar un ecosistema de relaciones que sea más humanizador, donde las condiciones sean más propicias para el crecimiento y desarrollo. Un ambiente donde no prevalezca la aceleración, el agotamiento, el estrés, la hostilidad, la desconfianza y la competencia que nos enfrenta.

Por todo lo que venimos diciendo, podemos imaginar la importancia que puede tener la escuela para una sociedad. Estamos perdiendo las habilidades para la vida en común. ¡Es por este motivo que, por ejemplo, las democracias se vuelven insostenibles! Hay una continuidad muy clara entre lo que sucede en lo macro de la sociedad y lo que sucede en lo micro de los vínculos cotidianos: la dificultad para el encuentro, la incapacidad para el diálogo y para abordar los conflictos, la falta de acuerdos, etc. Por eso, lo que llamamos “Comunidad Educativa”, es hoy un espacio primordial para la sociedad. La escuela es un lugar muy propicio para aprender el lenguaje de la fraternidad.

También desde esta perspectiva, hay que entender que no es posible avanzar en la fraternidad, si no asumimos un compromiso con lo social. En este sentido, *quienes pretenden pacificar a una sociedad no deben olvidar que la inequidad y la falta de un desarrollo humano integral no permiten generar paz. En efecto, sin igualdad de oportunidades, las diversas formas de agresión y de guerra encontrarán un caldo de cultivo que tarde o temprano provocará su explosión. Cuando la sociedad —local, nacional o mundial— abandona en la periferia una parte de sí misma, no habrá programas políticos ni recursos policiales o de inteligencia que puedan asegurar*

*indefinidamente la tranquilidad. Si hay que volver a empezar, siempre será desde los últimos (FT 235).*

Desde una mirada de fe, la relación con el Padre Creador nos sumerge de lleno en la responsabilidad hacia nuestros semejantes. O sea, que la evangelización y la promoción humana integral no pueden ir por carriles separados. Es decir, *en el corazón mismo del evangelio está la vida comunitaria y el compromiso con los otros (EG 177)*. De hecho, parece que buena parte de nuestra credibilidad se juega en el poder sostener esta coherencia. No se puede pensar la fe pasando por el costado de la responsabilidad con los semejantes. Si hoy avanza el secularismo y la cultura del desamor es en gran parte por la falta de comunidad y uno de sus principales correlatos, que es el compromiso social.

Al mismo tiempo, si no hay comunidad, tampoco será viable la sociedad, ni se comprenderá el sentido profundo de lo que significa ser Pueblo. Hay que tomarse muy en serio la educación como posibilitadora de la convivencia social. *Es paradójico que el hombre contemporáneo haya alcanzado metas importantes en el conocimiento de las fuerzas de la naturaleza, de la ciencia y de la técnica, pero, al mismo tiempo, carezca de una programación para una convivencia pública adecuada, que haga posible una existencia aceptable y digna para cada uno y para todos. Lo que tal vez falta aún es un desarrollo conjunto de las oportunidades civiles con un plan educativo que pueda transmitir las razones de la cooperación en un mundo solidario (EHS 6).*

Hay que reconocer que muchas veces en las escuelas católicas pusimos el acento en la transmisión de una ética o moral reducida a la órbita de lo individual. Un modelo de "santidad" asociado a un perfeccionismo individual que poco atiende al bien del conjunto. Es la moral del "espejito", donde nos miramos a nosotros mismos y nos obsesionamos con un puritanismo estrecho, pero no desarrollamos una sensibilidad o preocupación por cuestiones que tienen que ver con el bien común y la responsabilidad que tenemos con nuestros semejantes.

Por diferentes razones en muchas escuelas bajamos el volumen de la enseñanza de la Doctrina Social de la Iglesia. Aquí hay un punto importante para repensar y recapitular. Lo mismo podemos decir de la necesidad de revalorizar la vocación y la opción por la vida política. La política, entendida no como una conquista desesperada de espacios de poder, donde en general se trabaja por intereses mezquinos y personales. Me refiero a la política en la perspectiva del servicio, desde donde se la comprende como *una altísima vocación, siendo una de las formas más preciosas de la caridad, porque busca el bien común (FT 180)*. Por tanto, para aspirar a cambios sociales profundos que posibiliten un desarrollo más humano es fundamental formar *en la política, que no es sólo con teorías políticas, sino que los chicos y las chicas se metan en la dinámica de la polis ... y al meterse en una dinámica*

*de una polis tiene que hacer una opción: o me aprovecho, o sirvo. Y es la primera opción política que hay que hacer: política para servir*<sup>22</sup>.

En la escuela hay que entrenarse para la participación, el involucramiento en las cosas comunes, en los conflictos y desafíos que se nos presentan. Vencer la inercia que nos lleva a ser simples espectadores de lo que sucede en la arena pública, como si eso fuera responsabilidad de otros. Hay que recuperar la capacidad de sentirnos parte de un proyecto colectivo, de comprender que no existe “lo mío” en forma aislada. Hay un vínculo de dependencia con el espacio más amplio del nosotros. La escuela tiene una gran oportunidad para liberarnos del encierro de la conciencia aislada, y hacernos experimentar el gozo de lo que significa comprometernos y trabajar por el bien común.

Ya hicimos alusión en el capítulo primero a que, en nuestra realidad local, donde actualmente hay más de un 50 % de la población vive en la pobreza, deberíamos al menos cuestionarnos en qué medida la educación católica ha contribuido, por acción u omisión, a llegar a este estado de cosas. Sobre todo, sabiendo que las instituciones educativas católicas tienen una presencia muy significativa a lo largo y ancho del país. Incluso, que muchos funcionarios que están o pasaron por la actividad política se formaron en escuelas y universidades de inspiración católica. Y en todo caso, mirando para adelante, ¿qué visión de la sociedad queremos transmitir desde nuestros itinerarios educativos?

Para finalizar, creo que muchas de estas cuestiones tienen que ver con una cierta dificultad para focalizar en lo común. A esto nos vamos a referir en el capítulo siguiente.

---

<sup>22</sup> Francisco. Diálogo con los Rectores de las Universidades de América Latina. 21/09/2023. Disponible en: <https://www.vatican.va/content/francesco/es/speeches/2023/september/documents/20230921-rettori.html>

## **Dimensión de la relación con la naturaleza y los otros seres que habitan el planeta**

*En estos relatos tan antiguos, cargados de profundo simbolismo, ya estaba contenida una convicción actual: que todo está relacionado, y que el auténtico cuidado de nuestra propia vida y de nuestras relaciones con la naturaleza es inseparable de la fraternidad, la justicia y la fidelidad a los demás*

Laudato Si' 70

Entramos en el último capítulo de nuestro recorrido. No por ser el último es el menos relevante. Al contrario, podemos pensarlo como el punto de llegada de toda nuestra reflexión. En esta dimensión de la vida relacional podemos integrar todo lo que venimos diciendo anteriormente.

El ambiente, la naturaleza, el medio natural, o como le queramos llamar, no es algo que está afuera, ni que nos envuelve como si fuera una nube o una capa externa. No, el ambiente está literalmente dentro nuestro, nos atraviesa, nos configura. Somos naturaleza, estamos constituidos esencialmente por el barro de la creación. Cuando negamos esto, negamos nuestra humanidad.

Uno de los grandes temas de la civilización moderna es que perdimos la sintonía fina con esta naturaleza, con ese universo del cual somos parte. Es como si de algún modo quisiéramos declarar nuestra independencia construyendo en paralelo una vida artificial. Pero al perder la conexión con esta dimensión de nuestro ser, también se deteriora la relación con nuestros semejantes y con el ser Trascendente, el Dios Creador.

Este declive se hace visible en el descuido y la destrucción progresiva de nuestra Casa Común, que es el planeta tierra. Este es el ápice por donde se manifiesta la erosión de nuestro mundo relacional en su conjunto.

En este sentido, también hay una comunión con los demás seres, aquellos que no son semejantes a nosotros. Si en algún punto el ser humano tiene capacidades superiores con respecto a los otros seres, es en orden a una responsabilidad mayor que debe expresarse en el cuidado.

Los seres humanos hemos mal interpretado este "lugar de superioridad" y avanzamos en muchos casos con la topadora de una racionalidad sin rumbo, destruyendo el jardín de la creación. En buena medida, son las ambiciones que proceden de nuestro mundo relacional descalibrado, las que aceleran esta maquinaria. Así, terminamos promoviendo una gran paradoja: el progreso que pensamos que nos iba a dar una mejor calidad de vida y un bienestar sin límites, nos está precipitando hacia unas circunstancias muy complejas que van a acentuar

el sufrimiento de buena parte de la familia humana y los demás seres que habitamos el planeta.

Es necesario y urgente tomar conciencia de cómo estamos viviendo y conviviendo, volver a sintonizar con la naturaleza de la cual somos parte, y promover una cultura del cuidado y la regeneración que contrarreste los efectos de la acción de daño que los seres humanos estamos ejerciendo entre nosotros y hacia nuestra Casa Común.

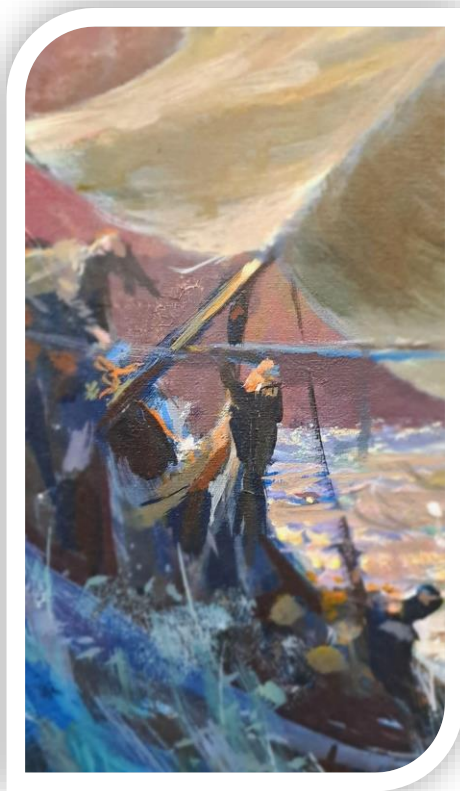
El mundo de la naturaleza es un libro de inagotable sabiduría del cual podemos aprender los caminos para volver a ser plenamente humanos, pertenecientes a una misma familia.

#### 4.a - Contexto: "Cansados por la tempestad"

Ya ha transcurrido prácticamente toda la noche. La tempestad no ha cesado y no da respiro a la tripulación. Es una lucha titánica por la supervivencia. En esta lucha desesperada que no da tregua, los ánimos se van apagando.

Concentrados en la pequeña batalla que cada uno debe librar en su interior, los tripulantes claudicaron en el intento de comunicarse entre ellos. Sus voces están apagadas. Se perdió la capacidad de sostener la lucha colectiva. Ahora solo hay resto para el esfuerzo solitario. La desesperanza los tiene atrapados en un silencio sin salida. El horizonte interior es cada vez más estrecho.

En sus rostros, lo más visible es el agotamiento. Están llegando hasta el límite de sus posibilidades. Aparece la tentación de abandonar la lucha. El sinsentido se va apoderando de los corazones. Están *cansados por la tempestad*.



---

*En esta sección nos sumergimos en tres reflexiones:*

**Vida al límite** ¿Cómo estamos viviendo en la actualidad? ¿Qué conexión hay entre nuestros estilos de vida y lo que le está pasando al planeta, nuestra Casa Común?

**La incapacidad para focalizar en lo común** ¿Por qué nos cuesta tanto focalizar en lo común? ¿En qué sentido las cuestiones ambientales pueden ayudarnos a desarrollar esta capacidad?

**Modelos de desarrollo personal y global** ¿Podemos visualizar algunas relaciones de continuidad entre lo personal y lo que pasa en el mundo en relación al desarrollo? ¿Cuál es el ideal de felicidad que polariza nuestra vida?

## Vida al límite

Es habitual escuchar el “discurso del agotamiento”. Las personas manifestamos que estamos agotadas, viviendo al límite de nuestras posibilidades. ¡Ya no podemos más! Esto sucede incluso, más allá de la realidad socioeconómica, el tipo de trabajo, o la franja etaria.

Solemos quedar atrapados en rutinas desgastantes que tienden a aplastarnos. Nuestras vidas se caracterizan por ser intensas, aunque muchas en la escala del gris: falta el color y el gusto por lo cotidiano.

Ya hemos hecho alusión en capítulos anteriores a cómo la aceleración y la vertiginosidad impregnan todo nuestro ser y hacer. Vamos de una cosa a la otra, por momentos casi como sobrevolando la realidad. Ya no hay “un tiempo para cada cosa” (Ec 3,1-8). También forzamos los límites del espacio: hay que estar en muchos asuntos al mismo tiempo (pueden ser lugares exteriores o interiores). Al final, el tiempo nunca alcanza y se transforma en un recurso muy escaso. Esto, para la salud del ser relacional, es un problema serio, pues el tiempo es esencial para poder nutrir las relaciones que nos sostienen.

El agotamiento, ligado al aceleramiento constante, es un distintivo de nuestra vida presente. Algo así como si el motor de la existencia estuviera siempre cebado, andando a más revoluciones de las recomendadas, sea que vamos más lento, o que vamos más rápido. *A la continua aceleración de los cambios de la humanidad y del planeta se une hoy la intensificación de ritmos de vida y de trabajo, en eso que algunos llaman «rapidación». Si bien el cambio es parte de la dinámica de los sistemas complejos, la velocidad que las acciones humanas le imponen hoy contrasta con la natural lentitud de la evolución biológica. A esto se suma el problema de que los objetivos de ese cambio veloz y constante no necesariamente se orientan al bien común y a un desarrollo humano, sostenible e integral. El cambio es algo deseable, pero se vuelve preocupante cuando se convierte en deterioro del mundo y de la calidad de vida de gran parte de la humanidad (LS 18).*

Al final, vivimos tensionando nuestra vida de tal manera, que siempre estamos al límite, o por fuera del límite. Traspasamos nuestra medida, y por supuesto, es habitual que suframos las consecuencias en nuestra salud personal, física o psíquica.

¿Qué es lo que causa el agotamiento, el cansancio, y la sensación de estar siempre viviendo al límite de nuestras posibilidades? No hay una respuesta simple que explique este fenómeno complejo tan propio de nuestra época. Vamos a recapitular varias cosas que venimos diciendo desde el comienzo del libro. Como mencionamos en la introducción al capítulo, en esta dimensión podemos encontrar la confluencia de las demás.

En primer lugar, desde un plano antropológico profundo, hay que comprender cómo está afectado todo el dinamismo del ser relacional. Desde que se eclipsa la relación con lo Trascendente, quedamos atrapados en la inmanencia del ser. Se obtura en primer lugar la relación con nosotros mismos: nos cuesta acceder a nuestra interioridad, donde podríamos encontrar un cierto reposo. Ya hicimos alusión al auge que tienen en la actualidad las propuestas que buscan reconectarnos con nuestro espacio interior, hacer una pausa, generar la capacidad de vivir el presente, etc. Al estar afectada nuestra interioridad, perdemos disposición y disponibilidad para el encuentro con los semejantes, con quienes chocamos en lugar de encontrarnos.

En fin, lo que queda latente en nuestro ser es una insatisfacción que tiene que ver con nuestra sed de relación. A partir de aquí se activan otras dinámicas que van a hacernos buscar desenfrenadamente lo que no hallamos en nuestro mundo relacional. Es casi un instinto de supervivencia, dado que *la vida subsiste donde hay vínculo, comunión, fraternidad; y es una vida más fuerte que la muerte cuando se construye sobre relaciones verdaderas y lazos de fidelidad. Por el contrario, no hay vida cuando pretendemos pertenecer sólo a nosotros mismos y vivir como islas: en estas actitudes prevalece la muerte* (FT 87).

Un primer dinamismo que se potencia a partir de las carencias del ser relacional, tiene que ver con el “consumismo exacerbado”. Buscamos en las cosas la satisfacción que no encontramos en las relaciones con los semejantes. El tema radica en que esta búsqueda no tiene límites: cuanto más tenemos, más queremos. Ya no hay una referencia a una necesidad real que pueda actuar de tope, sino que por detrás está la insatisfacción relacional que dispara la voracidad por lo material al infinito. Así se acrecientan nuestras ambiciones, que nunca encuentran un techo. Y esto termina tensionando nuestra vida, muchas veces al borde del sinsentido.

La cuestión del poder de atracción que tiene la relación con lo material y el consumismo exacerbado que esto genera, merecen un comentario aparte. Hablo de relación, porque justamente aquí está el meollo de la cuestión: ¿Cómo nos relacionamos con las cosas? ¿De qué modo polarizan nuestra vida? Tanto si tenemos como si queremos tener. La materialidad tiene su propia lógica y hay que conocerla. Ya dijimos en otra sección, que cuando el afán por lo material va ganando terreno en nuestro corazón, no es extraño que demos a las cosas el valor de las personas, y a las personas el valor de las cosas.

Las cosas tienden a generar ataduras, y fácilmente nos obsesionamos con ellas. Pueden configurar nuestros deseos y también precipitar nuestras frustraciones. Pero, sobre todo, pueden restringir significativamente nuestra libertad interior. Todos necesitamos del sustento para la vida, pero eso es diferente a que el fin de la vida sea el sustento. Esto no significa que uno tenga que tener una mirada negativa frente a lo material, pero sí atenta, sobre todo cuando la materialidad y el consumo asociado a ella, nos llevan por delante.

En reiteradas ocasiones Jesús advierte del peligro de las riquezas, no porque sean malas en sí mismas, sino porque tienen un poder muy fuerte de seducción, y con facilidad acaparan el horizonte de sentido de nuestra existencia. Las riquezas aparecen ligadas a la acumulación y a la avaricia, desde las cuales, entre otras cosas, perdemos de vista a los demás y sus necesidades. Así se comprende que la generosidad es como un músculo que hay que entrenar. Si no lo hacemos este movimiento no va a surgir con tanta facilidad. También las riquezas pueden estar asociadas al poder: parece que tener más nos pone por encima de los demás. El fondo de la cuestión tiene que ver con aquello a lo que le damos valor en la vida, puesto que “donde esté tu tesoro, estará también tu corazón” (Lc 12,15-21).

Por tanto, la advertencia por el exceso en lo material, no se dirige en primer lugar a cuestionar una idea de progreso que puede traer una prosperidad o una mejor calidad de vida. Tiene que ver sobre todo con la fuerza de atracción que tiene lo material y la capacidad de terminar poseyendo el corazón humano, restringiendo su libertad y apagando el dinamismo del amor. Por este motivo en la tradición cristiana siempre se insistió en el valor de una vida austera, vinculándola con un mayor grado de libertad interior, y hasta de plenitud. Desde esta perspectiva se comprende que *la sobriedad que se vive con libertad y conciencia es liberadora. No es menos vida, no es una baja intensidad sino todo lo contrario. En realidad, quienes disfrutan más y viven mejor cada momento son los que dejan de picotear aquí y allá, buscando siempre lo que no tienen, y experimentan lo que es valorar cada persona y cada cosa, aprenden a tomar contacto y saben gozar con lo más simple. Así son capaces de disminuir las necesidades insatisfechas y reducen el cansancio y la obsesión. Se puede necesitar poco y vivir mucho, sobre todo cuando se es capaz de desarrollar otros placeres y se encuentra satisfacción en los encuentros fraternos, en el servicio, en el despliegue de los carismas, en la música y el arte, en el contacto con la naturaleza, en la oración* (LS 223).

Ligado a lo anterior, podemos constatar que en la actualidad se multiplican los **consumos problemáticos**, que son aquellos que impiden el desarrollo armónico y pleno de la vida. Puede tratarse de una sustancia psicoactiva como las drogas, o también de otros elementos (horas frente a la pantalla asimilando todo tipo de contenidos insalubres, alimentos nocivos al organismo, adicción al trabajo, etc.).

En el caso del consumo de drogas, es claro que en general está asociado a conflictividades que se viven en el mundo relacional (falta de afecto y contención, dificultades en la comunicación, incompreensión y aislamiento, etc.). Es sintomático que en muchos países donde hay una exacerbación por lo material, también sobreabundan los consumos problemáticos de sustancias psicoactivas. Esto pondría de manifiesto, por un lado, cómo la ambición por el tener y la obsesión por lo material pueden ir ganando terreno en nuestro interior, y, por otro lado, que la relación con las cosas no puede suplir la relación con las personas.

Más allá de este caso particular, hoy el consumo exacerbado parece no tener límites. Y la pregunta que nos podemos hacer es: ¿qué despierta en nosotros? ¿Qué produce en la sociedad? ¿Qué efectos trae a la salud del planeta? Ya volveremos sobre este tema. Mientras, no perdamos de vista que, con diferentes variantes, lo material nos atrae con mucha fuerza, sobre todo cuando hay déficits en el plano relacional.

Al mismo tiempo, cuando el consumo se transforma en la finalidad del existir, la sociedad ya no es el espacio del encuentro entre personas, sino el mercado donde todo se compra y se vende. Rige la lógica de la oferta y la demanda. Entonces, de ciudadanos pasamos a ser clientes, consumidores. No estamos diciendo que el mercado sea en sí mismo algo negativo. Lo que no parece del todo saludable es cuando el mercado acapara todas las dimensiones de la vida social. La educación, por ejemplo, podría verse seriamente afectada si la dejamos librada exclusivamente a la mentalidad del mercado. Tampoco sería posible sostener una ética fundamentada en valores objetivos, no negociables.

Un segundo dinamismo tiene que ver con la actividad exacerbada. Puede estar relacionada con lo anterior pero también ir un poco más allá. Muchas veces la sobrecarga de actividad, la hiperactividad, tiene que ver con la necesidad de ser eficientes y optimizar el tiempo de la mejor manera. Crecen las presiones por el rendimiento y la exigencia por cumplir con nuestras metas. Al igual que en el dinamismo anterior, este hiperactivismo no tiene tope, o punto de llegada. Cuando terminamos con una cosa, empezamos con la otra. Es inevitable que por este camino lleguemos tarde o temprano al colapso.

Un tercer dinamismo se refiere a la tendencia a vivir en medio del conflicto, el enfrentamiento, los desencuentros. En *la ciudad de la furia* vimos que la vida puede transformarse en una lucha por la supervivencia, donde los otros son adversarios o enemigos. Esto demanda por parte nuestra un gran desgaste de energías. Además, parece que cada vez los peligros son mayores, por lo cual hay que hacer un esfuerzo más grande para estar en alerta y, llegado el caso, salir al ataque o a la defensa. ¡No podemos aflojar! Se "agotan" fácilmente las instancias de diálogo que podrían lograr la paz y los acuerdos. En cambio, estamos siempre prontos para el combate. De esta manera, vivimos en una tensión permanente, que también nos lleva al límite de nuestras posibilidades.

De una forma o de otra, todos experimentamos *la vida al límite*: la aceleración y la vertiginosidad acentúan la tendencia al cansancio y el agotamiento. En este escenario aparecen habitualmente la ansiedad, el estrés, la desesperación o la angustia. Y no se trata solo de una percepción subjetiva: todo a nuestro alrededor está sometido a un ritmo de cambios que no resulta fácil de asimilar. Nuestra capacidad de adaptación no alcanza a procesar los acontecimientos y las novedades.

Desde nuestra visión del ser relacional, quisimos explicar que, en gran parte, todo esto se da porque en la sociedad actual el *ser comunitario* va perdiendo terreno

frente al *ser individual*, y así la vida se vuelve más ardua. Faltan los entornos comunitarios, desde donde podríamos pasar de la competencia insalubre a la complementariedad y la cooperación, de la indiferencia al compromiso y la responsabilidad por los semejantes, de la violencia a la amabilidad, etc.

Antes de continuar, una aclaración. Muchas de las imágenes o metáforas que utilizamos en este libro podrían no ser las más adecuadas, o las que explican mejor las causas de algunos fenómenos emergentes. Se podrían ensayar otras alternativas. Lo que hay que tener en cuenta es que, en la medida que queremos ver o explicar lo que pasa en la profundidad de lo humano, perdemos un poco de precisión (¡aquí no suele llegar el microscopio!). Construimos hipótesis recurriendo a imágenes que hacen visible lo invisible. De este modo podemos adentrarnos en el territorio del misterio.

Ahora bien, hay un correlato entre lo que experimentamos a nivel personal y lo que le está pasando al planeta. Así como tendemos a pasar los límites y posibilidades que tenemos como personas, también estamos traspasando los límites y posibilidades del planeta<sup>23</sup>: la tierra se está agotando, avanzando hacia un colapso. Desde esta perspectiva, *las predicciones catastróficas ya no pueden ser miradas con desprecio e ironía. A las próximas generaciones podríamos dejarles demasiados escombros, desiertos y suciedad. El ritmo de consumo, de desperdicio y de alteración del medio ambiente ha superado las posibilidades del planeta, de tal manera que el estilo de vida actual, por ser insostenible, sólo puede terminar en catástrofes, como de hecho ya está ocurriendo periódicamente en diversas regiones. La atenuación de los efectos del actual desequilibrio depende de lo que hagamos ahora mismo, sobre todo si pensamos en la responsabilidad que nos atribuirán los que deberán soportar las peores consecuencias* (LS 161). Hoy el deterioro ambiental se manifiesta con contundencia en la cuestión del calentamiento global y el cambio climático<sup>24</sup>.

O sea que nuestro agotamiento interno se corresponde también con un agotamiento externo. Ciertamente, todo va unido, y no podemos separar una cosa de la otra. Por ejemplo, la tendencia al consumo exacerbado está llevando al agotamiento de los recursos naturales, lo cual es extremadamente problemático para la salud de nuestro planeta y para la familia humana en su conjunto. Y si bien hay cada vez más evidencia científica de que el consumo exacerbado provoca un daño irreparable en nuestra Casa Común, la realidad es que nos cuesta mucho tomar conciencia de ello y modificar nuestros hábitos y estilos de vida.

---

<sup>23</sup> Rockström, J., Steffen, W., Noone, K., Persson, Å, Chapin, F., Lambin, E., Foley, J.(2009). "Planetary Boundaries: Exploring the Safe Operating Space for Humanity". *Ecology and Society*, 14(2). Disponible en: <http://www.jstor.org/stable/26268316>; Meadows, Dennis (1972). *Los Límites del Crecimiento*. Fondo de Cultura Económica. México.

<sup>24</sup> Existe un consenso científico muy consistente que indica que nos encontramos ante un preocupante calentamiento del sistema climático (LS 23). Se pueden consultar los informes del Panel Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático de la ONU (IPCC) en <https://www.ipcc.ch/languages-2/spanish/>.

Lo mismo podemos decir de la conflictividad exacerbada. Los conflictos bélicos están poniendo en riesgo nuestra supervivencia y las condiciones de habitabilidad sobre el planeta. Sobre todo, por el poder de destrucción sin precedentes que los humanos hemos desarrollado. *¡Nunca la humanidad tuvo tanto poder sobre sí misma y nada garantiza que vaya a utilizarlo bien!* (FT 258).

No será fácil controlar esta amenaza, sobre todo cuando desapareció de la faz de la tierra la "ética" como instancia capaz de mediar por el bien común, contrarrestando la tendencia a la primacía de intereses particulares. Ahora lo que rige es la lógica del buen negocio: si hay una ganancia o un rédito inmediato, ¡adelante!

Estamos haciendo del medio natural y del medio social un espacio cada vez menos apto para el desarrollo de la vida. Y la acción del ser humano es la causa de este deterioro progresivo. Naturalizamos un estilo de vida que tiende a ser dañino, insostenible, tanto si lo miramos desde la convivencia humana y los aspectos sociales, o desde sus efectos en el ambiente natural y los demás seres que nos rodean.

Lo paradójico es que esta es la dirección por la que nos conduce lo que habitualmente llamamos "progreso". Aunque muchos signos *muestran que el crecimiento de los últimos dos siglos no ha significado en todos sus aspectos un verdadero progreso integral y una mejora de la calidad de vida. Algunos de estos signos son al mismo tiempo síntomas de una verdadera degradación social, de una silenciosa ruptura de los lazos de integración y de comunión social* (LS 46). Es urgente pensar los caminos y las formas para *salir de la espiral de la autodestrucción en la que nos estamos sumergiendo* (LS 163).

Ahora bien, parece que nos cuesta mucho generar una visión común con respecto a este estado de situación. Fácilmente nos precipitamos por el barranco de alguna ideología que niega o relativiza las cosas. *Como suele suceder en épocas de profundas crisis, que requieren decisiones valientes, tenemos la tentación de pensar que lo que está ocurriendo no es cierto. Si miramos la superficie, más allá de algunos signos visibles de contaminación y de degradación, parece que las cosas no fueran tan graves y que el planeta podría persistir por mucho tiempo en las actuales condiciones. Este comportamiento evasivo nos sirve para seguir con nuestros estilos de vida, de producción y de consumo. Es el modo como el ser humano se las arregla para alimentar todos los vicios autodestructivos: intentando no verlos, luchando para no reconocerlos, postergando las decisiones importantes, actuando como si nada ocurriera* (LS 59).

Pareciera que estamos limitados o sesgados por una mirada que abarca solo la propia parcela, lo que "me conviene" a mí y mi pequeño grupo. Nos hace falta desarrollar la capacidad para *focalizar en lo común*.

## La incapacidad para focalizar en lo común

Si nos situamos en las coordenadas epocales descritas con anterioridad, podremos imaginar lo difícil que será en esta cultura expandida de *la indiferencia* y el *ser individual*, promover *la capacidad para focalizar en lo común*. También el agotamiento y el cansancio suelen desenfocar nuestra mirada. Cuando vamos acelerados o subidos al tren bala de la vida, es poco probable que podamos enfocar y ver con claridad lo que acontece en el mundo exterior.

Pero, ¿qué es lo común? Esta pregunta se podría traducir en otras similares: ¿Qué es aquello que nos une en la actualidad, lo que nos congrega? ¿Qué sentimos o pensamos por ejemplo cuando hablamos de familia, barrio, pueblo, nación, patria, región o planeta? ¿Cuáles son los motivos que nos invitan a situarnos en un territorio más amplio que el de la propia parcela?

En los capítulos anteriores ya fuimos dando algunas pistas de cómo se pudo haber ido instalando esta *incapacidad para focalizar lo común*. Repasemos.

Recordemos en primer lugar cómo se fue acentuando la preponderancia o hegemonía del *ser individual* sobre el *ser comunitario*. Esto se traduce en la falta de la comunidad real (incluyendo en muchos casos la primera experiencia comunitaria que es la de la familia).

La comunidad es la gran escuela para desarrollar la capacidad de *focalizar en lo común*. Y lo que vemos a diario es que se van erosionando las formas de vida comunitarias. Esto puede deberse en parte a que la comunidad nos obliga a traspasar la medida de lo individual, y en algún sentido, a salir de la comodidad de la soledad. Los que han tenido la experiencia de vivir con otros, habrán experimentado algunas tensiones: las cosas no son siempre como uno quiere, en el formato que uno propone, etc. La vida con otros nos va moldeando, nos arranca de nuestro solipsismo y conciencia aislada. En algunas circunstancias, tenemos que rescindir o renunciar a algunas cosas por el bien de la comunidad. Postergar nuestros deseos individuales en función de un interés común es un gran desafío en la sociedad del “todo ya” y el “todo para mí”.

Vivir con otros puede ser exigente, pero es también necesario para el desarrollo y la maduración de nuestro ser. En la comunidad hacemos la transición de “lo que me conviene a lo que nos conviene”. Si no hay entornos comunitarios, la tendencia será la de quedar circunscritos a un pequeño universo diseñado a mi medida.

Ya vimos cómo en esta tendencia a encapsularse en un mundo pequeño, hecho a nuestra medida, la tecnología y la virtualidad tienen un rol importante. En la virtualidad podemos refugiarnos en una burbuja de sentido construida artificialmente, que nos aísla del entorno. Hoy la comunidad real es muchas veces reemplazada por una comunidad virtual, que en algunas circunstancias tiende a ser

deficiente, en el sentido de que no amplía realmente el espacio del propio *ser individual*. La comunidad virtual está en la nube, pero en general no nos brinda ningún tipo de arraigo. Tampoco nos exige ni nos ayuda a crecer y salir de nosotros mismos. Quedamos *secuestrados en la virtualidad*.

También la referencia constante a la “Comunidad Global” puede ser un espejismo, una ficción, sobre todo si reemplaza el arraigo en una comunidad local real. Cuando perdemos este anclaje, ser ciudadanos globales es algo así como estar flotando en el aire. Estamos en todos lados, pero en ninguno en particular. No hay pertenencia. Este desarraigo existencial ciertamente nos dificulta la percepción de lo común. Con facilidad, *se olvida que no existe peor alienación que experimentar que no se tienen raíces, que no se pertenece a nadie. Una tierra será fecunda, un pueblo dará fruto, y podrá engendrar el día de mañana sólo en la medida que genere relaciones de pertenencia entre sus miembros, que cree lazos de integración entre las generaciones y las distintas comunidades que la conforman; y también en la medida que rompa los círculos que aturden los sentidos alejándonos cada vez más los unos de los otros* (FT 53).

La globalización podría ser una ocasión para que tomemos conciencia con más claridad de nuestra pertenencia común a la familia humana, del origen y del destino que nos une, a pesar de las diferencias. También la necesidad de cuidar juntos nuestra Casa Común. Lo mismo podemos decir del caudal de información y la expansión del conocimiento: deberían poner de manifiesto con mayor contundencia que todo está conectado y relacionado. Y entonces la disposición a *lo común* aparecería con más facilidad. Lamentablemente parecería que esto no está sucediendo.

En línea con la reflexión del apartado anterior, también favorece *la incapacidad de focalizar en lo común* la sensación del “sálvese quien pueda”, típica de nuestro estilo de vida actual, donde abunda la competencia, la rivalidad y la hostilidad en las relaciones humanas. De algún modo, al no sentirnos cuidados, no estamos estimulados para cuidar lo que está más allá de las propias fronteras. Al final solo importa “lo mío”. En todo caso, lo de los demás me interesa si de ello puedo obtener algún beneficio inmediato. En este sentido, *el individualismo consumista provoca mucho atropello. Los demás se convierten en meros obstáculos para la propia tranquilidad placentera. Entonces se los termina tratando como molestias y la agresividad crece. Esto se acentúa y llega a niveles exasperantes en épocas de crisis, en situaciones catastróficas, en momentos difíciles donde sale a plena luz el espíritu del “sálvese quien pueda”* (FT 222).

En la misma lógica también pierden vigencia y cohesión las instituciones, las cuales, en definitiva, son expresión de *lo común*. Puede tratarse de la escuela, o de cualquier otra forma de organización democrática. Todas estas instancias de organización social se nutren de la capacidad de priorizar la importancia de *lo común* para el desarrollo de la vida individual y social. Por eso se explica, que, en el contexto actual, las instituciones, más allá de su eficiencia o ineficiencia para resolver algunas

cuestiones, vayan perdiendo fuerza y aval. Pero las instituciones, aunque provoquen en algunas circunstancias malestar, son necesarias, entre otras razones, porque el ser humano las necesita para salvarse de sus propios instintos. Ellas regulan la convivencia social y nos posibilitan superar los conflictos emergentes e inevitables, propios de la vida en común<sup>25</sup>.

En base a lo que venimos diciendo, va decantando la idea de que en estas coordenadas epocales será difícil desarrollar la *capacidad para focalizar en lo común*. Así, nuestra mirada sobre las cosas y los acontecimientos tiende a ser desde una óptica reducida, limitada. La lente se va cerrando. Por ejemplo, cuando pensamos en consumos problemáticos, tendemos a pensar que es un problema del individuo, un tema “personal”. Pero claramente se trata sobre todo de una cuestión que traspasa la frontera de lo individual. Sin duda, es el entorno de una sociedad adictiva (con sus mensajes ambiguos) la que promueve o potencia los consumos no saludables. Pensemos por ejemplo en las publicidades de bebidas alcohólicas que aparecen asociadas a la práctica de algún deporte y la vida recreativa, o la difusión en medios de comunicación masivos de plataformas de apuestas online, las cuales, dicho sea de paso, están generando una adicción preocupante en la vida de muchos jóvenes.

Otro ejemplo de mirada reducida es aquella que solemos tener sobre nuestra realidad corporal. Muchas veces se escucha hablar del cuerpo como si fuera una propiedad privada con la cual “puedo hacer lo que quiero”. Como si no hubiera en el cuerpo una dimensión social, perteneciente al territorio de lo común. El cuerpo es una realidad conectada en muchos sentidos con el entorno. Lo que me sucede a mí también afecta a otros, y viceversa. Nadie vive o subsiste como una mónada, desconectado del mundo exterior. Es precisamente a través de nuestra realidad corporal que tomamos conciencia de que somos parte de la naturaleza, pertenecientes a una realidad común. Sin embargo, también suele haber una ruptura en este aspecto. No es raro que vivamos un poco desconectados de nuestro cuerpo. que es en algún punto nuestro cable a tierra, lo que nos recuerda constantemente nuestros límites y posibilidades.

A los fines de nuestra reflexión, y para no seguir complejizando las cosas, así como quizás ya no nos resulta tan fácil sentirnos parte de una misma familia humana (¿compartimos una humanidad común?), tampoco sentimos que compartimos una naturaleza común. Queda la *pizarra en blanco* para inventarnos desde la nada.

Ahora bien, detengámonos por un instante en las cuestiones ambientales. Los temas referidos a lo ambiental nos vuelven a situar inexorablemente en el terreno de *lo común*: el clima es algo que nos afecta a todos, lo mismo que el agua, el aire, la fertilidad del suelo, la biodiversidad, etc. Probablemente los daños provocados al ambiente afecten de manera más contundente a los sectores más desprotegidos de

---

<sup>25</sup> Del Percio, E. (2024). Fraternidad e instituciones: cuando la realidad es superior a la idea. Poliedro (18)

la población. Aunque a la larga nadie estará exento de pagar las consecuencias del descuido del planeta.

En los temas ambientales se ponen en juego cuestiones referidas a los bienes naturales que hacen al bien común. Los dilemas suelen surgir cuando estos bienes son utilizados o arrebatados por unos pocos en beneficio de una minoría, y en perjuicio de una mayoría. Acá surgen las tensiones: ¿hasta qué punto es lícito actuar desde esta lógica? Sobre todo, si la acción que causa la intervención del ser humano produce daños irreparables para la casa común de la humanidad.

En lo ambiental podemos visualizar fácilmente la tensión entre lo particular y lo común. También si vamos por el lado de las cuestiones sociales, existen múltiples situaciones donde aparece esta tensión. Hay una parte muy importante de la población mundial que está excluida de la sociedad (son el descarte, *los perdedores*). ¿Con qué criterio se toman las decisiones de la economía o la política?

Si hacemos un esfuerzo por hilvanar todo, veremos que lo ambiental y lo social están íntimamente unidos. En cambio, cuando miramos por partes, desde una lente reducida o fragmentada, somos incapaces de visualizar las causas y las conexiones profundas que existen entre los fenómenos emergentes. También las consecuencias de nuestras acciones.

Esto sucede en general cuando miramos solo desde la técnica, desde lo que somos capaces de hacer a partir de los avances de la ciencia. Así, muchas cosas quedan por fuera de nuestro radar. La experiencia nos dice que *no todo aumento de poder es un progreso para la humanidad. Basta pensar en las tecnologías "admirables" que fueron utilizadas para diezmar poblaciones, lanzar bombas atómicas, aniquilar etnias. Fueron momentos históricos donde la admiración ante el progreso no dejaba ver lo horroroso de sus efectos. Pero este riesgo está siempre presente, porque el inmenso crecimiento tecnológico no estuvo acompañado de un desarrollo del ser humano en responsabilidad, valores, conciencia [...]. Está desnudo y expuesto frente a su propio poder, que sigue creciendo, sin tener los elementos para controlarlo. Puede disponer de mecanismos superficiales, pero podemos sostener que le falta una ética sólida, una cultura y una espiritualidad que realmente lo limiten y lo contengan en una lúcida abnegación* (LD 24).

En este sentido, llama la atención la debilidad de las reacciones frente a la crisis socioambiental actual. Muchos miran de la vereda de enfrente, casi como si fuera un capítulo más del mundo del espectáculo, o de una serie en alguna plataforma recreativa. Y es que lamentablemente hemos perdido en gran parte la capacidad de mirar desde el horizonte amplio de *lo común*. Nos habituamos a mirar desde el horizonte reducido de "lo que me conviene a mí", o, a lo sumo, a mi pequeño grupo. Pero no hay capacidad de solidarizarse con los demás en sentido amplio, los que están y los que vendrán. Estamos atrapados en la cápsula del *ser individual*.

Se comprende entonces, *que la dificultad para tomar en serio este desafío tiene que ver con un deterioro ético y cultural, que acompaña al deterioro ecológico. El hombre y*

*la mujer del mundo posmoderno corren el riesgo permanente de volverse profundamente individualistas, y muchos problemas sociales se relacionan con el inmediatismo egoísta actual, con las crisis de los lazos familiares y sociales, con las dificultades para el reconocimiento del otro (LS 162).*

Volveremos con más detalle sobre los planteos ambientales desde la perspectiva de la ecología integral. Basta ahora quedarnos con esta idea de que *la incapacidad para focalizar en lo común* nos impide tener una visión panorámica (y profunda) de la realidad.

## Modelos de desarrollo personal y global

La percepción de *la vida al límite* y la dificultad para *focalizar en lo común* están estrechamente ligados con los modelos de realización y desarrollo personal, y de progreso y desarrollo global.

Es importante poder visualizar las relaciones de continuidad que hay entre las esferas de lo particular y lo universal, lo local y lo global, lo cercano y lo lejano, lo pequeño y lo grande. En este sentido, un ejercicio interesante es el de conectar el horizonte de realización personal y el modelo de desarrollo global. En general, se sostienen y se retroalimentan mutuamente.

Esto se puede visualizar con claridad, por ejemplo, en las propuestas de consumo. Si nuestra vida personal consiste básicamente en tener cada vez más cosas, entonces tenemos que orquestrar un sistema de producción a nivel global que pueda dar respuesta a esta demanda creciente. En paralelo, están el marketing y los medios de comunicación que van acrecentando indefinidamente el listado de nuestras necesidades.

A la hora de hablar de realización personal, desarrollo o progreso, es oportuno aclarar que lo que habitualmente comprendemos por "éxito" no siempre es lo mismo que la realización humana que propone el evangelio, que más bien, va en la línea de la fecundidad. La diferencia radical estaría en el hecho de que en una visión se concibe a la vida como algo exclusivamente "para mí", y en la visión que propone Jesús mi vida se plenifica cuando es "con y para los demás".

En el apartado en el que reflexionamos sobre *la normalidad que nos moldea*, ya hicimos alusión a una corriente o propuesta de estilo de vida que va configurando nuestro ser y hacer. Allí mencionamos el estereotipo de felicidad como "algodón de azúcar": una experiencia de vida que debe ser dulce y suave en todo momento. Desde esta concepción de felicidad nos obsesionamos por multiplicar las experiencias que nos dan placer, garantizar el bienestar, ampliar las condiciones que nos dan confort y comodidad. Todo esto aparece ligado a la adquisición de productos y servicios, lo cual, exacerba la tendencia a la acumulación, y también al agotamiento por el desgaste que me produce llegar a obtener tantas cosas. En algunos casos se suma el esfuerzo que hay que hacer para defender lo que poseo.

Ahora bien, el "algodón de azúcar", si bien puede darnos una experiencia de placer o de saciedad, no necesariamente alimenta o cubre las necesidades básicas que tiene nuestro organismo. Advertimos que *la sociedad tecnológica ha logrado multiplicar las ocasiones de placer, pero encuentra muy difícil engendrar la alegría* (EG 7).

Si volvemos a la matriz del ser relacional, comprendemos que nuestra realización está en el "ser personas", esto es, entrar en el dinamismo del amor que nos sitúa en

el “ser desde, con y hacia los demás”. Lo repetimos muchas veces a lo largo de este libro: si nos aislamos y nos quedamos atrapados detrás de los muros del *ser individual*, nuestra vida se marchita, pierde su vitalidad y su color.

En esta línea, la felicidad que propone Jesús y que creemos que responde a nuestras aspiraciones humanas profundas, tiene que ver con la fecundidad. Ojo, no hay que creer que desde la fe se promueve una visión de la felicidad con tono de funeral. Al contrario, la felicidad ligada a la fecundidad habilita el gozo profundo, aún en medio de algunas contingencias o dificultades que suelen aparecer en la vida.

La fecundidad tiene que ver con el dar vida, con tener un arraigo a una tierra, con colaborar en el crecimiento y desarrollo de los demás seres. La fecundidad supone también la conciencia del don: podemos dar vida porque la hemos recibido. Desde aquí también se comprende el **poder**, no como afán de dominio, sino como posibilidad de servicio, de cuidado. Lo mismo que el ejercicio de la **libertad**, que no es hacer lo que quiero cuando quiero, sino actuar en función del dinamismo del amor, que busca el bien posible en toda circunstancia. Aquí la libertad está orientada por una **ética** del cuidado.

La fecundidad contrarresta también la tendencia a la **acumulación**, promoviendo más bien “el soltar”, el compartir. No se retiene para sí. Se recibe y se da, como es propio en los ciclos de la naturaleza. Es la dinámica del grano de trigo que cae en tierra y da mucho fruto (Jn 12, 24-25).

También la lógica de la fecundidad nos permite ser pacientes, respetar el tiempo de los procesos. No todo tiene que ser aquí y ahora. Incluso la fecundidad nos enseña a esperar más allá de lo visible. En muchos casos, los frutos son el resultado de procesos silenciosos que no están a la vista. Como nuestra vida trasciende en la de los demás, puede que no veamos por nosotros mismos los frutos que serán para otros. Hay una solidaridad intra e intergeneracional que nos permite ser pacientes y seguir adelante aun cuando no vemos los frutos en lo inmediato.

Por tanto, la felicidad asociada a la fecundidad, no anula el disfrute, pero lo asume en un horizonte mucho más amplio. La felicidad no consiste básicamente en “sacar o extraer los frutos”, sino colaborar para que los frutos sean posibles, y puedan llegar a buen término. Esto tiene que ver con generar las condiciones para que la vida pueda crecer y desarrollarse en plenitud.

Ya vimos que la felicidad que usualmente aparece en la vidriera y configura nuestro aspiracional, en general no está en sintonía con la felicidad en perspectiva de fecundidad. Buscamos placer sin límites, disfrutar en todo momento y todo lugar; poder para dominar o defendernos. En fin, mucho tiene que ver con la incapacidad de trascender el *ser individual*, la conciencia aislada, y una concepción de la vida donde “soy para mí mismo”. *En este mundo que corre sin un rumbo común, se respira una atmósfera donde la distancia entre la obsesión por el propio bienestar y la felicidad*

*compartida de la humanidad se amplía hasta tal punto que da la impresión de que se está produciendo un verdadero cisma entre el individuo y la comunidad humana (FT 31).*

Hagamos el ejercicio de intentar visualizar cómo este modelo de felicidad o desarrollo personal se traspaša también al modelo de desarrollo global. O viceversa, cómo una idea o visión de desarrollo y progreso global configura nuestras vidas y horizontes de realización humana.

Ya dijimos que la vida como “algodón de azúcar” tiene su correlato en un modelo que promueve un consumo exacerbado, el cual se sostiene desde un sistema de producción que está generando serios daños al planeta. El modelo acumulativo se compagina con la idea de que el planeta es un depósito de recursos infinitos que están a nuestra disposición.

Al mismo tiempo la idea de poder como dominio, también encuentra su eco en una visión desmesurada de lo humano, en lo que, por ejemplo, algunos llaman “Antropoceno” y que se refiere a la caracterización de una era geológica donde la intervención del ser humano habría alterado los sistemas naturales y la evolución del planeta. El poder ya no es para cuidar en vistas a la fecundidad, sino para dominar, en vistas a la extracción de los frutos o los recursos.

Este modelo de felicidad no admite esperas: ¡todo tiene que ser ahora! Y en este sentido, esto define la ética y las reglas del juego: si hay un beneficio o rédito inmediato, es lícito. Tampoco hay solidaridad con el presente y con las generaciones futuras. Hay que gastarlo todo cuanto antes, sin importar mucho lo que les quede a los que vienen después.

Podríamos seguir con este ejercicio de establecer conexiones. En el fondo lo que buscamos es despertar la conciencia sobre la necesidad de generar algunos cambios, de romper con algunas inercias que nos están llevando por mal camino, tanto a nivel personal como a nivel planetario.

Hay una concepción de progreso que es insostenible, que tenemos que poder cuestionar, reimaginando un presente y futuro diferente. Puede que estemos un poco desconcertados. Uno esperaría que el progreso y todos los beneficios que nos trajo el avance de la ciencia y la tecnología nos hubieran ayudado a vivir y convivir mejor. Si miramos los postulados de la modernidad - “libertad, igualdad, fraternidad”-, parece que estuviéramos yendo a contramano: la libertad personal está fuertemente condicionada, crece la inequidad y se cuestiona de hecho la dignidad del ser humano, y la fraternidad es un sueño que parece cada vez más lejano. En referencia a las cuestiones ambientales se acelera una situación crítica sin retorno. A pesar de los esfuerzos de concientización, pareciera que no logramos frenar el tren del progreso que estaría pronto a descarrilarse.

¿Cuáles son los fines que orientan el destino de la humanidad y el planeta? ¿Acaso la economía, por ejemplo, puede aportar por sí misma los puntos de referencia para visualizar un paradigma alternativo? ¿No estaremos andando con las luces bajas y

no terminamos de darnos cuenta que por delante, a una distancia no muy lejana, hay un precipicio complicado?

Y es que *nadie pretende volver a la época de las cavernas, pero sí es indispensable aminorar la marcha para mirar la realidad de otra manera, recoger los avances positivos y sostenibles, y a la vez recuperar los valores y los grandes fines arrasados por un desenfreno megalómano* (LS 114). No se trata de frenar el progreso, sino de repensar el modelo y los fines de la acción humana. Tengamos presente que *los progresos científicos más extraordinarios, las proezas técnicas más sorprendentes, el crecimiento económico más prodigioso, si no van acompañados por un auténtico progreso social y moral, se vuelven en definitiva contra el hombre* (LS 4).

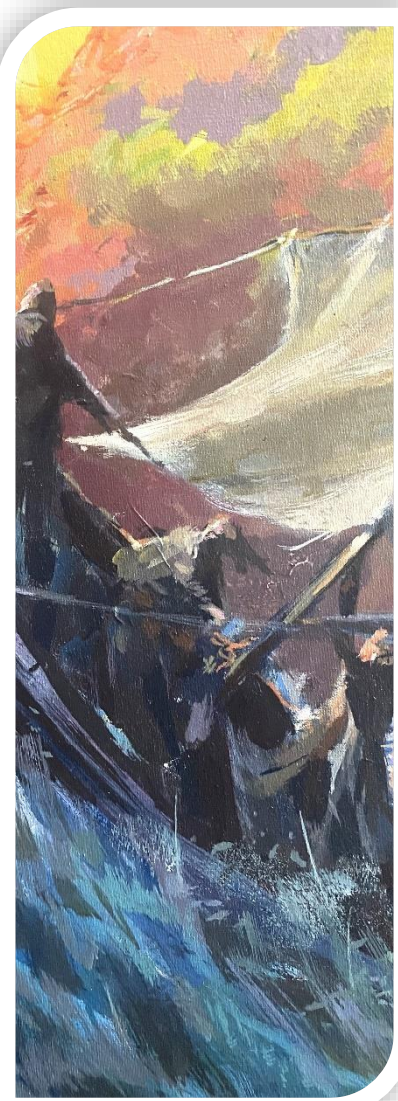
Es importante hacer un esfuerzo por visualizar las conexiones, poder leer el revés de la trama. ¿De qué modo podemos, desde nuestro lugar, abonar a un modelo de desarrollo que sea verdaderamente sostenible, humanizador, inclusivo, que promueva la fraternidad y no el enfrentamiento, el cuidado en lugar del daño?

#### 4.b - Escuela Católica: "Cabos sueltos"

La tempestad no cesa. Pasa el tiempo y la barca continúa a merced de los oleajes, resistiendo las embestidas, una tras otra. En medio de estas circunstancias adversas algunos elementos de la estructura comienzan a ceder. Asoma el temor en los tripulantes de que más allá de los esfuerzos que puedan realizar, finalmente sea la estructura de la barca la que ceda, y con ello todas sus ilusiones se vayan a pique.

Se visualizan algunos cabos sueltos que van de un lado para otro. Incluso, en este movimiento pendular, golpean contra los cuerpos de los tripulantes provocando en ellos mayor confusión y desesperación. Esto se suma al agotamiento que ya venían acumulando.

Los tripulantes saben que si los cabos están sueltos no podrán orientar las velas respecto del viento en orden a poder navegar siguiendo un rumbo, buscando un horizonte. En una última batalla por sobreponerse al desgaste y al cansancio hay que hacer el esfuerzo de atar *los cabos sueltos*.



---

*En esta sección nos sumergimos en las siguientes reflexiones:*

**El sin sabor de la fragmentación en la Escuela** ¿Cuáles son los efectos que puede producir la fragmentación escolar? ¿Qué pasa en las escuelas católicas al respecto?

**La maratón escolar** ¿Cuáles son los elementos que generan la maratón escolar? ¿Qué ocurre cuando la escuela está siempre al límite de sus posibilidades?

**Perfil del egresado: ¿qué buscamos?** ¿Qué es lo que buscamos promover en nuestros estudiantes? ¿Con qué sello o impronta queremos que salgan de nuestras escuelas al mundo?

## El sin sabor de la fragmentación en la Escuela

Si nos asomamos al cronograma de una propuesta escolar típica, vamos a poder constatar que existen una multiplicidad importante de materias y actividades que en su conjunto conforman el mosaico de la propuesta educativa.

En una misma mañana se puede pasar de la clase de geografía donde se estudian las cadenas montañosas de una región, a una de lengua donde se analizan sintácticamente oraciones, a otra de formación cristiana donde se reflexiona sobre el misterio de la Trinidad, y finalmente a una de matemática donde se analiza el teorema de Pitágoras. Tal vez en el medio tengamos una hora libre para recuperar un poco de aire. Pero, ¿existe alguna relación entre todo esto? Probablemente sí, aunque no aparezca a primera vista con tanta claridad.

Ciertamente se trata de una diversidad de cosas que, si bien pueden ser todas relevantes, no son tan fáciles de poder conjugar internamente para los estudiantes. Es algo así como ir saltando de casillero en casillero en el cronograma escolar. Digo saltando porque sería difícil encontrar un nexo de continuidad entre uno y otro. En general no hay vasos comunicantes, o puentes tendidos entre un momento y el otro. En algunos casos hay que hacer un esfuerzo considerable para resistir el ritmo de estas transiciones.

Este esquema fragmentado responde a la lógica del conocimiento que venimos arrastrando hace mucho tiempo en el ámbito escolar. Las materias atomizadas, encapsuladas, las disciplinas que corren por canales paralelos. Esto se continúa luego en la educación superior, donde en general nos volvemos “especialistas” en algún área del saber, pero perdemos capacidad de captar el todo, el horizonte amplio.

En fin, la gramática de la escuela moderna tiende a presentarse como fragmentada. Esto se constata en las disciplinas e itinerarios formativos, o en la división en niveles, a partir de la cuales se suelen generar rupturas o discontinuidades difíciles de hilvanar. Pero veamos algunos efectos que puede traer aparejados la fragmentación escolar.

En primer lugar, la falta de integración explícita en la propuesta escolar, produce la desintegración implícita en el receptor, o sea, en el estudiante. Cuando no se pueden captar las conexiones entre los diferentes elementos de la propuesta educativa, es más fácil que las cosas caigan en saco roto. Vamos recorriendo el itinerario formativo en vuelo rasante, o sea, manteniéndonos al ras de la superficie.

Esta incapacidad de profundizar, dificulta la captación del **sentido**. Carecemos de un enfoque holístico que pueda ubicar cada cosa en su lugar. Esta forma de aprender en la fragmentación, nos va impidiendo poder lograr la visión del todo. Ya dijimos que en la actualidad es cada vez más acentuada la tendencia a la

especialización del conocimiento. Pero lo que ganamos en especificidad, lo solemos perder en profundidad y sentido.

Por este motivo también quedan reducidas las habilidades para el discernimiento o el pensamiento crítico. Tendemos a movernos en el horizonte estrecho propio de la técnica, donde predomina el afán por tener todo dominado. En cambio, somos menos permeables al pensamiento complejo o sistémico, dentro de los cuales las cosas no son tan simples. En esta línea nos obsesionamos por el conocimiento basado en datos: ¡queremos pisar sobre el suelo firme del conocimiento científico! Pero, no hay que perder de vista que la objetividad de los datos se suele teñir con algo de subjetividad. Es decir, captamos los datos y los analizamos desde un determinado marco de interpretación.

En fin, la realidad, que es en sí misma profunda, fluye como el agua cuando queremos atraparla con nuestras manos. Algo queda, pero mucho se nos va. Siempre esconde algo de misterio. Y por eso el sentido profundo se capta muchas veces desde la mística, que está en un plano diferente al de la técnica. Cuando hablamos con un “técnico”, seguramente nos describa con acierto muchos aspectos de la realidad, pero probablemente sea incapaz de desentrañar los sentidos profundos. *Nosotros vivimos en una sociedad de la información que nos satura indiscriminadamente de datos, todos en el mismo nivel, y termina llevándonos a una tremenda superficialidad a la hora de plantear las cuestiones morales. Por consiguiente, se vuelve necesaria una educación que enseñe a pensar críticamente y que ofrezca un camino de maduración en valores* (EG 64).

Podemos concluir este punto diciendo que *la especialización propia de la tecnología implica una gran dificultad para mirar el conjunto. La fragmentación de los saberes cumple su función a la hora de lograr aplicaciones concretas, pero suele llevar a perder el sentido de la totalidad, de las relaciones que existen entre las cosas, del horizonte amplio, que se vuelve irrelevante. Esto mismo impide encontrar caminos adecuados para resolver los problemas más complejos del mundo actual, sobre todo del ambiente y de los pobres, que no se pueden abordar desde una sola mirada o desde un solo tipo de intereses* (LS 110).

Continuando con los efectos colaterales de la fragmentación escolar, decimos que, al no poder captar el sentido, se produce la **falta de sabor**, de gusto por el aprendizaje. Se puede observar en la evolución del itinerario escolar: en general en los primeros años de la escuela, hay una frescura y una capacidad de asombro, que luego se va apagando hasta encontrar su punto más crítico en los últimos años. Ya nos referimos en otro apartado a los alumnos “transeúntes” que se mueven por la escuela, yendo de un espacio a otro. En todo caso, pasándola bien y disfrutando con sus amigos, pero padeciendo el aprendizaje.

Sin duda la fragmentación escolar hace que el aprendizaje sea más arduo por la dificultad en la captación del sentido de aquello que estamos aprendiendo. Es como armar un rompecabezas sin contar con la imagen que sirve de guía y que nos va

orientando en el armado de las piezas. Si no podemos ver esa imagen, seguramente vamos a claudicar en el intento. ¡Sobre todo cuando el número de piezas es muy grande!

El aprender tiene una cierta analogía con el comer. Cuando comemos sin hambre, o a desgano, esto puede tener varios efectos colaterales negativos para nuestro organismo y nuestra psiquis. Lo mismo, cuando aprendemos sin ganas, o porque no le encontramos el sabor, y entonces tenemos que digerir el conocimiento a la fuerza. Esta experiencia no grata, va generando un desinterés por el aprendizaje. Hoy tienen mucha relevancia los hallazgos de las neurociencias y sus aportes para el ámbito educativo. Una de las cosas que proclaman es que si no implicamos a las emociones en el aprendizaje - dícese las ganas de aprender - no vamos a ir muy lejos. La insistencia en el aprendizaje insípido produce apatía cognitiva.

Si avanzamos un poco más en los efectos colaterales de la fragmentación escolar, podremos visualizar cómo esta lógica de la fragmentación también va acentuando en nosotros la tendencia a ver la realidad y sus acontecimientos de forma disociada, inconexa, en compartimentos estancos: somos humanistas, o economistas, o nos dedicamos a las ciencias naturales, etc. Así, por ejemplo, cuando hay un problema ecológico, es propio del profesor de Biología o Ciencias Naturales; o cuando surge un tema de derechos humanos, cae en el espacio de Construcción de la Ciudadanía. También nos acostumbramos a diferenciar y separar lo que es mi vida personal, de lo profesional; o la órbita familiar, de lo que pasa en la sociedad, en el mundo, etc.

En varias oportunidades, el evangelio exhorta a “que el hombre no separe lo que Dios ha unido” (Mc 10,9). ¡Que tampoco lo haga la escuela! Desde una presentación fragmentada nos volvemos incapaces para hacer las conexiones y ver las cosas en su conjunto, como parte de un todo.

Esta mirada fragmentada habilita el desarrollo de una racionalidad instrumental que puede ser muy incisiva, muy potente, pero carece de profundidad, de una visión holística que pueda contemplar todo el espectro de la realidad. Sobre todo, captar el sentido del acontecer y sus consecuencias.

Cuando hablamos de sentido nos referimos también a la cuestión de los fines. Y acá entra la ética. Una racionalidad meramente instrumental y técnica que no está iluminada por el sentido y acompañada por una ética que la limite o contenga, puede llevarnos a tomar decisiones que van en contra del desarrollo saludable de las personas y la humanidad. Es una racionalidad que se mueve en la lógica del “poder”: es lícito hacer “lo que podemos” hacer. No aparece la pregunta de si “debemos o no debemos hacerlo”.

Tal como mencionamos en la sección anterior, es una racionalidad que avanza con faros cortos. No puede ver los procesos a largo plazo, los horizontes de sentido grandes y profundos. En general, empuja una idea de progreso desde una mirada reducida, lineal.

Ya hicimos alusión varias veces al rumbo por el que nos está llevando la idea de progreso vigente. Esto se debe en gran parte a que nuestra mirada está atrapada en el plano de la técnica, encandilados tal vez, por los avances de la ciencia ligada a los buenos negocios. El resultado es que terminamos sosteniendo en simultáneo una racionalidad en el plano de “los medios”, y una irracionalidad en el plano de “los fines”.

Recapitulando, la fragmentación escolar tiene algunos efectos colaterales. El primero de ellos es la dificultad para captar el sentido. La fragmentación propia de la gramática escolar moderna tiende a dispersarnos en una multiplicidad de elementos inconexos.

Al mismo tiempo, esto promueve la percepción del aprendizaje como algo insípido, sin sabor, generando en los estudiantes una cierta apatía cognitiva. No hay motivación intrínseca para involucrarse en los procesos de adquisición del conocimiento.

Y, por último, la fragmentación también puede producir la disociación con la realidad y la falta de sensatez. Actúa en un espectro limitado, promoviendo, por ejemplo, una acción de daño del ser humano contra sí mismo y del ecosistema del cual forma parte.

Uno podría suponer que en la Escuela Católica corremos con cierta ventaja en cuanto al poder dar sentido, sabor y sensatez a nuestras propuestas educativas. Que desde nuestros idearios inspiradores se nutren con fuerza y vigor las acciones que se llevan a cabo a diario en la escuela. Tal como expusimos en el capítulo primero, esto no siempre ocurre.

Frente a los desafíos propios del contexto secular, en la Escuela Católica no es extraño que la propuesta pastoral vaya por un carril en paralelo a la propuesta curricular formal. Entonces, lo que sucede es que, a través de una propuesta marginal, buscamos transmitir una cosmovisión, ciertos valores, etc. Pero ciertamente el grueso de la propuesta de enseñanza pasa por otro canal. De este modo, la propuesta pastoral, en general, no tiene la capacidad o la posibilidad de contrarrestar la tendencia a la fragmentación que producen las gramáticas escolares convencionales establecidas.

Así se comprende, por ejemplo, la debilidad de las reacciones de las escuelas católicas frente a los desafíos socioambientales actuales y al llamado a repensar seriamente los fines (y los medios) de nuestra tarea educativa. ¿En cuántas de nuestras escuelas hemos leído y reflexionado en torno al mensaje y la propuesta educativa de *Laudato Si'*? ¿Cómo abordamos la cuestión del llamado urgente a trabajar por la fraternidad universal? ¿Cómo se asumen estos desafíos en contextos donde crece la inequidad? Estas cuestiones e interrogantes, ¿nos interpelan?, ¿han cobrado volumen e intensidad en nuestras escuelas? ¿O acaso permanecemos

impasibles, como si nada sucediera a nuestro alrededor, manteniendo nuestras propuestas educativas en el formol de nuestra comodidad?

Entendemos que la escuela suele ser en parte un sistema saturado, con poca capacidad de absorber algo nuevo. También es común que esté condicionada por un fuerte movimiento de inercia, y no es fácil salirse del carril del “siempre se hizo así”. Pero no podemos dejar de hacer un esfuerzo por mirar y dejarnos interpelar por las circunstancias presentes, en orden a reimaginar y rediseñar nuestro futuro. En este sentido, *educar es siempre un acto de esperanza que invita a la coparticipación y a la transformación de la lógica estéril y paralizante de la indiferencia en otra lógica distinta, capaz de acoger nuestra pertenencia común. Si los espacios educativos hoy se ajustan a la lógica de la sustitución y de la repetición; y son incapaces de generar y mostrar nuevos horizontes, en los que la hospitalidad, la solidaridad intergeneracional y el valor de la trascendencia construyan una nueva cultura, ¿no estaremos faltando a la cita con este momento histórico?* (Relanzamiento PEG).

¿Por qué será que en muchas circunstancias no podemos acudir a la cita del momento presente? ¿Será porque no tenemos la capacidad de escucha? En la sección anterior hacíamos alusión al aceleramiento y la vertiginosidad que nos incapacitan para ver lo común: como vamos apurados, seguimos de largo. También en la escuela puede haberse instalado un ritmo acelerado, una intensidad en el hacer que no nos permite ver con amplitud. Se trata de *la maratón escolar*.

## La maratón escolar

En una escuela suceden una cantidad inmensa de cosas en simultáneo. Algunas de ellas están más y mejor planificadas que otras. También están los impredecibles, los imponderables, que por momentos pueden hacer de la experiencia cotidiana algo bastante pesado. ¡Peligra la línea de flotación!

Todo esto sucede al ritmo propio de nuestro tiempo, y con la aceleración que nos caracteriza, o *la normalidad que nos moldea*. No es raro vivir con la sensación de estar corriendo *la maratón escolar*.

*La maratón escolar*, cuando se extiende en el tiempo, tiene la particularidad de agotarnos. Comenzamos las clases en marzo y al mes siguiente ya estamos anhelando las vacaciones. La sogá es cada vez más corta. Muchos educadores sienten que pierden el entusiasmo en forma prematura, o la energía para poder afrontar con entereza la tarea educativa cotidiana. Intentaremos identificar algunos elementos que van configurando *la maratón escolar*.

Es innegable que en general, el caudal cotidiano de la vida escolar, es ancho y arrollador. O sea, se realizan una cantidad impresionante de actividades en simultáneo. Esto demanda una gran cantidad de tiempo y energía. Aunque muchas veces, no está claro si esa multiplicidad de actividades está enmarcada en un proyecto común, más allá de la formalidad de un currículum que desciende de alguna instancia superior y marca algunos puntos de orientación, pero que está lejos de ser un elemento integrador consciente que brinda una mirada global y totalizante sobre el actuar escolar.

Tal como sucede con la vida personal, si no hay un elemento integrador en todo lo que hacemos, estamos más propensos a la dispersión y el cansancio. Hay que tener en cuenta que *el problema no es siempre el exceso de actividades, sino sobre todo las actividades mal vividas, sin las motivaciones adecuadas, sin una espiritualidad que impregne la acción y la haga deseable. De ahí que las tareas cansen más de lo razonable, y a veces enfermen. No se trata de un cansancio feliz, sino tenso, pesado, insatisfecho y, en definitiva, no aceptado* (EG 82).

En el caso de la institución escolar, el agotamiento puede estar relacionado a la falta de claridad en el rumbo, a no tener una identidad y misión que aportan sentido y cohesión. También a la falta de una espiritualidad que nutra nuestras fuerzas.

Al mismo tiempo, ya vimos como la actividad exacerbada es algo característico de nuestro tiempo. En muchos casos, responde a exigencias que vienen desde el exterior. Pero también puede encontrar su causa en un desorden o caos interior. Así la escuela traspasa el límite de la velocidad recomendada, porque las personas que la conforman traspasan su aceleramiento interno al espacio común.

En la maratón escolar muchas cosas se dificultan: el diálogo y el intercambio sereno, la capacidad de asombro frente a lo que acontece, la posibilidad de ubicar los puntos cardinales (se acentúa el *Síndrome de la Pizarra en Blanco*). En este sentido, la educación afronta la llamada *rapidación*, que encarcela la existencia en el vórtice de la velocidad tecnológica y digital, cambiando continuamente los puntos de referencia. En este contexto, la identidad misma pierde consistencia y la estructura psicológica se desintegra ante una mutación incesante que «contrasta la natural lentitud de la evolución biológica» (Lanzamiento PEG).

Muy asociado a lo anterior está la cuestión del estrés en el ámbito escolar. Es habitual que haya un alto nivel de estrés instalado en la escuela. Si bien hay situaciones que se dan en la escuela que pueden ser realmente preocupantes, no parecería ser algo saludable naturalizar el estado de tensión permanente.

En algunos contextos son más intensas las presiones en cuanto a lo académico. En el apartado sobre *el Cuadro de Honor*, reflexionamos sobre la importancia de calibrar la cuestión de la excelencia académica y los efectos que puede generar en las personas que habitan la escuela.

En otros contextos tienen más incidencia las cuestiones referidas a la convivencia. Vimos también como, en el presente, buena parte de las energías de la escuela las consume *el epicentro de la convivencia escolar*. Hoy tendemos a exacerbar los conflictos. ¡Vivimos en estado de alerta! Si lográramos restaurar el pacto educativo, y creciera la confianza y la dimensión comunitaria en nuestras instituciones, otro sería el clima y la atmósfera escolar.

Volviendo a la imagen de la tempestad, no es extraño que en la barca de la escuela se provoquen grandes sacudones a partir de unos vientos leves. Magnificamos las cosas con bastante facilidad. Esto se debe en parte a que vamos corriendo en la maratón, desde la cual perdemos la perspectiva, y tampoco vemos bien el rumbo. Sobre todo, perdemos la capacidad de distinguir los rostros y la singularidad de cada persona. En este sentido, la maratón escolar nos impide muchas veces detenernos en lo importante.

Y como ya hemos mencionado en apartados anteriores, si atendemos nuevamente a las sugerencias de las neurociencias, veremos que al unísono proclaman que el estrés es un elemento muy negativo en referencia a las condiciones para el aprendizaje.

De un modo o de otro, la escuela no puede vivir continuamente al límite. Esto sería insostenible en el mediano y largo plazo. Tiene que encontrar la manera de buscar un equilibrio interno que sea favorable para el desarrollo saludable de todos sus miembros. ¡Hay energías que se consumen y que no son renovables!

Hoy la escuela debe pasar de la maratón a la travesía. Recuperar una cierta serenidad que nos permita salir de las inercias desgastantes y del hiperactivismo despojado de la motivación profunda. Hay que recuperar la capacidad de

contemplar lo dado, visualizar el rumbo y las personas con las que vamos en camino.

## Perfil del egresado: ¿qué buscamos?

Hay una pregunta que es esencial para la Escuela Católica: ¿qué es lo que buscamos promover en nuestros estudiantes? ¿Con qué sello o impronta queremos que salgan de nuestras escuelas al mundo? ¿Sobre qué valores van a imaginar y llevar adelante un proyecto de vida?

Se trata del perfil del egresado o egresada. Esta cuestión suele estar explicitada con mayor o menor claridad en algún documento institucional. Lo ideal sería que hubiera una conciencia clara y consensuada acerca de lo que buscamos promover en nuestros estudiantes. Más allá de esto, de una u otra forma, la escuela, a través de su propuesta curricular, su pedagogía, el clima escolar, y todo lo que sucede a diario en su entorno, va moldeando un determinado perfil de egresado. Una impronta en referencia al ser, pensar y actuar.

Así como hablamos de arquetipos de felicidad o modelos de desarrollo que usualmente tienden a configurar nuestra vida cotidiana, nuestras aspiraciones y nuestras búsquedas, también podríamos mencionar algunos estereotipos o caracterizaciones del perfil del egresado.

A continuación, vamos a enumerar cuatro perfiles de egresados, utilizando algunas analogías que nos pueden ayudar a ver de modo gráfico (tal vez exagerado) qué es aquello a lo que aspiramos con nuestras propuestas educativas. Por supuesto que estos perfiles no existen en la realidad en estado puro. Son caracterizaciones que hacemos en orden a captar mejor algunos contornos.

En definitiva, lo interesante sería poder cotejar si lo que buscamos promover en nuestros estudiantes está en sintonía con el itinerario formativo que implementamos a diario en nuestras escuelas.

Un primer perfil es el del **Gladiador**. Esta persona percibe la vida como un combate por la supervivencia. El medio es hostil y los semejantes aparecen como adversarios, contrincantes a los que hay que vencer. El triunfo personal implica la derrota de los otros, y viceversa. Se trata de un combate trágico, pues está en juego la supervivencia. Para poder lograr su cometido, esta persona tiene que dotarse de las mejores armas y entrenar bien las habilidades que le permitirán triunfar en el coliseo de la vida.

Como se puede suponer, esta persona es altamente competitiva. La cooperación y la compasión no entran en su lógica de la supervivencia y éxito personal. Tampoco el compromiso con el bien común tiene lugar en este horizonte, pues su necesidad apremiante es la de evitar la derrota en el combate. Esta es su causa por antonomasia: sobrevivir.

En el perfil del Gladiador, por ejemplo, la excelencia académica estaría en función sobre todo del éxito personal, y no del bien del conjunto. Desde la perspectiva del

Gladiador es muy difícil poder sintonizar con el *ser comunitario*. Todo tiende a ser autorreferencial. Al no poder depender de nadie, se exalta la autonomía. Y dado que la vida está solo en las propias manos, se necesitan superpoderes para llevar adelante un proyecto de vida.

A primera vista, parece que el perfil del Gladiador no calza bien con las aspiraciones que pueda tener una escuela católica con sus estudiantes. Sin embargo, incluso en la Escritura se hace alusión a la lucha como un aspecto propio de la vida de fe (Sir 2,1). También San Ignacio, padre de una gran tradición espiritual, va a tener al combate espiritual como telón de fondo para comprender la vida del cristiano. El asunto sería poder discernir de qué lucha estamos hablando. Ciertamente no es la lucha por la supervivencia, que ve a los demás como enemigos a derrotar. A lo sumo, la lucha espiritual sería una lucha que, en primer lugar, es con nosotros mismos en orden a no quedar retenidos en el pequeño mundo del *ser individual*.

Otro perfil es el del **Alpinista**. El Alpinista tiene pasión por escalar, por ascender, por llegar a la cumbre más alta. A diferencia del Gladiador, no percibe a los demás como enemigos o adversarios. Es más, circunstancialmente puede necesitar de ellos para llevar adelante su cometido y alcanzar la meta. Aunque los demás podrían también representar un obstáculo, si por alguna razón lo obligaran a detener su marcha. El alpinista es sumamente eficiente y preciso en sus gestiones para llegar a la cima. Cualquier falla o imprevisto podrían costarle muy caro.

El Alpinista no lucha con los demás, sino consigo mismo: es el combate de la superación personal. Se desafía a sí mismo para alcanzar su objetivo. Su vida es un ejercicio de autosuperación. Apunta a lograr conquistas, cada vez más altas. Este perfil de egresado tiene que ver con la tendencia a *vivir todas las cosas, incluso las relaciones, para alimentar nuestra ambición, para subir los peldaños del éxito, para alcanzar puestos importantes. La búsqueda del prestigio personal se puede convertir en una enfermedad del espíritu, incluso disfrazándose detrás de buenas intenciones; por ejemplo, cuando, detrás del bien que hacemos y predicamos, en realidad nos buscamos solo a nosotros mismos y nuestra afirmación, es decir, ir adelante nosotros, trepar*<sup>26</sup>.

Teniendo presentes algunas de las reflexiones planteadas en secciones anteriores, tanto el Gladiador como el Alpinista serían perfiles de egresados volcados hacia el *ser individual*. Hay en ellos poca capacidad de trascender hacia otros. En sus aspiraciones, en su forma de comprender la vida y posicionarse en la existencia, los demás no aparecen como semejantes en dignidad. Estos perfiles de egresado no logran *despertar en el corazón el amor por el bien común* (FT 63).

---

<sup>26</sup> Francisco. Angelus. 17/10/2021. Disponible en: <https://www.vatican.va/content/francesco/es/events/event.dir.html/content/vaticanevents/es/2021/10/17/angelus.html>

Algunos discursos sobre el éxito pueden presentar a estos perfiles como atractivos, pero ciertamente están alineados con un estilo de vida que finalmente nos agota y apaga nuestros sueños, pues *nadie puede pelear la vida aisladamente* (FT 8).

A continuación, vamos a plantear otros dos modelos o estereotipos de perfil de egresado de inspiración evangélica, y que están más en sintonía con el *ser comunitario*.

Un perfil es el del **Buen Samaritano**. La vida ya no es una lucha sino una travesía, en la cual se va encontrando con sus semejantes: estos no son adversarios o contrincantes a los que hay que vencer, sino prójimos, hermanos. Es parte de la amplia familia de la humanidad, y por eso tiene un compromiso fuerte con el bien de los demás, sobre todo con los más necesitados. No puede permanecer indiferente frente al dolor o sufrimiento de sus semejantes. *Con sus gestos, el buen samaritano reflejó que la existencia de cada uno de nosotros está ligada a la de los demás: la vida no es tiempo que pasa, sino tiempo de encuentro* (FT 66).

El perfil del Buen Samaritano es altamente compasivo, muy cooperativo, y tiene un compromiso social fuerte. También es competente, pero sus conocimientos y habilidades están sobre todo en función del bien común. Utiliza el poder que tiene a su alcance en función del servicio a los demás.

Por último, proponemos el perfil del **Jardinero**. El Jardinero es una persona que está en contacto permanente con la tierra. Esto lo dota de una sabiduría particular, que tiene que ver con el conocimiento de lo que ocurre en la naturaleza. Desarrolla un espíritu contemplativo que le permite tener una mirada profunda sobre la realidad. Sabe entre otras cosas, que no todo depende de él. Que en la naturaleza hay cosas que ya están dadas, y que, para lograr sus cometidos, tendrá que tener en cuenta.

Desarrolla las habilidades para el cuidado de los seres en su conjunto. Tiene conciencia de que la tierra nos une a todos y es indispensable para la vida, y por tanto, requiere de nuestro cuidado. En el evangelio el Jardinero está asociado a la vida (Jn 15,1-8). El Jardinero sabe que es necesario permanecer unido a la fuente de la vida. Que, si nos separamos de ella, finalmente perecemos. Sabe que la finalidad de la vida es dar fruto: en la fecundidad reside la verdadera felicidad, la plenitud. Y en vistas a la posibilidad de poder dar frutos, o sea, a la fecundidad, puede haber podas, renunciaciones y postergaciones. La vida debe pasar necesariamente por estos ciclos.

Es interesante destacar que para el Jardinero lo prioritario es la fecundidad. Como ya hemos comentado anteriormente, esto es diferente a la felicidad que consiste únicamente en el "disfrute", o sea en "tomar el fruto", sacarlo de la planta o del árbol. Somos felices y plenos en la medida en que damos fruto.

A su vez, el fruto es siempre para otros. La fecundidad está siempre en relación a otros, o sea que los frutos no son para mí, para acumular, sino para compartir. El jardinero tiene conciencia de una solidaridad intra e intergeneracional. Tiene claro

que cuando morimos dejamos lo que tenemos y nos llevamos lo que dimos. De la tierra salimos y a la tierra volvemos. En este sentido, el Jardinero es una “presencia eucarística”: *personas que ya no viven para sí mismas (cf. Rm 14,7) en la lógica de la posesión y de consumo, sino, personas que saben hacer de su vida un don para los demás*<sup>27</sup>.

El Jardinero es aquel que busca de un modo u otro disponer el medio para que los seres puedan crecer, avanzar hacia una plenitud. Sabe que esta es la gloria del Padre, ¡que demos fruto en abundancia! (Jn 15,8). Desde este lugar, también tiene claro el sentido de trabajo y la acción humana. *Recordemos que, según el relato bíblico de la creación, Dios colocó al ser humano en el jardín recién creado (cf. Gn 2,15) no sólo para preservar lo existente (cuidar), sino para trabajar sobre ello de manera que produzca frutos (labrar) ... En realidad, la intervención humana que procura el prudente desarrollo de lo creado es la forma más adecuada de cuidarlo, porque implica situarse como instrumento de Dios para ayudar a brotar las potencialidades que él mismo colocó en las cosas (LS 124).*

---

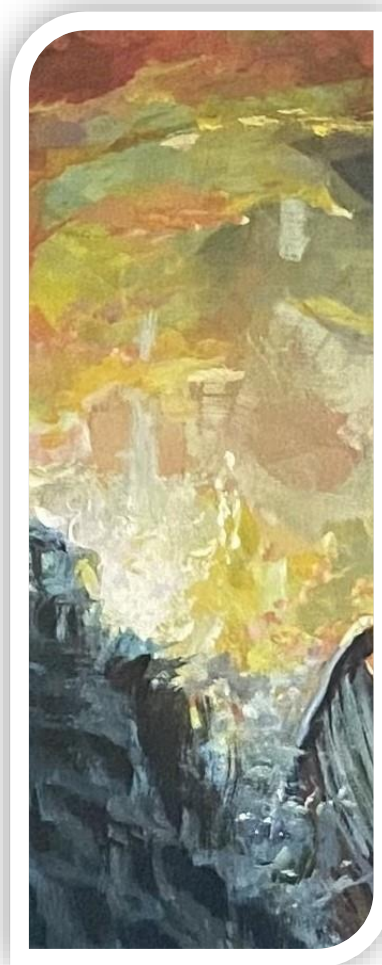
<sup>27</sup> Francisco. Angelus. 02/06/2024. Disponible en:  
<https://www.vatican.va/content/francesco/es/angelus/2024/documents/20240602-angelus.html#:~:text=No%20retuvo%20para%20s%C3%AD%20la,2%2C%201%2D11>).

#### 4.c - Desafíos: “Luz en el horizonte”

Luego de navegar toda la noche en condiciones muy adversas, comienza a asomar la *luz en el horizonte*. Es un momento crucial, porque el amanecer trae la esperanza del nuevo día. Atrás va quedando la oscuridad de noche, en la que prevalecían la angustia y la desesperación

Con la luz en el horizonte los oleajes también comienzan a ceder y ya no golpean la barca con tanta intensidad. Esto trae un gran alivio a los tripulantes, que parecían estar llegando al límite de sus posibilidades.

Todavía hay que seguir luchando contra la adversidad, pero es otro el panorama. Por un lado, la luz del día posibilita que los tripulantes se vean, se reconozcan, y puedan coordinar mejor sus esfuerzos. Y también, al ceder la furia de la tempestad, pueden acordar un rumbo a seguir.



---

*En esta sección nos sumergimos en las siguientes reflexiones:*

**Educación Integral: Sabiduría para ver con amplitud.** ¿De qué trata la Educación Integral? ¿Cómo podemos implementarla en la escuela?

**Ecología Integral y Cultura del Cuidado.** ¿Cómo se relacionan la Educación integral con la Ecología Integral? ¿De qué modo la Ecología Integral nos conduce hacia la senda de la Cultura del Cuidado?

**Una espiritualidad regenerativa.** ¿A qué nos referimos con espiritualidad regenerativa? ¿Por qué es necesaria para poder generar cambios y transformaciones profundas?

## Educación Integral: Sabiduría para ver con más amplitud

En la sección anterior hicimos alusión a que muchas veces nuestras propuestas educativas, carecen de sentido, de sabor y finalmente de sensatez (¡la triple S!). Todos estos, efectos colaterales de la fragmentación escolar.

Para salir de este callejón de la triple S, aparece la propuesta de una Educación Integral, por donde asoma también una cuarta "S" como vía superadora: la **Sabiduría**. Pero detengámonos unos instantes para ver más de cerca qué sería esto de la Educación Integral.

La *Educación Integral* es un tópico muy renombrado en el ámbito de la Educación Católica. Desde hace mucho tiempo aparece en los documentos de la iglesia vinculados al ámbito educativo. También en el discurso que va por fuera del ámbito eclesial. Es muy difícil que, en la enunciación de un proyecto educativo escolar, no encontremos a la *Educación Integral* como un ideal a alcanzar o un paradigma que busca configurar el itinerario formativo.

Se suele caracterizar de un modo metafórico a la *Educación Integral* como aquella que abarca "la mente, el corazón y las manos". *Enseñar a pensar, ayudar a sentir bien y acompañar en el hacer, o sea, que los tres lenguajes estén en armonía; que el niño, el muchacho, piense y sienta lo que hace, sienta lo que piensa y hace, y haga lo que piensa y siente*<sup>28</sup>.

Es decir, la *Educación Integral* no tiene que ver sólo con una diversidad de conocimientos o disciplinas y de cómo estas interactúan entre sí, sino más bien con una educación que tiene en cuenta las diferentes dimensiones de la persona (el pensar, el sentir, el hacer) y las conjuga desde una mirada holística.

Estas dimensiones, cuando pueden confluir en un mismo cauce, configuran un conocimiento sapiencial. A esto apunta la *Educación Integral*, a un saber que trasciende el horizonte de lo meramente técnico o informativo. El poeta Tomas Eliot, en *El primer Coro de la Roca*, se preguntaba: "¿Dónde está la sabiduría que perdimos con el conocimiento, dónde el conocimiento que perdimos con la información?". Hoy abunda la información, también el conocimiento, pero solemos carecer de sabiduría.

En este terreno también tienen una injerencia importante las tecnologías de la información y la comunicación. Cuando *las dinámicas de los medios del mundo digital se convierten en omnipresentes, no favorecen el desarrollo de una capacidad de vivir sabiamente, de pensar en profundidad, de amar con generosidad. Los grandes sabios del pasado, en este contexto, correrían el riesgo de apagar su sabiduría en medio del ruido dispersivo de la información. Esto nos exige un esfuerzo para que esos medios se*

---

<sup>28</sup> Francisco. *Discurso en el Congreso "Educar hoy y mañana, una pasión que se renueva"*. 21/11/2015. En Pérez Sayago, Oscar A. (Comp.) (2018). *El proyecto educativo de Francisco*. CIEC/Santillana.

*traduzcan en un nuevo desarrollo cultural de la humanidad y no en un deterioro de su riqueza más profunda. La verdadera sabiduría, producto de la reflexión, del diálogo y del encuentro generoso entre las personas, no se consigue con una mera acumulación de datos que termina saturando y obnubilando, en una especie de contaminación mental* (LS 47). Hoy tenemos una gran necesidad de poder acceder a una sabiduría que nos ayude a vivir bien, lo cual es diferente a un cúmulo inabarcable de información que nos marea.

Volviendo al tema de la Educación Integral, ¿qué pasa en el ámbito escolar? Si bien la educación integral es parte de una narrativa común, en las escuelas en general y en las escuelas católicas en particular, no es tan fácil poder implementarla desde nuestros proyectos educativos.

Nuestra educación suele estar más inclinada hacia lo cognitivo. Los itinerarios formativos tienden a acentuar esta dimensión por sobre las demás. Y, ¿por qué priorizamos más lo cognitivo? Por varias razones. Una de ellas podría tener que ver con que ésta es quizás la dimensión que nos permite volar más alto, ensanchar nuestros horizontes sin límites, y en algunos casos salirnos de nuestra medida. ¡Descubrimos un infinito a explorar!

En cambio, por ejemplo, la dimensión corporal tiende a restablecer nuestra medida, nos devuelve a tierra. Cuando nos referimos a alguien que “anda con los pies en la tierra”, estamos haciendo alusión a alguien que es realista, sensato, humilde (humilde viene de “humus”, que significa tierra).

En cuanto a la dimensión del corazón, sabemos que no es un territorio donde podamos asegurar el control. Con la mente, en cambio, tendemos a tener las cosas a nuestro alcance, bajo nuestro dominio. Pero la tierra del corazón es más incierta y resbaladiza.

En la escuela católica y en los ámbitos de la Iglesia en general, también corremos el riesgo de acentuar exageradamente la dimensión cognitiva. Incluso, como ya hemos comentado en el capítulo uno, en algunos casos tendemos a concebir el crecimiento en el camino de la fe ligado principalmente a la adquisición de conocimientos. Como si la perfección cristiana estuviera en relación a una iluminación que viene por la razón. Parece que, si tenemos más conocimientos, somos mejores, más grandes o superiores, o podemos acceder a ciertos privilegios. Todo esto no estaría muy en sintonía con la propuesta del evangelio, y la sabiduría que le es revelada a los pequeños (Mt 11,25).

Más allá del conocimiento relativo a la fe, no es extraño que, por ejemplo, logremos un desarrollo y una maduración intelectual muy importante, pero quedemos un poco más atrasados en el ámbito de la vida relacional. Estos son síntomas de una educación que no ha integrado armónicamente las dimensiones del ser.

En los últimos años se observa una inquietud emergente por darle más volumen a otras dimensiones, como la psico-afectiva. Pensemos por ejemplo en los programas

de educación emocional, que van ganando terreno en los itinerarios formativos propuestos. O en tantas experiencias que se proponen con el fin de poder acceder a aprendizajes diferentes a los que pueden darse en el ámbito del aula o la estructura escolar ordinaria.

Los discursos de la educación integral están alineados con los discursos que buscan humanizar la educación. Como si nos hubiéramos dado cuenta que algo del ser humano quedó por fuera de nuestra labor educativa. Durante mucho tiempo vivimos encandilados por la luz potente de la mente, pero se nos escapó un poco el corazón y las manos. Entonces terminamos ofreciendo una educación desintegrada.

La realidad es que poniendo solo el foco en la mente no vamos a poder promover personas compasivas, o con espíritu de cooperación, Seguramente vamos a reforzar más lo competitivo, y detrás de esto el *ser individual*.

Así como hablamos de la necesidad de *alfabetizar en la fe*, también surge la necesidad de "alfabetizar en humanidad". De hecho, parece que estas dos necesidades están relacionadas la una con la otra. Es interesante porque en el contexto actual donde irrumpe la inteligencia artificial, va a emerger cada vez con más contundencia la inquietud por saber qué es lo propiamente humano. Sin duda, la luz de la fe podrá ayudarnos a caminar y avanzar en esta respuesta.

Pero volvamos al principio. Es necesario recuperar el sentido, el sabor y la sensatez en relación a la educación que ofrecemos desde nuestras escuelas. Para esto dijimos, hay que apuntar a transmitir no sólo conocimientos o información, sino una sabiduría. Aquí está la clave de la educación integral.

Y cuando hablamos de sabiduría no estamos haciendo referencia a un conocimiento oculto, esotérico o misterioso. La sabiduría es lo que va decantando cuando en los itinerarios formativos se conjugan la mente, el corazón y las manos.

¿Cómo hacemos para avanzar realmente por este camino, más allá de lo narrativo o discursivo? Podemos dar algunas pistas. La clave está en el "ampliar".

Ampliar la visión y el horizonte de sentido, abriéndolo a la trascendencia. Salir de los callejones estrechos de lo meramente técnico o instrumental. Es fundamental volver a abrir el horizonte a lo Trascendente y salir de la clausura de lo inmanente. Esto tiene que ver con el dinamismo propio del amor, inserto en nuestro ADN.

Ampliar las fronteras de las disciplinas y las materias, ir hacia un enfoque interdisciplinario, integrando las diferentes áreas de conocimiento. Salir de la concepción del aula como una "caja negra" donde el aprendizaje se da en forma aislada, desconectada del resto del ecosistema escolar.

Ampliar las metodologías, priorizando aquellas que promueven la participación y el compromiso activo. Hay que salir del lugar de meros espectadores. Pequeñas experiencias de participación e involucramiento en la escuela, pueden generar importantes transformaciones en nuestros estudiantes.

Ampliar el espacio y el tiempo educativo. Hacer un esfuerzo grande por leer el mundo que está más allá de los muros de la escuela. Hay que entrenarnos para poder ver y analizar en simultáneo lo local y próximo, lo global y remoto, sabiendo que todo está unido. También hay que conectar lo interior y lo exterior: ¿de qué modo la corriente externa moldea nuestra interioridad, y cómo desde nuestra interioridad vamos también influyendo en el medio externo?

Ampliar la red de aliados en la tarea educativa, comenzando por las familias, que deben ser las primeras educadoras. Con las familias y otros aliados hay que restaurar el pacto educativo.

Ampliar también la diversidad de experiencias, buscando sobre todo aquellas que contribuyan a generar una nueva sensibilidad, un nuevo humanismo. *Se trata de un itinerario integral, en el que se salga al encuentro de aquellas situaciones de soledad y desconfianza hacia el futuro que generan depresión, adicciones, agresiones, odio verbal, fenómenos de intimidación y acoso entre los jóvenes. Un camino compartido, en el que no se permanezca indiferente ante el flagelo de la violencia y el maltrato de menores, el fenómeno de las niñas esposas y de los niños soldados, la tragedia de los menores vendidos y esclavizados. A esto se suma el dolor por el "sufrimiento" de nuestro planeta, provocado por una explotación sin inteligencia y sin corazón, que ha generado una grave crisis medioambiental y climática (Relanzamiento PEG).*

En la actualidad, muy alineada con la *Educación Integral*, aparece la propuesta de la *Ecología Integral*. Se podría decir que es una muy buena oportunidad para recorrer el camino de la *Educación Integral*.

## Ecología Integral y Cultura del Cuidado

Tal como comentábamos en el apartado anterior, la **Ecología Integral** aparece como una muy buena oportunidad o paradigma para avanzar en la educación integral o sapiencial. La visión de la Ecología Integral tiene una larga historia en la tradición y el pensamiento de la Iglesia, pero aparece explicitada con mayor contundencia en la encíclica *Laudato Si'*, “Sobre el Cuidado de la Casa Común”, del Papa Francisco. En este sentido *Laudato Si'* representa un punto de llegada y cristalización de un largo y rico proceso de diálogo y reflexión de la Iglesia con el mundo y las diferentes circunstancias por las que va atravesando la historia en relación a la cuestión de la sostenibilidad<sup>29</sup>.

La palabra “ecología” remite al “cuidado de la casa”. Cuando agregamos la perspectiva de lo integral, buscamos una mirada holística sobre el cuidado. O sea, que pueda ser abarcativa de la totalidad, en extensión y en profundidad. De este modo, la *Ecología Integral* es como un prisma desde el cual miramos toda la realidad desde la perspectiva del cuidado, buscando hacer visibles las conexiones que existen entre todo lo que acontece. Desde la *Ecología Integral* descubrimos que todo está unido, interconectado, interrelacionado. Desde esta perspectiva, por ejemplo, no podríamos compatibilizar o compaginar un desarrollo humano integral con un deterioro progresivo del planeta.

La visión de la *Ecología Integral* contrarresta la tendencia a la fragmentación, que tal como vimos en apartados anteriores, se puede observar en la fragmentación del saber que suele predominar en la escuela, y también en los procesos de fragmentación social que se expanden con fuerza en nuestra cultura actual. Al principio del capítulo hacíamos alusión a la dificultad de *focalizar en lo común*. *Laudato Si'* y la propuesta de la Ecología Integral nos llevan necesariamente al terreno de lo común. *La ecología integral, por ejemplo, es inseparable de la noción de bien común, un principio que cumple un rol central y unificador en la ética social* (LS 156).

La Ecología Integral nos posibilita ver dentro de un todo, aquello que en general vemos por partes. Es habitual que pensemos por ejemplo los temas de la política, de la economía, del medio ambiente, o de la educación, por carriles en paralelo. La Ecología Integral va a llevar estas aguas hacia un mismo cauce. Desde esta perspectiva *la protección del medio ambiente deberá constituir parte integrante del proceso de desarrollo y no podrá considerarse en forma aislada. Pero al mismo tiempo se vuelve actual la necesidad imperiosa del humanismo, que de por sí convoca a los distintos saberes, también al económico, hacia una mirada más integral e integradora. Hoy el análisis de los problemas ambientales es inseparable del análisis de los contextos humanos, familiares, laborales, urbanos, y de la relación de cada persona consigo*

---

<sup>29</sup> Tatay, Jaime (2018). *La recepción católica del reto de la sostenibilidad: 1891 (RN) - 2015 (LS)*. BAC.

*misma, que genera un determinado modo de relacionarse con los demás y con el ambiente (LS 141).*

Ahora bien, cuando nos ponemos los “lentes del cuidado” que nos aporta la visión de la *Ecología Integral* constatamos que algunas cosas no van bien, tanto en el planeta, como en nuestra vida particular. Se nos hace patente la acción de daño que estamos ejerciendo sobre nuestra Casa Común. El calentamiento global, por ejemplo, está en estrecha conexión con nuestros estilos de vida instalados, nuestras costumbres y hábitos de consumo y nuestros modos de relacionarnos. Ya hemos reflexionado sobre esto en los apartados y capítulos anteriores (*la cultura del desamor, la normalidad que nos moldea, la ciudad de la furia, vida al límite, etc.*).

A partir de esta visualización de lo que le pasa a nuestra Casa Común, que está íntimamente relacionada con lo que pasa por nuestra vida cotidiana y particular, y con el fin de promover una acción que contrarreste el daño, se propone el paradigma de la *Cultura del Cuidado*.

Si volvemos a la matriz del ser relacional que orienta nuestra reflexión, podemos decir que la *Cultura del Cuidado* es necesaria para contrarrestar la tendencia al “no cuidado” (o descuido) que se va expandiendo en las diferentes dimensiones de nuestra vida relacional. Desde una lectura teológico espiritual relacionamos la cultura del no cuidado con la *cultura del desamor*. Cuando no experimentamos el amor, en algún punto tenemos serias dificultades para amar. Y amar es cuidar, es abrazar la vida. En el escenario de la *globalización de la indiferencia* es común que experimentemos la falta de cuidado. y esto, nos hace más propensos al descuido.

Recapitulando, la *Ecología Integral* que propone Laudato Si’ tiene que ver sobre todo con una forma de concebir al mundo, de ver las conexiones profundas, de comprender la crisis socioambiental actual para tomar conciencia de la urgencia de promover una *Cultura del Cuidado* hacia nuestra Casa Común. Mientras que la *Ecología Integral* nos brinda un paradigma para ver, analizar y comprender, la *Cultura del Cuidado* nos muestra el camino para la acción. El cuidado es siempre hacia algo o alguien concreto.

De este modo, nos queda claro que la *Ecología Integral* no trata principalmente sobre la cuestión de la huerta, el reciclado, o la separación de residuos. Por supuesto que estas cosas están muy alineadas con la visión de la ecología integral, pero están lejos de agotarla. *Terminemos de una vez con las burlas irresponsables que presentan este tema como algo sólo ambiental, “verde”, romántico, frecuentemente ridiculizado por los intereses económicos. Aceptemos finalmente que es un problema humano y social en un variado arco de sentidos. Por eso se requiere un acompañamiento de todos (LS 58).*

Incluso muchas veces cuando se habla de temas de ecología parece que no son adecuados o pertinentes en contextos donde existe una inequidad creciente: ¡parece difícil hablar de ecología en contextos donde unos pocos se obsesionan por comer sano, y una gran mayoría se desespera por comer algo! Pero este planteo se

correspondería con una visión reducida de la ecología integral. Al contrario, en estos casos, la *Ecología Integral* tiene que ayudarnos a dilucidar las causas de la inequidad en esa realidad contextual concreta. Por eso, en relación a la educación ecológica, *no se trata solo de dar algunas nociones, que de todos modos hay que enseñar. Se trata de educar en un estilo de vida basado en la actitud de cuidado por nuestra casa común, que es la creación. Un estilo de vida que no sea demencial, que, por ejemplo, cuide a los animales en extinción, pero ignore los problemas de los ancianos; o que defienda la selva amazónica pero descuide los derechos de los trabajadores a un salario justo y así sucesivamente*<sup>30</sup>.

En Laudato Si' se insiste con frecuencia en la importancia de la educación para poder generar un cambio de paradigma: pasar del daño al cuidado. Esto se debe a que la educación tiene la oportunidad de promover procesos de cambios profundos. Ya dijimos que la educación suele contar con mucho tiempo y muy variadas ocasiones para generar en las personas una nueva forma de ver el mundo, la sociedad, el progreso, los horizontes de realización humana, etc. En este sentido la educación tiene no solo una oportunidad, sino una enorme responsabilidad.

De hecho, en los últimos tiempos la crisis socioambiental ha despertado múltiples iniciativas desde el ámbito educativo, las cuales buscan generar respuestas desde el paradigma de la Cultura del Cuidado. Surgen de ámbitos confesionales y no confesionales, y es lógico que así sea, pues el Cuidado de la Casa Común no puede quedar circunscripto a un pequeño grupo, sino que debe ser una preocupación de toda la familia humana. Y si bien algunas iniciativas ponen el acento más en lo ambiental ("en lo verde"), lo que se observa últimamente es que la mayoría se va inclinando hacia una mirada que integra lo social y lo ambiental visto como un todo interdependiente. *La educación ambiental ha ido ampliando sus objetivos. Si al comienzo estaba muy centrada en la información científica y en la concientización y prevención de riesgos ambientales, ahora tiende a incluir una crítica de los «mitos» de la modernidad basados en la razón instrumental (individualismo, progreso indefinido, competencia, consumismo, mercado sin reglas) y también a recuperar los distintos niveles del equilibrio ecológico: el interno con uno mismo, el solidario con los demás, el natural con todos los seres vivos, el espiritual con Dios. La educación ambiental debería disponernos a dar ese salto hacia el Misterio, desde donde una ética ecológica adquiere su sentido más hondo* (LS 210).

En esta línea crece por ejemplo la corriente de la Educación para la Sustentabilidad, la cual "se erige como herramienta fundamental para promover transformaciones ancladas en una mayor conciencia acerca del impacto de las actividades humanas en los ecosistemas – y de sus consecuencias para las sociedades"<sup>31</sup>. La Educación para la Sustentabilidad favorece la cultura del encuentro, el aprender con el otro y

---

<sup>30</sup> Francisco. *Discurso a la Asociación Italiana de maestros católicos*. 5/01/2018. En [https://www.vatican.va/content/francesco/es/speeches/2018/january/documents/papa-francesco\\_20180105\\_maestri-cattolici.html](https://www.vatican.va/content/francesco/es/speeches/2018/january/documents/papa-francesco_20180105_maestri-cattolici.html)

<sup>31</sup> Sabbatini, C. y D. Ezcurra (2019). *Educación para la Sustentabilidad*. Aique Educación.

no contra el otro, dando más espacio a la cooperación que a la competencia<sup>32</sup>. Hay varias experiencias de transformación escolar alrededor del mundo que se enmarcan en el Enfoque Holístico de las Escuelas hacia la Sustentabilidad<sup>33</sup>. Es también de público conocimiento la agenda de los Objetivos de Desarrollo Sostenible (ODS)<sup>34</sup>, consensuada por los líderes mundiales con el objetivo de erradicar la pobreza, cuidar el planeta y asegurar la prosperidad. La UNESCO ha desarrollado una serie de lineamientos educativos en relación a los ODS<sup>35</sup>, y más recientemente sugiere cambios a nivel curricular para poder avanzar con más prontitud y agilidad hacia el logro de las metas propuestas<sup>36</sup>. En fin, hay un vasto universo de iniciativas de escuelas y organizaciones que desde la educación trabajan para construir un futuro sostenible.

En sintonía con lo que mencionamos en el apartado anterior, en el ámbito de la Escuela Católica se observan pocas iniciativas en relación a la propuesta de la Ecología Integral y la promoción de la Cultura del Cuidado. Laudato SI' advierte sobre la debilidad de las respuestas a nivel internacional con respecto a los desafíos socioambientales. Algo similar podemos decir del ámbito educativo.

Ya hemos hecho referencia a que esto puede deberse en parte a lo propio de la estructura escolar, a la cual le cuesta asimilar el cambio y los desafíos emergentes. También puede haber en juego miradas ideológicas que nos invitan a seguir de largo como si nada pasara. En fin, sea lo que fuere, la *Ecología Integral* y la *Cultura del Cuidado* son una ocasión y una oportunidad para transitar procesos de conversión personales e institucionales, que promuevan una educación con sentido y más significativa, y que a su vez nos ayude a vivir y convivir mejor entre nosotros y el medio que nos rodea. Y en un horizonte de solidaridad, que también tenga presente a los que estamos hoy, y a los que vendrán después.

La *Cultura del Cuidado* que debemos promover en el ámbito escolar tiene que ver con la visión que propone la **Ecología Integral**: partir de una visión holística, sapiencial, que nos ayude a tomar conciencia de los desafíos socioambientales presentes, y nos disponga para poder llevar adelante las acciones necesarias para

---

<sup>32</sup> García, D. y G. Priotto (2009), *Aportes políticos y pedagógicos en la construcción del campo de la Educación Ambiental*. Buenos Aires: Secretaría de Ambiente y Desarrollo Sustentable de la Nación.

<sup>33</sup> Henderson, K. y D. Tilbury (2004), *Whole-School Approaches to Sustainability: An international review of whole-school sustainability programs*. Report Prepared by the Australian Research Institute in Education for Sustainability (ARIES) for the Australian Government Department of the Environment, Water, Heritage and the Arts. Disponible en: [http://aries.mq.edu.au/projects/whole\\_school/files/international\\_review.pdf](http://aries.mq.edu.au/projects/whole_school/files/international_review.pdf)

<sup>34</sup> Disponible en <https://www.un.org/sustainabledevelopment/es/objetivos-de-desarrollo-sostenible/>

<sup>35</sup> UNESCO, Sector de Educación (2017) *Educación para los Objetivos de Desarrollo Sostenible: objetivos de aprendizaje*. Disponible en: <https://unesdoc.unesco.org/ark:/48223/pf0000252423>

<sup>36</sup> UNESCO. Sector de Educación (2024) *Educando para la Acción Climática*. Disponible en <https://unesdoc.unesco.org/ark:/48223/pf0000390022>; UNESCO, Sector de Educación (2017) *Educación para los Objetivos de Desarrollo Sostenible: objetivos de aprendizaje*. Disponible en: <https://unesdoc.unesco.org/ark:/48223/pf0000252423>

revertir los efectos de la acción de daño que el ser humano está ejerciendo sobre sí mismo y sobre los demás seres en general, incluyendo el planeta. La educación debe poner sus mejores esfuerzos en esta tarea.

¿Por dónde empezar? Esta sería la gran pregunta. Algo importante es no caer en la desesperación. Seguramente hay muchas cosas que ya se realizan en la escuela en pos de la promoción de una *Cultura del Cuidado*. Será cuestión de empezar a hilvanar lo que está disperso.

Pero lo primero sería trabajar por dar a conocer la visión de la *Ecología Integral*. La visión es lo que puede aportar el sentido y la fuerza para el cambio. Es como la imagen de fondo que nos permite ir poniendo las piezas del rompecabezas cada una en su lugar.

A partir de la visión de la Ecología Integral, cada escuela verá, en su contexto y realidad particular, qué acciones implementa para llevar adelante y promover la Cultura del Cuidado. Aquí entran en juego muchos de los elementos que mencionamos para la promoción de la educación integral. Y sin perder de vista el horizonte grande, *es muy noble asumir el deber de cuidar la creación con pequeñas acciones cotidianas, y es maravilloso que la educación sea capaz de motivarlas hasta conformar un estilo de vida* (LS 211).

Es importante advertir que no hay que entender la *Cultura del Cuidado* como una oportunidad para reforzar una tendencia al encierro y sobreprotección que podría instalarse en la escuela. Lejos de esto, la visión de la *Ecología Integral* promueve la apertura, la conexión con el mundo exterior, etc. De este modo, la escuela vuelve a redescubrir su sentido y razón de ser, no mirándose a sí misma, sino contemplando la realidad con sus desafíos emergentes.

En general, constatamos que los temas de la crisis socioambiental y la cuestión de la sostenibilidad suelen despertar más interés y preocupación en las generaciones más jóvenes. Puede que los adultos estemos menos permeables a dejarnos interpelar por estos desafíos. Si esto ocurre, dejemos que los más jóvenes nos arrastren con la fuerza de sus inquietudes y sus búsquedas.

En la situación actual la educación está recalibrando sus fines y sus prioridades. Sabemos que necesitamos de un nuevo modelo cultural, y que *cualquier cambio requiere un itinerario educativo, para construir nuevos paradigmas capaces de responder a los desafíos y emergencias del mundo contemporáneo, para comprender y encontrar soluciones a las exigencias de cada generación y hacer florecer la humanidad de hoy y de mañana* (Relanzamiento PEG).

Pero al mismo tiempo debemos poder discernir qué es aquello del mundo que debe cambiar o ser transformado y cuál será la educación que será capaz de generar algo diferente. No podemos quedarnos solo con un slogan de "la transformación educativa" para seguir replicando desde nuestra tarea cotidiana las prácticas que

promueven un modelo de desarrollo insostenible, ya sea tanto en la dimensión personal como en la dimensión global.

## Una espiritualidad regenerativa

A lo largo de nuestro recorrido, siempre tuvimos como referencia la matriz del ser relacional. Cuando decimos que somos personas, estamos afirmando que nuestro mundo relacional es el que nos constituye en esencia.

Al principio hicimos alusión al *Cielo Nublado* que propicia el secularismo y la *cultura del desamor*. De aquí en adelante quisimos mostrar cómo nuestro mundo relacional se va erosionando o perdiendo vitalidad. Así nos vamos despersonalizando.

Esta desarmonía interior tiene su correlato con lo que sucede en el mundo exterior. *Si los desiertos exteriores se multiplican en el mundo es porque se han extendido los desiertos interiores* (LS 217). Por eso una prioridad es volver a regenerar el tejido relacional que nos constituye, para que desde allí brote también una vida nueva. Esto supone disposición para transitar el camino de una auténtica conversión ecológica integral.

Entendemos que este es en primer lugar un desafío espiritual. Cuando hablamos de espiritualidad nos remitimos a la necesidad de recuperar una cierta profundidad, que nos libere de la vorágine y de la fugacidad que tienden a retenernos en la superficie. Espiritualidad, por tanto, no es escapar, ni salirse por la tangente, sino entrar más de lleno en la realidad.

Cuando recuperamos esta profundidad, muchas cosas cambian en nuestro mundo relacional. Por de pronto, recuperamos la capacidad de contemplación, que nos permite captar la vida como un don, despertando así la gratitud y la gratuidad. Podemos percibir la belleza en el mundo que nos rodea, y el corazón se impregna de una serena atención, que le permite estar plenamente presente en cada momento (LS 226).

También la espiritualidad, al conectarnos con nuestra profundidad, baja la obsesión por el consumo. Ya no hace falta estar llenando un vacío con cosas o experiencias placenteras sin límite. Suele ocurrir que *la constante acumulación de posibilidades para consumir distrae el corazón e impide valorar cada cosa y cada momento. En cambio, el hacerse presente serenamente ante cada realidad, por pequeña que sea, nos abre muchas más posibilidades de comprensión y de realización personal. La espiritualidad cristiana propone un crecimiento con sobriedad y una capacidad de gozar con poco. Es un retorno a la simplicidad que nos permite detenernos a valorar lo pequeño, agradecer las posibilidades que ofrece la vida sin apegarnos a lo que tenemos ni entristecernos por lo que no poseemos. Esto supone evitar la dinámica del dominio y de la mera acumulación de placeres* (LS 222).

Ahora bien, hablamos de espiritualidad regenerativa haciendo alusión a que debemos enmendar, o tal vez curar algunas heridas de nuestro mundo relacional.

Y una clave importante es la de la fragilidad. Nuestro ser relacional se debilita cuando dejamos por fuera la fragilidad.

Esto podemos experimentarlo en primer lugar en la relación con nosotros mismos. Ya vimos cómo podemos caer en la ilusión de que somos superhéroes o algo que excede nuestra medida, y lo mal que esto nos hace.

También en la relación con los demás corremos el riesgo de dejar por fuera la fragilidad, y excluimos o dejamos afuera a una buena parte de la humanidad. Por eso la conversión ecológica es una conversión comunitaria (LS 219). Fragilidad y fraternidad tienen un vínculo estrecho.

Algo similar podemos pensar en relación con la naturaleza: ¿cómo se acrecienta nuestro poder de destrucción cuando no tenemos en cuenta la fragilidad de la vida y el equilibrio de los ecosistemas!

La fragilidad es paradójicamente lo que puede fortalecer nuestro ser relacional. Asumiendo lo frágil, es como nos volvemos fuertes y sostenibles.

La fragilidad es en definitiva lo que nos va a posibilitar salir de nosotros mismos hacia los demás. Sentir que solos no podemos, que necesitamos de los otros. Y en esta línea, somos también responsables de la vida de los semejantes, lo cual se expresa en el servicio. *El servicio es en gran parte, cuidar la fragilidad. Servir significa cuidar a los frágiles de nuestras familias, de nuestra sociedad, de nuestro pueblo. En esta tarea cada uno es capaz de dejar de lado sus búsquedas, afanes, deseos de omnipotencia ante la mirada concreta de los más frágiles. [...] El servicio siempre mira el rostro del hermano, toca su carne, siente su proximidad y hasta en algunos casos la "padece" y busca la promoción del hermano. Por eso nunca el servicio es ideológico, ya que no se sirve a ideas, sino que se sirve a personas* (FT 115).

Incluso en el vínculo con lo Trascendente, con el Dios Creador, pareciera que necesitamos de la fragilidad para animarnos a abrirnos a esta dimensión. Por eso Dios se hace cercano, débil y vulnerable en Jesús.

Frente a la *cultura del desamor*, será el amor siempre lo que traerá luz al mundo. En su novela *El idiota*, Fiódor Dostoyevski sugiere que "la belleza salvará al mundo", Pero, ¿cuál es esa belleza? Sin duda, la belleza del amor que se hace presente en el dolor. Esto siempre nos hará más humanos y mejores personas.

En la fragilidad también podemos experimentar nuestra humanidad común, nuestra dependencia y nuestro lugar en la naturaleza que nos cobija. Sabemos que *muchas cosas tienen que reorientar su rumbo, pero ante todo la humanidad necesita cambiar. Hace falta la conciencia de un origen común, de una pertenencia mutua y de un futuro compartido por todos. Esta conciencia básica permitiría el desarrollo de nuevas convicciones, actitudes y formas de vida. Se destaca así un gran desafío cultural, espiritual y educativo que supondrá largos procesos de regeneración* (LS 202).

Desde la espiritualidad regenerativa, también aparece la esperanza. Las cosas pueden cambiar. ¡Qué importante es para los educadores poder contar con un horizonte de esperanza! ¡Qué difícil sería, y hasta contradictorio, sostener la tarea educativa si falta la esperanza! *Si no hay un sentido en el viaje de la vida, si no hay nada ni al principio ni al final, entonces nos preguntamos por qué debemos caminar: de ahí surge la desesperación humana, el sentimiento de inutilidad de todo. Sólo cuando el futuro es cierto como realidad positiva, se hace llevadero también el presente*<sup>37</sup>.

*Frente a la globalización de la indiferencia, estamos llamados a no perder la esperanza porque tenemos que donar esperanza al mundo global de hoy. «Globalizar la esperanza» y «sostener las esperanzas de la globalización» son compromisos fundamentales en la misión de la educación católica ... Una globalización sin esperanza y sin horizonte se expone a los condicionamientos de los intereses económicos, que a menudo están lejos de una recta concepción del bien común, y produce fácilmente tensiones sociales, conflictos económicos, abusos de poder*<sup>38</sup>.

Tomando la imagen del Jardinero, en la escuela estamos llamados a trabajar por la regeneración del tejido relacional. Lo hacemos poniendo nuestro esfuerzo en el pequeño cuidado de cada día, teniendo presente el horizonte grande hacia el cual avanzamos.

Para finalizar, en relación a la espiritualidad, decimos que *ninguna persona puede madurar en una feliz sobriedad si no está en paz consigo mismo. Parte de una adecuada comprensión de la espiritualidad consiste en ampliar lo que entendemos por paz, que es mucho más que la ausencia de guerra. La paz interior de las personas tiene mucho que ver con el cuidado de la ecología y con el bien común, porque, auténticamente vivida, se refleja en un estilo de vida equilibrado unido a una capacidad de admiración que lleva a la profundidad de la vida. La naturaleza está llena de palabras de amor, pero ¿cómo podremos escucharlas en medio del ruido constante, de la distracción permanente y ansiosa, o del culto a la apariencia? Muchas personas experimentan un profundo desequilibrio que las mueve a hacer las cosas a toda velocidad para sentirse ocupadas, en una prisa constante que a su vez las lleva a atropellar todo lo que tienen a su alrededor. Esto tiene un impacto en el modo como se trata al ambiente. Una ecología integral implica dedicar algo de tiempo para recuperar la serena armonía con la creación, para reflexionar acerca de nuestro estilo de vida y nuestros ideales, para contemplar al Creador, que vive entre nosotros y en lo que nos rodea, cuya presencia «no debe ser fabricada sino descubierta, develada. (LS 255).*

---

<sup>37</sup> Francisco. Audiencia General. 8/05/2024. En <https://www.vatican.va/content/francesco/es/audiencias/2024/documents/20240508-udienza-generale.html>

<sup>38</sup> Francisco. Discurso a los miembros de la Fundación "Gravissimum Educationis". 25/06/2018. En [https://www.vatican.va/content/francesco/es/speeches/2018/june/documents/papa-francesco\\_20180625\\_gravissimum-educationis.html](https://www.vatican.va/content/francesco/es/speeches/2018/june/documents/papa-francesco_20180625_gravissimum-educationis.html)

## Aguas Calmas (Conclusión)

Llegamos al final de nuestra travesía. ¡Estamos a flote después de haber navegado por las aguas agitadas de la vida! Dejamos la comodidad de la orilla y nos atrevimos a enfrentar los oleajes desafiantes de las circunstancias presentes. En todo momento tuvimos como brújula orientadora las coordenadas del ser relacional.

En la relación con lo Trascendente vimos como el *Cielo Nublado* del secularismo puede afectar fuertemente nuestra travesía, y dejarnos *navegando a la deriva*. Entonces es necesario *tomar el timón con decisión* para fijar un rumbo. El desafío para la Escuela Católica en este punto es generar las condiciones para ayudarnos a redescubrir el valor de la vida de fe, experimentar el sabor del evangelio. Que comprendamos que una escuela inspirada en la fe es al mismo tiempo una escuela donde lo humano tiende a vivirse en plenitud. Es decir, vivir la fe en la escuela, es humanizar la escuela.

En la relación con nosotros mismos, describimos como el agua de la tormenta ingresaba a la *recámara interior*, a nuestra interioridad, y el estruendo de las olas hacía que nuestras *voces fueran imperceptibles*. De este modo, quedamos aislados y a la intemperie. En estas condiciones nos volvemos más vulnerables, y, en general, sufrimos y buscamos evadirnos de la realidad. Por eso la importancia de *volver* a habitar el espacio interior, donde nos encontramos con nuestro ser profundo y desde aquí podemos establecer relaciones auténticas con los demás. El desafío para la Escuela Católica es ayudarnos a ingresar en nuestra interioridad. Allí descubrimos nuestra singularidad, el tesoro que llevamos adentro, y que podemos desplegar en el don de la vida y el servicio a los demás.

La relación con los demás semejantes se ha visto interferida por la aparición de la densa *niebla de la indiferencia*, que provoca el no reconocimiento de los otros. En medio de condiciones climáticas adversas, esto agudiza las *tensiones en cubierta*. ¡Estuvimos al borde de naufragio! Al final nos dimos cuenta que era necesario *acompañar esfuerzos* para poder resistir y persistir en la lucha por mantenerse a flote y seguir navegando. El desafío para la Escuela Católica está en promover la Comunidad como espacio de pertenencia, arraigo y fecundidad. En un mundo que exalta y promueve la primacía del *ser individual*, la comunidad educativa aparece como un modelo contracultural. En la comunidad descubrimos lo que significa ser personas: ser “desde, con y hacia los demás”. Cuando hacemos más fuerte la dimensión comunitaria en nuestras escuelas, avanzamos en la utopía de la fraternidad en medio de un mundo roto y fragmentado. Podemos transformar la *ciudad de la furia* en un lugar de paz, donde cada persona se sienta reconocida, valorada en su singularidad y encuentre las condiciones para crecer y desarrollarse en plenitud.

Finalmente, luego de muchas horas de lucha y esfuerzo, nos sentimos *cansados por la tempestad*. Llegamos al límite de nuestras posibilidades. Además, tomamos conciencia de que no era posible navegar en una dirección determinada porque estaban los *cabos sueltos*, y esto impedía orientar las velas. Cuando parecía que ya no aguantábamos más, apareció la *luz en el horizonte*, y con ella la esperanza del nuevo día. El desafío de la Escuela Católica en este punto es promover una Cultura del Cuidado que pueda contrarrestar la acción de daño que los seres humanos estamos ejerciendo sobre nosotros mismos y el planeta. La escuela puede ayudarnos a descubrir una forma de vivir y convivir más saludable. Poner la semilla para que germinen estilos de vida inspirados en una cultura del cuidado. Así también podremos reciclar la idea de progreso desde la perspectiva de un nuevo humanismo.

¡Puede que todo esto parezca muy ambicioso, casi inalcanzable! Si estamos solos, no vamos a poder avanzar demasiado. Prontamente nos vamos a sentir abrumados y vamos a desistir. Tal como le sucede a una persona que está afectada por consumos problemáticos y quiere salir de ese encierro, necesitamos creer que hay una fuerza superior que está más allá de nosotros, y que puede hacer de este imposible algo posible. Eso que nos trasciende puede ser la comunidad, y para muchos el Dios Creador que habita en medio de ella.

Cuando empezamos el libro, en las coordenadas iniciales, insinuamos que tal vez Jesús venía dormido en la Barca de la Escuela Católica. ¿Qué hacemos nosotros cuando vemos que los oleajes de las circunstancias presentes empiezan a elevarse por sobre nuestras posibilidades?

En el pasaje de la tempestad, los discípulos parecen llenarse de temor cuando se levanta el vendaval, y corren peligro porque la barca se va llenando de agua. Entonces van hacia Jesús, que está dormido en algún rincón de aquella barca, y le avisan que se están hundiendo. Jesús se despierta y calma la tempestad. Pero ahora los discípulos se vuelven a llenar de temor. Pasan de temerle a la tempestad a temerle a Jesús: “¿Quién es este que ordena incluso al viento y a las olas, y le obedecen?”

“¿Quién es este?” Esta pregunta surge cuando Jesús les pregunta “¿dónde está la fe de ustedes?”, y de algún modo nos da a entender que todavía no lo conocen bien. Entonces, es necesario entrar en un nivel de relación más profundo. Si bien estaban hace mucho tiempo con él, todavía no tenían una experiencia auténtica de encuentro con Jesús.

Ese “donde” también nos remite a aquel pasaje del evangelio que dice “allí *donde* esté tu tesoro, estará también tu corazón” (Mt 6,21). ¿Adónde ponemos el corazón en la Escuela Católica? ¿Qué es lo más valioso que tenemos para ofrecer en este mundo tan revuelto? Ahí donde está nuestro corazón, estarán puestos nuestros mejores esfuerzos.

Ciertamente no parece que la tempestad del contexto actual vaya a apaciguarse en el corto plazo. El riesgo será dejarnos llevar por el temor, quedar atrapados en la desesperación. Que se agudicen las tensiones y nos encerremos cada vez más en nosotros mismos, en las lógicas estériles que nos permiten mantenernos a flote, pero sin tener claro el rumbo.

Quizás sea el momento de despertar a Jesús, de hacerlo presente con más intensidad. Jesús nunca promete una vida fácil o libre de dificultades. Esto sería una ilusión. Lo que sí nos trae es el alivio y la calma de su presencia en medio de las turbulencias de la vida.

Pero, además, Jesús nos dice que la vida no es solo supervivencia, sino que hay un rumbo, y que estamos llamados a ser fecundos en esta historia, a dar fruto. Para eso tenemos que permanecer en él: "El que permanece en mí y yo en él, ése da fruto abundante, porque sin mí nada pueden hacer" (Jn 15, 5). Solo si permanecemos en Jesús la vida, a la luz de fe, tendrá sentido, sabor y sensatez. Permanecer en Jesús es no evadirse, no escaparse de la realidad, sino asumir desde la confianza y la esperanza los desafíos que zarandean la barca.

# Bibliografía

## 1. Magisterio del Papa Francisco

(Todos los documentos están disponibles en: <https://www.vatican.va/content/vatican/es.html>)

### 1.a. Cartas Encíclicas y Exhortaciones Apostólicas

- EG - *Evangelli Gaudium* (2013). *Exhortación Apostólica sobre el anuncio del Evangelio en el mundo actual.*
- ChV - *Christus Vivit* (2019). *Exhortación Apostólica Postsinodal.*
- FT - *Fratelli Tutti* (2020). *Carta Encíclica sobre la Fraternidad y la Amistad Social.*
- LS - *Laudato SI* (2015). *Carta Encíclica sobre el Cuidado de la Casa Común.*
- LD - *Laudate Deum* (2023). *Exhortación apostólica sobre la crisis climática.*

### 1.b. Discursos, Mensajes y Oraciones

- *Lanzamiento PEG - Mensaje para el lanzamiento del Pacto Educativo Global.* 12/09/2019.
- *Relanzamiento PEG - Mensaje para el relanzamiento del Pacto Educativo.* 15/10/2020.
- *Discurso en el Congreso "Educar hoy y mañana, una pasión que se renueva".* 21/11/2015.
- *Discurso a la Asociación de padres de familias de las escuelas católicas de Italia.* 05/12/2015.
- *Discurso a los miembros de la Fundación "Gravissimum Educationis".* 25/06/2018
- *Discurso a la Asociación Italiana de maestros católicos.* 5/01/2018.
- *Videomensaje al Congreso Mundial de la Oficina Internacional de la Educación Católica.* 8/06/19
- *Discurso a los participantes en el seminario sobre "Educación: el pacto mundial".* 07/02/2020
- *Angelus.* 17/10/2021
- *Diálogo con los Rectores de las Universidades de América Latina.* 21/09/2023
- *Discurso a los participantes en la conferencia internacional "Hombre-Mujer Imagen de Dios. Por una Antropología de las vocaciones".* 01/03/2024
- *Videomensaje a la comunidad de Rosario, Argentina.* 26/03/2024
- *Angelus.* 02/06/2024
- *Discurso en la sesión del G7 sobre Inteligencia Artificial.* 14/06/2024

## 2- General

Barilatti, F. (2022). *Educación católica: ¿desde dónde y hacia dónde? Identidad y misión de la escuela católica en el contexto actual* (Tesis de Maestría. Director: Dr. Ezequiel Gómez Caride. Universidad de San Andrés). Disponible en: <https://repositorio.udes.edu.ar/jspui/handle/10908/23415>

Esquivel, J. C. y F. Mallimaci, F (2017). *Religión, medioambiente y desarrollo sustentable: la integralidad en la cosmología católica*. Universidad de Los Andes; Revista de Estudios Sociales 4(60). 72-86. Disponible en: <https://ri.conicet.gov.ar/handle/11336/29645>

De la Peña, J.L. (1992). *Creación, Gracia, Salvación*. Sal Terrae.

Del Percio, E. (2024). Fraternidad e instituciones: cuando la realidad es superior a la idea. POLIEDRO (18)

García, D. y G. Priotto (2009), *Aportes políticos y pedagógicos en la construcción del campo de la Educación Ambiental*. Buenos Aires: Secretaría de Ambiente y Desarrollo Sustentable de la Nación.

Gera, Lucio (1981). *La fe en un mundo en crisis*. Buenos Aires: SEDOI (61)

Grace, G. (2007). *Misión, mercados y moralidad en las escuelas católicas*. EDUCA - Santillana

Han, B.-C. (2017). *La sociedad del cansancio*. Herder.

Henderson, K. y D. Tilbury (2004), *Whole-School Approaches to Sustainability: An international review of whole-school sustainability programs*. Report Prepared by the Australian Research Institute in Education for Sustainability (ARIES) for the Australian Government Department of the Environment, Water, Heritage and the Arts. Disponible en: [http://aries.mq.edu.au/projects/whole\\_school/files/international\\_review.pdf](http://aries.mq.edu.au/projects/whole_school/files/international_review.pdf)

Malbrán, M. L. (2021). *La fuerza de la fragilidad*. USI

Meadows, D. (1972). *Los Límites del Crecimiento*. Fondo de Cultura Económica. México.

Moscato, R. (2015). *Los desafíos actuales de la educación católica: fronteras y encrucijadas, horizonte y camino*. Foro Educativo de La Vicaría de Educación Del Arzobispado de La Ciudad de Buenos Aires.

Pérez Sayago, Oscar A. (Comp.) (2018). *El proyecto educativo de /Francisco*. CIEC/Santillana.

Reyes Duarte, V. y J.C. García Huidobro (2023). *El currículum porta la misión: Ensayos sobre el currículum en la educación jesuita contemporánea*. FLACSI.

Rockström, J., Steffen, W., Noone, K., Persson, Å, Chapin, F., Lambin, E., Foley, J.(2009). "Planetary Boundaries: Exploring the Safe Operating Space for Humanity". *Ecology and Society*, 14(2). Disponible en: <http://www.jstor.org/stable/26268316> ;

Sabbatini, C. y D. Ezcurra (2019). *Educar para la Sustentabilidad*. Aique Educación.

Sábato, E. (2000). *La Resistencia*. Planeta.

Tatay, J. (2018). *La recepción católica del reto de la sostenibilidad: 1891 (RN) - 2015 (LS)*. BAC.

UNESCO, Sector de Educación (2017) *Educación para los Objetivos de Desarrollo Sostenible: objetivos de aprendizaje*. Disponible en: <https://unesdoc.unesco.org/ark:/48223/pf0000252423>

UNESCO. Sector de Educación (2024) *Educando para la Acción Climática*. Disponible en <https://unesdoc.unesco.org/ark:/48223/pf0000390022>;

UNESCO, Sector de Educación (2017) *Educación para los Objetivos de Desarrollo Sostenible: objetivos de aprendizaje*. Disponible en: <https://unesdoc.unesco.org/ark:/48223/pf0000252423>

## Sinopsis

¿Cuál es el sentido de una educación inspirada en la fe en el contexto actual? ¿Cómo se reconfiguran la identidad y misión de la Escuela Católica en este complejo escenario?

*¿Dónde está tu fe?* invita al lector a un viaje profundo y desafiante a través de las preguntas más urgentes de nuestra época: ¿Cómo debe repensarse la educación católica en un mundo moldeado por la ciencia, la tecnología y la inteligencia artificial? ¿Cómo distinguir aquello que nos ayuda a vivir y convivir mejor, de lo que nos precipita en un ritmo de vida agotador, tanto para nosotros como para el planeta, nuestra Casa Común? ¿Cómo pasar de un paradigma en el que muchas veces prevalece una acción de daño, a otro caracterizado por la promoción de una Cultura del Cuidado?

En medio de un cambio cultural radical, nos enfrentamos a un dilema crucial: ¿Estamos realmente progresando hacia una vida humana más plena, o nos estamos dejando arrastrar hacia un estilo de vida deshumanizante? Y la Escuela Católica, ¿está acudiendo a la cita del tiempo presente, o permanece impasible, atrapada en sus seguridades y formas establecidas?

*¿Dónde está tu fe?* aborda los desafíos que enfrenta la Escuela Católica en la actualidad. Hoy existen grandes cuestionamientos en torno a lo educativo y a lo referido a la fe. ¿Será esta una ocasión para repensar ambas cosas en conjunto? Este libro quiere inspirarte a ser protagonista de la transformación educativa y espiritual que nuestro mundo tanto necesita.

---

## Acerca del autor



**Fernando Barilatti.** Educador humanista. Bachiller y Profesor de Teología (Universidad Católica Argentina). Magister en Educación (Universidad de San Andrés). Participó en diferentes proyectos vinculados a temas sociales. Fue Director de la Comunidad del Arca en Argentina. Actualmente es Director General del Colegio San Pablo de Virreyes (San Fernando, Prov. de Buenos Aires).

**Contacto:** [ferbarilatti@gmail.com](mailto:ferbarilatti@gmail.com)